

Las
MARCAS
del
CORAZÓN

NOELIA FRUTOS

Las
MARCAS
del
CORAZÓN

NOELIA FRUTOS

**LAS MARCAS
DEL CORAZÓN**

NOELIA FRUTOS

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Las Marcas del corazón*

© *Noelia Frutos*

Edición publicada en mayo del 2023

Corrección: *Nía Rincón*

Diseño de portada y contraportada: *Lady Fuxia*

Maquetación: *Noelia Frutos*

Imágenes de portada e interior: *Freepik y Word.*

Dedicatoria

*Para Agus, la persona que tengo
marcada en el corazón. Gracias por tu apoyo,
tu confianza y por animarme siempre
a que puedo lograrlo.
Sigamos escribiendo nuestra historia.*

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Extra](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de Autor](#)



Prólogo

El sonido de las pisadas apresuradas delante de mí se entremezclaba con el ruido de fondo de la ciudad. Aun así, todo el trasiego de vida nocturna se encontraba lo suficiente lejos para que nadie supiese lo que aquí estaba ocurriendo.

Exhalé una bocanada de aire profunda. Juraría que incluso pude apreciar cómo la estela de su miedo traspasaba directo a mis pulmones y ese aire lo abandonaba, convirtiéndose en frío y espeso vaho. Era uno de los mejores momentos. Un éxtasis inaudito conjugado al preludio de que no había escapatoria alguna.

Yo le daría su redención, sería quien esgrimiría todos y cada uno de sus pecados, le daría la absolución que estaba pidiendo con gritos silenciosos. Cada uno de sus actos, cada puesta al límite de su vida la había llevado a este punto. Fui la única persona que supo descifrarlos y que consiguió escuchar su llamada de auxilio.

El eco dejó de sonar al llegar al oscuro callejón, alumbrado por una tenue luz anaranjada procedente de la única farola que allí se encontraba.

Disfruté de las vistas de la silueta de su cuerpo. Un cuerpo menudo que se encontraba de espaldas, con las manos enredadas en la alambrada que tenía al frente.

Con paso tranquilo y lento llegué a su altura, quedándome a una distancia prudencial, demasiado cerca para que mi aliento calentase su nuca. En sus hombros comenzó un ligero movimiento espasmódico. Su llanto, en vez de amilanarme, conseguía llenarme de anticipación.

La droga que le suministré estaba haciendo su función. Lo notaba en cómo las falanges de sus dedos comenzaban a agarrotarse, cómo cada músculo de su cuerpo adquiría rigidez. Disfrutaba coartándole movilidad, y a su vez necesitaba que sus sentidos cognitivos estuviesen alertas de todo cuanto ocurría a su alrededor. Quería que no perdiese detalle de lo que estaba por venir.

Sentí una especie de descarga eléctrica cuando posé mis manos enguantadas sobre sus hombros. En aquel momento habría dado todo cuanto tenía por deshacerme de la tela que protegía mis palmas y así estar en contacto con su piel para que fuese posible, con un simple toque, que mis dedos pudiesen hundirse en su epidermis hasta conseguir dejar marca, pero no podía. Nunca podía y tenía que vivir la experiencia a medias, controlar cada uno de mis gestos, milimetrar mis pasos para que no hubiese descuidos y dejar algún tipo de rastro que pusiese en

peligro un cometido tan necesario.

Me pegué a su espalda y mi mano derecha descendió por la longitud de su brazo. Incluso con la tela de por medio, aprecié el ritmo constante y frenético de los latidos cuando mis dedos presionaron en su muñeca. Un adulto sano, en reposo, tiende a tener de sesenta a cien pulsaciones por minuto. Si esa persona hace deporte y se mantiene atlética, suelen disminuir a un intervalo de cuarenta a sesenta. No era momento de calcularlo, estaba seguro de que triplicaría el número, que sus constantes vitales, a causa del pavor y la sustancia química que corría por su sistema, se habrían disparado. Sentí cómo mi miembro se endurecía al escuchar el gorgoteo que salió de sus labios.

—Tienes la marca del diablo —espeté, ejerciendo más presión de la cuenta en la muñeca—. Te has dejado tentar y has caído en el camino de la depravación. Te has envilecido, convirtiéndote en alguien ruin y abyecto. La humillación y el desprecio hacia uno mismo es el mayor acto de traición personal —apostillé—. Por fin encontrarás el perdón y serás libre de la vida de decadencia en la que estabas sumergida. Hoy encontrarás el remedio a esa vorágine de malas decisiones.

Giré su cuerpo, ya laxo, para que quedase frente a mí. Si aún se mantenía en pie era por la amortiguación que ejercía mi torso en su espalda. Con delicadeza la deslicé, posándola sobre el frío y húmedo asfalto. Adquirí una postura agazapada en cuclillas sobre su cuerpo. Introduje una de mis manos en el bolsillo trasero de mis pantalones y saqué lo único que necesitaría.

Sonreí al apreciar el horror que se arraigó en sus pupilas. Sabía lo que venía a continuación. Pocas personas en esta ciudad no reconocerían el objeto. Deslicé el fino lazo rojo entre mis dedos, imaginando su tacto sedoso.

Observé cómo intentaba abrir la boca, cómo buscaba la capacidad de formular una palabra. Sabía que sería imposible. Por mucho que lo intentase, ya había acabado el tiempo de suplicar.

Con facilidad enrollé el lazo a través de su cuello y con ambas manos tiré de los extremos. En el instante que aumenté la distancia entre mis manos, su rostro comenzó a adquirir una tonalidad rojiza. Mi semblante cambió. Noté cómo se endurecían mis facciones, cómo mis dientes comenzaban a rechinar entre sí a causa de la fuerza que empleaban mis brazos. El miedo es uno de los mayores afrodisíacos naturales.

Sentí cómo su respiración empezaba a fallar, a escapar de su cuerpo, cómo todo su ser temblaba con la necesidad de resistirse. No fallaba. Todos y cada uno se comportaban igual, aunque sabía que no habría nada que hacer. En cuestión de pocos minutos todo habría acabado. En esta ocasión fue más corto aún, lo que me dejó paladeando el sabor de la frustración cuando la parte trasera de su cráneo cayó sobre el pavimento. Todo había terminado. Una vez que anudé el cordón e hice una lazada, me levanté, admirándola.

Sabía que pasarían horas, o incluso días, hasta que encontrasen mi regalo. Aún no entendía cómo era posible que ocurriese algo así en la ciudad que nunca duerme, pero nadie busca a quien nunca ha importado.

—«Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido».

Tras recitar a Lucas, capítulo diecinueve, versículo décimo de la Biblia, saqué una pequeña multiusos, y con la navaja recién afilada grabé las siglas en su nuca. Eché un último vistazo a la chica, sabiendo que nunca más podría volver a destruirse.

El asesino de los regalos había vuelto. Y esta vez estaba dispuesto a poder culminar mi obra. Todos los pecadores que se autodestruían encontrarían redención.



Capítulo 1

Guiomar

Los gemidos y jadeos son lo único que envuelve la estancia. Todo mi ser grita para unirme a la maraña de piernas y brazos que se encuentra en mi campo de visión. Me rodeo las manos en torno a la cintura, controlando que mi cuerpo permanezca inmóvil, pero es complicado cuando mi sangre bulle por mis venas, sin control, exigiendo ser partícipe de todo cuanto acontece frente a mis ojos. Solo puedo limitarme a observar.

Me muerdo el labio inferior, evaluando desde la distancia cada gesto, cada movimiento. Únicamente memorizando y analizando porque, en este instante, es lo que se espera de mí.

Cuando compruebo que varias espaldas entran en contacto contra el suelo, intervengo:

—¡Muy bien, chicas! —Siento varios pares de ojos posarse sobre mí—. Como siempre os explico, la mayoría de las artes marciales, en este caso el Krav Maga, son combates de contacto. Si nos encontramos en una situación de peligro, lo primero de todo es intentar escapar. En circunstancias de que eso sea imposible y tengamos que defendernos de cualquier ataque, el principal objetivo que buscamos usando técnicas de defensa personal es terminar la pelea lo antes posible. Siempre debemos golpear a nuestro atacante en lugares especialmente sensibles. Eso nos hará contar con el factor sorpresa. Así, mientras se recupera, tendremos una oportunidad de huir y ponernos a salvo, que es lo que de verdad importa.

Con mi explicación, percibo la inquietud en sus miradas, pero con cada clase esa sensación va menguando, sustituida por la determinación.

A pesar de que la vida está en constante evolución, hay algo que a día de hoy no progresa. Y es el que una mujer se sienta indefensa —atracadores, violadores, maltratadores... la lista continuaría— de una lacra difícil de erradicar.

Con estas clases no pretendo que el miedo desaparezca. Esa es una sensación que escapa fuera de nuestro control. De hecho, el miedo en muchas ocasiones es bueno, pues nos mantiene alerta. Por el contrario, lo que espero conseguir impartiendo defensa personal es que no consiga bloquearlas. Que tengan los conocimientos y las herramientas suficientes para intentar evitar o poder salir airoso de una agresión.

—Si hoy hemos aprendido prácticas ofensivas es porque la autoprotección no trata solo de protegerse. Si esperamos ser agredidas, puede que sea demasiado tarde para reaccionar y resultemos golpeadas, apuñaladas o, en el peor de los casos, nos disparen.

No se me escapa cómo cada una de ellas traga al escuchar mis palabras. Puede que mi

forma de expresarlo no sea delicada, pero es que aquí no hay cabida para miramientos. Si hubiesen querido eso, se habrían apuntado a yoga. Escucho cómo se abre una puerta lateral y, acto seguido, Derek aparece. Nos dedica una sonrisa de disculpa por interrumpir la clase, lo que conlleva a que todas mis alumnas se ruboricen. Da igual la franja de edad, todas y cada una de ellas tienen las mejillas sonrojadas. Es el efecto Sanders. Pongo los ojos en blanco y continúo con la clase cuando veo que toma asiento en las gradas.

—No se trata de hacerse la valiente, ya que nunca sabemos qué podremos esperar en un enfrentamiento. Lo fundamental es no poner en riesgo nuestras vidas. Si por un casual, después de intentar huir, gritar pidiendo auxilio o utilizando cualquier objeto como arma, perdemos la ventaja y nos alcanza, tenemos que emplear los recursos tácticos que hemos aprendido. Cuanta mayor distancia tengamos con nuestro agresor, mayor será nuestra movilidad y la sensación de seguridad. Es primordial realizar estas prácticas de forma continuada para adquirir destreza pues, os aseguro que, contra una agresión, la situación será de sumo estrés. De ahí el que tengamos interiorizado cada movimiento para que nos salga como un acto reflejo.

Asienten de acuerdo. Sé que ese no será un problema para ellas. Llevo tres años impartiendo estas clases, dos días por semana, y a día de hoy, cada vez que alguna mujer más se une a los grupos, no ha fallado ni un solo día. Tienen una capacidad de compromiso asombrosa. Ellas creen admirarme a mí, de lo que no son conscientes es que sucede todo lo contrario. Soy yo la que se asombra por su poder de superación. En más ocasiones de las que me gustaría reconocer, me he sentido un auténtico fraude por no ser sincera en cuanto a mi vida. Mi objetivo vital siempre ha sido la seguridad y protección de las personas. Si el peaje a pagar es no revelar a lo que me dedico con tal de asegurar el bienestar de quien me rodea, lo asumo.

Todas ellas vienen por una razón: no volver a sentirse vulnerables. En la docena de mujeres que componen cada grupo, cada una tiene su historia. Abusos a manos de progenitores; maltrato de manos de sus parejas; atracos en plena calle; vejaciones o agresiones raciales... Y si alguna no lo ha sufrido en propia carne siempre ha tenido una hermana, madre o amiga que sí lo ha hecho. Son las claves más comunes para inscribirse en clases de defensa personal.

A causa de mi trabajo, veo cada día lo desprotegido que está el sexo femenino. Siete de cada diez agresiones son a mujeres. Ojalá no se cometiese ninguna, indistintamente del género. Por desgracia y por mucho que se les dé caza, siempre habrá otro malhechor acechando a su siguiente víctima.

Vivimos en una sociedad de sobreexposición. Cada día, las noticias nos demuestran la información relevante. Sucesos tan atroces como incompresibles que han conseguido que nos acostumbremos a lo que acontece a nuestro alrededor. Eso no debería ser así. Bajo ningún concepto debemos acostumbrarnos a que se cometan delitos. Creo que es una de las razones por las que entré a formar parte del FBI. Puede que, en cualquier registro oficial, en cuanto a mi situación laboral se refiere, aparezca como docente en centros sociales impartiendo este tipo de clases, pero la realidad es que soy un activo de una de las unidades especiales de infiltrados más importantes dentro del Buró Federal de Investigación.

Para mí no fue casualidad terminar así, supongo que lo llevo en la sangre.

A principios de los noventa se aprobó el nombramiento de un funcionario para coordinar directamente con la policía española en la lucha contra el narcotráfico y el terrorismo internacional. Nick Berman, mi progenitor, fue el agente federal destinado a trasladarse a la capital de España y llevar a cabo el operativo que dismantelaría una red de tráfico de drogas que provenía desde Estados Unidos.

Mi padre, un hombre serio y disciplinado dedicado a salvaguardar los derechos y la

protección de su país, no estaba acostumbrado a la simpatía, amabilidad y el buen hacer que derrochaba la joven que se encargaba de mantener cuidada la casa que ocupaba en Madrid, pero con el tiempo dejó de serle indiferente y se rindió a su dulzura. De aquellos pasionales encuentros nació yo. Y no es que estuviese presente, como es evidente, en dichos encuentros para saber si eran apasionados o no. Si no que, mi madre, como la romántica empedernida que es, se encargaba de relatármelos a la mínima oportunidad que tenía, a pesar de mi mortificación.

Supongo que lo hacía para compensar la ausencia paterna e inculcarme el amor que se profesaban incluso al estar separados. No puedo decir que mi unidad familiar fuese una normal pues, cuando tan solo contaba con cuatro años de edad, a mi padre lo reclamaron de nuevo a su puesto como agente federal en los Estados Unidos. Mi madre, pensando en mi seguridad dada la peligrosidad de su trabajo, tomó la decisión de que nosotras continuásemos viviendo en España, por lo que mi vida la pasé durante la temporada escolar en Madrid y en época de vacaciones en Nueva York.

No fue tan asombroso como suena. Para una niña pequeña en edad de crear lazos afectivos era raro pasar la mayor parte de su tiempo sin uno de sus padres. Cuando tocaba viajar para estar a su lado, tenía la sensación de estar conviviendo con un extraño. No ayudaba mucho que mi progenitor fuera una persona de carácter reservado, todo lo contrario a mi madre.

María Fernández siempre ha sido una mujer risueña, charlatana, de esas personas que, con solo miraras una vez, sabes que te caerán bien. Muchas veces, conforme pasaban los años, le preguntaba qué hizo que se enamorase de él. Ella se limitaba a sonreír como si fuese lo más absurdo que había escuchado. Sin embargo, yo lo hacía con absoluta curiosidad, pues no lo entendía. No es que él sea un mal hombre. De hecho, es de las personas más íntegras, leales y honorables que jamás he conocido, pero cariñoso, lo que se dice cariñoso, no lo es que digamos.

Recuerdo que, de pequeña, cuando veía por la televisión *Barrio Sésamo*, pensaba que quizá mi padre podría ser como Espinete, el famoso erizo rosa, y tener la piel llena de púas. De ahí la razón que no fuese muy dado a dar abrazos.

Con el tiempo me acostumbré a la situación de vivir entre dos países. Los veranos en los Estados Unidos los dedicaba a espiarlo en el despacho de nuestra casa. Conjeturaba en mi cabeza en qué estaría trabajando en ese momento. En mi cuaderno llevaba a cabo un análisis específico del caso inventado en mi mente infantil. Buscaba pistas, recababa pruebas evidentes e incluso arrestaba e interrogaba a sospechosos. Vale decir que todos esos supuestos criminales eran peluches, pero para mí era la única forma de entretenerme ya que no tenía ni siquiera un amigo en aquella ciudad.

—¿Has conseguido averiguar quién era el culpable? —me preguntaba papá.

Como era lógico, siempre me pillaba en mis avances de investigación.

—Sí, todas las evidencias son claras y creo que fue el marido —respondí en una ocasión.

—Nunca des nada por supuesto, Guiomar. El mal tiende a disfrazarse de bondad.

Me dio unas palmaditas en la cabeza, esa era su mayor muestra de afecto, se metió las manos en los bolsillos de su pantalón, giró y volvió a meterse en su despacho, dejando esa frase revoloteando en mi mente. Volví a revisar todas mis anotaciones, dándoles una nueva perspectiva.

—Papá, ¿sabes qué? Llevabas razón —le dije mientras cenábamos horas más tarde—, no fue el marido.

—Ah, ¿no?

—No —añadí con la boca llena de carne asada—. En un primer momento todo apuntaba hacia él. Era la última persona que estuvo con la víctima, pero, tras meditarlo, algo no cuadraba.

Vale que su relación estuviese acabada, pero por el amor que un día se tuvieron, no era una persona que le haría eso a sus hijos. —Cabeceé—. ¿Arrebatarle a una madre con tanta brutalidad? No.

Observé cómo dejó los cubiertos sobre la mesa y me prestó toda su atención al fijar sus analíticos ojos verdes, tan parecidos a los míos, sobre mí.

—Entonces, ¿quién fue?

—La hermana —declaré. Papá arqueó una de sus cejas a modo de pregunta, por lo que le ofrecí mi explicación—. Montó un numerito al enterarse del suceso y tuvo que ser trasladada por los servicios de emergencia al hospital con un cuadro de ansiedad. Fue la que más lamentó su pérdida en el entierro, pero, durante la investigación, tirando de hilos, pude descubrir que fue la primera novia de nuestro sospechoso. Por lo tanto, me centré en investigarla en profundidad y al final llegué a la conclusión de que fue un acto de celos y venganza contra su hermana por arrebatarle al amor de su vida.

—¡Dios mío, Guio! —exclamó mamá al otro lado de la mesa—. Parece que tenemos a otra pequeña agente en potencia en esta casa.

Mis ojos se dirigieron a mi padre, que permanecía en silencio, sin embargo, la mirada de orgullo que me dedicó en aquel momento fue suficiente para que algo que hacía por el hecho de pasar el tiempo, años más tarde se convirtiera en mi vocación.

No fue una sorpresa cuando, al terminar el Bachillerato en Madrid, decidí estudiar Criminología en la Universidad de Albany, en el estado de Nueva York. Eso fue suficiente para que, por primera vez en la vida, mis padres llevasen una vida marital al uso y no solo unos pocos meses al año. Mi madre no dudó en trasladarse a Nueva York, dejando su vida tanto laboral como a toda su familia atrás en España, para estar más cerca de mí.

Temí que eso fuese el detonante de la ruptura de la relación. Ellos estaban acostumbrados a llevar vidas separadas, no tener que dar ningún tipo de explicación, aparte de la que tuviese que ver con mi educación. En más de una ocasión tuve la sensación de que actuaban como un matrimonio divorciado. Asombrosamente, todo mejoró. En las visitas que les realizaba cuando tenía festividad en la universidad, pude comprobar que ambos era lo que necesitaban. Nunca le había visto ese brillo en la mirada a mi padre cada vez que entraba por la puerta y se encontraba allí a mamá. Y eso me hizo pensar que en la vida se toman decisiones equivocadas por el simple hecho de creer que es lo mejor por la protección de un menor. Si mi madre no hubiese decidido que nos quedáramos en España, quizá hubiese tenido una relación más estrecha con él de la que existió entre nosotros porque, por mucho que estuviésemos viviendo en el mismo Estado, para mí la situación no cambió. Seguía compartiendo casa en cortos espacios de tiempo con él.

Guardo un gran recuerdo de mis años universitarios, donde conocí a personas extraordinarias con las que, a pesar de que tras acabar las carreras cada uno tomamos caminos diferentes, tenemos muy buena relación. Sobre todo, con mis compañeros y compañeras de Jiu Jitsu, en el cual me apunté como actividad extracurricular ya que lo había practicado durante la mayor parte de mi vida en España, llegando a las finales de algún que otro torneo de competición nacional.

Tras terminar mis estudios académicos, entré a trabajar en este mismo centro social ayudando a víctimas de delitos, pero mi mente inquieta requeriría de más acción. Tras dos años, los suficientes que necesitaba de experiencia laboral, solicité la admisión para realizar las pruebas de ingreso al FBI.

Cabe decir que eso supuso una grieta aún más grande entre la extraña relación que existía entre mi padre y yo. No es que se negase, sabía de sobra que había nacido para ello y sé que

admira esa cualidad en mí, su temor radicaba en que me conocía lo suficiente para saber que llegaría incluso a poner en riesgo mi vida en cada misión, pues él y yo somos muy parecidos en ese aspecto y nos volcamos en el deber al cien por cien. Si de mi madre adquirí el humor, la alegría y su desparpajo, de mi padre heredé la tozudez. Si algo se me mete en la cabeza, por mucho que intenten hacer que desista, saben que es una batalla perdida.

El acceso como agente federal no es un camino de rosas. Es un proceso arduo y exigente que solo unos pocos consiguen.

Por suerte, estaba en poder de todos los requisitos. Ser ciudadana estadounidense, *of course*, al ser hija reconocida tenía la doble nacionalidad, no había problemas. Ser mayor de veintitrés años y menor de treinta y seis. ¡Claro! Por aquel entonces acababa de cumplir veinticuatro. Permiso de conducir; dos años de experiencia laboral; sin antecedentes; buena situación económica... Sí, sí, sí, y sí.

No cabía más alegría en mí. Parecía la típica florecilla feliz bailoteando por casa al comprobar lo fácil que podría resultar. Así fue hasta que mi padre, con una sonrisa en los labios, rara en él, me pidió que lo acompañase para practicar las pruebas físicas que tendría que realizar si quería aprobar. Creo que viví lo que es una experiencia al roce de la muerte. Yo, que me pensaba que estaba en buena forma física, descubrí lo equivocada que estaba cuando sentí que estuve a punto de expulsar parte del hígado en las vomitonas que sufrí a causa de los ejercicios a los que me sometió.

Si lo que quería era que me diese por vencida, lo consiguió. Dejé mi obsesión por formar parte de aquel grupo de élite y me centré en mi trabajo en el centro social. Con el paso de los días, la chispa que tanto me caracterizaba se fue apagando. Me despertaba, desayunaba e iba a trabajar. Comía en algún parque cercano. Volvía al trabajo, salía cuando ya había anochecido y regresaba a casa. Ducha, cena y a dormir. Al día siguiente vuelta a empezar. Se había roto algo dentro de mí. Se mermaron las ganas que me impulsaban a alcanzar mi objetivo.

Tras una semana en la que simplemente pasé mis días sin pena ni gloria, como sacado del infierno, Derek Sanders, por aquel entonces pupilo de mi progenitor, irrumpió en mi insípida vida como un auténtico capullo.

No hubo presentaciones, ni siquiera saludos por su parte, cuando entró en mi dormitorio.

—Si este es el comportamiento de la próxima generación de agentes que nos espera, ya podemos dar por muerto a nuestro país. —Creo que apenas parpadeé en su dirección—. Así que tienes cinco minutos para cambiarte. Te recomiendo que elijas algo más cómodo porque te aseguro que vas a saber lo que verdaderamente es sudar.

—¿Quién cojones eres? —La pregunta llevaba impresa todo el cabreo que se arremolinaba en mi cuerpo.

Derek achicó los ojos mientras en sus labios se formaba la sonrisa más siniestra que hasta entonces había visto, y contestó:

—Soy tu peor pesadilla y la persona que hará que seas consciente de que no sirves para esto.

Después de mantener durante unos segundos un duelo de miradas, algo en sus palabras me activó. Me estaba lanzando un reto: demostrarme a mí misma que era válida. Siempre he sido una persona que sabía leer entre líneas y me di cuenta, en aquel instante, que esa era la forma que tenía mi padre de ofrecerme su ayuda. De mí dependía aceptarla o no.

Tres minutos con cuarenta y ocho segundos fue el tiempo que tardé en cambiarme a unas mallas cortas, un sujetador deportivo y calzarme las zapatillas desde que el joven agente Sanders comenzó la cuenta atrás al cerrar la puerta de mi habitación.

Al llegar al comedor lo encontré sumergido en una conversación afable con mis padres. En cuanto fue consciente de mi presencia, toda amabilidad mudó a un gesto serio y autoritario mientras se dirigía fuera del apartamento. Le seguí, y antes de desaparecer por la puerta me permití mirar atrás. Mi madre me dedicó un guiño cómplice, pero en quien me fijé con más ahínco fue en mi padre y en cómo ocultaba una sonrisa detrás de la taza de café.

A partir de ese día, los siguientes cinco meses y medio fueron bastante agónicos. Derek, como vaticinó, no tuvo piedad. Se centró en llevar mi cuerpo al límite. Gané en ese corto espacio de tiempo más masa muscular que en todos los años que competí. No hubo día en el que no me apeteciese lanzarme a su cuello y estrangularlo con mis propias manos. Si no lo hice fue porque, a pesar de la animadversión que sentía en alguna que otra situación hacia él, Derek resultó ser un hombre increíble.

Una vez, tras salir de mi casa y dejando a un lado el teatrillo para hacerme reaccionar, congeniamos a las mil maravillas. A sus treinta y cuatro años es uno de los agentes mejor reconocidos y valorados del equipo de mi padre. Sigue siendo un capullo, pero es mi capullo divertido, ingenioso y único.

Era lógico que en poco tiempo pasase a ser mi persona favorita en el mundo.

Gracias a él pude aprobar las pruebas físicas sin ningún tipo de esfuerzo. Y tras superar el curso intensivo de veinte semanas en Quántico, no fue de extrañar que me asignasen a la unidad oficial en la que estaba él y que, por mucho que me pesase, lideraba mi padre.

Nunca he querido tratos de favoritismo por ser «hija de». No quería que mis compañeros pensasen que no estaba capacitada para el trabajo solo porque mi padre era el jefe de equipo. Pedí que se refiriesen a mí por el apellido de mi madre para que no hubiese malos entendidos, y quizá porque me sentía mucho más cómoda. Puede que viviese y sirviese a Estados Unidos, pero era imposible sacar a la española que habita en mí. Por suerte, mi padre supo mantener al margen los lazos sanguíneos que nos unían y siempre he sentido el mismo trato que el resto en el tema laboral. Es igual de exigente, riguroso y severo que con cualquier otro agente. Lo cual agradezco.

Mientras continuó con la clase de defensa personal, se va gestando una idea en mi cabeza. Sé que todas estas mujeres aún son escépticas de que puedan llegar a doblegar a su atacante, y en la mayoría de los casos están acertadas, pero como suelo recalcar: salir victoriosa de una agresión en muchas ocasiones no solo se trata de fuerza, sino de destreza.



Capítulo 2

Guiomar

Desvío mi mirada y la centro en las gradas. Más concretamente en mi compañero y mejor amigo, que no pierde detalle del transcurso de la clase

—Derek, ¿puedes venir un momento?

No lo duda y se acerca con andares de sobrado.

—El cuento de mi vida, señoras. Ella silba y yo salto.

Las risillas que sueltan mis alumnas cuando llega a nuestro lado hace que me entren más ganas de patearle. Es difícil resistirse a un adulator nato como él. Sabe la impresión que causa con su altura, su perfecto pelo rubio y esos ojos azules que son capaces de desintegrarte la ropa interior con solo dirigirte una mirada. Por suerte, siempre he sido inmune a sus encantos, y no será porque no los haya desplegado en múltiples ocasiones conmigo. A pesar de ello, nunca, en los seis años que hace que nos conocemos, ha surgido nada entre nosotros. Nuestra relación desde el primer día ha sido una mucho más fraternal. Somos el hermano que nunca tuvo el otro. Él tiene respecto a mí el mismo sentimiento, por mucho que le encante coquetear en mi dirección.

—Lánzate a por mí —le ordeno, cortando sus avances de *ligoteo* con el personal.

—¡Alabado sea el Señor! ¿Sabéis el tiempo que llevo esperando escuchar esa palabra?

Este es tonto.

Más risas nos envuelven por su broma. Ruedo los ojos, exasperada.

—¿Quieres centrarte de una vez, Casanova? Atácame.

Nuestras miradas se encuentran y no hacen falta más palabras para que mi compañero entienda lo que quiero demostrar con esta práctica. Mantenemos una conversación silenciosa, de esas que solo se dan por la confianza que tenemos; sabemos lo que diría el otro y que vendría a ser tal que así:

—¿Estás segura?

—Absolutamente.

—Sabes que no tendré miramientos, ¿verdad?

—Contaba con ello. ¿Por qué crees que te he elegido?

—Muy bien, Fernández. ¿Preparada para besar el suelo?

—Inténtalo si puedes.

Cuando las bases han quedado claras, me giro y, dándole la espalda, comienzo a andar.

Tardo pocos segundos en sentir sus brazos aprisionarme desde atrás. El muy cabrón no mentía y ha ido a por todo cuando me hace una llave de estrangulamiento. Comienzo a forcejear, lo que consigue que me agarre con más fuerza, impidiendo que me libere.

Tengo poco margen de maniobra. Si quisiese, en cuestión de segundos podría estar inconsciente en el suelo a causa de la falta de oxígeno.

Podría lanzar mi cabeza hacia atrás e intentar, con suerte, partirle la nariz, pero eso sería algo improbable dadas nuestras alturas. Y si por algún casual lo consiguiese, además de que puede que no me soltase, acarrearía un gran dolor en la parte trasera del cráneo, por lo que mi única opción es poner en práctica los movimientos aprendidos en las técnicas de defensa personal.

Todo ocurre demasiado rápido. Ladeo un poco mi cabeza a la izquierda, agacho mi barbilla y subo mi mano derecha al brazo que me sostiene para recuperar el aire. Extiendo mi brazo izquierdo, dejando la mano de canto, y le doy una sucesión de golpes sobre la ingle. Eso hace se que encorve de dolor y que afloje su agarre, lo que aprovecho para agacharme. Sin soltar su brazo derecho, lo dirijo hacia atrás en una llave estudiada. Me giro y comienzo a propinarle repetidas patadas en el mismo lugar, hasta que consigo que caiga de rodillas frente a mí y huyo corriendo.

Antes de que llegue demasiado lejos, freno y giro sobre mis pies, observando a las alumnas que, con las bocas abiertas, intercalan su mirada entre Derek y yo, que está retorciéndose en el suelo con sus manos sobre sus partes.

—Y así, chicas —les llamo la atención—, es como podréis tener una mínima oportunidad de escapar ante un ataque.

Prorrumpen en aplausos cuando inclino mi tronco hacia delante y les dedico una reverencia exagerada. Con una sonrisa en sus rostros, y conversando entre ellas, desalojan el pabellón.

Me acerco a Derek y le ofrezco mi mano para que pueda incorporarse.

—Dame solo unos segundos para que mis huevos vuelvan a su lugar y no los sienta alojados en la garganta —se lamenta mi amigo.

—Quejica...

—Me gustaría verte con la sensación de tener las pelotas trituradas, pero como no tienes, no sabes la agonía que se siente.

Río. Justo cuando comienza a incorporarse, me lanzo sobre él y lo envuelvo en un abrazo apretado.

—Te he echado de menos —farfullo con mi cara enterrada en su pecho.

El suspiro que suelta cuando apoya su mejilla en la cima de mi cabeza es la respuesta de Derek para hacerme saber que a él le ocurre lo mismo.

Lleva dos meses fuera de la ciudad «poniendo orden en el mundo», como le gusta decir a él. Ambos pertenecemos a la delegación federal del estado de Nueva York, aunque él, en alguna que otra ocasión, viaja por todo el país ofreciendo sus altas capacidades cibernéticas.

Aquí donde lo veis, Derek no solo es una cara bonita y un puñado de músculos. Su inteligencia es una de sus mayores cualidades. Toda esa fachada envuelve a uno de los mayores *hackers* que existen. De hecho, fue así como terminó siendo reclutado por el FBI.

Mientras estaba en la universidad de Harvard estudiando la carrera de Ingeniería Informática, creó un *software* que permitía modificar a su antojo cualquier dato académico. Durante esos años, a cambio de una generosa suma de dinero, falsificó calificaciones e incluso llegó a obsequiar a sus clientes certificados académicos tan originales como los que cualquier otro alumno, con gran esfuerzo, conseguía.

Tuvo en jaque a las universidades de la Costa Este del país. No lograban entender qué ocurría en sus sistemas operativos. No fue fácil dar con él. Cada vez que estaban a punto de cazarlo, aparecían una infinidad de cortafuegos que dificultaba la misión. Por lo visto, los informáticos que trabajaban intentando descubrirlo se sentían frustrados a la par que admiraban el enredado sistema que Derek, un joven que aún no había terminado sus estudios, había creado.

No sé cómo, pero al fin pudieron descryptar todos los *firewalls* y detenerlo. Se le exigió restaurar todos los registros académicos modificados, pues ni los más duchos en la materia eran capaces de hacerlo. Justo cuando iba a pasar a disposición judicial y ser juzgado por sus delitos, apareció mi padre. Le ofreció la oportunidad de librarse de los cargos que se le imputaban, falsificación documental e intrusión en registros públicos, siempre y cuando trabajase para el gobierno.

Evidentemente, no tuvo mucho que pensar.

A día de hoy, y así se lo he hecho saber en más de una ocasión, pienso que se dejó capturar sabiendo que su talento no pasaría desapercibido. Siempre he recibido una sonrisa socarrona de su parte. Ninguna contestación afirmando o negándolo, sin embargo, lo conozco demasiado bien para saber que si dieron con él es porque solo así lo quiso.

—¿Cuándo has llegado? —pregunto una vez que nos separamos y ponemos en pie.

—Anoche.

Mientras caminamos de vuelta a las gradas a recoger mi bolsa de deporte, compruebo cómo Derek lleva su mano a la entrepierna y se recoloca el paquete. Hago una mueca. Puede que me haya pasado un poco con la demostración y le haya golpeado más de la cuenta. En mi defensa diré que quería que fuese lo más real posible para que las chicas comprobasen lo que intento enseñarles. Por suerte, mi compañero no me lo tiene en cuenta.

—Me podías haber avisado. Hubiese ido a darte la bienvenida.

No hay reproche en mis palabras, solo me habría encantado ir a su apartamento. Como he dicho, lo he echado de menos.

—Si esa bienvenida hubiese incluido muchas cosas guarras de por medio, ten por seguro que hubieses sido mi primera opción, pero como sé que eso está descartado, preferí tirar de agenda.

Y ahí está el Derek que conozco.

—No tienes remedio. —Cabeceo, divertida.

Estoy segura de que así fue y ha pasado la noche entre las sábanas con alguna de esas «amigas» de su agenda.

Cada uno tenemos nuestros métodos para poder desconectar de todos los sentimientos que nos envuelven cuando regresamos de los casos en los que nos infiltramos. Para Derek, el sexo es su mejor válvula de escape.

No lo culpo. En la mayoría de las misiones en las que participamos hay un alto grado de peligrosidad. Tienes que mantener tu mente lo más fría posible a pesar de que las circunstancias te machaquen psicológicamente. Una vez que terminas, precisas estar en contacto con la realidad.

En mi caso, cuando termino un trabajo necesito refugiarme de vuelta a mis raíces. Viajo a mi país natal, intentando reencontrarme a mí misma para escapar de los recuerdos, pero por mucho que lo intente, por muchos kilómetros de distancia que ponga, las secuelas siguen estando ahí.

Por suerte, no siempre nuestro trabajo es estar en primera línea de fuego. No vamos todo el día empuñando nuestras armas y haciendo grandes proezas. Como es fundamental separar la

realidad de la ficción, la mayor parte del tiempo lo pasamos inmersos en el tedioso y aburrido papeleo y manteniendo al corriente los registros. Al fin y al cabo, el FBI es una burocracia y, como tal, se deben cumplir múltiples normas y regulaciones.

—Venía para ver si te apetece que te invite a cenar, ¿o has quedado con Brian?

—No hay más Brian.

Alzo una ceja al escuchar la risa que suelta Derek.

—¡Joder, Guio! Cada vez te duran menos las relaciones, ¿cuánto ha sido esta vez? ¿Cuatro, cinco meses? —Silba.

—Tres —declaro con la boca chica. La risa de Derek se convierte en carcajadas—. Deja de reírte, idiota —pido, dándole un manotazo en el hombro—. Yo por lo menos lo intento y no voy saltando de cama en cama como tú.

—Pobre Brian... —continúa, obviando mi pulla—. ¡Qué cruel eres! Seguro que le has roto el corazón. Se le veía que estaba enamorado.

Un quejido escapa de mi garganta. Escondo la cabeza entre las piernas y hablo a través de ellas:

—¡Ese es el problema! La cosa se estaba volviendo demasiado seria. En este momento no es lo que busco. Mejor dejarlo claro antes de que se crease falsas esperanzas de un futuro juntos. —La exasperación es patente en cada una de mis palabras.

A Brian lo conocí una noche en un bar. En un principio nos tentamos con la mirada. Fue él quien tomó la iniciativa de acercarse e invitarme a una copa, que acepté gustosa. Entre charla y charla, se palpaba en el aire cómo terminaría la noche entre nosotros. Fuimos a mi apartamento, donde pusimos en práctica varias posturas del *Kamasutra*. No puedo decir que Brian no fuese un amante generoso. Lo es. Lo era, mejor dicho. A la mañana siguiente me pidió el número de teléfono para volver a vernos. Ni siquiera dudé en dárselo tras la noche que habíamos pasado. Comenzamos a quedar: salíamos a cenar o a tomar algo, y siempre terminábamos en su casa o en la mía. Mis alarmas se activaron cuando poco a poco comencé a apreciar varias de sus pertenencias en mi apartamento. Al principio lo dejé pasar ya que eran cosas insignificantes: una camisa de repuesto para no tener que irse con el traje arrugado de vuelta a su casa; calzado cómodo; una cazadora... Cuando una noche apareció con su maletín, directo del trabajo, me empecé a agobiar de verdad. Me veía compartiendo una rutina y confianza para la cual no estaba preparada.

Vale que congeniábamos a nivel sexual. Puede que nuestras conversaciones no fuesen la hostia, aun así, era cómodo estar con él. Si por fuera su apariencia es seria y almidonada, su personalidad es exactamente igual. Es demasiado formal, con una rectitud que la lleva al extremo. Trabaja en una sucursal bancaria. Yo, por el contrario, a pesar de que mi trabajo dé a entender otra cosa, soy audaz, intrépida. Una de las cualidades que más valoro en las personas es su sentido del humor. Y Brian de eso carece. Por esa razón, al ver que él estaba dispuesto a llevar nuestra relación a otro nivel, tuve que cortarla de raíz.

No es que esté en contra de relaciones a largo plazo. De hecho, durante la universidad estuve en una que duró dos años.

Lo que muy poca gente sabe es que, si me decidí a impartir clases a mujeres en centros sociales, fue porque durante esa relación yo fui también una mujer maltratada.

Hay muchos tipos de maltrato. No hace falta que los golpes se vean a simple vista. En mi caso, fue un maltrato psicológico. De esos silenciosos, que no sabes apreciarlos. De los que van minando tu autoestima poco a poco hasta sentirte anulada.

Si al final puse fin a mi incipiente relación con Brian es porque comencé a ver ciertas

similitudes a la que tuve con Darrel, un estudiante de Ciencias Políticas y miembro del grupo de debate de la universidad de Albany.

Me eclipsaron sus modales, su actitud regia para lo joven que era. Se notaba a la legua que quería llegar lejos en la vida. Siempre bromeaba con él de que no me extrañaría que en un futuro se presentase a congresista. Toda mi vida he sido un poco cabeza loca, y estar con él me daba el sosiego que me faltaba.

No fui capaz de ver las señales. Nunca lo haces hasta que estar inmersa en una relación tóxica de la cual no sabes cómo salir. Dejé que me fuera alejando de mis compañeros de Jiu Jitsu alegando que se sentía fuera de lugar. Incluso, al cabo del tiempo, también dejé de practicarlo. Sin ser consciente, fue cercando mi círculo hasta que solo vivía y respiraba por y para él. Más tarde comenzó a opinar sobre mi forma de vestir. «Quizá estarías más cómoda con unos pantalones menos estrechos» o «puede que ese escote no sea adecuado para entrar a ese restaurante»; «A los hombres nos gustan las mujeres más delicadas, ¿no crees que estás demasiado fibrosa?», eran algunas de sus tantas sugerencias en cuanto a mi aspecto.

Siempre me ha gustado estar en forma. El deporte ha formado parte de mi vida. Y en cuanto a las reglas de etiqueta, siendo honesta, me han importado una mierda. Me gusta arreglarme y verme bien, pero no soy de las que siguen el protocolo a rajatabla. Sin embargo, Darrel era algo que cuidaba con sumo esmero.

Tan obnubilada me sentía que pensaba que no me costaba nada ceder, no es como que me fuese a definir en quién era por cambiar mi forma de vestir o por no practicar un deporte que me apasionaba, pero lo hace, te cambia. Cuando intentan moldearte en alguien que no eres, cambia tu actitud y tu forma de relacionarte con los demás. Llega hasta tal punto que no sabes quién demonios eres. Toda tu vida depende de la persona con la que estás y pierdes el libre albedrío. Y en ese momento es cuando viene el verdadero maltrato. Llegan los insultos, los menosprecios, el continuo sentimiento de inferioridad.

Siempre he sido una persona con gran carácter, temperamental y de personalidad fuerte. Ni en mis pensamientos más remotos hubiese imaginado que alguien sería capaz de manipularme, pero un maltratador psicológico no muestra sus cartas en la primera mano. Suelen ser encantadores, detallistas, te colman de halagos y hacen que te enamores perdidamente de ellos. Poco a poco van introduciendo sus malas artes con sutileza, demostrando su verdadera cara. Hasta que te tiene anulada, controlada y dependes emocionalmente de ellos.

No fue fácil darme cuenta. Si a alguien tengo que agradecerle que abriese los ojos fue a mi profesora de Psicología. Ella vio el proceso de mi cambio y me ayudó a salir de una relación que, si hubiese seguido su curso, habría terminado muy mal para mí.

El machaque verbal puede que no deje señales físicas, pero sí que deja cicatrices invisibles. Unas cicatrices que son difíciles de sanar. De ahí que, cada vez que un hombre intenta traspasar mis defensas, interponga una barrera emocional entre nosotros.

No es algo que me guste recordar ni compartir con los demás. Creo que es porque aún siento cómo me lame la vergüenza cada vez que recuerdo esa época. Me hace sentir débil, insegura. Me transporta a aquellos días en los que no sabía en quién me había convertido. Por eso, yo más que nadie, entiendo a las mujeres que se apuntan a mis clases. Supongo que, entre iguales, con una simple mirada sabemos reconocernos.

—No todos los hombres son como él. Lo sabes, ¿verdad? —musita, colocándome tras la oreja un mechón de pelo que se me escapa de la coleta.

Cuando fijo mi mirada en él, observo que ha desaparecido todo rastro de humor en su semblante.

Asiento.

Como es natural, Derek sabe cada uno de mis secretos. No todo el mundo tiene ese privilegio, pero desde el instante en el que comenzó a entrenarme sentí tal conexión con él que soy como un libro abierto a su alrededor.

—¿Has dicho algo de cena e invitación? —intento cambiar de tema para aligerar el ambiente, que se ha vuelto denso—. Mira que yo soy de morro fino.

Derek arruga la frente.

—De verdad, no me acostumbro a esas expresiones tuyas tan raras.

—A ti lo que te pasa es que te da envidia que sea bilingüe.

—¿Bilingüe? Y ni falta que me hace. Ni te imaginas la de gemidos que consigo arrancar con esta lengua.

Pego un salto de las gradas, apartándome de su lado, cuando la saca y comienza a moverla en mi dirección.

—¡Por Dios, Derek! ¡Eres un guarro! —exclamo con una mueca entre asqueada y curiosa.

«¡Joder, que larga! ¿Es posible que una lengua tenga esa longitud?».

—Pues imagínate cómo tengo el rabo.

Abro lo ojos porque, por lo visto y sin ser consciente, he verbalizado en voz alta mis pensamientos.

Lo miro horrorizada y Derek vuelve a reír.

Baja de las gradas y recoge mi bolsa de deporte, echándosela al hombro.

—Vamos, preciosa, si te portas bien, lo mismo hasta te dejo que eches un vistazo para que lo compruebes por ti misma. —Guiña un ojo y pone rumbo a la salida.

Me muerdo el labio y cabeceo divertida.

No añado más, ya que la noche promete ser de órdago porque, con Derek de vuelta, siento que mi vida está de nuevo en equilibrio.



Capítulo 3

Guiomar

La ley de Murphy dice: «si algo puede salir mal, ten por seguro que lo hará».

No debería haberme tomado la última copa. Ni, ya puestos, las dos anteriores a esa.

El molesto sonido del teléfono es un claro recordatorio. El soniquete entra por mi campo auditivo y perfora mi cerebro, teniendo la sensación de como si unas maracas estuviesen siendo agitadas con brío contra él.

Cada uno de mis músculos protesta cuando, con demasiado esfuerzo, lanzo una patada al otro lado de la cama.

—O lo apagas o contestas, pero haz algo para que cese ese sonido infernal de una santa vez, joder.

Un lateral de la cama se hunde y, sin quererlo, ruedo para ese lado. El simple gesto hace que suelte un gemido. Hacía demasiado tiempo que no tenía una resaca de tal magnitud. Y el culpable no es otro que el hombre que en este instante está sentado en mi cama, frotándose la cara.

—Sanders.

Suelto un suspiro cuando Derek contesta su móvil, devolviendo mi paz mental.

Con la cara enterrada en la almohada, le hago un gesto con la mano para que desaparezca y mantenga la conversación fuera del dormitorio. Está visto que hoy no será mi día de suerte pues no sabe pillar una indirecta y en el silencio de la estancia soy capaz de escuchar a su interlocutor. Las esperanzas de pasar el día vagueando caen en picado al reconocer la voz del jefe.

—Aja... Por supuesto... Sí, sin problema. —Agudizo el oído para ver si consigo distinguir lo que se dice al otro lado de la línea y solo escucho la voz amortiguada—. Eso no será necesario, el cachorro está conmigo. —El tono de voz aumenta, pero sigue sin resultar claro—. Jefe, ¿de verdad, a estas alturas, tengo que explicarle qué ocurre entre un hombre y una mujer cuando comparten la misma cama?

A pesar de lo mal que me encuentro físicamente, es sorprendente con la rapidez que me incorporo y, con todas mis fuerzas, le lanzo a Derek una almohada.

Le da en toda la cabeza, lo que hace que el teléfono móvil salga despedido y caiga contra la moqueta de mi habitación. Entre risas, Derek se agacha, lo recoge y se lo lleva de nuevo a la oreja.

—Lo siento, señor, pero alguien por aquí tiene mal despertar, ¿decía?

¡Será cabrón!

—¡EN UNA HORA EN MI DESPACHO!

Vaya... Eso lo he escuchado con extrema nitidez y me da la impresión de que no está de muy buen humor.

—¿Por qué te gusta cabrearlo tanto? ¿Eres consciente de que luego me toca aguantarlo a mí?

Agarro con las dos manos la otra almohada y se la tiro como si fuese un *frisbee*. Esta vez le da de pleno en el estómago, lo que consigue que mi compañero se encoja.

—Cachorro malo... —musita cuando se endereza, repuesto de mi vago intento por lastimarlo—. Deja que Nick se atormente imaginando cómo mancillo el honor de su pequeña.

—Para tu información, mi padre sabe que su «pequeña» —hago un gesto con los dedos, en la última palabra— es toda una mujer y que lleva una sana y activa vida sexual. Lo que a él le molesta es que le toques los cojones desde primera hora de la mañana.

—Cuidado, Guiomar, va resultar que eres más Berman que Fernández. Los dos tenéis la misma mala leche cuando abrés el ojo.

—No te equivoques. Yo soy Fernández de pura cepa. No es mi culpa que mi padre y yo compartamos al mismo tocapelotas.

—Auch, eso ha dolido —dramatiza, llevándose una mano al corazón—. Ya lo has oído, quiere vernos en una hora. Así que mueve el culo. Toda tú hueles a destilería barata.

—¿Y de quién es la culpa? Te empeñas en meterme en antros donde solo sirven garrafón.

—No, señorita. La culpa es tuya por no saber decir que no a copas gratis.

—Creo que me estoy muriendo.

Me tiro de espaldas sobre el colchón, olvidando que todas mis almohadas están en el suelo a los pies de mi amigo. Mi cabeza rebota y maldigo el dolor que me produce. Es como si todo lo que está por ahí dentro se hubiese descolocado.

Ayer, al marcharnos del centro social, Derek y yo vinimos a mi apartamento para que me duchase y cambiase para ir a cenar. Echo una ojeada hacia abajo y descubro que aún tengo puesto el vestido verde botella corto de tirantes que elegí. La diferencia es que ahora el bajo queda mucho más por encima de mis muslos; seguro que Derek está disfrutando de las vistas del tanga de encaje color negro que llevo.

Ni me preocupo en taparme, ya que nos hemos visto en circunstancias peores.

Tras recorrer distintos bares de dudosa reputación, estábamos tan borrachos cuando me acompañó a casa que no fui capaz de cuestionar qué demonios hacía cuando cayó medio desmadejado a mi lado en la cama.

—Venga, cachorro, no teatralices, sabes que, como lleguemos tarde, la bronca va a ser para ambos. No tienes escapatoria.

—¿Qué ocurriría si no me presento? ¿Se me consideraría una desertora?

—No tengo ni idea. Y mejor no tentar a la suerte. No me apetece averiguar cómo nos castigaría Nick Furia.

Me vuelvo a incorporar en la cama, apoyándome en los codos, y sonrío al escuchar el sobrenombre con el que nos referimos al jefe y, por ende, mi padre.

Me fijo en que Derek está casi completamente vestido. Se encuentra distraído abrochándose los últimos botones de la camisa azul claro. Tiene todo lo que siempre he admirado en un hombre: inteligencia, gran sentido del humor y, por qué no decirlo, un físico apabullante. Una pena que nunca haya existido sentimientos románticos entre nosotros.

—Creo que nos deberíamos casar —suelto de la nada, la sonrisa aún adornando mis labios.

—Di lugar y fecha y allí estaré. —Se me escapa la risa porque sé que, si fuese por él, así sería. Dice que somos perfectos el uno para el otro. Lo malo que «por muy buena que esté», sus palabras no las mías, «no me tocaría ni con un palo». A día de hoy, el incesto no entra dentro de sus preferencias—. Eso sí, que no sea muy próxima. Por cómo hablaba el jefe, me da que tiene un caso para nosotros.

Con rapidez gateo hasta los pies de la cama para quedar frente a él, relegando a un lado el cansancio y la neblina en mi cabeza, producto del alcohol ingerido la noche anterior.

—¿Tú crees?!

—¡Vaya! Parece que alguien está emocionada —comenta, dando un toquecito con su dedo en la punta de mi nariz.

Mi sonrisa se ensancha y no me molesto en ocultarla.

Hace un tiempo que no participo en ningún caso. Echo de menos la adrenalina y ese subidón que experimenta mi cuerpo por mantener todos mis sentidos concentrados. Me encanta impartir clases de defensa personal, aunque mi verdadera pasión es estar en primera fila intentado desentramar cualquier delito. Siempre he considerado que resulto más útil como un activo, pero no todas las misiones requieren de los mismos agentes.

—No estoy seguro —continúa Derek—, pero no veo otra razón para que nos solicite a los dos. Ya le pasé el informe de mi último caso ayer por la mañana. Tu padre no es de los que extrañen a sus agentes y quiera verles el careto día sí, día también. —«No, no lo es. Y eso solo significa que tiene algo para nosotros».

Salto de la cama y me dirijo al armario. Comienzo a sacar ropa limpia. Me decanto por unos vaqueros pitillo y una camisa negra con pequeños lunares blancos. Al girarme para conseguir ropa interior, me encuentro a Derek sonriendo en mi dirección.

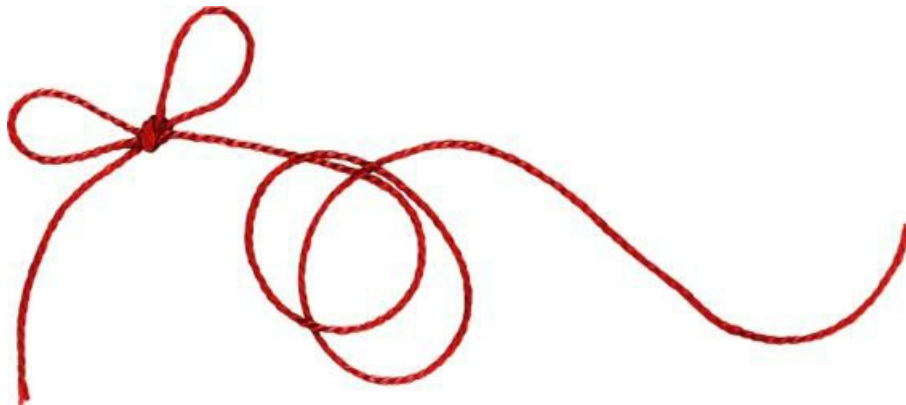
—¿Todavía estás aquí? —Miro mi reloj de pulsera y añado—: Te quedan cincuenta y tres minutos y veintisiete segundos para estar listo. Vamos, vamos, vamos, agente Sanders, deja de holgazanear en mi casa.

La risa de mi compañero es pura vida.

—Confirmamos que de casta le viene al galgo. Eres cien por cien Berman.

—¡Que te vayas! —grito, cerrando la puerta del baño con un portazo.

Cuando entro a la ducha, el agua aún está fría. Lo agradezco, a ver si así consigue borrar los rastros de la noche anterior porque ahora más que nunca debo tener todos mis sentidos agudizados para lo que esté por venir.



Igual de puntual que un reloj suizo, y a pesar del transporte público, una hora después estoy en el Downton de Manhattan, donde se encuentra una de las sedes del FBI en Nueva York. Tras

un saludo afable, les enseño a los agentes que se encuentran en recepción mi acreditación y me dan paso a las instalaciones. La mayoría de los que pisamos el edificio nos conocemos, pero es uno de los tantos protocolos por los que hay que pasar si quieres acceder a uno de los recintos más seguros de la ciudad.

Con cada paso que avanzo hacia el ascensor, se escucha el replique de mis tacones contra el suelo de mármol en color ónix. Mi mandíbula se descuelga cuando me encuentro a Derek, apoyado de manera casual, sobre la pared de enfrente del elevador, totalmente acicalado.

—¿Cómo...?

Mi pregunta queda en el aire porque de verdad no soy capaz de entender cómo ha conseguido, en menos de cincuenta minutos, ir de mi apartamento en Brooklyn al suyo en Tribeca, ducharse, arreglarse y encima llegar antes que yo. Vale que su vivienda pill a solo unas cuantas manzanas de aquí, pero con todo y con eso...

—Magia —responde, agitando sus dedos frente a mi cara.

Le lanzo una mirada suspicaz. No me lo trago. Aquí hay gato encerrado, y más pronto que tarde lo descubriré.

Me giro sobre los talones, ofuscada; tenía la esperanza de, por una vez, ganarle y ser yo la que llegase primero. Pulso los botones del ascensor.

—Otra vez será, Fernández —susurra en mi oído.

—Es imposible que te haya dado tiempo —añado, mirando al frente.

La risa que suelta tras de mí hace que me encabrone más.

En cuestión de segundos las puertas se abren y entramos. Cuando salimos en nuestra planta, Janice, la encargada de recepción de esta zona, nos informa de que el señor Berman nos espera en la sala de reuniones. Cruzo una mirada con Derek. El pique competitivo que siempre nos traemos queda olvidado, sustituido por la confusión. La cosa debe ser seria. Lo normal es que el jefe nos reúna en su despacho, no en ninguna otra sala, a no ser que esté acompañado. Y eso solo significa problemas.

Me comporto como una cría cuando, frente a la puerta, declino el gesto caballeroso de mi compañero de entrar primera y lo azuzo para que sea él quien tome la delantera. Toda esta situación me ha descuadrado y no sé qué nos espera dentro.

—Entra tú primero.

—Cobarde... Espero que, por lo menos, me cubras la espalda.

—Sí, sí, lo que tú digas.

Cuando al fin abre, me asomo con disimulo por encima de su hombro. Suelto un suspiro al comprobar que mi padre está hablando con... Espera, ¿quién es esa mujer? No me suena de nada.

—Agente Sanders, agente Fernández —nos saluda cordial. Malo... Pensé que, como mínimo, nos pondría de cara a la pared por portarnos mal—. Qué bien que hayáis llegado. Os presento a la inspectora de Homicidios Rodríguez, del Departamento de Policía del Distrito 9th.

«¿Ha dicho Homicidios?».

Todo el cachondeo, la ilusión y adrenalina que traía se me bajan de golpe. Se me forma un gran nudo en el estómago.

Me encanta participar en diversos casos: lucha contra el narcotráfico; terrorismo; bandas..., sin embargo, cuando hay un asesinato de por medio, la situación toma otro cariz. Tu trabajo nunca es satisfactorio cuando, por desgracia, empieza con un cadáver.

Cierro la puerta tras de mí. Tanto Derek como yo le ofrecemos la mano a la detective.

—Ojalá pudiese decir que es un placer, pero, dadas las circunstancias, no lo es.

Mi compañero y yo asentimos. No tenemos ningún dato. Lo que sí sabemos es que, el que ella esté aquí, no trae buenas noticias.

—La inspectora Rodríguez y el departamento de Policía necesitan de nuestra colaboración...

Mientras mi padre comienza con su introducción, no pierdo de vista a la inspectora. Su lenguaje corporal delata que no se encuentra cómoda con la situación. La entiendo, para cualquier policía no es plato de buen gusto que el FBI meta las narices en sus asuntos. Si nos piden ayuda por propia voluntad es porque todo el asunto debe ser serio de cojones.

—Espero que estéis a la altura de lo que se espera de vosotros —continúa—. No estamos aquí para apropiarnos la investigación de nadie —nos advierte con una mirada significativa—, sino para aportar nuestras técnicas, ¿entendido? Dejemos la meritoria para los altos cargos.

—¿Dónde están el agente Stevenson y la agente Daniels? —cuestiona Derek a mi izquierda.

Los mencionados son el otro cincuenta por ciento de nuestro reducido equipo. Por norma general, siempre trabajamos los cuatro en turnos de dos. Por eso me extraña que no se encuentren en la reunión.

—Se están encargando de otro asunto. —Con esas palabras, el jefe de nuestra unidad da a entender que no es asunto nuestro y que únicamente seremos Derek y yo quienes estaremos al frente—. ¿Detective Rodríguez? Cuando quiera.

—Llamadme Tessa, por favor. Bien... —Carraspea, aclarándose la garganta. Pulsa un botón del mando que sostiene y en el proyector aparece la imagen de una mujer joven—. Claire Bailey, veintitrés años. Natural de Illinois, Chicago. En el registro no constan parientes cercanos vivos.

—Se encontraba demasiado lejos de casa... —susurro con mis ojos fijos en la víctima.

En la foto se aprecia a una chica preciosa, rubia con ojos claros y llena de vida.

En el momento que Tessa cambia de diapositiva contengo el aliento, reconociendo los métodos en el crimen.

—Su cuerpo fue hallado sin vida a primera hora de la mañana. Un vecino nos avisó mientras sacaba a su perro en su primer paseo. Según el forense, el asesinato fue por estrangulamiento. Debió de suceder entre las diez de la noche y la una de la madrugada. Aún me tienen que pasar el informe completo de la autopsia, pero los primeros datos que me acaban de dar son bastante esclarecedores.

—¿Esto es una jodida broma? —pregunta Derek sin quitarle los ojos de encima a la inspectora.

—Sanders... —le advierte el jefe.

—¿En serio cree que bromearíamos con algo así? —Ella se cruza de brazos, sin amilanarse, frente a mi compañero.

No soy capaz de retirar la vista de la imagen que se reproduce frente a mí.

«The gift killer», repite mi mente. ¿Cómo es posible?

—Entonces, ¿qué es? ¿Un imitador? —murmuro. Tengo el vello de mis brazos erizado.

La detective niega con la cabeza.

—Me temo que no. La víctima tenía grabado en su nuca una serie de números. —Da paso a otra fotografía y se aprecia perfectamente a lo que se refiere. Escondido entre el pelo, en la parte inferior del cráneo, se lee 19:10. ¿Una hora? ¿Una fecha? Puede que se hayan realizado con una navaja, punzón o incluso un cuchillo de punta fina—. Hace dos años se salvaguardó información y ese dato no se hizo público, pero las tres víctimas anteriores tenían los mismos dígitos grabados. Aún no sabemos a qué se refiere. Lo que sí hemos hecho es mandar las imágenes para que se haga un análisis grafológico, y los trazos en la caligrafía son similares. Corresponde a la

misma persona: El asesino de los regalos.

Maldita sea. Se supone que ese caso ya estaba cerrado.

—¿Y John Harris?

Mi mente, en este momento, se ha convertido en una centrifugadora intentando entender la bomba que acaba de estallar frente a nuestras narices.

John Harris es la persona a la que se declaró culpable hace dos años.

Encontraron restos biológicos, su semen para ser más explícitos, en una de las víctimas. Mientras se comentaba el caso por los pasillos como el más jugoso de los cotilleos, siempre pensé que no era indicio suficiente para que se le condenase. Supongo que, tanto al departamento de Policía como a la fiscalía, no le interesó escarbar más.

Fue un juicio rápido en el que, por unanimidad, se le condenó a cadena perpetua. Cumple condena en la cárcel de Isla Rikers, ubicada en una isla entre los condados de Queens y del Bronx, en Nueva York. Es la duodécima prisión de máxima seguridad de Estados Unidos y, según la mayoría de sus reclusos, un auténtico infierno.

—A la vista está que nos equivocamos. —Tessa desvía la mirada, avergonzada.

—Joder —exhala Derek a mi lado—. ¿Usted llevaba el caso?

—No. Lo hacía el inspector Thompson.

—¿Y dónde está él ahora? ¿No debería ser quien arreglase esta cagada?

—El detective Thompson está jubilado.

Derek suelta una risa sardónica.

—Espere, no me lo diga, que lo adivino. Se jubiló justo hace dos años.

La mueca que forma la detective con sus labios es el indicio de que mi compañero ha dado en el clavo.

—Creo que eso es algo irrelevante. Lo importante es que ahora estoy yo aquí y pienso hacer las cosas bien.

—Eso dígaselo a Harris. ¿Acaso se hizo una investigación en profundidad? Me apuesto lo que sea a que ni siquiera tuvo un juicio justo. Solo fue la cabeza de turco perfecta para que el encargado del caso pudiese jubilarse lo antes posible y, ya de paso, la Alcaldía se adjudicase otro tanto en plenas elecciones. Como si lo viese.

—Sanders, nosotros no estamos aquí para juzgar los métodos de otros cuerpos de seguridad, por muy poco loables que sean —interrumpe mi padre. Por cómo aprieta la mandíbula, se nota lo molesto que está. No hay que ser muy listo para adivinar que la forma en la que se culpó a ese hombre huele a que cualquiera hubiese sido un perfecto sospechoso con tal de cerrar el caso—. Si me disculpa... Iré a hacer un par de llamadas para agilizar la libertad de John Harris. Coincidirá conmigo en que ese hombre ya ha pagado con creces una pena que no le correspondía, ¿verdad?

Si en este instante la inspectora se echase a llorar, la entendería a la perfección. Cuando estás en el lado receptor de la mirada inquisitiva del jefe de infiltrados, Nick Berman, es lo mínimo que te apetece hacer.

No lo apodamos Nick Furia sin razones.



Capítulo 4

Derek

Una vez que nos quedamos los tres solos, todo formalismo brilla por su ausencia.

—Explícame de qué va ahora el asunto —me encaro a la inspectora—. Como tu superior la jodió, pero bien, ahora queréis que nosotros os saquemos las castañas del fuego, ¿no?

—En primer lugar, agente —suelta esto último no sin cierto retintín—, el inspector Thompson no era mi superior, fue mi antecesor. Cuando se jubiló, me mandaron al Distrito 9th para ocupar su puesto. En segundo lugar, no espero que me saquen las castañas de ningún fuego puesto que quiero participar de forma activa en el caso.

—Eso es imposible.

—Técnicamente... —comienza a hablar mi compañera. Le dedico una mirada a Guiomar que hace que corte cualquier mención que rebata mi negativa.

—Lo siento por usted, agente Sanders, pero su superior ha dado el visto bueno. Por lo que, a donde ustedes vayan, yo voy. Lo que ustedes hagan, yo haré. —Rechino los dientes. La detective tiene agallas, ni se inmuta y prosigue—. Soy muy consciente de que hace dos años las cosas no se hicieron bien, no deberían haber culpado a ese hombre por, simplemente, haber echado un polvo con una de las víctimas. —«Vaya, vaya, vaya... La inspectora sabe decir obscenidades», pienso mientras reprimo una sonrisa—. Esa mujer —señala a la pantalla, donde aparece el rostro de Claire Bailey— acaba de ser asesinada. Ojalá me equivoque, pero tengo la corazonada de que no será la última. Por eso les pido que me ayuden. Creo tener una pista desde donde tirar, pero hasta que no me den su palabra de que me incluirán en todo lo sea que hagan, no la compartiré.

—Siempre y cuando no se convierta en un estorbo y no ponga en entredicho nuestros métodos de trabajo, por mí no hay ningún problema —declara Guio, dando su visto bueno.

Sé que le ha caído bien. Lo noto por la sonrisa sincera que le dedica.

Miro de una a otra. Tan distintas entre sí.

Guiomar, a simple vista, parece un ángel. Piel cremosa, pelo rubio, complexión atlética, pero menuda, y ojos verdes. A pesar de su aspecto de princesa, yo sé que es una de las mujeres más fuertes y decididas que he conocido.

En cambio, la inspectora Tessa Rodríguez tiene pinta de guerrera.

Tanto por el nombre como su tez tostada, su pelo oscuro y frondoso y sus ojos color chocolate, es un claro indicio de que tiene raíces latinas. Es alta, rozará el metro ochenta. Parece una diosa pagana sacada del mismísimo infierno para hacerte pagar por tus pecados. Lo que ella aún desconoce es que a mí me encanta pecar y que he devorado a diablos muchos más fieros de lo que aparenta ser ella.

Apoyo los codos sobre la mesa y uno mis manos frente a mí.

—Inspectora Rodríguez, ¿ha estado alguna vez en Isla Rikers? —Niega—. Yo sí. No es pura casualidad que se le denomine la cárcel de los horrores. —Guio, a mi lado, se remueve en su silla. Sabe a lo que me refiero. En su instrucción la llevé conmigo en una ocasión para que tuviese claro a los tipos de persona que tendría que hacer frente. Y aviso que salió de allí tocada—. Las peleas, los abusos y los altos índices de suicidios son un claro ejemplo de que ese lugar no es un patio de recreo. He llegado a ver a los delincuentes más sanguinarios del país llorar mientras me suplicaban que estarían dispuestos a vender a quien hiciese falta con tal de que los cambiasen de cárcel.

—John Harris no es una hermanita de la caridad —me rebate.

—No, no lo es. Seguí el caso —informo—, pero solo tenía delitos menores. No puede comparar robo, delincuencia urbana ni el menudeo de ventas de estupefacientes con el tipo de criminales sin escrúpulos que allí hay encerrados.

—Se le condenó por triple asesinato.

—A la vista está que injustamente —aclaro.

—¿Qué es lo que quiere conseguir con esto? ¿Que asuma que el departamento de Policía y la justicia se equivocaron? Sí, lo hicieron. Por eso, esta vez no se nos permite ningún margen de error. John Harris será puesto en libertad y será compensado con una mensualidad por la Administración, se le conseguirá un empleo...

—¡No se trata de eso, joder! —grito a la vez que estampo la palma de mi mano contra la mesa. La inspectora Rodríguez parpadea por mi salida de tono mientras mi compañera me sostiene del antebrazo para que me sosiegue—. Le aseguro que el hombre que entró allí no tendrá nada que ver con el que saldrá. Ninguna compensación será lo bastante alta como para mitigar todo por lo que habrá pasado. ¿Quiere formar parte de nuestro equipo? Estupendo, actuará según nuestras reglas. —Observo cómo abre la boca para añadir algo, sin embargo, la corto—. Si me va decir que es su caso, descuide, cuando se atrape al asesino, porque tenga claro que lo haremos, le cedo todos los honores, si hay que infiltrarse y usted quiere participar, en ese aspecto estará bajo nuestras órdenes. —Me sostiene la mirada durante unos segundos, lo que consigue impacientarme—. ¿Qué va ser, inspectora? ¿Acepta o no?

—Acepto —no lo duda—, pero con condiciones. No haremos nada que raye lo ilegal.

La inspectora desvía sus ojos a Guiomar al escuchar la risa que se le escapa. Reprendo a mi compañera con la mirada cuando suelta un «suerte con eso».

—Eso ya se decidirá llegado el momento. —Intento desviar el asunto a lo que importa—. Ahora, si es tan amable, nos encantaría escuchar de qué trata esa pista y así poder prepararnos para las mierdas en las que nos tengamos que meter.

Tessa

Con manos temblorosas, abro la carpeta con toda la documentación relacionada con el asesino de los regalos.

Cuando hace dos años me ascendieron y destinaron a la comisaría de la 9th como inspectora de Homicidios, nunca imaginé que me tocaría reabrir este caso.

Bien es cierto que mi ascenso para ocupar el puesto del detective Thompson no cayó en agrado. De hecho, era una plaza que tenía demasiados pretendientes dentro de la Jefatura de Policía. Por eso mis inicios fueron complicados. Puede que, tras casi dos años después, sigan sin ver con buenos ojos que yo esté en ese cargo.

No entendían que una simple agente del distrito 32th hubiese ascendido a inspectora y

logrado, con tan solo treinta años, entrar en una comisaría como la novena. Pero nadie me regaló nada. Durante años me esforcé para conseguir ese puesto.

No fue casualidad que intentase conseguir plaza allí. El distrito de la novena cubre parte de los vecindarios de East Village, Alphabet City, NoHo y Lower East Side, este último también conocido como Loisaida por su afluencia de comunidad puertorriqueña, a la cual pertenezco.

Este vecindario se comparte con el distrito de Policía 7th, solicité plaza en ambos ya que, aparte de proteger a todos los ciudadanos, quería hacerlo especialmente con los de mi comunidad. Por mucho que la vida haya avanzado, pesándome mucho, sigue habiendo discriminación racial. Y eso era algo que desde que entré como agente de policía me propuse cambiar. Puede que una simple persona no pueda hacer demasiado, pero si en mi mano estaba aportar un granito de arena para un mundo mejor, diese igual la raza, sería menos que nada.

Cabe decir que el haber tomado la decisión de pedir ayuda al FBI va ser un punto añadido en no alcanzar popularidad dentro de la comisaría, pero no es algo que me preocupe. Es un precio a pagar con tal de que al fin se haga justicia a las víctimas, entre ellas John Harris. Puede que a él no lo haya asesinado, aunque la suerte que ha corrido ha sido igual de atroz.

No negaré que me han molestado las palabras del agente Derek Sanders, y la única razón es que esconden más verdad de las que me gustaría admitir.

En el momento que me puse al mando, comprobé que muchos antiguos casos se habían cerrado sin una investigación coherente. Se notaba que se habían ejecutado con prisas, sin pistas fehacientes. Se lo expuse a mi comisario y la única respuesta que recibí fue que no removiese temas del pasado.

No me hice policía para llevar una vida cómoda y holgada. Como digo, lo hice para ser parte del cambio, y si ese cambio debe empezar desde dentro, que así sea. Me da igual cosechar enemigos a lo largo del camino.

—No sé si será una pista como tal, pero hay que empezar por algún sitio. —Me encojo de hombros mientras comienzo a explicarles—. Tras pasar la lámpara de rayos UV a Claire Bailey, hemos comprobado que en su muñeca derecha tenía un símbolo. —Les ofrezco la imagen, en ella se aprecia en el brazo de la víctima dos cuadrados superpuestos. Uno de ellos girado cuarenta y cinco grados, lo que da la sensación que forma una estrella de ocho puntas—. Mientras llegaban, he estado buscando información en la red respecto al símbolo. Se trata de la estrella de Lakshmi. En la religión hindú representa a la diosa con dicho nombre.

—No se trata de eso —comenta el agente Sanders, cortando mi teoría.

—Ah, ¿no? Y lo sabe por...

Dejo la frase a medias y me cruzo de brazos, molesta. Si cada comentario que suelte me lo va a rebatir, creo que va a resultar complicado que llevemos juntos la investigación.

Odio la sensación de hormigueo que experimenta mi cuerpo cuando alza los ojos, centrándolos en mí, y me dedica una sonrisa de medio lado.

—Tranquílcese, inspectora. No digo que no lleve razón, digo que en este caso no se ajusta a ese término —comenta condescendiente, como si le resultase graciosa mi actitud—. Lo sé porque lo he visto en otras ocasiones. —Vale, por mucho que me moleste, eso es... bueno—. Estas ocho puntas, por mucho que se parezca, no representa a la estrella de David o a la que usted ha mencionado y me es imposible repetir el nombre. —Sonríe en mi dirección—. Representa un octógono, la estructura que se emplea para practicar las Artes Marciales Mixtas. Este es —da un golpe con su dedo índice a la fotografía, donde aparece el símbolo— el sello con el que te marcan para que puedas acceder al lugar donde se desarrollan peleas clandestinas.

Tiene sentido.

—Te veo muy familiarizado con el tema —comenta suspicaz la agente Fernández a su lado.

—Lo estoy porque hace un par de años participé en alguna que otra pelea como luchador.

—¡¿CÓMO DICES?! —En este punto, la chica se ha encaramado a la mesa y parece como si se fuese a comer de un simple mordisco a Derek Sanders—. ¿Cómo yo no sabía nada de ese asunto?

—Por favor, Guiomar... —El agente Sanders rueda los ojos con actitud cansada—. Uno tiene sus secretos.

La tal Guiomar —que, por cierto, ¿qué tipo de nombre es ese?— lo evalúa a conciencia con el ceño fruncido. No hay que ser muy listo para apreciar en sus ojos lo dolida que se siente. Supongo que para Derek tampoco pasa desapercibido, ya que le rehúye la mirada. Leo culpabilidad en cada gesto.

—Pensé que entre nosotros no había secretos. —La frase ha sido apenas susurrada y hace que me remueva incómoda en mi sitio porque siento que estoy invadiendo la intimidad ajena.

Sin poderlo evitar, me encuentro preguntando:

—¿Vosotros dos sois...?

Ni siquiera hace falta que termine la frase. Saben que me refiero a si son pareja ya que ambos contestan al unísono, y respuestas demasiado opuestas.

—Sí.

—No. —Ella, tras su negativa, añade—: Y ahora también pongo en duda que seamos amigos.

Tras unos segundos, en los que los tres permanecemos en un silencio demasiado incómodo, me aclaro la garganta e intento reconducir la conversación.

—Está bien, ¿por qué no dejamos los problemas personales para otro momento y nos centramos en el caso? Agente Sanders...

—Derek.

—¿Qué?

—Prefiero que, ya que vamos a trabajar juntos, nos tuteemos, si a usted le parece bien

Algo ha cambiado en él. Ya no se encuentra tan a la defensiva como hace unos minutos. Creo que el sentir que ha decepcionado a su compañera lo hace vulnerable y ha conseguido bajar sus reservas incluso conmigo.

—Claro, por mí no hay problema —afirmo—. Lo que iba a decir es que nos cuentes todo lo que sepas respecto a esto. —Toqueteo el símbolo que aparece en el brazo de Claire Bailey.

—Como has podido comprobar, es un sello transparente. Solo es visible cuando se proyecta luz ultravioleta contra él. Pertenecía a una organización que se dedicaba a planificar peleas ilegales. No solía tener una ubicación fija, cada vez se desarrollaba en un sitio diferente y te avisaban a través de Telegram. Según mi contacto, la persona que hizo que accediese...

—¿Incluso tienes un contacto? —bufa Guiomar, interrumpiendo la explicación—. ¿Sabe ese contacto a qué te dedicas realmente?

—¡¿Estás loca?! Pues claro que no, ¿crees que soy estúpido?

—Ah, no sé... Eres tú el que tienes secretos. Estoy en mi derecho de preguntarte antes de que se vaya la misión al traste. Imagínate que supiesen quién eres.

La mirada incendiaria que le dedica Derek hace que me estremezca. Por lo visto a Guiomar no le afecta, ya que se la mantiene sin titubear.

—Te recuerdo que soy el mejor en cuanto a delitos cibernéticos se refiere y que puedo borrar la vida de cualquiera —masculla él entre dientes—. Por mucho que quiera escarbar alguien en mi vida, solo encontrará lo que yo quiera que encuentre.

Con una parsimonia que me encantaría imitar, le contesta ella con un gesto de indiferencia.

—Muy bien. Ya que te has pavoneado un poquito con tus «cualidades de delincuente», prosigue.

Soy incapaz de reprimir la carcajada, lo cual hace que reciba una mirada asesina por parte de Derek y una sonrisa de Guiomar.

—¿Te hace gracia la situación?

—Ninguna —contesto. Sin embargo, la sonrisa que aún muestro en los labios me delata de todo lo contrario—. Continúa, por favor.

Antes de seguir, Derek se cruza de brazos y alterna la mirada entre Guiomar y yo. Me fijo en ella, que me dedica un guiño pícaro. Dios, ya la adoro y aún no la conozco. Presiento que nos vamos a llevar bien.

—En este tipo de peleas, las cantidades económicas en las apuestas eran bastante elevadas. De ahí que se intentase cambiar cada noche de lugar. Había mucho dinero en juego y a nadie le apetecía que se destapase.

—Hablas en pasado.

—Así es —afirma—. Hasta donde yo sé, desde hace dos años no se ha vuelto a organizar ninguna. Hasta ahora, por lo visto.

Hace un gesto hacia la imagen de Claire.

—Pero hace dos años fue...

—Ajá.

—¡Madre mía! Hace dos años es cuando se arrestó a John Harris y cesaron los asesinatos. No puede ser casualidad, ¿verdad? —comenta Guiomar, poniendo voz a lo que todos pensamos.

—Dudo mucho que sea casualidad. Puede que ni siquiera lo comprobasen, pero me apuesto lo que sea a que las anteriores víctimas también tenían ese símbolo en la muñeca —lanza Derek en mi dirección.

—No me consta que esa información estuviese en los anteriores informes.

—Bueno, ya ha quedado claro que la última vez hubo demasiadas negligencias y no se recabó toda la información. —Siento cómo me sonrojo cuando vuelve Derek a poner de manifiesto la incompetencia policial—. Escribiré a mi contacto y le preguntaré por el tema. Según lo que me diga, puede que esta noche sea necesario infiltrarnos.

—Espera, espera, espera... ¿No deberíamos crearnos antes unas identidades falsas y tratar el tema para que no existan lagunas?

En esta ocasión son ellos los que se miran entre sí de manera cómplice. El brillo que desprenden sus miradas hace que me tense.

—Tessa, me parece que has visto demasiadas series policiacas —dice Guiomar—. Esto no va así. Por lo menos, nosotros no trabajamos de esa forma. Nada de identidades falsas, nada de inventarse una vida. Eso hará que el margen de error sea menor y no te maten por ello. Ya has escuchado a Derek, es el mejor en cuanto a delitos cibernéticos se refiere. Déjalo en sus manos. A partir de este momento, simplemente eres Tessa Rodríguez. La inspectora de policía desaparece aquí y ahora.

Los observo con los ojos como platos de abiertos. ¡No pueden estar hablando en serio!

—Pero eso sería una imprudencia y una...

—¿Locura? —termina Derek por mí.

Asiento. No sé qué más decir.

Sigo los movimientos de Guiomar, como si fuese un halcón, cuando se pone en pie y se acerca hasta mí. Me pongo rígida al envolverme entre sus brazos y susurrarme al oído.

—Bienvenida a nuestro mundo.



Capítulo 5

Mason

Existen dos grandes razones para participar en peleas clandestinas: o tienes el ansia de liberar tus ganas de violencia o la necesidad de conseguir una buena suma de dinero a través de tus puños.

Nunca he sido tan estúpido de querer partirme la cara con alguien a quien ni siquiera conozco a no ser que tenga un buen motivo. Y el dinero rápido parece que lo es. Por eso, supongo que yo entraría en el segundo grupo de por qué lucho.

Por muchos trabajos que consiga, por mucho que me parta la crisma trabajando, las deudas me absorben por completo.

Estoy acostumbrado a sobrevivir en la más absoluta de las ruinas. Puede que nunca haya sabido lo que era vivir de manera holgada. Que mi vida no ha sido fácil no es un secreto. Sé lo que es tener que subsistir cada día, sacrificarte para llegar a fin de mes, pero, a pesar de todo, nunca me había encontrado en la debacle financiera en la que estoy enredado desde que heredé todos los pufos en los que se fue metiendo mi hermano.

Johnny y yo nos criamos en un hogar totalmente desestructurado. Con un padre ausente que pasaba largas temporadas en carretera debido a su trabajo como camionero y una madre con un amor ferviente hacia el alcohol. Creo que si papá aceptaba más encargos de los recomendables era por el simple hecho de no tener que darse de bruces con la cruda realidad que se vivía en aquella casa, porque a eso no se le podía llamar hogar. Un hogar es donde encuentras estabilidad, calma y paz; lo nuestro solo era un lugar físico donde residíamos de forma habitual.

Se dedicó en cuerpo y alma al trabajo, abandonando por el camino a su familia. Tanto es así, que incluso consiguió arrebatarle la vida.

Yo apenas tenía seis años cuando mi padre falleció a causa de un accidente de tráfico, por lo que tengo vago su recuerdo. Lo que no se me olvida fueron los años que sucedieron tras su muerte. Al haber estado trabajando de manera ilegal, sin ningún tipo de contrato que lo respaldase, tras su muerte no nos quedó nada.

He experimentado lo que es pasar hambre, vivir rozando la mendicidad. Lo único que podíamos llevarnos a la boca era gracias a la ayuda de los comedores sociales. Mamá, lejos de

sacar las garras y luchar por tirar adelante con un par de críos de diez y seis años, se hundió aún más en su desgracia. Durante los siguientes cinco años nuestra casa se convirtió en un gran desfile de hombres, aunque ninguno de ellos se quedó el tiempo suficiente, y mucho menos aportó alguna ayuda; más bien era una carga, otra boca más que alimentar.

A pesar de la mediocre vida que llevábamos, era feliz porque lo tenía a él, a Johnny, mi hermano, quien nunca me falló. El que, pese a su corta edad, siempre intentó, dentro de sus posibilidades, que no me faltase lo básico.

Johnny siempre ha sido una persona resolutiva. Nunca pensaba en las consecuencias cuando se metía en cualquier tipo de problemas. Su única preocupación era conseguir algo de dinero para que pudiésemos vivir. Aún le quedaban meses para cumplir la mayoría de edad cuando consiguió un apartamento para los dos y dejamos atrás nuestra antigua casa y a nuestra madre. Creo que si esperó tanto para escapar del nido fue para asegurarse una estabilidad y poder llevarme con él.

Con catorce años pasé al cargo de mi hermano, apenas un adolescente cuatro años mayor que yo. No hubo visitas de Servicios Sociales, pues Johnny durante años intentó mantenerse en un perfil bajo para que eso no sucediese. Tampoco hubo quejas por parte de nuestra madre. Supongo que para ella fue un gran alivio desprenderse de nuestra carga.

—Mason, nadie puede saber que estamos por nuestra cuenta, lo entiendes, ¿verdad?

Esas eran las palabras que escuchaba cada mañana antes de salir del apartamento dirección al instituto en mi adolescencia.

Una vez que terminé la secundaria, quise dejar los estudios y ponerme a buscar un empleo. Nunca le preguntaba de dónde sacaba el dinero, pero no hay que ser muy listo para saber que Johnny no lo conseguía de forma muy legal.

Se negó, alegando que yo era el más listo de los dos y que aprovechara la oportunidad que me brindaba de poder estudiar. Ya tendría tiempo de trabajar. Con bastantes reticencias por mi parte, claudiqué y terminé los estudios, hasta que cumplí la mayoría de edad y tocó el turno de ir a la universidad, me negué.

Siempre se me han dado bien los deportes y podría haber accedido a algunas de las becas que ofrecían. Sé que Johnny me hubiese animado, pero si no decidí mandar ninguna solicitud de admisión fue porque, a la larga, los créditos estudiantiles lo hubiesen llevado a meterse en verdaderos problemas.

Lo que nunca imaginamos es que los problemas, por mucho que intentes esquivarlos, en más ocasiones de las que te imaginas son ellos los que te encuentran.

Ese dicho que dice: «después de la tempestad, llega la calma», bueno..., es cierto, y a nosotros nos pilló justo a la inversa, totalmente desprevenidos; nos arrasó un huracán.

Tras muchos años intentando buscar nuestro lugar, parecía que la vida nos daba una tregua.

No quiero decir que Johnny se reformase por arte de magia y fuese un ciudadano modélico. Cuando toda tu vida te has rodeado de delincuencia es complicado bajarte de ese tren. Una vez que me establecí por mi cuenta y me convertí en una persona solvente por mis propios medios, debería haber cogido las riendas de su vida. En lugar de eso, miraba hacia otro lado con tal de no terminar como siempre lo hacíamos cada vez que sacaba el tema: discutiendo. Por muchos trapicheos que Johnny se trajese o por muchas deudas que acumulase, lo tenía controlado. Y eso me daba cierta tranquilidad, hasta que hace dos años lo condenaron por triple homicidio.

Conozco a mi hermano, ha ido saltando de delito en delito, pero siempre ha sido por necesidad, por tener que criarme cuando él todavía necesitaba que lo cuidasen. No intento justificar sus actos, en su mente solo quería que llevásemos una vida mejor. Simplemente se ha

metido en problemas por sobrevivir. Lo que tengo claro es que no es ningún asesino. Por mucho que lo juzgasen, nadie me hará pensar lo contrario.

Tras lo sucedido, me sentí impotente. A punto estuve de cometer una locura al presenciar la desesperación en la cara de mi hermano. En la vida lo había visto tan aterrorizado como cuando dictaminaron sentencia. Grité, lloré, peleé porque se hiciese justicia. De nada sirvió. No podíamos pagar un buen abogado, se nos asignó uno de oficio. No digo que Abigail Cheng, nuestra abogada, no hiciese bien su trabajo. Puso el resto, se esforzó al máximo, pero cuando no tienes ni recursos y toda la Administración está en tu contra, poco más pudo hacer.

Levanto la vista de mi Honda Rebel 500 del 2017, a la que le estoy cambiando el tubo de escape. La suerte de trabajar en un taller de motocicletas, aparte de poder conseguir esta preciosidad de segunda mano a un buen precio, es que todas las piezas que necesito las adquiero a precio de coste. Escucho cómo Pitt, mi jefe, grita mi nombre mientras cruza la Avenida C sin aliento.

—¡Mason! ¿Te has enterado?

Al llegar hasta donde me encuentro, inclina su torso y apoya las manos sobre las rodillas, jadeando. Le he dicho que ya no es ningún chaval y que debería cuidarse. Esa protuberante barriga que se le pronuncia a través del mono de trabajo, por mucho que insista en decirlo, no es la curva de la felicidad y sí tiene que ver con la panceta que incluye en su dieta.

Llevo trabajando en Pitt's Motors, a tiempo parcial, ocho años. No es un trabajo que esté muy bien remunerado, por eso suelo compaginarlo con otros empleos, pero sé que es el único que nunca sería capaz de dejar. Me apasiona el mundo del motociclismo. Siento que es una especie de terapia para mí estar rodeado de cilindros, válvulas, correas de acondicionamiento... Otro punto por el que me sería difícil abandonar este sitio es porque es de los pocos a los que siento arraigo. Pitt, desde que empecé a trabajar con él con tan solo veintiún años, se convirtió en una especie de padre para mí. Al carecer de figura paterna, sin tan siquiera pedírselo, él se agenció el título.

Agarro un trapo mientras me pongo en pie e intento limpiarme las manos, llenas de grasa de motor. No lo consigo. Sé que tendré que pasar un largo tiempo debajo de la ducha para que mis manos queden limpias y, aun así, nunca quedan lo bastante decentes.

—¿De qué? —cuestiono su pregunta, mostrándole una sonrisa.

Pitt, un hispano en edad de jubilarse, aparte de ser el dueño del taller es un gran cotilla al que le encanta pasar las horas, que sabe que yo cuido de su negocio, informándose de todo cuanto ocurra en el vecindario.

—Han encontrado el cadáver de una chica cerca de Tompkins Squart Park.

Tompkins Squart Park es el parque más famoso del barrio Ciudad Alfabeto, que se encuentra a unas pocas manzanas de distancia del taller.

Siento cómo todos los músculos de mi cuerpo se endurecen ante sus palabras. Me echo el trapo, que aún sostengo en las manos, por encima del hombro y me giro, dándole la espalda.

—No, no la sabía. Lo siento por esa chica.

Mi voz suena fría, distante. No es que sea un jodido insensible, pero este tipo de temas no me gusta tratarlos por la parte que me toca.

—¡No lo entiendes, muchacho! —exclama. A pesar de su edad y su físico, Pitt se mueve con agilidad. Se pone frente a mí, cortándome el paso—. Creen que ha sido ÉL —me informa, posando sus manos sobre mis hombros.

Agradezco que me sostenga pues, en este momento, temo estamparme todo lo largo que soy contra el suelo. Siento que el corazón comienza a tronarme de forma exagerada dentro del pecho.

—¿Estás seguro? —pregunto con la voz ronca.

Observo a Pitt, que asiente con la mirada vidriosa y quizá... puede que incluso esperanzada. Antes de que le pregunte por cualquier dato —si hay alguien en este barrio que tenga información, ese es Pitt— suena mi teléfono móvil.

Con manos temblorosas, rebusco en los bolsillos del pantalón vaquero que utilizo para estar en el taller. En el instante que leo en la pantalla el nombre de quién me llama, mis ojos se cruzan con los de mi jefe, y sé que no mentía.

—Es Abby.

—¡Cógelo! ¿A qué esperas?

Le hago caso cuando me apremia, impaciente. Con los temblores que me recorren me cuesta deslizar el icono de la llamada. Mi cuerpo está tenso, cada gesto que hago me supone un gran esfuerzo.

—Dime, Abby.

Por suerte, aún soy capaz de vocalizar y unir dos palabras seguidas. Toda una proeza dado en el estado en el que me encuentro.

Me llevo la mano que tengo libre al pecho. Puede que esté sufriendo un infarto, pues el dolor que siento ahí es insoportable. La verdad es que no me pillan bien morir en este instante, por lo menos necesito atender esta llamada.

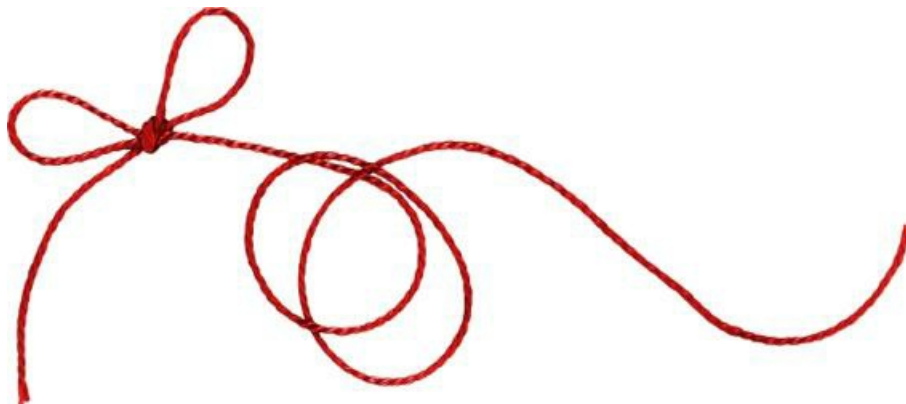
—¡Mason! Oh, Dios mío, ¡Mason! —Por la forma que repite mi nombre, se nota que Abby está llorando. Eso hace que se me forme un nudo en la garganta—. ¡Es libre! ¡Me acaban de avisar de que van a liberar a John!

Me llevo la mano a la boca y aprieto los ojos con fuerza. No sé lo que ocurre a continuación, solo sé que me derrumbo. El móvil ha desaparecido de mis manos y me da igual. En mi mente solo hay espacio para dos simples palabras: «Es libre».

Dicen que la esperanza es lo último que se pierde. Puede parecer una estupidez, pero, a pesar de que nunca dieron indicios de que Johnny tendría alguna oportunidad de que se reabriese su caso, yo siempre fui optimista.

Tras la detención de John, me matriculé en la carrera de Derecho a distancia para en un futuro poder ayudar a mi hermano. Llevo dos años estudiando y, con cada cosa que aprendo, compruebo que a Abby no la dejaron hacer bien su trabajo. Es algo que hemos hablado en más de una ocasión. Ella, desde aquel momento, se convirtió en una persona importante en mi vida. No tenía por qué, aunque el caso de John se lo tomó como algo personal al verse coartada su capacidad de abogada. Ambos, junto a Pitt, teníamos claro que él no fue. Albergábamos la esperanza de que el verdadero asesino en algún momento cometiese un fallo.

Y... Joder. Por fin ese día ha llegado.



—¿Me estás escuchando siquiera?!

«Ni una puta palabra», pienso.

Desde que esta mañana recibí la llamada de Abigail, el día se convirtió en una auténtica locura, en el buen sentido de la palabra, pero locura, al fin y al cabo.

Siento un incipiente dolor de cabeza que en cuanto vaya hacia donde me dirijo esta noche no tengo duda de que irá a más, ni siquiera eso es suficiente para que mi buen humor cambie. Lo que sí me resultan molestos son los continuos sermones moralistas de Abby.

—Ya lo hemos hablado. Por el momento no puedo dejarlo, mucho menos ahora.

Me sorprende de lo paciente que sueno. Y mucho más cuando mis músculos protestan a causa del esfuerzo al que los someto.

Este tema de conversación no es nuevo. Resulta agotador tener que repetirme y justificarme siempre.

—Yo creo que ahora sería perfecto, y lo más idóneo dadas la circunstancias.

Balanceo las piernas y de un salto me suelto de la viga que cruza la mitad de mi apartamento. La cual, por cierto, me viene de lujo para hacer dominadas. Sacudo los brazos mientras me acerco a Abby y tomo asiento en la mesa baja, quedando justo frente a ella, sentada en el sofá.

No puedo evitar que me asome una sonrisa al observar lo cómoda que se encuentra. Está sin zapatos, con las piernas subidas al asiento y dobladas debajo de su trasero mientras abraza uno de los cojines contra su pecho. A día de hoy, aún me sorprende lo bien que nos llevamos.

Cuando encerraron a Johnny, me encontré perdido, desubicado en mi propia vida. Puedo conocer a mucha gente, pero eso es lo que son, conocidos. Johnny, aparte de ser mi hermano, era mi único amigo, la única persona en la que confiaba en el mundo. Pitt no cuenta, ya que con él no puedo comentar muchos temas que lo único que conseguiría sería escandalizarlo dada nuestra diferencia de edad, por lo que hace dos años comprobé lo que significaba la soledad. La ausencia de mi hermano a punto estuvo de hacerme caer en picado. Hasta que Abigail Cheng, en su afán de intentar ayudar a las causas perdidas, poco a poco, y trabajándose mucho, se hizo un hueco en mi vida. A día de hoy puedo decir que es la única amiga verdadera que tengo, esa persona que no se arrima con el fin de conseguir algo de ti.

Puede que nos conozcamos desde hace poco, aun así, siempre he pensado que la amistad no se mide en el tiempo, sino en el grado de intensidad de confianza que depositas en una persona. Y puedo decir que ella se ha ganado la mía con creces.

—Antes de entrar en prisión, John debía mucho dinero. ¿Crees que a esos buitres les importará por lo que ha pasado? —Observo cómo Abby se muerde el labio inferior, consternada. Intento suavizar mis palabras. Nunca lo hemos hablado, sin embargo, no se me ha pasado por alto cómo sus mejillas se sonrojan en presencia de mi hermano. Alberga sentimientos hacia él, y me apena porque me temo que no son correspondidos—. Quiero que mi hermano comience una nueva vida, una lo más limpia posible. Si para ello tengo que partir unas cuantas caras para pagar sus deudas, lo haré.

—Pero... ¿El Cubo, Mason?

El Cubo es donde se organizan las peleas clandestinas más salvajes en las que he participado.

Si soy un apasionado de practicar artes mixtas es porque aprendí del mejor.

Mi hermano, dadas sus cualidades físicas, encontró en la lucha la mejor forma de que saliésemos a flote. Con cada pelea que ganaba más popularidad alcanzaba dentro del mundillo. Eso le hizo conseguir mucha pasta, ya se sabe que el dinero es codicioso, y cuanto más tienes

más quieres. Comenzó a coquetear con las apuestas. Al principio eran sumas de dinero sin importancia, aunque en el momento que comprobó que triplicaba las ganancias, esas cantidades fueron aumentando.

Decía que tenía que aprovecharse de las oportunidades favorables que se le presentaban, pero la suerte no siempre es tu compañera, y cuando tiende a desaparecer toda tu vida se rige en volver a recuperarla, llegando a obsesionarte con ello.

Cuanto más dinero perdía, más apostaba la siguiente vez para intentar recuperarlo. Daba igual a lo que fuese: carreras de coches, de caballos, partidos... Existe un amplio abanico de posibilidades en cuanto a las apuestas se trata, pero detrás de cada jugada ilegal se encuentran los prestamistas, personas a las que poco les importa tus circunstancias; lo único que les interesa es recuperar su inversión, incrementada con abusivos intereses.

Dentro de El Cubo mi hermano era uno de sus luchadores imbatibles. Tras el escándalo que suscitó su detención, dejaron de practicarse peleas. Supongo que los organizadores prefirieron desaparecer antes de que, a causa de la investigación que involucraba a Johnny, se descubriese el pastel. Hace unas pocas semanas, Trevor, amigo de mi hermano y el que le conseguía peleas, me informó de que El Cubo estaba de vuelta. No dudé ni un segundo en que me metiese como luchador al pensar que, con unas cuantas peleas, seré capaz de pagar las deudas de Johnny.

Ahora más que nunca tengo que deshacerme de ellas. Como he dicho, necesita una oportunidad de comenzar una nueva vida, y en mi mano está que esa vida no se vea empañada por ningún asunto del pasado.

—¿Tan poca fe tienes en mí? —le cuestiono, alzando una ceja a su reticente pregunta.

—No te hagas el ofendido —descarta con un gesto de mano—. Lo que menos me apetece es, ahora que liberan a un hermano, tener que defender a otro por intentar hacerse el héroe.

—Bueno, el héroe es el que siempre liga más. —Me encojo de hombros.

—¡Oh, por favor! Eres imposible. —Abby me aparta de un empujón. Mete los pies en los zapatos, se levanta y se dirige a la puerta del apartamento, molesta. Antes de abrir, se gira, señalándome con un dedo—. Tienes suerte de que no haya dado la voz de alarma a ese tipo de prácticas ilegales. ¿Quién sabe? Lo mismo hago una llamada y doy un chivatazo.

Me pongo en pie y me acerco a su lado, sonriendo.

—¿Por qué te crees que nunca he querido compartir ninguna ubicación contigo? —Abre la boca ofendida, y añado entre risas—: Es broma, es broma. Sé que nunca me delatarías. Te caigo lo suficientemente bien.

Se cruza de brazos y frunce el ceño. Sus rasgos medio asiáticos se pronuncian más con el gesto, lo que me produce gracia. Suelto una carcajada y la rodeo con mis brazos.

Aunque se deja hacer, no me devuelve el abrazo, por lo que la estrecho con más fuerza.

—Espero que eso último que dices no se te olvide cuando en unos días regrese John y me echas a un lado.

Es mi turno de fruncir el ceño. La aparto un poco, sin embargo, mantengo mis manos sobre sus hombros.

—¿A qué viene eso?

Me rehúye la mirada, posándola en el suelo.

—Bueno, no es ningún secreto que tu hermano me odia.

—¡Que estupidez! ¡John no te odia! —exclamo, descartándolo.

—Aja... —Se gira escéptica, alejándose de mí para recoger su bolso.

—En serio, Abby, no te odia —repito.

—Me tolera porque no le queda más remedio, pero, créeme, no puede ni verme. ¿Sabes la

de veces que me ha mandado a la mierda y ha pedido que deje de visitarlo?

—Eso no significa nada. También me lo ha pedido a mí y soy su hermano.

—Lo tuyo es totalmente distinto. A ti te quiere y evita que lo veas en sus momentos más bajos. Sin embargo, a mí me odia. Y lo entiendo, ¿sabes? Soy una de las causantes de que esté encerrado. No hice nada para que eso no ocurriese.

—Eh, oye, no digas eso. Tanto John como yo sabemos que hiciste todo lo que pudiste. Si no se pudo más es porque no te lo permitieron. Sé que a mi hermano le pierden las formas, pero dale tiempo, ¿sí? En cuanto te conozca un poco más, caerá rendido igual que hice yo.

Observo cómo se ruboriza con mi halago.

—Tú solo me soportas porque te conviene. No vas a encontrar a otra tutora mejor que yo para que te dé clases particulares.

—Me has pillado —suelto con humor. Es cierto, en cuanto me inscribí en la escuela de Derecho, Abby se proclamó mi tutora. Y es una muy buena, todo hay que decirlo. Sin su ayuda no hubiese sido capaz de aprobar ni un puñetero examen—, pero eso no es todo, eres mi amiga.

—Al escuchar mi última palabra, se le encharcan los ojos de lágrimas—. Y a los amigos nunca se les da la espalda.

Tras un suspiro hondo, asiente. Se restriega los ojos, intentando recomponerse, y abre la puerta. Antes de marcharse, se gira y añade:

—Muy bien, amigo. Intenta que esta noche no te desfiguren esa cara fea que tienes.



Capítulo 6

Mason

Un par de horas después de que Abby se marchase de mi apartamento, estoy aparcando mi moto a la espalda de un almacén abandonado, cerca del parque Riverside. Observo a un grupo de personas que rodean el edificio y los sigo, ya que no me cabe la menor duda de que nos dirigimos al mismo sitio. Se aprecia que el lugar, por norma general, es solitario, pero esta noche hay una gran afluencia de vehículos.

Cuando tuerzo dirección a la fachada principal, no tardo en ver a Trevor. Está fumándose un cigarrillo mientras charla con los tipos de seguridad que controlan el acceso.

Me recoloco la bolsa de deporte que me cuelga del hombro y me acerco hasta ellos con las manos metidas en los bolsillos.

—¡Ey, Mutt!

Trevor me saluda. Le da una última calada al pitillo y lanza la colilla al suelo cuando estoy a un palmo de ellos.

En este círculo todos me llaman por mi sobrenombre: Chucho. No es algo que me incomode ni me moleste, ya que no mantengo la mínima relación con alguien fuera de aquí. Para mí, estas peleas son un simple negocio donde llego, lucho, socializo lo mínimo hasta que me pagan y me marchó. Aquí soy como un perro callejero, nadie tiene control sobre mí. Puede que Trevor se lleve su parte por conseguirme los combates, pero, más allá de eso, actúo según me dicta mi instinto.

—¿Qué hay?

Nos chocamos las manos y cabeceo en una especie de saludo hacia los de seguridad.

—¡Felicidades, tío! Ya me enteré de lo de Johnny, está en todas las noticias —dice Trevor, palmeando mi hombro.

—Era de esperar. Yo tuve claro desde el principio que John era inocente —agrega otro de ellos, inmiscuyéndose en la conversación.

—Ya... —digo serio, sin añadir nada más.

Durante todo el día he intuido que esto podría pasar. Ahora resulta que para todo el mundo mi hermano era inocente, sin embargo, cuando el infierno se desató nadie dio un duro por él ni

movió un solo dedo para que no se le culpase. Ni siquiera mi madre fue capaz de hacerlo. Se dedicó a ofrecer entrevistas remuneradas expresando que no le sorprendía. Si fue capaz de abandonar a su propia madre y no le brindó su ayuda cuando más necesitaba a su hijo, no le extrañaba que fuese un asesino. Tengo que recalcar que si no la enfrenté fue gracias a que Pitt me dijo que no merecía la pena. Mi hermano me necesitaba. No tenía que añadir más preocupaciones de las que tenía encima.

Cabe decir que, si antes apenas había relación, desde aquello se volvió inexistente. A día de hoy ha intentado contactar conmigo, aunque, tras mi negativa de hablar con ella, ha pillado la indirecta y ha desistido. No sé cuánto durará no volver a tener noticias tuyas ahora que liberarán a Johnny, sin embargo, no es algo que me preocupe en absoluto ya que, en lo que a mí respecta, desde hace dos años está muerta.

Estiro el brazo y ofrezco mi muñeca para que me pongan el sello y poder acceder. Es de tinta ilegible, pero, una vez que entras, resalta a la vista gracias a las luces de neón dispuestas por todo el recinto. Es una forma de tener controlado al personal. En este tipo de locales solo pasan quienes los organizadores quieren: personas que van a apostar una buena cantidad de dinero y, por supuesto, los luchadores.

La entrada consiste en un código QR válido para una única vez, el cual se envía unas horas antes junto con la dirección en la que tendrán lugar los combates de ese día.

—Sótano B2. Puerta 7 —nos comunica el otro segurata mientras echa una ojeada a los papeles que sostiene, incluido el cuarto que me han asignado para que me prepare—. Por cierto, Mutt —añade, levantando la vista—, he apostado mucho por ti. No hagas que me arrepienta.

«Así me gusta, sin presiones», pienso, asintiendo con la cabeza.

—¿A quiénes tenemos hoy por aquí? —pregunto a Trevor.

—El rato que llevo solo he visto pasar a Elliot Young y a Dixon Pain —me informa, accediendo al almacén—. Los de la puerta me han comentado que hay carne fresca. Hasta que no muestren el cuadro no sabremos a quién te enfrentarás.

Nada más cruzar, nos encontramos en una planta diáfana llena de columnas, sin nada a la vista. No me sorprende. Quien organiza esto es demasiado inteligente y no mostraría el tinglado que suele montar a la primera de cambio. Nos acercamos hasta las escaleras; conforme bajamos, la música cada vez se escucha más cerca. Dejamos atrás el sótano B1, que es donde seguro está toda la acción, y continuamos bajando hasta el B2. Una vez que llegamos, abrimos la puerta; ante nosotros aparece un pasillo repleto de cubículos independientes a cada lado.

Por la distribución del lugar, tiene pinta de que años atrás fue un centro de entrenamiento. Esta planta serían los vestuarios.

Cuando nos paramos en el número 7, antes de entrar me giro a Trevor y le digo:

—No quiero que manden a nadie.

—Ya sabes que eso no lo decides tú. Son las reglas, Mason —dice, como si con eso bastase. Aprieto la mandíbula disconforme y le cierro la puerta en las narices, dejándolo fuera.

Al quedarme solo, pues no tardará mucho en que una de las chicas aparezca, observo el entorno que me rodea. No tengo ni puta idea de cómo conseguirán estos sitios, pero todos suelen ser similares.

Una planta vacía, otra donde se desarrolla la fiesta, en la que montan el *ring*, y una última zona con cuartos individuales para los participantes.

La habitación en la que me encuentro es un jodido zulo, rondará los tres metros cuadrados. Al fondo está la zona de aseo —todo a la vista: ducha, retrete y lavabo—, un banco para sentarse y una pequeña mesa. Me acerco hasta ella y dejo mi bolsa de deporte encima.

Saco un pantalón corto negro y una camiseta de tirantes del mismo color. Me cambio y me siento en el banco para comenzar a hacer estiramientos. En ese instante se abre la puerta a mi espalda, apenas miro de reojo cuando una chica entra y apoya su trasero en la mesa, quedando frente a mí.

—¡Hola! Debes de ser Mutt, yo soy Erín y seré tu niñera —se presenta jovial, soltando una risa—, pero, tranquilo, si quieres consumir cualquier mierda que desees, no diré nada siempre y cuando compartas un poco conmigo.

Levanto la vista y la centro en la chica rubia de ojos claros. Es bonita, aunque demasiado joven para estar en un sitio como este. Me fijo en cómo le tiemblan las manos, y al pasear mis ojos por sus brazos aprecio las marcas que tiene en ellos. Es una adicta.

—Eso no va pasar —declaro, dándole la espalda y ejecutando una sucesión de flexiones con ayuda del banco.

—Oh, venga... No eres el único que necesita meterse algo para aumentar su fuerza. Muchos lo han hecho y nunca he abierto la boca.

«Ya veo lo bien que se le da no delatarlos», pienso sarcástico.

Sigo ejercitándome e ignorando sus súplicas para que le ofrezca un poco de droga. Cuando se da cuenta de que no va conseguir nada de mí, su actitud alegre cambia y se vuelve más molesta, esta vez increpándome.

No le presto la mínima atención. A lo largo de mi vida me he encontrado con muchas personas mientras están con el mono, una de ellas mi madre cuando le faltaba alcohol con el cual adormecerse, y es mejor no entrar al trapo. Es lo único que buscan, confrontación.

Cuando aparece Trevor para que vaya con él a El Cubo, respiro aliviado.

En este tipo de encuentros hay participantes de todo tipo. Los organizadores lo saben e intentan que ninguno de ellos esté bajo los efectos de estupefacientes para que las peleas sean equitativas y se esté en igualdad de condiciones. De ahí que, mientras te preparas, te manden a alguien para supervisarte.

Siempre envían a mujeres, ya escarmentaron cuando eran hombres los centinelas y las peleas comenzaban incluso antes de subir al *ring*.

—¿Todo bien? —cuestiona Trevor, echando un ojo entre la chica y yo.

Ella no deja de abrazarse a sí misma y pasearse de un lado a otro, nerviosa.

—¿Cuántos hay? —pregunto en su lugar, terminando de envolver mis manos con las cintas.

Por norma general, siempre me ayuda la persona que me supervisa, aunque hoy he evitado cualquier acercamiento con ella.

—Siete más aparte de ti.

Maldigo para mis adentros.

Eso se reduce a cuatro combates. Por lo que las apuestas no serán tan altas en cada una de las peleas.

Entiendo que cada vez aumenten los combates y ofrezcan mayor espectáculo, sin embargo, egoístamente hablando, no es algo que me beneficie.

Si quise entrar en El Cubo fue porque es donde consigo una buena cantidad de dinero de manera rápida. Tras estar sin hacerse durante tanto tiempo, han querido reinventarse y volver a lo grande.

—Peleas en segundo lugar contra Dixon Pain. Las apuestas están setenta a treinta a tu favor, así que imaginarás que está cabreado y no te lo pondrá fácil.

Asiento, sabiendo que así será. Para ninguno es agradable que no confíen en uno mismo y apuesten en su contra. Y mucho menos para Dixon, no lo apodan Pain, dolor, por nada.

Antes de entrar a la sala principal, nos para alguien de la organización.

—¿Algo que deba saber? —le pregunta a la chica que nos ha seguido hasta arriba.

—Nada, es como un puto abstemio.

Alzo la ceja en su dirección, a la mirada desdeñosa que me regala, adelantándose y perdiéndose en el interior.

El tipo parece conforme con la respuesta porque, con un gesto de cabeza, nos pide que entremos.

En el segundo en el que traspaso la puerta es como si entrase en un universo paralelo. Hasta el más famoso club de la ciudad envidiaría lo que hay aquí montado.

En un lateral se encuentra una barra llena con las mejores marcas de bebidas a la vista. Tienen que disponer de un magnífico sistema de sonido, pues la música no suena hueca ni estridente a pesar del volumen. Las luces estroboscópicas hacen que los movimientos de la gente, que baila y disfruta animada por todo el recinto, parezcan lentos e irregulares, pero lo que más impresiona es la gran tarima cuadrada que se eleva por encima de las cabezas. Es lo único que mantiene una iluminación fija para que no se pierda detalle de lo que allí sucede desde cualquier rincón.

Esquivando a la multitud allí congregada, nos acercamos al centro. El cuadrilátero tiene forma de cubo, de ahí que se lo conozca por dicho nombre. Tiene alrededor de seis metros de ancho a cada lado y con una altura de tres de alto respecto al suelo.

Es lo que lo diferencia de los cuadriláteros normales, su altura, y que este, en particular, no está delimitado por cuerdas. De ahí la dificultad a la hora de pelear. Si sales fuera del *ring*, caes al vacío y se acaba del combate. Por suerte, tienen la deferencia de proteger todos los ángulos en el suelo con colchonetas, pues la hostia que te pegas al caer es considerable.

Observo cómo colocan las escaleras portátiles para que podamos subir los luchadores.

El primero en hacerlo es el *speaker* que hace de árbitro, y comienza a caldear el ambiente.

—Me han pegado el chivatazo de que Pain sufrió hace unos días una caída con su moto y se hizo daño en el costado derecho. Te recomendaría que te focalizases en ese flanco —me susurra Trevor al oído.

—Son muchos golpes los que propinan esos puños, no me gustaría estar en el lado del receptor —bromea el *speaker*—, seguro que causan mucho dolor. Él es... Dixooooon...

—¡PAIN!! —grita el público cuando Dix aparece en El Cubo con los brazos en alto.

—Un luchador sin barreras con un control exquisito en cada movimiento ejecutado, hasta el momento nuestro mayor invicto. Desde Harlem llega... Mason...

—Ve y da un jodido espectáculo. —Me palmea la espalda Trevor.

—¡MUTT! ¡MUTT! ¡MUTT...!

Una vez en la cima, salto cargado de energía gracias a la ovación que me dedican.

All nighth long, de Peter Murphy, suena a todo volumen cuando el árbitro nos recita las reglas.

Cuando la noche va llegando a su fin,

los ojos se vuelven salvajes.

Entonces te oigo tararear

durante toda la noche.

La señal que veo,

me dice que estoy en lo cierto.

Todo lo que necesito de ti,

es lo que veo.

No presto atención, pues mis ojos se han quedado anclados en un punto exacto entre la multitud. Más que en un punto, en una chica.

He visto a muchas mujeres preciosas, pero esta, en especial, parece una jodida deidad.

Su mirada se encuentra con la mía. Nuestras pupilas se enredan de tal forma en la distancia que es complicado apartarlas. Es como si, sin ni siquiera haberla visto antes pues la recordaría, la conociese. Una conexión difícil de explicar revoluciona cada uno de mis sentidos.

—¿Comprendes, Mutt?

—Eh... sí, sí —contesto distraído, sin apartar la vista de la mujer unos metros más abajo.

Choco los puños con Dixon y el combate comienza. El primer golpe me pilla desprevenido y va directo a la mandíbula. No tiene piedad y aprovecha mi despiste para cebarse en cada golpe. Me cubro con los antebrazos, por lo que mi contrincante se centra en las costillas expuestas.

Es un error de principiante que alguien con mi experiencia no se puede permitir.

Miro por última vez a la chica, inclinada sobre sus manos en la barandilla que separa al público de El Cubo. Su rostro refleja sufrimiento, como si la paliza que estoy recibiendo la sintiese ella. Noto un inexplicable pinchazo en el corazón.

«Muy bien, se acabó el juego», me digo, centrándome en la pelea cuando Dixon casi me saca del cuadrado.

Lanzo mi puño izquierdo a su costado derecho y eso le hace trastabillar hacia atrás, lo que consigo que gane un poco de terreno. Como bien me dijo Trevor, es su punto débil.

En otras circunstancias no me ensañaría y optaría por jugar limpio, pero no puedo distraerme del porqué realmente estoy aquí, y es para ganar esta pelea y conseguir la mayor cantidad de dinero posible para liberar a mi hermano de sus deudas.

Bloqueo con mi antebrazo un gancho y aprovecho para lanzarle una sucesión de golpes.

Uno, dos, tres... en el séptimo Dixon jadea, encorvándose dolorido. Sin darle tregua, me giro y le hago un golpe frontal con el codo sobre su tráquea que lo manda directo al suelo.

Aparece el árbitro a su lado y realiza una cuenta atrás. Al llegar a cero levanta mi brazo izquierdo, proclamándome vencedor a la vez que la multitud estalla.

Según Pierre Cornellie, «sin riesgos en la lucha, no hay gloria en la victoria».

A causa de la adrenalina que me recorre, apenas soy consciente de lo dolorido que me siento cuando salto los tres metros de altura que me separan del suelo. Uno de mis tobillos protesta por la caída, sin embargo, no le echo cuentas, mi único objetivo es llegar hasta ella. Una vez que al fin consigo tenerla enfrente, me pierdo en la profundidad de sus ojos verdes; a escasos centímetros es aún más impresionante.

Ni siquiera pienso en las consecuencias, solo actúo. Alzo mis manos, envolviendo su rostro, e inclino mi cabeza hacia abajo.

—¿Quién eres? —susurro contra su boca.

No espero su respuesta cuando ya me encuentro devorando sus labios en un beso que podría definirse como castigador. No soy delicado ni suave, parezco un moribundo en mitad del desierto y ella fuese la única que pudiese saciar mi sed.

Tras unos segundos a la sorpresa inicial, siento que se entrega con mi misma pasión, y enloquezco.

Siempre he escuchado que besar aumenta la liberación de las hormonas felices. Pensé que eran gilipolleces. Vale que besar es agradable, y que incluso llegamos a excitarnos gracias a ello, pero de ahí a que mi felicidad dependa de un beso, nunca me lo había tragado. Hasta ahora.

La sensación de júbilo que estoy experimentando es difícil de gestionar.

Muevo una de mis manos hasta su nuca e inclino su cabeza, alcanzando mayor profundidad

con el gesto.

Siento un zumbido en los oídos y una ligera sensación de mareo cuando unos brazos me alcanzan por detrás y me separan de ella. Me empapo con su imagen. Percibo en su expresión que se siente tan aturdida como yo me encuentro.

—Vamos, tío, deja el polvo del campeón para más tarde —escucho decir a Trevor mientras me arrastra fuera de El Cubo y lejos de ella.

Supongo que también lo ha debido de oír porque, en décimas de segundos, su expresión contrariada cambia a una de auténtica furia. Hace que me empalme más de lo que ya estoy cuando me saca el dedo y me dedica una peineta.

Me muerdo el labio inferior sin intentar ocultar la sonrisa.

Mientras desaparece de mi campo de visión, llego a la conclusión de que acabo de quedar absoluta y totalmente prendado de esta misteriosa mujer.



Capítulo 7

Guiomar

Si alguien me hubiese dicho hace una hora que después de poner un pie en este lugar estaría morreándome con un auténtico desconocido, aseguro que mi puño hubiera terminado estampado contra el primero por bocazas; contra el segundo por atrevido. Pero aquí estoy, enredando mi lengua con la de un extraño. Lo peor de todo es que lo estoy disfrutando y no quiero que acabe.

En mi vida me habían besado con tanto ímpetu, como si nuestro próximo aliento dependiese de este beso.

Cuando me recogió Derek en mi apartamento, aún seguía enfadada con él por ocultarme una parte, por lo visto, importante de su vida, la cual desconocía. Puede que mi enfurruñamiento sea injustificado, todos tenemos derecho a guardar algo a los demás, eso no quita que me moleste. Pensé que nuestra relación traspasaba barreras, que éramos el apoyo que el otro tanto necesita para espantar los fantasmas que en multitud de ocasiones intentan atraparnos. Él es mi confidente, mi barco cuando la marea de la vida se vuelve demasiado agitada. Y descubrir que yo para él no significo lo mismo, escuece.

—Guio...

—No, Derek, ahora no. Estoy demasiado molesta para soltar algo de lo que después puede que me arrepienta —dije nada más montarme en su coche.

—Pensé que no lo entenderías —comentó, intentando justificarse.

Creo que fue el tono derrotado que empleó lo que más me dolió. Pensaba que me conocía lo suficiente para saber que nunca, y nunca es jamás, lo juzgaría. Puede que no comparta en muchas ocasiones su forma de actuar, los métodos que emplea en según qué situación. Derek, en más de una ocasión, se pasa las directrices del Gobierno por el forro de los cojones. Dice que, por mucho que trabaje para ellos, no quiere ser su marioneta, pero, como digo en cada ocasión, he intentado entender su postura, comprender qué lo lleva a actuar de según qué modo y aconsejarle. Al igual que siempre he aceptado todas y cada una de sus recomendaciones. Luego está que cada uno haga o deshaga conforme mejor nos plazca. Por lo visto en eso también estaba equivocada; él no confiaba en mí tanto como yo en él.

—Se me pasará, ¿vale? —terminé diciendo, camino de recoger a la inspectora.

Como la persona que sabe que la ha cagado, Derek no insistió y el resto del trayecto, ya los tres en el coche, nos centramos en organizar una estrategia para cuando llegáramos a El Cubo.

Quedamos en que hoy intentaríamos hacer un barrido de la gente que allí se mueve, una especie de prueba de reconocimiento. Ni siquiera estamos seguros de que de verdad el asesino se

mueva en ese círculo. Es la simple conjetura, o intuición, a la que llegamos por la marca que aparece en la última víctima.

Después de acceder al lugar y asombrarme por no ser consciente del tinglado que tienen montado, Derek se despidió, llevando consigo a Tessa, para ir a la zona en la que se preparan los luchadores.

—¿No debería quedarme con ella? —preguntó la inspectora, disgustada por tener que estar a solas con mi compañero.

En todo el camino las chispas saltaban entre ellos de la misma forma etérea que en el primer encuentro en el despacho.

—Ella sabe cuidarse sola, no tendrá ningún problema.

Sé lo que Derek intenta hacer. Él sí me conoce lo suficiente para saber que necesito mi espacio, centrarme en el trabajo y así, con suerte, disipar mi malestar hacia él.

Al quedarme sola, mi mente analítica comenzó a funcionar con alto rendimiento. Evalué cada metro cuadrado que me rodeaba, intenté memorizar las caras de todos los miembros de seguridad y trabajadores y procuré concentrarme en conductas sospechosas entre el público. Siempre he sido una persona muy perspicaz e intuitiva. No somos conscientes de que nuestros gestos dicen de nosotros mismos más de lo que queremos transmitir.

En esas me encontraba, sin perder el mínimo detalle de cuanto sucedía de una forma discreta, cuando apareció.

Sentí un golpe en el plexo solar que me robó el aire. Su sola presencia sobre aquella estructura cuadrada opacó cualquier inspección que llevase a cabo. La seguridad que emanaba su cuerpo y esa extraña conexión que sentí cuando su intensa mirada se clavó en la mía, como si para él yo fuese lo único que importaba en ese instante, fue suficiente para que el mundo dejase de existir a mi alrededor.

En aquel momento, creo que me autoengañé diciéndome que, si no podía sacarle los ojos de encima, era por pura deformación profesional. Siempre me he quedado obnubilada viendo cómo otros competidores luchaban, fijarme en la fluidez de sus movimientos en cada cata elaborada, pero por mucho que me lo repitiese, lo que sentí al verlo a él sobre El Cubo fue más allá. Una angustia, que no entendía de dónde venía, se instaló en la boca del estómago cuando vi cómo su contrincante le ganaba terreno. Cada golpe que recibía lo sentía como propio. La alegría que registré cuando comenzó a darle la vuelta al combate es algo para analizar. No lo conocía, ni siquiera me importaban esas peleas, ¿por qué mi cuerpo reaccionaba de esa forma?

Creo que incluso solté un grito de júbilo cuando se alzó con la victoria. La euforia es una sensación exteriorizada de optimismo y bienestar producida a causa de una gran satisfacción. Así me encontraba yo, eufórica. Por eso no fui consciente de sus movimientos hasta que no sentí el sabor de sus labios.

Es tan adictivo que no soy capaz de parar.

Esta sensación termina demasiado pronto cuando siento que se aleja de forma abrupta de mí, cortando el contacto. Incluso con lo aturdida que me encuentro, soy consciente de cómo lo sostienen por la espalda y de las palabras que suelta el tipo que lo arrastra con él. Eso consigue que despierte del trance en el que me ha sumido su beso y la cólera se haga dueña de cada uno de mis sentidos.

«¡Qué coño!».

Si se cree que soy el premio del ganador, lo lleva claro. Antes de que desaparezca de mi vista, alzo la mano y le regalo una peinetita que viene a decir: «¡que te jodan!». Eso le arranca una sonrisa. Y maldita sea... está bueno a rabiar.

—Aquí estás. —Pego un respingo, preparada para atacar, cuando siento una mano sobre mi hombro—. Ey, que soy yo, ¿estás bien? —me pregunta Tessa. Me mira con las manos en alto y semblante preocupado.

—Sí, sí. —Giro hacia atrás, el desconocido ya ha desaparecido—. ¿Qué tal vosotros? ¿Y Derek? —le pregunto, intentando recobrar la cordura y centrarme.

Me fijo en cómo une sus manos y se las frota con nerviosismo.

—Le toca luchar ahora.

No me pasa desapercibido que ha omitido contestar a mi primera pregunta. ¿Qué ha ocurrido? Levanto una ceja, pero no insisto. Yo tampoco me veo en la necesidad de informarle de que me acaban de fundir las neuronas con un solo beso.

Nos giramos ambas de cara a El Cubo. Me percato de que Derek está en un lateral, realizando unos estiramientos de sus hombros mientras no deja de observar la estructura. Se ha cambiado. Lleva unos pantalones *jogging* piratas, en color gris, y una camiseta de tirantes blanca. Con toda esa buena porción de piel expuesta, se aprecia lo fibroso y en forma que está.

En su exhausto escrutinio del lugar, Derek nos localiza, me guiña un ojo y le devuelvo una tímida sonrisa, dándole a entender con eso que, por ahora, está perdonado. Sé lo que es estar a punto de batirte contra un oponente, lo que menos necesitas es que en tu cabeza esté pululando cualquier tema que te preocupe. Lo quiero concentrado en la pelea. No podría perdonarme que, por mi culpa, se llevase una somanta de palos, aunque no negaré que deseo que se lleve algún golpe, nada importante, por ser tan hermético.

No pierdo detalle de cómo desvía sus ojos de mí a la derecha, concretamente se centra en la inspectora. Parpadeo asombrada por el fuego que transmiten sus ojos, y veo de reojo cómo Tessa se mueve incómoda a mi lado.

—¿Has considerado ya a alguien como sospechoso? —me pregunta ella, intentando rehuir la especie de reclamo que Derek lleva impregnado en la mirada.

«¡Vaya, vaya...!», pienso.

—No —niego, formando una mueca—. Hay demasiada gente, me temo que no va a resultar tan fácil.

—Lo sé —suspira—. Lo que ha sido toda una sorpresa es descubrir que el hermano de John Harris es uno de los participantes.

—¿Cómo dices?

Tessa ladea su cabeza, contrariada, en mi dirección.

—¿No lo has reconocido?

—¿A quién?

—El campeón del anterior combate es Mason Harris, el hermano pequeño del hasta ahora único imputado como el asesino —murmura entre dientes para que solo pueda oírla yo.

¡Hostia puta!

¿Cómo se me ha pasado eso por alto? ¿Cómo me ha podido perturbar tanto su presencia que ni siquiera he intentado identificarlo?

—Yo... voy al baño —declaro al final, un tanto confundida.

—¿No vas a quedarte a ver a Derek? —pregunta asombrada.

—Él sabe cuidarse solo —repito las palabras que anteriormente usó Derek refiriéndose a mí y desaparezcó, esquivando a la multitud que rodea El Cubo.

En vez de ir hacia a los baños, me voy directa a la barra. Necesito una cerveza con urgencia. Hay muchos clientes sedientos apoltronados y un único camarero sirviendo. Levanto la mano, intentando captar su atención para que me atienda. Cuando soy consciente de que será misión

imposible, actúo. Apoyo mis manos sobre la superficie, y de un solo impulso planto mi trasero sobre ella, giro mis piernas y me dejo caer al otro lado de la barra.

—Eh, ¿qué demonios haces? ¡No puedes estar aquí dentro! —me grita el camarero sin dejar de servir unas copas.

—¡Ya me darás las gracias después! —vocifero de vuelta, y comienzo a atender a la marabunta que allí se congrega.

Me muevo con agilidad y destreza. Entramos en una dinámica de equipo. Yo sirvo y él cobra. No es un trabajo extraño para mí, ya que mis años universitarios los pasé trabajando de vez en cuando como camarera en un pub cercano a las residencias estudiantiles. Esto no es nada comparado con la horda de chavales a los que tenía que servir cada fin de semana. Seguro que los creadores de *The Walking Dead* gestaron la idea original de la serie al asistir a una noche de fiesta universitaria.

A lo sumo diez minutos después tenemos la barra de nuevo despejada, justo cuando da comienzo el combate. Desde mi posición veo la cima de El Cubo, es inevitable que se me escape una sonrisa. Ahora entiendo que Derek se haya querido presentar como Ripper, es un auténtico destripador contra su rival. No deja de soltar golpes certeros y me temo que, para disgusto del público, esta ronda va a acabar antes de lo que les gustaría.

—Muchas gracias por la ayuda —agradece el camarero.

Sus palabras hacen que deje de apreciar el espectáculo y le preste toda mi atención a él cuando me ofrece un botellín de cerveza. Le doy un largo trago, gustosa, disfrutando del sabor amargo de la cebada.

—Te lo dije. —Sonrío y le guiño un ojo.

—Mike Adams —se presenta.

—Guimar Fernández —digo de vuelta, ofreciéndole el cuello de mi botellín, que él no duda en chocar a modo de saludo.

—Un nombre curioso ese.

—Es español. —Me encojo de hombros.

Lo observo mientras bebemos tranquilos de nuestra cerveza. Es un chico mono, muy mono. No tiene un atractivo aplastante como cierto luchador que ha saqueado mi boca como si le perteneciese, aunque sigue siendo guapo. Parece el típico niño bueno, con esos ojos azules de husky siberiano, su pelo castaño claro bien peinado y esa sonrisa entre tímida y pícara.

—Te desenvolvías con demasiada soltura para el caos que se ha montado.

Se me escapa una risilla.

—Disculpa por cómo he asaltado tu barra, parecía que necesitas una mano.

—¿Una, dices? Más bien necesitaba esas dos —señala de buen humor las mías—. Últimamente ha sido suficiente con un camarero por barra, pero lo de esta noche, a la vista está —hace un gesto con sus manos, señalando la sala— que es una locura.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando para El Cubo? —Eso es, por fin puedo comenzar a hacer mi trabajo y recabar información. Mike parece el candidato perfecto para obtener la suficiente.

—Un tiempo —añade sin especificar—. ¿Para ti es tu primera vez? —Asiento—. ¿Quién te ha invitado?

Señalo hacia el cuadrado. En ese justo momento están proclamando a Derek vencedor.

—¿Ripper? —pregunta, extrañado.

—¿Lo conoces?

—Hacía mucho tiempo que no se dejaba ver por aquí, pero sí, me suena. ¿Eres su chica?

Escupo todo el líquido que estaba a punto de tragar.

—¡No, por Dios! Es como si fuese mi hermano.

A ver, no sería la primera vez que Derek y yo tuviésemos que hacernos pasar por pareja, aunque me da que en este caso ese papel le iría muchísimo mejor a la inspectora. La química que desprenden juntos es difícil de ocultar.

Por la sonrisa que me dedica, parece que al tal Mike mi respuesta le agrada. Da un paso, acortando la distancia entre nosotros, estira su brazo y apoya su cerveza a mi espalda, lo que hace que me quede encerrada entre su cuerpo y la barra.

Una alarma interior comienza a sonar con fuerza, pues todo su cuerpo grita que va mover ficha conmigo. Mi mente trabaja a toda velocidad para poder rechazarlo sin ser demasiado brusca. De momento, es mi única vía para conseguir información.

—¡Tú! —escuchamos una voz gruesa a nuestro lado que hace que nos separemos. Respiro aliviada por la interrupción, y me percató de que el miembro de seguridad que nos mira con cara de pocos amigos se dirige a mí—. Acompáñame, el jefe quiere verte.

—Ella no ha hecho nada. Yo le pedí ayuda —dice Mike, dándome la espalda e interponiéndose entre el seguridad y yo.

—Ey... —musito. Apoyo mi mano en su brazo, él gira su cabeza y agacha la mirada para prestarme toda su atención. Tiene el ceño fruncido en señal de preocupación—. Está bien. No hemos hecho nada malo.

Asiente una única vez. Aun así, sin estar del todo conforme, se aparta para que pueda salir de la barra y acercarme al hombre que me espera impasible al otro lado.

Lo sigo a través del local y salimos como a una especie de escalera de emergencia, la cual bajamos y nos internamos en un pasillo vacío, con una única puerta al final.

—Pasa —dice de forma brusca, abriendo la puerta.

Me dan ganas de cruzarme de brazos y pasarme su orden por el arco del triunfo. Luego recuerdo que, sin ni siquiera proponérmelo, acabo de conseguir una reunión con el dueño y que no puedo echar a perder esta oportunidad por querer sacar a pasear mi carácter. Eso no quita que, cuando paso por su lado, me estire y levante el mentón indignada. Aprecio en su mirada cómo le recorre un velo de deseo cuando hace un barrido a mis curvas de arriba abajo. Llevo un vestido negro, ceñido, con escote en forma de corazón que se adhiere a mi cuerpo como una segunda piel.

«Hombres... Ven un par de tetas y un culo y pierden el norte», pienso asqueada, adentrándome en el cuarto.

Hago todo lo posible para que no se lea en mis facciones el asombro que siento al encontrarme dentro a un hombre joven. «¿Este es el jefe?». Por lo poco que nos contó Derek, nadie sabe quién está detrás de El Cubo, por lo visto siempre ha sido una figura invisible. Por eso puede que, en mi mente, me imaginase a un hombre entrado en años, no alguien que se asemejase a mi edad.

Nada más verme entrar, se levanta de su asiento y se abrocha el botón de su americana antes de ofrecerme su mano.

—Hola, soy Daniel McAlister, aunque preferiría que me llamasen Dash —solicita con amabilidad, sonriendo.

«Estrellarse», curioso apodo

Lleva un traje en color carbón con una camisa negra. Los dos botones de la parte de arriba los lleva abiertos, y le quedan demasiado bien. A simple vista desprende clase y buenos modales a raudales, pero como dice un refrán español que he escuchado en multitud de ocasiones a mi

madre: «el hábito no hace al monje», por lo que me guardo el sacar ideas preconcebidas. Puede que se trate de un lobo con piel de cordero.

—Encantada. Soy Guiomar.

—No me digas, ¿española? —pregunta, ampliando su sonrisa.

—Así es, casi nadie lo deduce a la primera. —Esta vez sé que soy incapaz de ocultar el asombro cuando parpadeo con su acierto—. Siempre tengo que aclarar de dónde procede.

—Bueno, el mérito se lo debo a mi madre, era una gran admiradora de las poesías de Antonio Machado.

—¿Qué me dices?! —Ahora sí que estoy sorprendida—. No es muy común a este lado del charco que alguien lea a Antonio Machado.

—Leía —me corrige—. Mi madre falleció siendo yo aún un niño.

—Lo siento.

—Fue hace mucho —descarta—. Dicen que a partir de los tres años los niños empiezan a almacenar recuerdos. Quizá yo asocio los pocos que tengo con mi madre y los atesoro memorizándolos. —Puede que sea al notar la añoranza que tiñe cada una de sus palabras, que cuando me pide que tome asiento lo hago un poco más relajada a como entré—. Te preguntarás por qué te he hecho llamar.

—Yo... disculpa si me he metido donde no me llaman, pero no podía ver lo agobiado que estaba tu trabajador y no hacer nada —me excuso.

Por nada del mundo puedo permitirme que, por mi arrebató, me prohíban la entrada. Cuanto más continúo en este lugar, mayor es el palpito de que el asesino se mueve en este círculo.

—No hay nada que disculpar. De hecho, te he hecho llamar porque me gustaría que trabajases para mí —«¿En serio puedo tener tanta suerte?»—. Como has podido comprobar, estamos faltos de personal. Es algo que en unos días subsanaría. El Cubo en las próximas semanas va sufrir una gran metamorfosis, y este mismo local pasará a ser un club nocturno a efectos legales. —Sonríe de medio lado con esto último—. Necesito a gente como tú, personas jóvenes y resolutivas que sean capaces de atajar y encontrar una rápida solución ante cualquier imprevisto.

—No sé... —me muestro dubitativa, aunque por dentro esté gritando un «sí» más grande que un castillo, sin embargo, mis años de experiencia como infiltrada me han enseñado que mejor nada de parecer ansiosa—. Me siento halagada, sin embargo, ya tengo un trabajo.

—¿A qué te dedicas?

—Imparto clases de defensa personal a mujeres en un centro social.

—¿No me jodas?! —exclama asombrado, arrimándose más al escritorio que nos separa.

«Cuidado, Dash, que se te desmonta el papel de empresario respetable y te sale el ramalazo de tío chungo», advierte mi mente.

Por unos segundos acabo de ver al verdadero Daniel McAlister y no al hombre educado y refinado que intenta venderme.

Si antes estaba interesado en contratarme, ahora veo en sus ojos que está ansioso porque acepte, y sus siguientes palabras no hacen más que confirmármelo:

—Ahora más que nunca te necesito en mi equipo. Aquí solo trabajarías por las noches, podrías compaginarlo con tu trabajo actual —propone.

Me humedezco los labios y froto mis manos sobre mis muslos, transmitiendo la indecisión que, en verdad, no siento.

—La verdad es que un dinero extra no me vendría nada mal —digo, adoptando una voz aterciopelada.

—¿Un dinero extra? —formula, soltado una carcajada seca—. Cariño, con lo que conseguirías trabajando para mí no lo harás en ningún otro sitio. Te aseguro que te dará para vivir de manera más que holgada a ti, a tus hijos y a los hijos de estos. —«Te tengo», pienso, cuando soy consciente de que ya no se preocupa en disimular que es un cabrón arrogante.

—Dios... todo esto es muy precipitado. —Me llevo una mano a la frente, aparentando estar sobrepasada.

Se levanta de su asiento, rodea el escritorio, se sienta en el sillón vacío junto al mío y me coge de las manos.

—Tranquila, preciosa, sé que es mucho que procesar —intenta templar mis nervios—. Haremos una cosa. Esta semana El Cubo permanecerá cerrado para terminar la remodelación. Aquí tienes mi número. —Echa mano al interior de la americana y saca una tarjeta, ofreciéndomela—. Medita tranquilamente mi propuesta, y dentro de cinco días me llamas para darme una respuesta. —Lo veo coger un papel y boli—. Si no te importa, me gustaría que me apuntases tu número en caso de que, por un casual, perdieses la tarjeta. —Madre mía, huele a desesperación por los cuatro costados, y lo que más mosca me tiene es el no saber la causa de tanta insistencia.

—Claro. —Anoto mi número de teléfono. No es el real, claro está, sino la línea que utilizo para este tipo de casos.

Lo coge. Sin mirarlo, se lo guarda en el bolsillo de donde antes sacó la tarjeta con el suyo y vuelve a sostener mis manos.

—Sé que eres inteligente y tomarás la decisión correcta. —Sonríe, volviendo al papel del caballero immaculado—. No espero menos de una mujer con un nombre tan especial.

—G-gracias —titubeo, poniéndome en pie para marcharme.

El cebo está echado, solo hace falta que el pez muerda el anzuelo. Y tengo claro que va ser una buena pesca.

Me dirijo a la puerta a la vez que Dash vuelve a su sitio tras el escritorio y se sienta.

—Espero tu llamada, Guiomar —dice a modo de despedida.

—Por supuesto. —Le sonrío a la vez que abro, pero esta se congela en mis labios cuando me encuentro con una mirada tan intensa como el chocolate fundido al otro lado del pasillo.



Capítulo 8

Mason

Aprieto la mandíbula hasta el extremo que siento rechinar mis muelas. No entiendo por qué, pero ver al ángel salir del despacho de Dash me cabrea.

Me mantengo sin sacarle mis ojos de encima hasta que desaparece.

—Ya puedes pasar —me comunica uno de los hombres de Dash.

Entro al despacho. Aún no me acostumbro a verlo con su traje de firma, hecho a medida, detrás de un escritorio. Hasta hace bien poco era uno más de nosotros, midiendo sus fuerzas en El Cubo.

Daniel McAlister es uno de los mejores amigos de mi hermano, también uno de sus prestamistas y parte causante de que se endeudase hasta las cejas.

No es que quiera echarle toda la mierda encima. Si alguien tiene la culpa es mi hermano por no saber controlarse y meterse en el viciado mundo de las apuestas, aunque no ayudó que Dash, sabiendo por todo lo que estaba pasando, siguiese reclamando su deuda.

—Mason... —me saluda, y hace un gesto con la mano para que tome asiento en la silla que hay frente a su escritorio—. He escuchado lo de Johnny, es una buena noticia. Espero verlo pronto de vuelta por aquí.

—Espero que no sea así, si yo puedo evitarlo.

Suelta una risa desprovista de humor a mi salida.

—¿Sabes? Eso es algo que siempre he admirado de vosotros, cómo intentáis protegeros el uno al otro.

—Es mi única familia —añado, encogiéndome de hombros, como si con esa afirmación lo dijese todo.

—Te entiendo. Hay que velar por los intereses familiares —aduce contrito.

Tras la pelea, bajé a darme una ducha y me sorprendió que Trevor me dijese que Dash quería verme. Por norma general, es a él a quien pagan y el que luego reparte parte de las ganancias conmigo.

—No sé si sabrás que ahora estoy yo al mando. —Sí, lo sé. Anthony McAlister, el padre de Dash, fue el que creó El Cubo, pero se comenta que desde hace un tiempo arrastra serios

problemas de salud—. Quiero hacer de El Cubo un nombre, una marca propia. Mi padre se conformaba con andar de un lado a otro organizando peleas donde se pudiese apostar por el mejor luchador, pero yo aspiro a más —recalca—. Pretendo que El Cubo tenga un lugar permanente, y en pocos días conseguiré que este sitio se convierta en uno de los mejores clubs nocturnos de Manhattan —me informa, echando un vistazo a la estancia que nos rodea.

Eso hace que me fije y compruebe que, desde su posición, tiene controlado todo cuanto sucede al tener dispuestas cámaras de seguridad por todo el recinto. De forma rápida, me alivia saber que los vestuarios no aparecen en ninguna de las imágenes que muestran las pantallas.

—No sé si lo entiendo, ¿quieres decir que vas a reconvertir El Cubo en una sala de fiestas y dejarás de organizar peleas clandestinas?

«¡La hostia! Si es así, me jode vivo». Hay pocos lugares en los que consiga la cantidad de dinero que gano peleando aquí. Eso haría que me costase trabajar varios años de sol a sol para acumular la cantidad de dinero que necesito.

—Sí y no. —Se estira y saca un cigarrillo de una caja de cobre viejo que hay sobre el escritorio. Cabecea, ofreciéndome uno, y niego—. Es cierto que en los tiempos que corren lo mejor es reinventarse, pero nunca podría hacer desaparecer su verdadera esencia. Es el legado que me dejará mi padre en un futuro. —«Demasiado próximo», le ha faltado añadir por lo que se comenta—. Ahí es donde entras tú.

—¿Yo? —cuestiono extrañado.

Se enciende el pitillo e inhala una calada profunda.

—Quiero que trabajes para mí —me propone—, que seas mi luchador estrella. La gente te adora, Mason. Eres el invicto, aunque he de reconocer que esta noche Dixon casi acaba con esa buena racha —puntualiza, sonriendo de medio lado.

Sí, lleva razón. Esta noche he estado a punto de perder la buena racha que me acompaña, y solo hay una razón. Me encontraba demasiado distraído admirando a la mujer más preciosa que he visto en mi vida.

—Gracias por pensar en mí, Dash —digo, alejando de mi mente a esa preciosidad—, pero sabes que no me gusta comprometerme con nadie. Si lucho es por una única razón, la cual ya sabes.

—Aún no has escuchado lo que tengo para ofrecerte.

—Creo que no hay nada que puedas ofrecerme que me interese.

—Y si te digo que, si aceptases solo un par de meses, hasta que el sitio coja fama —comenta, apagando el cigarro en un cenicero—, te perdonaría la deuda que tu hermano tiene conmigo, además de saldar las restantes.

¡Me cago en la puta!

Esas condiciones lo cambian todo.

—¿Solo un par de meses? —pregunto desconfiado.

Es un trato demasiado generoso para tan poco tiempo y que sea verdad. Dash no se caracteriza por ser así precisamente. Llevo demasiados años conociéndolo para saber que no da sin recibir nada a cambio. Él es de los que juega para ganar.

—Dos meses y serás libre como un pájaro. —Hace un gesto con sus manos y se acomoda contra el respaldo de su asiento—. Siempre y cuando luego tú no quieras continuar. Piensa que, una vez liquides lo que debe Johnny, toda esa pasta sería para ti. Y estamos hablando de mucha. —Arqueo una ceja en su dirección y añade—: Ni te imaginas a cuánto suelen ascender las apuestas a tu favor, Mason. Eres todo un reclamo para esa gente. —Señala las pantallas que hay a mi espalda, donde muestran al público disfrutando de los combates.

Diseciono cada uno de sus movimientos. A lo largo de la vida he entendido que hay que mantenerse alerta y estar preparado para cualquier tipo de amenaza. Aún no sé si catalogar a Dash como tal, por eso prefiero no bajar la guardia a su alrededor.

—Tendría que pensarlo.

—Lo entiendo —expone, depositando un sobre sobre la mesa y lo arrastra en mi dirección—. Mira, durante la próxima semana El Cubo permanecerá cerrado para que se pueda acondicionar la planta de arriba. Tienes ese tiempo para pensártelo, pero sé que sabrás decidir qué es lo que más os conviene a tu hermano y a ti.

—¿No crees que es algo arriesgado? —cuestiono, recogiendo el sobre. «¡Joder! Aquí hay demasiados billetes», me asombro cuando lo abro—. En todos los años que tu padre estuvo al mando ni una vez lo pilló la Policía, ¿y ahora tú quieres estar en pleno foco de atención? —Me guardo el dinero en el bolsillo de mi cazadora sin dar muestras de las ganas que tengo de contarlo—. Una discoteca no es precisamente el local con el cual pasarás desapercibido. Se necesitan muchos permisos. ¿Qué harás cuando una inspección venga antes de darte incluso la licencia de apertura y vean lo que aquí abajo tienes montado?

—Eso déjame a mí —descarta con un ademán de la mano—. Lo tengo todo controlado. Soy amigo de gente muy influyente en esta ciudad. De todas formas, ellos solo verán una zona exclusiva. —Sonríe como el que sabe que las tiene todas consigo.

—No te prometo nada.

Me levanto sin añadir nada más. Estiro mi mano hacia Dash y las estrechamos en un apretón a modo de despedida.

Justo al llegar a la puerta, vuelve a hablar:

—Por cierto, Mason, ¿por qué la próxima vez que vengas no traes a esa amiga tuya?

Me tenso. Mi agarre al pomo de la puerta hace que mis nudillos se pongan blancos de la presión que ejerzo. Giro mi cuerpo de forma parcial y le digo, sin separar mis ojos de los de él:

—Este no es sitio para Abigaíl.

—Bueno, eso era hasta ahora. En el nuevo El Cubo habrá cabida para todo el mundo, incluso abogadas. —Me mantiene la mirada—. Recuerda que es época de cambios, Mutt.

No sé por qué tanto interés hacia mi amiga. «Si en mi mano está que Abby no ponga un pie en este lugar, que tenga por seguro que no lo hará», pienso, largándome.

Cuando salgo de la habitación, lo hago con una extraña sensación. Le dije a Dash que tendría que pensarlo y ambos sabemos que sin tan siquiera haber aceptado acabo de cerrar un trato con el diablo.

—Eres un cabrón con suerte al igual que tu hermano —escucho al salir al pasillo.

Me giro y encuentro, apoyado en la pared, a uno de los hombres de Dash, concretamente a Jagged, su mano derecha.

Inspiro, las aletas de la nariz se abren en el proceso cuando me encaro a él.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que mi hermano es un hombre con suerte? ¿Por qué? ¿Por cumplir una condena que no le corresponde?

—Eso es lo que ahora nos hacen creer. ¿Quién dice que no hayas matado tú a esa chica por el simple hecho de liberar a tu hermano? Por aquí todo el mundo sabe que serías capaz de hacer cualquier cosa por ese puto asesino.

Lo veo todo rojo. Sin tiempo que perder, embisto contra él. El primer golpe se lo lleva en la espalda al chocar contra la pared, eso consigue dejarlo durante unos segundos sin aire en sus pulmones, lo que aprovecho para estampar mi puño contra su jodida cara. Se repone con facilidad, y no negaré que sabe pelear. Mis costillas se quejan de la anterior pelea. Él parece

darse cuenta porque no deja de asestarme golpe tras golpe en el mismo lugar.

Cuento con el factor de que estoy cabreado, juro que, si no es porque Dash, que alertado por la trifulca sale de su despacho y nos separa, en este momento incluso sería capaz de matarlo de la rabia que me corroeo.

—¡Si tenéis ganas de partiros la cara, por lo menos esperad a que organice un combate y no me hagáis perder dinero, joder! —nos grita a la par que me sostiene para que no siga cargando golpes contra su hombre.

Me conoce. Sabe que todo lo que sé en cuanto a artes marciales lo aprendí de mi hermano. Y John siempre ha sido el mejor luchador.

—Esto no quedará así, Chucho —escupe Jagged en mi dirección.

—Lo estoy deseando —le reto envalentonado.

—¡Maldita sea! Sois lo puto mejor —aplaude Dash, como un auténtico demente.

Me deshago de un tirón de su agarre y les dedico una mirada de absoluto desprecio a ambos antes de marcharme.

Sé que debería largarme de este lugar cuanto antes, mi humor se ha vuelto amargo tras el encontronazo con Jagged, en su lugar, vuelvo a entrar al centro neurálgico, donde la fiesta está en pleno auge. Es como si una fuerza invisible tirase de mí cuando, tras hacer un barrido con mis ojos, la localizo sentada en la barra. Me acerco por inercia, apoyándome a su lado.

Sé que es consciente de mi presencia al comprobar cómo tensa los dedos de la mano que sostienen la cerveza.

—¿En serio trabajas para Dash? —pregunto directo. Con el mosqueo que arrastro, no me sale de otra forma.

Observo cómo termina de darle un trago a su bebida, se humedece los labios y ladea su cuerpo, quedando de frente a mí.

¡Joder! Me acaba de noquear al apreciar su mirada verde tan de cerca.

—¿Denoto cierto reproche en esa pregunta? Porque, hasta donde yo sé, no nos conocemos de nada para tener que darte ningún tipo de explicación.

«Nena, sé lo que se siente que mi boca se folle a la tuya y cómo tus pezones perforaban la tela de tu vestido, clavándose contra mi pecho, así que sí. Algo creo que nos conocemos», me muero por decirle para avivar esa mirada furiosa que no es capaz de ocultar y que me acaba de poner duro. En su lugar, me paso la lengua por mis incisivos y sonrío, rindiéndome a ella.

—Lo siento.

—¿Y qué es lo que sientes exactamente? Porque hay un par de cosas donde elegir.

Me encantaría poder memorizar a base de lametazos el pequeño mohín que se le forma en la comisura de sus labios.

No solo es un ángel, es una jodida sirena con esa voz candente que me envuelve como si de un embrujo se tratase.

—Siento haberte avasallado con mi pregunta —digo al fin—. No tenía derecho. Solo que..., ten cuidado, ¿vale? Dash no es trigo limpio, nunca hace algo que no sea en su propio beneficio.

Parpadea en silencio, analizando mis palabras, lo que me permite empacharme de su imagen a mi antojo. He conocido muchas mujeres preciosas, y quizá más de las que me merezco han pasado por mi cama, sin embargo, ella desprende un aura distinta a todas las demás. No sabría explicarlo porque ni yo soy capaz de comprenderlo, pero hace que me sea imposible no sentirla como una parte de mí mismo.

—¿No hay nada más por lo que quieras disculparte?

—Si lo que pretendes es que me disculpe por haberte besado, lo siento, pero no puedo. —

Arquea la ceja de una forma demasiado sexi para mi propio bien—. No lo haré porque es la mejor decisión que he tomado en mi puñetera vida.

Creo que me hubiese esperado cualquier tipo de reacción por su parte menos que comience a reír a carcajadas.

Buah, creo que me acabo de hacer una circuncisión al sentir mi polla apretarse contra la cremallera de mi pantalón.

Su risa ronca podría convertirse en mi nuevo sonido favorito en el mundo.

—Por favor, dime que te funcionan esas frases para ligar —comenta risueña, limpiándose una lágrima.

—¿Crees que estoy ligando contigo?

Me deslizo por la barra, quedando a un palmo de ella. Observo cómo el tenerme tan cerca también le afecta, pues traga.

—¿Y no lo haces? —musita.

Niego. En el instante que me muerdo el labio inferior, desvía su mirada hacia mi boca, lo que da lugar a que entorne la suya al volverse su respiración más trabajosa.

Esa es la señal que necesito para agachar mi cabeza y volver a hacer lo que tanto necesito, que es embriagarme de nuevo con su sabor. En el instante que rozo sus labios y siento la electricidad que creamos, alguien se abalanza contra mí, rodeando mi cuello, cortando mis avances.

Me tambaleo, desplazándome unos pasos y clavándome la barra en la espalda.

—¡Mutt! ¡Has estado genial!

«¿Qué coño?».

—¿Erín? —pregunto, contrariado, cuando me desembarazo de los brazos que me rodean y compruebo que se trata de la chica que mandaron antes a mi vestuario.

Ella no se da por aludida, pues se arrima más a mi cuerpo, rodeando con sus brazos, esta vez, mi cintura. Miro a mi lado para cerciorarme de que la misteriosa mujer a la que he estado a punto de besar por segunda vez esta noche no haya desaparecido. Joder, ni siquiera sé su nombre. Maldigo al ver que continúa aún allí, pero que, en este caso, está de frente a la barra mientras bebe de su cerveza y nos ignora de forma intencionada, dándonos un espacio que yo no necesito.

—¡Ha sido increíble cómo has derrotado a Pain! ¿Tú estás bien? —Palpa mi cuerpo como si tuviese algún derecho—. Por un momento temí que perdieases...

—Sí, sí. Estoy bien. —La sostengo por los hombros y, al fin y con sutileza, la retiro—. Perdona, pero estoy acompañado.

Al escuchar mis últimas palabras, ella se percata de la mujer que está a mi lado.

—¡Oh..., vaya! —Mira de uno a otro, encajando que nos ha interrumpido—. Yo... esto... mejor me voy —termina diciendo de forma cantarina.

Suelto un suspiro cuando nos da la espalda para marcharse. Justo al pasar por el lado de mi compañera de barra, ésta la sostiene por el brazo sin apenas mirarla.

—Ey, ¿qué haces? —Intenta zafarse Erín de su agarre—. Ya he dicho que me largo, tía. Todo tuyo.

—Perfecto, eso sí, antes de que te vayas devuélvele lo que es suyo.

—¿Estás pirada o qué? No sé de qué me hablas. —Esta vez Erín tira con más fuerza de su brazo.

—¿Te falta algo? —me pregunta el ángel.

—No, que yo sepa no —digo, palpándome por encima. De repente, me doy cuenta de que...

—. Serás hija de... —No termino la frase cuando, con su mano libre, la mujer misteriosa saca el sobre con mi dinero de la parte trasera del pantalón de Erín.

—Ahora sí puedes marcharte. —La suelta.

—Zorra —escupe Erín en su dirección antes de desaparecer.

—Toma.

Apenas soy capaz de articular unas míseras gracias al recuperar el sobre. «Maldita sea, si no llega a ser por ella... ¿cómo se ha podido dar cuenta?». Me quedo mirándolo entre mis manos mientras un sudor frío me recorre la espalda y siento cómo las piernas me hormiguean de puro alivio. Si hubiese llegado a perder el dinero, estaría jodido. Aún tengo que darle su parte a Trevor. Y ahora más que nunca, que Johnny estará de regreso, no puedo permitirme prescindir ni de un solo dólar.

—Creo que deberías elegir mejor a tus conquistas —la escucho decir. Eso hace que levante de forma abrupta la cabeza.

Me devuelve la mirada seria. Adiós a la camaradería que habíamos creado hace unos minutos.

—Ella y yo no nos conoc...

—Mira, déjalo, ¿vale? Ni siquiera me importa. —La tensión que reflejan sus hombros parece decir lo contrario cuando vuelve a darme la espalda.

Siempre he sabido qué batallas puedo luchar y de cuáles es mejor retirarse. Y, por su lenguaje corporal, sé que ahora mismo mi compañía no le resulta agradable.

—Gracias de nuevo. —Alza su mano y hace un gesto que vendría a ser una mezcla de que le resta importancia o que me largue de una buena vez.

Su molestia me saca una sonrisa porque me demuestra que no le soy tan indiferente como aparenta.

—¡Lo sabía! —exclamo alegre.

Ladea su cabeza en mi dirección. A pesar de que se está controlando, sé que se muere por preguntar. Al final gana la curiosidad.

—¿Sabías el qué? —pregunta de forma altanera, mirándome por encima del hombro.

—Nada —descarto, alejándome un paso aún sonriendo. Ella se tensa más si puede. ¡Dios, es perfecta! Y antes de girarme para marcharme, añado—: Simplemente sabía que el destino te tenía reservada para mí.

No me quedo a ver su expresión. De hecho, ni siquiera me volteo cuando escucho su «joder...» ahogado mientras desaparezco entre la multitud.

Solo sé que nunca había estado más seguro de algo como de mi última declaración.



Capítulo 9

The Gift Killer

Le di la última calada al cigarro, lo apagué contra la pared, envolviendo la colilla en un pañuelo de papel, y me lo guardé en el bolsillo en el instante que la vi aparecer por la puerta. Sus andares tambaleantes eran el fiel reflejo de lo drogada que se encontraba.

No iba sola, la acompañaba un hombre en las mismas condiciones. Apreté con fuerza la mandíbula. No me gustaban que en mis planes surgiesen contratiempos, no por ello tendrían que truncarse, simplemente los retrasaría.

Me re Coloqué la gorra negra, me subí las solapas de la cazadora y los seguí rezagado, manteniendo una distancia prudencial. Era una noche calurosa, además de húmeda, pero necesitaba llevar la chaqueta. En ella guardaba todas las cosas que me serían útiles. Introduje una de mis manos en el bolsillo y con mis dedos acaricié uno de los objetos. Un cosquilleo me recorrió la espina dorsal imaginándome cómo sería apreciar su tacto con mis manos desnudas, cómo lo enrollaría en su frágil cuello y recorrería con suavidad la longitud de la sedosa tela a la vez que estiraría de los extremos, privándole de cualquier porción de oxígeno que pudiese llegar a sus pulmones.

Un ruido hizo que saliese de la excitación que me producían mis pensamientos. Llevaríamos caminando unos diez minutos. Estábamos en una zona solitaria al oeste del Midtown. La pareja se había parado y se encontraba igual o más cachondos que yo. Me refugié tras un contenedor de obra, a unos veinte metros de distancia de ellos para ocultar mi presencia, y los observé.

Fui testigo de cómo, con un movimiento brusco, él la giró de cara a la pared, levantó su falda y amasó sus glúteos. Con una de sus manos liberó su polla y la dirigió hasta su coño que, por la facilidad con la que se insertó, debería de estar húmedo y listo. Eso hizo que mi propio miembro palpitase pidiendo atención y, ¿quién era yo para negársela?

Levanté la mano, y con los dientes me quité el guante, dejándolo apresado entre mis labios, después desabroché el botón de la cintura de mis pantalones, bajé la cremallera de la bragueta e introduje la mano en el bóxer, rodeando la circunferencia de mi polla. Sentí un fuerte tirón de placer en los testículos cuando comencé a menearla de arriba abajo mientras no perdía detalle de cómo follaban.

El sonido de la carne al entrechocar se unía a mis gruñidos amortiguados por la tela de

cuero que apresaba entre los dientes.

Por un segundo me permití cerrar los ojos y disfrutar del éxtasis que recorría cada una de mis terminaciones nerviosas. Hacía tiempo que no me encontraba tan excitado, solo podía igualarlo al momento en el que impartía justicia y me deshacía de la escoria de la ciudad. No es como si no creyese en la redención, solo que las mujeres a las que ayudaba a encontrar la paz, mandándolas a una muerte segura, la habían declinado.

No querían redimirse. Era tan simple como eso. Se encontraban tan perdidas en su vida autodestructiva que esa era la única forma en que las puertas del paraíso les fuesen abiertas.

Paseé el pulgar por la punta roma, recogiendo las gotas presemiales que emanaban del prepucio, y fui lubricando toda la longitud. Mis movimientos adquirieron velocidad. Estaba cerca, tan cerca de correrme que justo en el momento que ella gimió mientras llegaba al clímax, lo hice yo, derramándome sobre la palma de la mano.

Con la respiración errática y jadeante, saqué el pañuelo que anteriormente utilicé para guardar la colilla del cigarro y limpié el desaguisado que mi semen había formado.

Me re Coloqué los pantalones, aún oculto, y volví a enfundarme el guante en su sitio. Tras descargar, volvía a encontrarme sereno.

—¡Me prometiste que me darías un chute si te dejaba follarme! —escuché que ella le gritaba—. ¡Eres un cabrón!

—Y tú una puta. —La bofetada que le siguió a continuación hizo que ella terminase trastabillando y se empotrara contra la pared.

Permanecí agazapado en mi escondite, no salí hasta que el hombre desapareció de mi vista calle abajo y me acerqué hasta donde la muchacha se encontraba apoyada de mala manera.

—He visto lo que ha ocurrido, ¿estás bien? —pregunté a solo un palmo de distancia.

Ni siquiera se sorprendió o se asustó por que apareciese un extraño.

—Si vienes a por tu parte de ración llegas tarde, ahora no es buen momento —comentó molesta, abrazándose a sí misma, temblando.

—No necesito follar contigo —le lancé de vuelta—, pero quizá tú sí que necesites esto. —Saqué una jeringuilla, todavía sin la aguja puesta, y se la mostré.

Al ver lo que le ofrecía, su cara cambió de manera radical a una de máxima desesperación. En un rápido movimiento me la arrebató de las manos y la acunó contra su pecho, temerosa de que me lo pensase mejor y fuese a quitársela.

—G-gracias. Si quieres...

—He dicho que no quiero follar —la corté cuando vi que hacía el amago de bajarse la ropa interior.

Volví a meter la mano en el bolsillo y esta vez le di un plástico que contenía una aguja aún por estrenar.

Quitó el envoltorio con dedos temblorosos. Esta vez no la retuve cuando se sacó el tanga y lo utilizó como goma en su brazo para cortar el riego sanguíneo y pincharse.

Me dolía la mandíbula de tanto apretarla. Ni siquiera quiso saber qué mierda se estaba metiendo.

Soltó un suspiro hondo cuando la droga circuló por su cuerpo demandante. Lo que no sabía es que sería la última vez que se castigase de esa forma.

No tardó en darse cuenta que no era lo habitual al sentir que se paralizaban sus extremidades.

—¿Q-qué me h-has dado? —balbuceó, cayéndosele en el proceso la baba.

Omití darle una respuesta, tampoco la necesitaba, ya sabía que no se trataba de heroína.

Esperé impasible con las manos dentro de los bolsillos de la cazadora. Su cuerpo se resistía a caer, sin embargo, a los pocos minutos sus rodillas se estamparon contra la grava, apoyó las palmas de sus manos y con un esfuerzo sobrehumano alzó la cabeza. Tenía la mirada vidriosa a causa de las lágrimas que se le acumulaban en sus ojos.

—Y-yo... te v-vi. T-te vi, esta n-noche en El C-cubo.

—Y esta será la última cara que veas. —Me arrodillé, quedando a su altura, y le acaricié el pelo—. No deberías haberte tratado así... —me lamenté por la vida que había elegido vivir—. Siempre hay otra opción, pero os gusta rodearos de vicio. No sufras, yo acabaré con tu tormento, porque «el hijo de Dios ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido».

Enrollé el lazo en su cuello y apreté. Tras años consumiendo, se encontraba en tal estado de fragilidad que cuando imprimí fuerza escuché un chasquido.

Me fijé en sus ojos sin vida, comprendiendo que le había partido las vértebras. Una muerte demasiado rápida para lo que se merecía tras haber abusado de tal forma de su cuerpo.

Chasqueé la lengua, insatisfecho, mientras anudaba el lazo. Con movimientos mecánicos, saqué la pequeña navaja que portaba y le grabé el versículo en la nuca. Y, dejándola allí tirada, deshice mis pasos sin ningún tipo de remordimiento.

Esta era mi misión en la vida. Cortar cualquier tipo de sufrimiento a mujeres que habían escogido el mal camino. Sabía qué les esperaba si no se le ponía remedio. Lo viví en primera fila con mi madre. Y juré que ninguna mujer que estuviese perdida jamás pasaría por ese sufrimiento.



Capítulo 10

Guiomar

En cuanto bajo a la calle, me pongo los auriculares inalámbricos y pulso el botón reproducir de la lista de Spotify que tengo creada para cuando salgo a correr.

Una hora y veinte, es el tiempo que separa mi apartamento en Brooklyn del de Derek, en Tribeca.

Emprendo el trote en el instante que la voz de Harry Styles comienza a traspasar mis tímpanos con su inconfundible *As it Was*, un canto que trata sobre abrazar los cambios, dando paz a tu antiguo yo.

Anoche, nada más salir del despacho de Dash, mi compañero y la inspectora me esperaban para ver si estaba lista para marcharnos. Les dije que se adelantasen ellos, que necesitaba quedarme un rato más y que al día siguiente les contaría las novedades.

Necesitaba procesar sola todo lo que había sucedido esa noche. Soy de las que la mente le trabaja mucho mejor rodeada de bullicio. Algunas personas pueden desconcentrarse, aunque no es mi caso. Tenía que pensar en cómo se me pasó por alto no reconocer al hermano de John Harris. Eso en mi trabajo es una tremenda cagada. Es cierto que apenas hemos tenido unas cuantas horas para empaparnos de todo cuanto se sabe del caso, pero reconocer a los familiares del hasta ahora único sospechoso es uno de los primeros pasos para poder crearte un perfil.

Un paso que, a la vista está, olvidé por completo. En mi defensa diré que el hombre con el que me topé sobre la plataforma nada tenía que ver con el chico compungido que acompañaba a Harris en los juicios.

Una vez que llegué a casa, busqué información y ahora sé que tiene treinta años, reside en Harlem y trabaja en un taller de motocicletas. Si algo me despistó es que hasta ahora no había ningún indicio que mostrase que era un amante de las artes marciales. Y sí, digo amante porque su forma de luchar solo la consigue alguien al que le apasione ese deporte. Tiene una técnica y una fluidez en sus movimientos que demuestra que no es un simple amateur.

Al empezar a atravesar el puente de Brooklyn, mantengo mi ejercicio de cardio constante, adaptando una baja intensidad. De esa forma me permite poder practicarlo casi a diario, ya que al no llevar al límite mis músculos no necesito ningún día para recuperarme. Con cada zancada que avanzo, los edificios del distrito financiero que se muestran orgullosos, al frente a mi derecha, aumentan su tamaño.

Reconozco que, cuando tomé la decisión de mudarme ya hace ocho años, me costó

acostumbrarme al ritmo frenético de la ciudad. Madrid no se caracteriza por ser una capital tranquila, sin embargo, nada que ver con la forma acelerada y estresante que se vive en Nueva York. De ahí que, una vez que por fin conseguí una plaza en el equipo al que pertenezco, me alquilase un apartamento en Brooklyn. Sigues perteneciendo a la misma ciudad, aunque con una tranquilidad más apaciguadora que lo que resulta vivir en Manhattan.

Ya en el barrio de Derek, aminoro el ritmo antes de entrar en una pastelería. Mi estómago protesta cuando me golpea el olor a café recién hecho y el aroma de la vainilla en los dulces. Pido unos cruasanes para llevar y emprendo mi marcha. Hace unas décadas, Tribeca era un barrio industrial, pero con el paso de los años esos edificios se han reconvertido en zonas residenciales.

Pulso el telefonillo del apartamento de mi compañero y pongo los ojos en blanco cuando abre sin molestarse tan siquiera en preguntar quién es.

—Cualquier día te vas a llevar un buen susto por abrir tan a la ligera —le regaño, entrando al estar la puerta abierta.

—Sabía que serías tú, no es que reciba muchas visitas a estas horas. Por norma general es la hora en la que se marchan, no llegan. —Alza las cejas, canalla, apropiándose de la bolsa que traigo.

—¡Eres un fantasma!

—Sí, eso dicen todas hasta que les demuestro lo contrario —aduce, pegándole un mordisco al cruasán—. ¿Y bien? ¿Qué tienes que contar?

Derek no es de los que entran en conversaciones banales para perder el tiempo, le gusta ir directo al grano.

—Adivina quién tiene nuevo curro. —Sonrío.

—¡No jodas! ¿En El Cubo?

Asiento. Le doy la espalda y saco un par de tazas de uno de los armarios de la cocina para prepararnos un café. Es lo que me gusta cuando vengo a su casa, que tengo la total libertad de moverme como si se tratase de la mía.

Mientras desayunamos, le pongo al tanto de la especie de reunión que tuve anoche con Dash.

—No me imaginaba que quien moviese ese círculo fuese alguien tan joven —comenta Derek, pensativo.

—Ni yo. —Encojo un hombro—. Calculo que será de tu edad más o menos. El caso es que lo percibí realmente interesado en que aceptase el puesto.

—Eso nos puede favorecer, pero no quita que te andes con cuidado —su advertencia no me pillaba de nuevas, y me recuerda que Mason anoche dijo algo parecido.

Me recorre un escalofrío al pensar en él y en lo bien que se acoplaron nuestras bocas. A mi amigo el gesto no le pasa desapercibido cuando pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí, creo que me he quedado fría con la carrera —disimulo y cambio de tema—. Oye, ¿y la inspectora?

—No invoques al demonio.

Se me escapa una risa.

—A mí me cae bien.

—¿Por qué no me extraña? —murmura. Se aleja de la barra americana y deja en el fregadero nuestras tazas.

—No entiendo qué tienes en su contra —le azuzo.

—¿Tú la has visto? Es una sabelotodo que se cree superior a los demás. ¿Sabes la noche que me dio recriminándome cada pauta en nuestra forma de trabajar? ¡Es como si le tuviese que estar agradecido de que nos permita trabajar en el caso, joder!

Pestaño alucinada. Por norma general, Derek suele ser muy pasota. Según él, es una pérdida de tiempo y requiere mucho esfuerzo socializar con personas que puede que no te vuelvas a cruzar en la vida. Por eso no entiendo, o puede que lo comprenda demasiado bien, que Tessa le crise tanto los nervios.

La melodía de *Psicosis* interrumpe la conversación. Derek bufa y se acerca hasta la mesa auxiliar que está frente al sofá para recoger su teléfono móvil.

—¿Ves? Ahí está. Es un jodido sabueso.

Me trago una carcajada cuando leo *Devil* en la pantalla. Pone el móvil sobre la encimera entre los dos y cuando descuelga activa el altavoz para hacerme partícipe de la conversación.

—¿Qué quieres? —responde brusco.

—¡A mí no me hables así! —Se escucha al otro lado de la línea—. Para tu tranquilidad, que sepas que no has sido mi primera opción. He llamado a Guiomar, pero no me lo coge.

Saco mi teléfono de la riñonera y compruebo que tengo un par de llamadas de Tessa. Supongo que, cuando desactivé la lista de reproducción, lo silencié sin darme cuenta.

—Está conmigo y tengo el altavoz activado.

—¡Hola, Tess! —Saludo alegre, acercándome al aparato, como si con eso pudiese escucharme mejor.

—Buenos días, Guio —devuelve ella más comedida. Por lo menos ha utilizado el diminutivo de mi nombre, eso es un avance.

Cuando le he dicho a Derek que la inspectora me caía bien, iba en serio. En mi trabajo no acostumbro a estar rodeada de mujeres. Maldito imperialismo machista. Sé lo que es intentar luchar por ganar un lugar en un mundo, por norma general, de hombres. Por eso siempre intento solidarizarme con las pocas que nos encontramos de mi género.

—Os llamo para informaros de que han encontrado el cuerpo de otra chica.

Al escucharla, Derek y yo nos miramos serios.

—¡Joder! —maldice mi compañero—. ¿Cuándo ha sido?

—Me acaban de avisar, voy para el Midtown a conseguir más detalles.

—¡Estás loca! —el estallido de Derek hace que incluso yo me encoja—. No puedes ir al escenario del crimen.

—Y eso quién lo dice, ¿tú?

—Pues sí, maldita sea. Tú decidiste infiltrarte. No puedes pretender estar involucrada en ambos bandos. Te lo dijimos, o trabajas según nuestras reglas o llevas la investigación y te olvidas de lo que ello conlleva.

Cuando compruebo que, si no intervengo ambos comenzarán a soltar fuego por la boca, sostengo el teléfono y lo alejo del dragón malhumorado. Está visto que mi compañero tiene la delicadeza en el culo.

—Lo que Derek quiere decir es que sería contraproducente que te dejases ver en el escenario del crimen. Por norma general, los sujetos sienten cierto morbo con volver para admirar su obra al encontrar a la víctima —aclaro—. Si quieres infiltrarte en El Cubo y que no te reconozca, no deberías ir.

—¡Pero es mi caso! —se queja ella.

En este momento sé que Tessa está teniendo un caso agudo de conflicto de intereses. Por una parte, quiere estar junto a nosotros, en primera línea de fuego para cazar al asesino de los

regalos; pero, por otra, se siente en el deber de llevar la investigación *in situ*.

—Nadie está diciendo que no lo sea, solo que trabajes desde las sombras. ¿Confías en algún agente para que se encargue de esta parte y te mantenga informada?

—Todos mis agentes son de confianza —recalca a la defensiva.

Entiendo que, tras la caída que tuvo el anterior inspector que llevó este mismo caso, quiera exaltar el buen funcionamiento dentro del Departamento.

—Genial. Quizá podrías mandar a las personas que creas oportunas y que te pasen un informe con todos los detalles —sugiero—. Mientras tanto, ¿por qué no vienes a casa de Derek y hablamos del caso?

Observo cómo niega mi amigo mientras hace aspavientos.

—No sé...

—¡Venga, Tess! Tengo novedades —digo para animarla—. Además, Derek opina que es una idea fantástica que utilicemos su apartamento como centro de operaciones.

Por la cara que se le ha quedado a mi amigo al escucharme, si me dice que está sufriendo una apoplejía me lo creería.

Se escucha un suspiro al otro lado de la línea.

—Está bien —acepta—. Haré un par de llamadas para que se encargue otro agente e iré con vosotros.

—¡Genial! Te paso por mensaje la ubicación.

—Juro que vas a chupar informes y papeleo hasta que te jubiles —amenaza Derek nada más colgar.

—Me parece bien. —Me encojo de hombros—. Me gusta el olor a viejo y rancio que se respira en el archivo, pero hasta que llegue ese momento, no perdamos más el tiempo. ¿Aún conservas la pizarra en el trastero? —pregunto, poniéndome en movimiento—. Tenemos que convertir tu salón en el cuartel general.

—¿Por qué será que siempre me dejo liar por ti? —comenta derrotado, pinzándose el puente de la nariz con dos dedos.

—¡Porque me adoras! —exclamo cantarina.

No oculto la sonrisa. Sé lo que le ocurre con la inspectora. Es de las pocas mujeres que nada más conocerlo no ha caído rendida a sus encantos, y eso lo desconcierta a la par que lo excita.

Casi una media hora después, hemos transformado el comedor de Derek en el mejor de los despachos del Departamento de Inteligencia. Mientras yo voy anotando en la pizarra, hasta hace unos minutos blanca inmaculada, todos los puntos claves que tenemos hasta ahora, Derek comienza a hacer magia con su alta facultad de ciberdelincuente, rebuscando en la red información que de otra manera sería imposible recabar.

Llaman a la puerta justo cuando terminamos de imprimir las fotos de varias personas que creemos que frecuentan El Cubo. Eso hace que se despliegue ante nosotros un amplio abanico de sospechosos. Abro. Al otro lado se encuentra Tessa. Si se asombra de que la reciba con un abrazo, no lo demuestra. Es más, noto que se aferra a mí durante unos segundos de más. Mi intención es que sienta el consuelo que parece estar pidiendo a gritos. No debe ser fácil para ella tener que delegar en un asunto tan peliagudo.

—¿Conseguiste organizarlo todo? —escuchamos a nuestra espalda.

Derek se encuentra en el centro del comedor, con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón deportivo y sin quitarnos la vista de encima. El tono empleado en su pregunta es suave, y deduzco que es lo más cerca que está de interesarse si se encuentra bien. Puede que en más de una ocasión se comporte como un patán, pero, al igual que yo, ha debido apreciar el estado frágil

y derrotado que transmite la inspectora.

—Sí —afirma Tess. Inhala profundo, intentando recomponerse, y avanza al interior del apartamento—. De hecho, cuando estaba llegando he recibido información —nos comunica—. La víctima se llamaba Erín Smith, neoyorquina de veintiún años. Tiene algunos cargos por posesión de drogas, heroína, para ser más precisos, pero poco más.

Mientras Tessa nos pone al tanto, Derek teclea en su ordenador, concentrado.

—Maldita sea... Es solo una cría —murmura, observando la pantalla. Nos acercamos hasta él y se me atora el aire cuando vislumbro la imagen.

—¡La conozco! —exclamo, tapándome la boca con la mano, asombrada.

—¿Cómo dices?!

—¿Qué?

Preguntan ambos a la vez.

Siento dos pares de ojos fijos en mí, esperando que añada más información.

—La vi anoche, en El Cubo —explico—. Tuve que darle el alto cuando intentó robarle a Mason Harris un sobre con las ganancias de la pelea.

—Cuando me has contado los detalles de la noche, no has mencionado nada de eso —comenta perspicaz Derek, achicando sus ojos.

Alzo una ceja en su dirección que viene a decir: «¿En serio?».

—No lo creí relevante —me excuso.

—Guiomar, en este caso, por mínimo que sea, todo —recalca la última palabra— es relevante. Y más si tiene que ver con la víctima. —Su voz adquiere un tono serio, como el de mi superior que es.

Asiento sin replicar. Aún no entiendo la razón de por qué he mantenido en silencio el encuentro con Mason. Solo sé que, a pesar de que Derek tenga razón, sigo sin mencionar el beso.

—Bien —suelta, conforme con mi silencio. Se acerca a la pila de papeles, selecciona uno y añade—: Parece que Harris Junior acaba de escalar el primer puesto como principal sospechoso —declara, imantando la foto de Mason en la parte superior de la pizarra.

«¡No!», grita con fuerza algo en mi interior.

—Tiene lógica —añade pensativa Tessa—. Tiene más de un motivo para estar detrás de los asesinatos.

—Así es —afirma Derek. Miro de uno a otro sin intervenir en sus conjeturas—. Si no llega a ser por Guiomar, le hubiese robado el dinero. Y no nos olvidemos de que todo el mundo sabe que, si hubiese de nuevo una oleada de crímenes, el actual imputado quedaría en libertad. —«Mierda», siento cómo mi estómago se retuerce al pensar en esa posibilidad—. Guio, puede que él confíe en ti tras recuperar su dinero. Aprovechemos esa baza. Mientras estés en El Cubo no quiero que lo pierdas de vista.

«No puede ser», me repito. Lo tuve delante, interactué con él. No podría explicarlo, su mirada transmitía pureza. Puede que solo quiera engañarme a mí misma por cómo me hizo sentir con aquel beso, pero Mason Harris no puede ser un asesino en serie.



Capítulo 11

Guiomar

Formulo un «gracias» al conductor. Las manos me sudan cuando el taxi emprende la marcha, dejándome en la calle desierta. Compruebo la hora en el reloj de pulsera, nerviosa.

Esta última semana, mientras Tessa y Derek intentaban encontrar alguna laguna en los antiguos informes contra the gift killer, yo me puse en contacto con Dash para aceptar el trabajo que me ofreció.

Hace dos días me reuní con él en un restaurante en el Downtown de Manhattan. Si tuviese que definir con una palabra al hombre sería opulencia. No es alguien que pase desapercibido, tanto por su apariencia física, ya que es demasiado atractivo, como por el derroche de carisma que exuda por cada poro de su piel. Es un auténtico encantador de serpientes, el típico que sabe qué frase utilizar para engatusarte. A lo largo de mi carrera me he topado con varias personas así, y reconozco que, gracias a eso, pude mantenerme inmune y no caer rendida a sus encantos.

—¡Aquí estás! Preciosa, como siempre —me saludó en cuanto entré al reservado del restaurante. Se levantó con galantería de la mesa en la que se encontraba y depositó un beso en el dorso de mi mano.

En nuestro último y único encuentro en el club, descubrí que Dash es un hombre que cuida las apariencias. Por eso, para esa cita laboral me esmeré a conciencia. Llevaba un vestido de media manga ceñido hasta las rodillas, en color gris pizarra, y escote en forma de barco. Los hombros al aire le daban un aspecto sexi, pero sofisticado.

—Veo que eres todo un adulator —comenté, tomando asiento en la silla que retiró para mí.

Había llegado a la conclusión de que tendría que nadar entre dos aguas. Por una parte, me comportaría como la típica damisela, y a la vez le mostraría un poco de carácter. Tenía que recordar que, si algo me llevó a este punto, fue la audacia que demostré esa noche.

—Todo para una mujer digna de su nombre. —Guiñó un ojo, volviendo a su sitio enfrente—. No me gustaría pecar de presuntuoso, pero si estás aquí, eso significa que al final has decidido aceptar trabajar para mí.

Analiqué que no dijo «aceptar el trabajo», sino que recalcó «trabajar para mí», marcando la diferencia.

—Bueno, reconozco que es una oferta demasiado seductora para rechazarla, aunque me gustaría aclarar algunos puntos —acallé el discurso que también me había preparado cuando el camarero dejó una ensalada en mi plato—. ¿Has pedido por mí? —cuestioné, asombrada a la par

que mosqueada.

Por muy infiltrada que estuviese, no me gustaba que los hombres decidiesen por mí, y eso era algo que quería dejar claro.

—Lo siento. —Aunque no mostró ningún tipo de arrepentimiento—. Es un menú cerrado de degustación, te aseguro que será de tu agrado.

—No lo dudo, pero un poco osado por tu parte, ¿no crees? Quizá podría tener alguna alergia alimentaria.

—Ambos sabemos que no es el caso, ¿verdad? —me cuestionó, arqueando una ceja.

Me tensé.

—Verdad... —afirmé.

Pinché con el tenedor un poco de rúcula, nueces y queso de rulo de cabra y me lo llevé a la boca, sosteniéndole la mirada.

Me tenía que andar con ojo a su alrededor. Su aclaración me hizo intuir que me había investigado. Por suerte, a la vista de cualquiera no tenía nada que ocultar. Derek siempre se encarga de eliminar cualquier rastro de nuestra vida que no queramos que se sepa.

—Y dime, Guiomar —la forma sensual e insinuante en la que pronunció mi nombre hizo que sin querer mirase sus labios—, ¿qué puntos necesitas que te aclare?

—Sobre todo me gustaría saber cuáles van a ser mis funciones en El Cubo —comencé a decir tras limpiarme con sutileza la boca con la servilleta de tela—. Comentaste que estabas remodelando el almacén y querías montar un club nocturno. ¿Eso es lo que buscas? ¿Personal para la zona de fiestas?

—Me alegra que seas curiosa, pero esos puestos ya los tengo cubiertos. —Dejó los cubiertos sobre el plato, apoyó los codos en la mesa y acomodó la barbilla sobre sus manos entrelazadas—. A ti te necesito donde ocurre toda la acción. Supongo que habrás escuchado en las noticias sobre las chicas que han aparecido asesinadas estos últimos días. —Asentí, enderezándome en mi sitio. Me parecía increíble que sacase ese tema tan a la ligera—. Por inexplicable que parezca, esas mujeres, como las otras tres que mataron hace dos años, frecuentaban El Cubo.

—¿Piensas que la persona que está detrás de los crímenes pertenece a El Cubo?

—No es que lo piense, es que sé que es así.

—Escuché que John Harris participaba en las peleas que organizabas. Puede que tuviese un cómplice, ¿su hermano, por ejemplo? —Me la jugué. Quería saber hasta qué punto sabía Dash de todo ese asunto.

—¿Mason? Te aseguro que eso es imposible. Al igual que sabía que Johnny no lo hizo.

—Pareces estar muy seguro.

—Conozco a Johnny mejor de lo que se conoce él mismo, y te digo que no mató a aquellas chicas.

—No lo entiendo. Por lo que parece, eres alguien con demasiadas influencias —señalé el reservado en el que nos encontrábamos. Era un restaurante de lujo en el que se necesitaba reserva con meses de antelación, y él la consiguió en pocas horas desde que lo avisé para quedar—, ¿no pudiste interceder por él?

—Deberías saber que, por mucho dinero o estatus que tenga uno, según qué cosas están fuera de nuestro control.

—Ya... La justicia no se compra.

—Exacto.

—¿Y qué tengo que ver yo en todo esto? ¿No te has parado a pensar que al revelarme que

las mujeres que pisan tu negocio pueden terminar muertas me eche para atrás? Valoro demasiado mi vida.

—Simplemente hay que mirarte para saber que no eres de las que se acobardan.

«No tienes ni idea», pensé, sosteniendo la copa de cristal y bebiendo un trago del exquisito vino blanco.

—En un principio, me gustó tu descaro al hacerte con los mandos de mi barra, pero cuando desvelaste que impartes clases de defensa personal supe que eras la persona idónea para el puesto.

—¿Y ese es...? Aún ni siquiera me lo has dicho.

—Quiero que seas una de las gerentes de El Cubo a la par que instruyas a las chicas que trabajan para mí. Necesito que, en caso de que se encuentren en peligro, sepan defenderse.

—Para eso último solo tendrían que inscribirse en el centro social en el que trabajo. No hace falta que yo trabaje para ti.

—Lo sé, de hecho, es lo que haré, pero eso no quita que te quiera allí. Demostraste arrojo tras lo que hiciste esa noche. Por norma general, la gente no se suele tomar esas licencias en mi casa. Cuando ellas comprueben que tú, aparte de ser su instructora, eres una más de ellas, se sentirán cómodas y seguras, que es lo que realmente busco entre mi equipo. —Nada me cuadraba, lo pintó tan bien que incluso yo estuve a punto de creer sus palabras. Suerte que en mi trabajo te enseñan a ser desconfiada por naturaleza—. Como comprobaste, los días que hay combates se pueden volver un poco caóticos, ya te dije que me gusta rodearme de los mejores, e intuyo que, con tu iniciativa, lo eres.

Cabe decir que no me creí toda esa palabrería, pero no es algo que me preocupase. Mi verdadero trabajo es atrapar a un asesino. Si para ello Dash tenía que ser mi pase rápido para acceder a su club, por supuesto que aceptaría.

De ahí que ahora me encuentre tan nerviosa a la par que llena de anticipación al estar frente a las puertas de El Cubo el día de su reapertura.

Me extraña que todo esté tan calmado y silencioso. La fachada permanece oculta por una tela negra, por lo que no se muestra el resultado final tras la reforma. Me acerco hasta las puertas dobles de la entrada y tiro con fuerza. Cerradas. Cierro el puño y golpeo con los nudillos, esperando que alguien venga a abrir.

—Tenía la esperanza de que al final no trabajases para él. —Pego un salto en el sitio al escuchar la voz.

—¡Maldita sea! Deberías llevar puestos cascabeles, casi me da un infarto. ¿No te enseñaron que es de mala educación acechar a la gente entre las sombras?

Me llevo una mano al pecho, lo siento desbocado. No sé si del susto o de la impresión que me produce tener de nuevo a Mason frente a mí.

Tiene la desfachatez de soltar una risa, y eso hace que mis latidos aumenten su velocidad, más si cabe.

—Lo siento, pensé que me habías visto. —Señala a su espalda.

—Pues no, no lo he hecho —niego, intentando serenarme—. ¿Qué haces aquí? Aún es temprano.

Que esté aquí no me sorprende, lo que sí lo hace es que sea antes de que el club abra sus puertas.

Cuando acepté trabajar para Dash, me citó dos horas antes de la inauguración alegando que necesitaba coordinar al equipo.

—Dash me dijo que viniese a esta hora —me informa.

Ladeo la cabeza y lo miro, entrecerrando los ojos.

—Me parece un poco hipócrita de tu parte que ya sean dos ocasiones en las que me recriminas que trabaje para él cuando parece que tú también lo haces.

—Tengo mis razones —se muestra esquivo. Se acerca a la puerta y tira, intentando abrir.

—Puede que yo tenga las mías —murmuro. Me acerco hasta él—. Ya lo he intentado, está cerrada. Puede que aún no haya llegado nadie —añado, mirando a nuestro alrededor.

—Lo dudo. Conociendo a Dash, seguro que lleva incluso días durmiendo aquí. No es de los que dejan las cosas al azar.

Se gira y me quedo impactada al tenerlo tan cerca.

Cuando nos vimos la vez anterior, al encontrarnos bajo la oscuridad del club, pensé que sus ojos eran marrones, ahora, gracias a los tonos anaranjados y rojizos del atardecer que se reflejan en ellos, aprecio unas pequeñas motitas más claras en su iris. No sabría definir su color, pero lo que sí sé es que es de los típicos que cambian su tonalidad según su estado de ánimo.

—Creo que no nos hemos presentado como Dios manda. Soy Mason.

Ahora tiene los ojos claros, e incluso diría que risueños por las arruguitas que se le forman en la comisura cuando extiende su mano en mi dirección.

—Guiomar. —Me paso un mechón de pelo tras la oreja antes de ofrecerle el saludo. ¿Por qué me encuentro tan nerviosa? Es un hombre cualquiera, «uno que besa demasiado bien», nada más.

Una descarga eléctrica nos traspasa en el momento que nuestras manos se unen. Las alejamos con rapidez por el chisporroteo que nos acabamos de llevar.

—¡Vaya...! ¡Cuidado, Elektra, podrías abastecer a toda la ciudad con la energía que desprendes! —bromea, agitando su mano al aire.

Sonrío. Me sorprende porque es una sonrisa real, una que no he tenido que interpretarla ni forzarla. Nuestras miradas se quedan enganchadas sin poder remediarlo, es como si una cuerda invisible tirase de nosotros para acercarnos.

—Joder, hazlo de nuevo —pide.

—¿El qué?

—Sonreír.

Alza su mano y con su pulgar acaricia mi labio inferior. Sentir su tacto hace que entreabra la boca y la respiración se me acelere. No entiendo por qué no me aparto o simplemente lo alejo de un empujón. Por norma general, no dejo que las personas que no conozco se tomen ese tipo de libertades, aunque con Mason parece que, el que me toque, es lo adecuado.

Salgo de esa especie de trance mental en el que ha conseguido sumirme al escuchar el chirrido que produce al abrirse una puerta.

—¡Vosotros dos! —nos grita un hombre al otro lado—. El jefe os espera. —Bordeo el cuerpo de Mason, huyendo de esa extraña conexión, y entro con rapidez al local sin preocuparme tan siquiera si me sigue.

Necesito respirar, recobrar el aliento que parece que su sola presencia me absorbe y aclarar mi mente. No debo olvidar por qué me encuentro aquí y, lo más importante, que quizá él sea la razón. Vuelvo a sentir ese pinchazo en el pecho al pensar que Mason pudiese estar detrás de los crímenes.

Avanzo por un ancho pasillo, las paredes están forradas de espejos y el suelo es de un mármol negro brillante. Nada que ver al cemento que las revestían la semana pasada.

—Ey, espera...

Mason me sostiene con delicadeza por el codo y me suelta de un tirón. La confusión está

grabada en cada uno de sus rasgos tras mi arrebató, debe pensar que estoy loca. En un momento le estoy sonriendo y dejando que me roce, y un segundo después, salgo pitando como si el diablo me persiguiese; puede que así sea. Es posible que me esté involucrando más de la cuenta con el mismísimo mal personificado.

—No me gusta que me tengan que esperar —justifico las prisas que me han entrado de repente.

Parece que capta la mentira que me acabo de inventar. Se aparta unos pasos y asiente. La pequeña distancia que interpone entre nosotros y su cara de desilusión me dejan fría.

—Dejaos de charlas, no tengo todo el día para vuestras gilipolleces —nos suelta molesto el hombre. Observo cómo le da un empujón a Mason cuando pasa por nuestro lado.

—Jagged, si lo que quieres es que te vuelva a calentar, solo tienes que pedirlo amablemente. Estaré encantado de satisfacer tus deseos. —La mirada asesina que le dedica el tipo a Mason hace que me tense.

Cuando veo que el tal Jagged avanza furioso en nuestra dirección, intercedo poniéndome entre medias de ambos.

—El jefe nos espera, ¿recuerdas? —Señalo con un gesto de cabeza al frente, cortando cualquier demostración de pelea de gallos que estos dos quieran llevar a cabo.

Pasan unos segundos en los que la tensión, incluso, se palpa en el ambiente. Por suerte, el hombre, aún con las aletas de la nariz abiertas, recula y masculla:

—Agradécele a ella que no te parta la cara.

—Idiota... —murmura Mason a mi espalda, lo que hace que se lleve una mirada de reproche por mi parte—. ¿Qué? Te aseguro que lo es.

—Entonces, parece que no es el único.

—Chica lista. —Me guiña un ojo, sonrío ladino y juro que me tiemblan las piernas.

Tras ese derroche de atractivo, en el que casi me escurro con mis propias babas, avanzamos en silencio. Soy consciente de su presencia. Me asombro en cuanto entramos y descubro en lo que han convertido la anterior zona diáfana del almacén.

La iluminación tenue proviene de diversas lámparas de cristal que cuelgan del techo. En los laterales de la estancia, diferentes reservados con sofás de terciopelo rojo le dan un toque de color al resto de la decoración, que es en tono negro. El suelo, las pareces, las barras, todo cuanto nos rodea es una especie de piedra de vidrio negra. No puedo negar que el club exuda elegancia y cierto aire sensual.

—¡Por fin! Pensé que me dejaríais colgado —Me giro a la izquierda, donde aparece un impoluto Dash.

Lleva un traje, seguro que hecho a medida por lo bien que le sienta, en negro, camisa del mismo tono y corbata roja, mimetizándose con el entorno.

—Preciosa Guiomar... —Me sostiene la mano, como la última vez, y me besa en el dorso. Siento el aliento de Mason calentar mi nuca. ¿Por qué está tan pegado?—. Vaya, mi mente no hizo justicia a lo bien que te ves con el vestido. —El deleite en su mirada ratifica cada una de sus palabras.

¿Eso ha sido un gruñido? Echo un vistazo hacia atrás.

Tras aceptar el trabajo, y antes de marcharme del restaurante, Dash me obsequió con lo que dijo que sería el uniforme que tendría que utilizar. Es un vestido estrecho y liso, de tirantes anchos y escote redondo que me llega a mitad de los muslos. En un principio pensé que por su tono rojo sería un poco llamativo, ahora, observando la decoración del local, entiendo que es todo un acierto.

—Gracias —respondo escueta, y un tanto incómoda por la situación.

El calor que desprende Mason es abrasador, pero, por inexplicable que parezca, sentirlo tan cerca hace que la sensación de incomodidad que me produce estar en este lugar mengüe un poco.

—Mason —saluda esta vez a la persona que tengo encaramada a la espalda—, me alegra que estés aquí. No las tenía todas conmigo de que al final aparecieses.

—Estuve por no hacerlo —le contesta seco.

—¿Por qué será que no me sorprende? —Suelta una risa—. ¿Qué tal lo está llevando tu hermano? —En esta ocasión, la actitud de Dash cambia y adquiere una más seria.

Me muevo unos centímetros para así tener a cada uno a un lado y agudizo mis sentidos.

—Adaptándose. —Aprieta la mandíbula unos segundos. Se nota que no está a gusto con este tema mientras yo siento una avidez profesional porque extienda su respuesta.

Tras encontrar la semana pasada a la segunda víctima, se aceleró la puesta en libertad de John Harris. Su salida fue televisada en las noticias y mostraba a la multitud congregada, tanto de fanáticos como de detractores de Harris, a las puertas de la prisión Isla Rikers.

—Si necesitáis ayuda con alg...

—Por eso estoy aquí, ¿no? —lo corta Mason antes incluso de que el otro termine la frase.

Compruebo que está furioso y apostaría, a pesar de la semioscuridad de la estancia, que sus ojos se han vuelto de un marrón líquido oscuro.

—Muy bien. —Dash da una sonora palmada, cambiando de tema—. Me gustaría enseñaros cómo ha quedado todo antes de presentaros al resto del equipo. Guiomar, veo que ya has conocido a Jagged, mi jefe de seguridad. —Señala a su sombra—. Un consejo, mantén a estos dos lo más lejos posible, no se tienen mucha estima. —Trata de que suene a confidencia, aunque lo dice demasiado alto para que los otros dos se enteren. Escucho el rechinar de dientes, y no sabría decir de cuál de ellos procede.

—Ya me he dado cuenta...

Avanzamos hasta lo que se supone será la pista de baile. A causa de los escalones que bordean por sus cuatro lados con distinta profundidad, da la sensación de internarte en un cuadrado dimensional.

—¿Estás bien? —musito hacia Mason para que Dash y Jagged no nos oigan.

—Tan bien como si unas pinzas me apretasen los huevos.

Vale, eso aclara que estar aquí le hace tan poca gracia como a mí. «Yo tengo una causa justificable, ¿cuál será la suya?», me pregunto, dedicándole una mirada de reojo.

Va vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca de manga corta, puede parecer un atuendo simple, sin embargo, en él no luce corriente.

—¿Qué llevas en la bolsa? —Dejo de comérmelo con los ojos y señalo la bolsa de deporte que le cuelga del hombro.

—¿Ahora no quieres alejarte de mí como si quemase? —pregunta con resquemor.

—Yo...

¡Mierda! ¿Qué le digo? ¿Que me he acojonado con el momento intenso que hemos compartido en la puerta? ¿Que no debería sentir algo así por alguien que puede que resulte ser un asesino? O la mejor de todas, siento una fuerte atracción por ti, pero pienso descubrirte.

—Bah..., déjalo —descarta cuando tardo demasiado en encontrar la respuesta adecuada—. Solo llevo ropa cómoda para luchar.

—¿Crees que, siendo hoy la inauguración, también habrá peleas? Un poco arriesgado por su parte.

—Espero que así sea —bufa—. Si no, no sé para qué cojones me ha hecho venir.

—Este, como veis, será el club que a partir de hoy estará en boca de todos y donde la gente vendrá a disfrutar y olvidarse de sus problemas —interrumpe Dash nuestra conversación, extendiendo sus brazos para abarcar la gran sala—, pero para vosotros dos tengo otros planes. Sois mi apuesta segura —comenta críptico.

«¿A qué se referirá con eso?».

Saca su teléfono móvil y lo pasa por un lector digital oculto en un rincón de la sala. De repente, una de las paredes de vidrio oscuras se abre de forma automática. Él y su hombre se internan y bajan por las escaleras. Mason y yo nos miramos y los seguimos. Llegamos a la zona de El Cubo donde la semana pasada se llevaron a cabo los combates.

El lugar ha sufrido alguna modificación en cuanto a la decoración, aunque nada que ver con la parte de arriba, que ha sido restaurada en su totalidad.

Esta sala no se encuentra vacía, hay alrededor de una decena de personas moviéndose de un lado a otro. Me percató de que todas las mujeres llevan un top rojo y minifalda a juego mientras los hombres llevan un pantalón de pinzas negro con camiseta de manga corta negra en la que llevan grabado en rojo dos cubos, uno sobre el otro, creando una especie de estrella de ocho puntas.

El vello se me eriza al reconocer el símbolo como el sello que llevaban las víctimas en la muñeca y solo se veía con luz ultravioleta.

—¿Por qué ellas llevan un uniforme distinto al mío?

—Te comenté que te quería como una de las gerentes, pero si quieres ir como ellas, por mí no hay problema.

—No —niego tras su aclaración—. Así estoy bien.

Con lo que no estoy nada bien, y me descuadra bastante, es con esa especie de confianza ciega que ha depositado en mí sin tan siquiera conocerme.

—¿Por qué yo?

—Por qué tú, ¿qué? —Le hace un gesto al jefe de seguridad y este se aleja, obediente.

—¿Por qué me ofreces a mí ser una de las encargadas y no a cualquiera de ellas?

—Tengo buen olfato para los negocios, y te dije que me gusta rodearme de los mejores.

—Eso no es suficiente. —Me cruzo de brazos y miro de soslayo a Mason, que no pierde detalle de nuestra conversación.

—Por cosas como esta sé que eres la correcta. No aceptas las cosas sin antes pelear. Además, creo que tú me proporcionarás cosas que ninguna de ellas podría. —Al decir esto último, desvía sus ojos hacia Mason.

—Está bien. —Incluso yo sé qué batallas librar, y por mucho que intente que me dé una explicación razonable, sé que no lo hará—. Solo que no me gusta que los demás se creen unas expectativas sin tan siquiera haberlo demostrado.

—Tranquila por eso, Guiomar. Estoy seguro de que serás capaz de ejercer tu trabajo sin complicaciones. De hecho, tú estarás con Mike, otro de mis gerentes, en aquella barra. —Señala a su derecha—. Ya comprobé que juntos trabajáis bien.

Miro hacia el lugar que indica y me encuentro con el camarero de la otra vez. En cuanto es consciente de que lo he visto, me sonríe y me guiña un ojo. Alzo mi mano y lo saludo de vuelta.

—Pero antes de que ocupes tu puesto, quiero que te encargues de Mason hasta que le toque su hora de pelear.

—¿Cómo dices? —Giro de nuevo la cabeza, alarmada.

—Tío, yo creo que esa obsesión tuya debería acabar —comenta hastiado Mason, pinzándose el puente de la nariz.

¿Qué me he perdido? ¿De qué demonios hablan? Espero que con encargarse no se refiera a lo que se me está pasando por la mente.

—Ya conoces las reglas —le contesta, zanjando el tema, pero ni por asomo lo está.

—¿Qué quieres decir con «encargarme» de él? —Entrecomillo con los dedos la dichosa palabra—. Que yo sepa, solo acepté un trabajo como camarera, no entraba en el puesto cualquier otra actividad extracurricular. —Me cruzo de brazos y omito que, a partir de la semana que viene, las chicas que trabajan para él serán mis alumnas en el centro social donde doy clases de defensa personal.

Me impaciento cuando ambos me miran en silencio durante unos segundos más de la cuenta.

—¿Crees que te manda a que me folles y así salir descargado a pelear? —Mason prorrumpe en carcajadas, contagiando a Dash, que se une a él.

Por la complicidad que demuestran, puedo imaginarlos en el pasado siendo amigos. Eso no quita que me apetezca estamparles mi puño en la cara, y aseguro que estaría justificado por capullos.

—Mira... lo que ocurra entre vosotros en ese vestuario, mientras sea consensuado, no es asunto mío. —Levanta las manos sin parar de reír—. Pero no se me ocurriría hacer tal cosa, solo quiero que vigiles que no consume nada antes de salir a pelear. Las apuestas son demasiado elevadas y podrás imaginar que quienes las hacen no son personas con las que me gustaría tener problemas. Prefiero no jugármela y que piensen que manipulo los combates a mi favor suministrándoles cualquier sustancia a los luchadores para potenciar sus fuerzas. Puede que lo que sucede aquí no sea muy lícito, pero lo que sí te aseguro es que es real.

Enrojezco al sacar conclusiones precipitadas. Ellos deben notarlo porque vuelven a reírse con ganas.

—Sois imbéciles —suelto.

Me doy la vuelta y me alejo hasta la barra. Si por separado son peligrosos para mi cordura, juntos demuestran que conseguirían volverme loca. Y ahora es lo último que necesito. Dash, sin mencionarlo claramente, me acaba de confirmar que por aquí se mueven diferentes mafias.

Resoplo agobiada. Si es cierto y aquí se concentra lo peor de la ciudad, dar con el asesino va ser más difícil de lo que pensaba.



Capítulo 12

Mason

«Guiomar», saboreo el nombre en mi mente. Un nombre diferente para una mujer que, desde la primera vez que la vi, me tiene deslumbrado.

Resigo su figura con la mirada mientras se gira, alejándose. Aún mantengo la sonrisa plantada en la cara, y de estas, últimamente, no hay muchas en mi vida. ¿Cómo es posible que con la simple insinuación de lo que creyó que haríamos en ese vestuario esté empalmado? Tiro de mis pantalones, recolocándome la polla.

—Parece qué has hecho buenas migas con la niñera que te he adjudicado —apunta con sorna Dash.

—Cállate. —Lo miro molesto—. ¿A qué viene tanta vigilancia? Tu padre no nos tenía tan controlados.

Noto cómo se le oscurece la mirada cuando menciono a su progenitor.

—¿De eso se trata, Daniel? ¿Tienes tan descuidada tu vida personal que te pone cachondo ejercer control sobre los demás?

—Cuidado, Mutt... Recuerda con quién estás tratando. —No me pasa desapercibida la amenaza velada en sus palabras—. De mí depende que tu hermano y tú consigáis una vida libre de cargas.

Aprieto la mandíbula, cabreado.

—Descuida, McAlister, no es algo que olvide con facilidad.

—En cuanto a cómo manejaba mi padre las cosas, no es asunto tuyo. Ahora soy yo el que está al mando de El Cubo, eso es lo único que tiene que importar. Tengo mis razones para actuar como lo hago. —Mientras suelta su discurso mira al frente, a la plataforma cuadrada, ahora vacía, donde se disputan las peleas—. Creo que alguien intenta jugármela —me confiesa al cabo de un rato, supongo que estaría debatiendo si hacerlo o no.

—¿Qué quieres decir con jugártela? Sabes tan bien como yo que estar en el poder conlleva cosechar enemigos por el camino.

—No me refiero a eso, contaba con ello. De hecho, me produce cierto morbo encontrar un poco de rivalidad en el camino. —Tuerce una sonrisa—. Esto es distinto, Mason. —Baja la voz

—. Estoy seguro de que quien está detrás de los asesinatos de esas chicas, y quien hizo que inculpasen a Johnny, es alguien que se mueve en El Cubo.

Su declaración hace que mis músculos adquieran una rigidez sobrenatural.

—¿De qué demonios hablas? ¿Qué sabes de este tema? —rujo a un palmo de su cara. Lo agarro por las solapas de la americana, retorciéndolas, y lo acerco a mí.

—¡Suéltalo! —me exige el idiota que siempre lo acompaña, saliendo de la nada.

Mis ojos permanecen en Dash esperando que me dé una explicación. Juro que, si él sabe de quién se trata y no ha dicho nada, la vamos a tener.

—Tranquilo, Jagged, Mason y yo solo estamos hablando, ¿verdad? —No le contesto, sigo mirándolo—. Déjanos solos, Jag.

—Señor...

—¡He dicho que te largues! —Se deshace de mi agarre y una vez solos, añade—: Y tú, haz el favor de relajarte.

—¿Cómo quieres que me relaje cuando mi hermano está viviendo un infierno? —mascullo al límite de mi paciencia—. Hace tan solo cuatro días que Johnny fue puesto en libertad, y la persona que ha vuelto no es la misma que era.

Puedo entender toda la mierda por la que ha pasado. Su estado taciturno y poco comunicativo es comprensible. ¡Joder! Yo mismo, en estos dos últimos años, he cambiado. Lo que me deshace es la mirada que lo acompaña. Solo me hizo falta echarle un vistazo para ver reflejadas todas las atrocidades por las que tuvo que pasar.

Pensé que, tras salir, sentiría el alivio de estar de nuevo en libertad, pero nada más recogerlo en prisión se mostró esquivo y distante con Abby y conmigo. Mi amiga me aconsejó que le diese su espacio, necesita adaptarse a su nueva situación. Eso es lo que he hecho estos putos cuatro días. Prometo que me hubiese mantenido cauteloso a su alrededor, que intentaría ayudarlo en todo lo que necesitase, eso sí por lo menos compartiese espacio conmigo, aunque no es el caso. En cuanto llegó a mi apartamento, se encerró en la habitación que había dispuesto para él y no lo he vuelto a ver.

Por más intentos por mi parte para que salga, todos han sido en vano. Puede que esté libre, pero en su mente sigue encarcelado. El único consuelo que me queda es que por lo menos sé que se está alimentando. Lo sé porque las bandejas de comida que dejo al lado de su puerta aparecen vacías, en el mismo lugar, a la mañana siguiente.

—¿Crees que no lo sé? Johnny es mi mejor amigo.

—Dirás era —corrijo—. Le diste la espalda al igual que todos.

—Le puse un abogado —se justifica.

Suelto una risa carente de humor.

—Eso quizá tenga que agradeceréte. Que pusieses a Abby en mi camino fue lo único bueno que hiciste y que me ha mantenido cuerdo, pero no fue suficiente, Dash. ¿Cuántas veces has ido a visitarlo? ¿Cuántas llamadas ha recibido por tu parte preocupándote por cómo lo estaría llevando? —le recrimino—. Cero, Dash. —Cierro la mano para darle mayor énfasis.

—Que no haya mantenido el contacto no significa que no me haya preocupado.

—¿Y ahora? ¿Qué me dices? Míranos cómo estamos. —Nos señalo—. Yo siendo tu perro de presa para pagar sus deudas.

—Deberías aprender que en los negocios nunca hay que mezclar los sentimientos, mucho menos el corazón.

—Claro, para ti es fácil cuando careces de ellos.

—Es lo mejor para no sufrir... —declara distante, sin mirarme a los ojos.

—Disculpa, jefe, necesitan de tu presencia en la sala de arriba —le dice su secuaz, acercándose.

—Bien, enseguida iré —le comunica—. Mason, tienes una hora para que empiece el espectáculo. Tómate algo, cáscatela, relájate con lo que te salga de los cojones... Me da igual lo que hagas, pero esta noche es importante y quiero que estés al cien por cien —me exige—. No hace falta que te recuerde lo que está en juego si no ganas.

Tras su explícita aclaración, se marcha. Me llevo las manos a la nuca, cierro los ojos y resoplo, intentando tranquilizarme.

Hace tiempo, Dash fue como otro hermano mayor para mí. Lo conocimos al poco tiempo de fallecer su madre. Por increíble que parezca viéndolo ahora, era otro pobre diablo que no tenía donde caerse muerto, al igual que nosotros. De ahí que, en cuanto entró en escena el dinero, cambió. Ambos lo hicieron. Tanto Johnny como él se volvieron codiciosos con el tema de las apuestas. El problema es que ya sabemos a cuál de los dos le fue mejor. Y eso hace que una parte de mí, indirectamente, lo culpe.

Sé que es no es justo por mi parte, ¿y qué lo es en esta vida? A pesar de la mierda que me tocó vivir, siempre he intentado forjarme un futuro lo más honrado posible. ¿De qué sirve ser honorable cuando, hagas lo que hagas, te joderán?

—Muy bien, soy toda tuya.

Me giro hacia su voz y me asoma una sonrisa.

—¿Hasta qué punto de literal es esa frase? —cuestiono burlón, alejando los problemas. Sé que seguirán ahí, pero me merezco, aunque solo sea por un instante, fingir llevar una vida lo más normal posible.

—¡Oh, venga ya! Me has entendido —descarta con un ademán de mano—. ¿En qué consiste eso de «encargarme de ti»? ¿Nos sentamos uno enfrente del otro en silencio mientras agudizo mi visión de halcón? Porque, perdona que te diga, esa es la mayor estupidez que he escuchado. —Me embebo de su tono de voz. Me fascina el peculiar acento que tiene— ¿Cree que si quisiérais doparos no lo haríais? —Niega como si no se lo creyese.

Lleva razón. Yo tampoco le encuentro mucha lógica a esta norma.

—Dash y sus excentricidades —comento—. En cuanto a ese tema, si no te sientes cómoda no tienes por qué hacerlo. Ya lidiaré luego con él.

—Realmente me da igual. Tengo que cumplir con el trabajo, ya sea tras esa barra o haciéndote compañía, así que... —Encoge un hombro, resignada.

Y por primera vez, por mucho que me haya quejado, pienso que esta chorrada de tener una centinela después de todo no va ser tan mala idea.

—Entonces..., ¿es aquí donde os preparáis antes de las peleas?

Me fijo en cómo pasa un dedo distraída por el escritorio una vez que estamos en los vestuarios. En todo el camino hasta llegar aquí no ha dejado de observar cada rincón por el que pasábamos; mientras, yo no le he sacado los ojos de encima.

Es extraño lo que despierta en mí siendo una auténtica desconocida, cuanto más la miro más ganas tengo de saberlo todo de ella. Por norma general no es lo común, yo no hago eso de profundizar con una mujer, ni tener citas, ni querer saber más de ella que pasar un rato agradable follando. No porque me niegue a tener una relación ni rollos parecidos, solo que mi vida es lo suficiente complicada y dispongo de tan poco tiempo como para querer involucrarme con alguien. No sería justo para la otra persona arrastrarla a mi caos, pero con esta mujer siento una inexplicable atracción que me hace olvidar toda la mierda que me rodea y pensar en un quizá...

El futuro es algo que nunca he podido plantearme. Siempre me ha tocado vivir al día, sin

planes, sin expectativas... Solo intentando mantenerme alejado de los problemas y trabajar para poder llevarme algo a la boca ese día. Y reconozco que esta nueva sensación para mí, de querer conocer a otra persona, resulta embriagadora.

—¿Qué coño haces?! —exclama alarmada, al ver que me bajo los pantalones hasta las rodillas.

Se me escapa la risa ante su desconcierto, aunque lo más curioso son sus ojos. Los tiene abiertos como platos.

No hace el amago de girarse. Se queda ahí, confundida, pero dándome un buen repaso.

—Bueno, tengo que cambiarme —digo como si nada—. Como comprenderás, no voy a salir a luchar en vaqueros y botas de seguridad. No sería nada cómodo.

—Genial, pero por lo menos podías hacerlo de espaldas y no apuntándome con esa arma de destrucción masiva —me señala la entrepierna.

«¿Arma de destrucción masiva?». Me doblo por la mitad a causa de las carcajadas.

—O también podías girarte tú —contraataco. Achica la mirada en mi dirección y se cruza de brazos, en una pose guerrera que hace que mi erección crezca—. A mí no me incomoda que me veas en ropa interior, supongo que no será al primer hombre que veas así.

—No, no lo es. Aunque, por norma general, hasta llegar a ese punto antes me invitan a cenar.

—¿Es una sugerencia? —pregunto mientras me desvisto. Ella sigue cada uno de mis movimientos—. Porque en cuanto termine esa estúpida pelea estoy libre.

Rueda los ojos, poniéndolos en blanco, y tras un resoplido se gira. Una pena, me gustaba ver cómo me comía con la mirada. Eso me hace pensar que no le soy indiferente.

—Deberías saber que no me gusta mezclar trabajo con placer —dice en referencia a mi anterior comentario.

—Y tú deberías saber que al placer nunca hay que sacarlo de la ecuación, sean cuales sean las circunstancias.

—No me extraña que casualmente seas tú quién diga eso. —Se da la vuelta, quedando de nuevo frente a mí sin importarle que siga en tan solo un bóxer negro—. Me quedó bastante claro la primera vez que nos vimos que eres de los que hacen las cosas sin pedir permiso.

No me gusta ni un pelo la insinuación que hay implícita en esa frase.

—Puedes decir lo que quieras, pero ese beso lo vivimos los dos de la misma forma, cariño —suelto mosqueado—. Si no pasó a más fue porque Trevor tiró de mí, en ningún momento tú me apartaste.

Me complacería verla sonrojarse, pero me encuentro demasiado cabreado para hacerlo.

Saco de la bolsa de deporte unos pantalones cortos sueltos y, con movimientos bruscos, me los pongo. No me preocupo en cubrirme el torso. Si le incomoda que esté semidesnudo, puede largarse.

Al estar en un espacio tan reducido, incluso el aire se vuelve denso a causa del silencio. Me siento en el único banco que hay y rebusco unas vendas rojas para protegerme las manos.

—¿Quieres que te ayude? —solicita al ver cómo me peleo en más de una ocasión intentando liarme las cintas.

Maldita sea, es un ritual que he hecho millones de veces y ahora parezco un puto novato. La culpa es suya, que me afecta demasiado tenerla a un par de metros de distancia.

—Puedo solo, no vaya a ser que nos rochemos sin querer y creas que te estoy acariciando sin tu consentimiento. —Sé que el dardo que le acabo de lanzar contiene veneno, pero, joder, me ha molestado que diese a entender que la besé en contra de su voluntad.

Puede que le entrase a saco, y si lo hice fue porque en aquel momento sus ojos gritaban que lo deseaba tanto como yo.

—No he querido decir eso —se excusa.

—Ah, ¿no? Porque a mí me ha dado la sensación que era exactamente lo que has dicho.

—Está bien, ha sonado tal cual, entiéndelo, me pilló de improviso.

—¿Crees qué a mí no? —Dejo a un lado las vendas de mala leche. Me encorvo, apoyando los codos en las rodillas, agacho la cabeza y me paso las manos por el pelo—. Te aseguro que no acostumbro a morrear a las tías de buenas a primeras —resuello.

Percibo su calor cuando toma asiento a mi lado, por mi visión periférica veo cómo agarra las cintas y después me sostiene una mano.

—¿Qué haces? —susurro, enderezando la espalda. Siento un escalofrío al primer contacto de sus dedos sobre mi piel.

—Ayudarte. Para eso estoy aquí, ¿no?

Le sale la voz en apenas un susurro. No me mira, se concentra en la tarea que tiene entre manos y eso me da la oportunidad de repasarla sin ningún tipo de vergüenza.

Su piel es lisa y tersa, me gusta el sonrojo natural que se crea en sus mejillas y cómo se muerde el labio inferior, distraída.

—No tienes por qué hacerlo. —Tiro de mi mano, pero no lo suficiente para alejarnos.

—Pero sí quiero.

Alza la vista, y el impacto que me produce tener a tan pocos centímetros su mirada verde se asemeja a como si un puño se estrellase contra mi caja torácica, robándome el aire en los pulmones.

—Llevas razón, ¿sabes?

—¿En qué?

—Disfruté ese beso —«¡Joderrr!». Exhalo—, sin embargo, no puede repetirse.

—¿Por qué?

Quiero saber por qué algo que ambos deseamos no puede volver a suceder.

—Créeme... No sería lo más adecuado. —Cabecea y cierra los ojos. Cuando los vuelve abrir, puedo leer en ellos el tormento que le produce tener que privarnos de algo que ansiamos.

Sonrío sin humor, sin quitarle los ojos de encima.

—Sé lo que me vas a decir; ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, ojalá no fuésemos quienes somos, ojalá...

De repente, corta mi discurso, y con una intensidad que ni me esperaba, se lanza, estampando nuestras bocas en el proceso.

Reacciono rápido porque... me cago en todo, su sabor es un puto afrodisíaco.

Mientras ella me sostiene la cara con las manos, yo la sostengo por la nuca, profundizando el beso más si cabe.

En este instante soy consciente de que llegue algo de aire a mis pulmones está sobrevalorado, podría subsistir con su aliento. Nos besamos con prisas, acelerados, como si un contador hubiese activado una cuenta atrás y ninguno de los dos quisiera que llegue a cero.

Nuestras lenguas se enredan, creando un nudo difícil de deshacer. Es imposible que tengamos que privarnos de algo irremediable. Con mi mano libre le sostengo el muslo. Ella, por inercia, se mueve, quedando sentada a horcajadas sobre mis caderas.

Estar en el jodido paraíso tiene que ser muy similar a esto. Mi polla perfora mis bermudas e incluso podría decir que percibo su humedad mientras se restriega contra mí. Acuno su trasero y guío sus movimientos oscilantes. Si seguimos así sé que seríamos capaces de corrernos, y ni me

planteo las consecuencias que ello conllevaría al terminar con mi semen en los pantalones. Estoy tan excitado que lo único que necesitaría serían tres embestidas más para...

Unos golpes en la puerta nos sobresaltan y hace que nos separemos, jadeando.

—¡Mutt, cinco minutos! —grita alguien al otro lado.

—Yo... esto... —Se levanta con torpeza y tira del bajo de su vestido, que lo tiene arrugado en la cintura—. ¡Madre mía, madre mía, madre...!

La imito, poniéndome en pie. Ella me da la espalda y alza su mano hasta la frente, agobiada.

—¿Guiomar? —pregunto, cauto. Es la primera vez que pronuncio su nombre en voz alta, pero se siente como si lo hubiese hecho toda mi vida. Avanzo un par de pasos en su dirección y escondo una mueca cuando me recorre un latigazo en los huevos—. ¿Estás bien?

—¿Que si estoy bien? —Se gira envarada—. ¡No, joder! No lo estoy... Esto, tú y yo... —Nos señala—. No puede suceder. Jamás.

Me dedica una última mirada, como si fuese un maldito deshecho humano, y se larga.

Cuando escucho el portazo tras marcharse, suelto un grito desde lo más profundo del pecho.

¡A la mierda! Pateo la bolsa de deporte. Si eso es lo que quiere, que así sea. Puede que la primera vez fuese yo quien se lanzase a besarla, esta vez la iniciativa ha sido suya.

Protejo con rapidez mis puños. Tengo la adrenalina disparada cuando salgo de los vestuarios dirección a El Cubo. No me gustaría estar en el lado receptor del combate porque, del cabreo que arrastro, sé que la paliza que se llevará mi contrincante va a ser épica.



Capítulo 13

Guiomar

Al salir de forma precipitada, me encuentro con el tipo que acompaña en cada paso a Dash. Sus brazos cruzados y su mirada inquisidora hacen que me pare de golpe frente a él.

—Pensé que serías una chica inteligente, pero, para no variar, eres igual que todas. —El desdén inunda cada una de las palabras que me lanza.

Aprieto aún más los labios por el estado de nervios que llevo.

—No sé de qué cojones hablas —suelto, pasando por su lado.

En solo un par de zancadas me alcanza, me sujeta del brazo, imprimiendo más fuerza de la políticamente correcta, y aduce pegado a mí:

—Sois atraídas por esa aura melancólica que le envuelve, pero que no te engañe, Mutt es un lobo con piel de cordero.

—Gracias por la advertencia —comento sarcástica, con los dientes apretados—. Y, para futuros encuentros, no vuelvas a tocarme, —Me suelto de un tirón de su agarre.

Veó cómo se le endurece la mandíbula y sonrío. Aunque el gesto no tiene nada de cordial cuando alza sus manos, captando el mensaje.

El vello de la nuca se me eriza cuando, por mi visión periférica, aparece Mason. Ni siquiera nos dedica una mirada cuando pasa por nuestro lado como un vendaval.

—Veó que lo has cabreado..., al final vas a terminar por caerme bien y todo —escucho a mi lado mientras soy incapaz de sacarle los ojos de encima a Mason.

Suelta una carcajada, consiguiendo que me produzca mucho más desasosiego.

—Como si me importase... —contesto, echando a andar.

Necesito resetear mi mente. Nada está yendo según lo previsto. Debería estar centrada en encontrar al asesino y no besuqueándome con el principal sospechoso ni perdiendo tiempo en estúpidas conversaciones.

Cómo no, mi paz mental tendrá que esperar pues me sigue, acompasando el paso.

—Disfrutaremos de un buen combate. Quizá, con suerte, puede que esté lo suficiente desconcentrado y consigan partirlle esa cara de gilipollas que tiene.

—Por como hablas intuyo que no sois amigos.

—¿Me tomas el pelo? Jamás me involucraría con el hermano de un asesino. —Todas mis alarmas comienzan a sonar a la vez.

—A la vista está que la justicia se equivocó, ¿no crees? —Me paro de golpe, cruzando los

brazos

Lanzo la pregunta como si nada y lo miro con atención para no perder detalle de cada uno de sus gestos.

—Puede que engañen a todo el mundo, pero a mí no —masculla, mirando al frente. Tiene el ceño fruncido y las aletas de la nariz se le abren con cada inhalación—. Los hermanos Harris no son trigo limpio.

—Existe algo que se llama presunción de inocencia hasta que se demuestre lo contrario.

—Sí, bueno, y también que si la justicia no te ampara mejor es tomarla por tus propias manos.

Esa última frase consigue que agudice mis sentidos. No se preocupa en escuchar mi réplica y echa a andar, adelantándose y desapareciendo de la zona de vestuarios.

¿Qué habrá querido decir con esto último? ¿Se referirá a él mismo o, por el contrario, es una manera sutil de decirme que Mason puede que haya urdido todo este plan para liberar a John?

Me masajeo la sien agobiada. Es muy difícil almacenar cada conversación para más tarde analizarla cuando estoy tan distraída, pero no debo olvidar que cada una de las personas con las que me cruzo podría ser el asesino. Escucho voces por el pasillo y veo a otro de los luchadores avanzando en mi dirección. Lo acompañan un hombre y una de las trabajadoras de Dash.

—He estado varios años al lado de Mutt —escucho que le dice el hombre al luchador cuando pasan por mi lado—, el muy cabrón no tiene puntos débiles. Simplemente intenta aguantar. La resistencia puede hacer que lo agotes, y será tú única posibilidad de ganar...

—¡Hola! —me saluda jovial la chica que los acompaña, rezagándose a mi lado—. Soy Peyton, pero puedes llamarme Pey —se presenta. Eso hace que pierda el hilo de la conversación de los otros dos.

—¡Mira a quién tenemos aquí! Si es la perra del Chucho —comenta el que va dándole directrices al luchador.

—¿Cómo dices?

Me adelanto un paso, encarándome a él. Suelta una carcajada seca mientras me da un repaso, no demasiado agradable, de arriba abajo, antes de continuar su camino.

—Eres la chica de Mason, ¿verdad?

—¿Disculpa? —pregunto, prestándole atención.

Ella ríe. Tiene una risa suave y cantarina.

—Me refiero a que si eres la chica que lo supervisa.

—Ah... claro. —Debería parar. Esto de sacar conclusiones precipitadas se está volviendo una costumbre.

No acompaña que sienta las malas vibraciones del hombre que me ha insultado.

—Ojalá me hubiese tocado a mí con él... —comenta soñadora—. ¿Es tan increíble como dicen?

—Pst, no tengo con qué compararlo. Es la primera vez que hago algo parecido.

Aligeramos nuestros pasos y llegamos hasta la segunda planta. La música se oye a todo volumen incluso en la zona de las escaleras.

—A mí me ha tocado con Elliot Young —cuchichea, señalando al chico unos pasos por delante nuestra—. Y la verdad es que hace honor a su apodo, es Joven, pero uno muy insufrible. —Rueda sus ojos.

—¿Y quién es el otro hombre? —le lanzo curiosa, en el mismo tono confidente que utiliza ella.

Acabo de recordar que acompañaba a Mason en la primera pelea a la que asistí. Necesito

crear lazos con la gente que trabaja en este lugar para recaudar la máxima información posible.

—Él es Trevor. Era quien le conseguía las peleas a Mason, pero ahora que él ha fichado con Dash tiene que buscarse la vida —me informa—. Como comprenderás, no está muy contento con el cambio de papeles. Todo el mundo sabe que enfrentarse a Mutt es un fracaso garantizado.

Interesante...

—Tú serás la que nos enseñará a pelear, ¿verdad?

Ni siquiera me inmuto a la mirada curiosa que me lanza, a pesar de la sorpresa. No esperaba que Dash les hubiese puesto al tanto de forma tan rápida.

—No os enseñaré a pelear, solo intentaré que aprendáis a defenderos —le aclaro.

—No le veo la diferencia. —Se encoge de hombros—. Bueno, te veo por aquí. —Me guiña un ojo, se adelanta y entra a la sala junto a los otros dos.

Me quedo unos segundos en el rellano, tomando una profunda respiración, antes de imitarlos, desbloqueo mi teléfono móvil y abro la aplicación de notas: «investigar a Trevor», me apunto. Cuando lo hago, me sorprende al ver el lugar a reventar. Prácticamente se ha llenado en el tiempo que he estado en los vestuarios.

Mi mirada se dirige al cubo donde se llevan a cabo las peleas. Incluso a través de la gente soy capaz de distinguir a Mason. Está cruzado de brazos, concentrado, mientras observa la pelea que se lleva a cabo. Dudo si ir hacia él o, por el contrario, tomar cierta distancia. Al final, la razón gana la batalla y me dirijo a la barra que me asignaron atender.

—¡Por fin! —exclama el camarero al verme aparecer—. Necesito que obres tu magia y descongestiones un poco esto. —Señala a la gente, que espera impaciente ser atendida.

—¡Siento que te hayas tenido que encargar tú solo! —grito para que me escuche por encima de la música.

Believer, de Imagine Dragons, acompaña cada movimiento en el combate.

¡Dolor!

Me hiciste un, me hiciste un creyente...

Creyente.

¡Dolor!

Me destrozas y luego me recompones...

Creyente, creyente.

El chico hace un gesto con su mano, restándole importancia a mi disculpa.

—Al lado de la máquina registradora tienes un listado con los precios de cada consumición, y si piden algo que no aparezca, simplemente añade diez dólares a la bebida más cara.

Mike me da unas cuantas instrucciones y enseguida entramos en la dinámica de servir a los consumidores. Solo lo hice una única vez la otra noche y trabajar con él es cómodo. Nos adaptamos bien y, lo más importante, no nos entorpecemos.

En cuanto tenemos la barra despejada, nos centramos en disfrutar desde nuestra posición de los combates. Aún no he visto a Derek ni a Tessa, sé que deben estar por aquí, hay tanta gente que es difícil ubicarlos. Al que no pierdo de vista es a Mason, y mucho menos cuando le toca subir a pelear.

Como me ocurrió la vez anterior, verlo ahí arriba es hipnótico. Esta vez no se desconcentra. Sus golpes son rotundos y certeros, el tal Elliot poco puede hacer contra él.

—No tiene nada que envidiarle a su hermano. Verlo es todo un espectáculo.

Giro la cabeza y me encuentro con los ojos azules de Mike centrados en el combate.

—¿Cómo era?

—¿Quién? —cuestiona. Se gira y me presta atención.

—John Harris.

—Una auténtica máquina de matar. —Al ver cómo abro mis ojos se excusa—. Joder, eso ha sonado fatal, ¿no?

—Un poco, sí. —Sonrío, tranquilizándolo.

—Me refiero a que era imbatible. Ese chico llevaba la lucha pintada en la cara.

—¿Qué opinas de todo lo que está sucediendo? El hombre de confianza de Dash tiene muy claro que John e incluso Mason están detrás de... bueno, ya sabes...

—¿Los asesinatos a esas chicas? —termina por mí.

—Exacto.

—No hay que tener muy en cuenta la opinión de Jagged. Él no es objetivo.

—¿Por qué lo dices?

—Hace años, Dash y Johnny eran uña y carne. Donde iba uno siempre estaba el otro. Este mundo de las peleas clandestinas, aunque no lo parezca, es muy reducido. Todos terminamos conociéndonos. Mi hermana también frecuentaba este sitio, de hecho, por ella entré yo aquí.

—¿También era camarera? ¿Sigue trabajando aquí?

—No, ella ya no está. —Asiento para que prosiga su explicación—. Dash también luchaba, ¿lo sabías?, aunque nunca se enfrentaban entre ellos. Ese sí que hubiese sido un combate a muerte. Los dos eran francamente buenos... —Vaya, con que Dash también era un luchador...—. Jagged era el típico interesado que siempre iba detrás de los caballos ganadores, pero se decantó por estar más pegado a Dash por el hecho de que, aparte de éxito, tenía poder. No sé si me entiendes. —Hace un gesto uniendo dos de sus dedos y frotándolos entre sí.

—Ya... tener dinero hace que aumenten las amistades.

—Eso es —afirma—. El caso es que Jagged tenía cierta envidia a Johnny. Siempre pedía enfrentarse a él. Cabe decir que, en cada pelea, siempre mordía el polvo.

«Parece que el tal Jagged es todo un resentido», pienso, analizando lo que me acaba de contar Mike.

—¿Y tú qué opinas? —vuelvo a preguntar—. ¿Crees que John o incluso Mason harían algo así?

Durante unos segundos me observa en silencio. No sé si será capaz de mojarse, no nos conocemos para que dé su opinión tan a la ligera. Le mantengo la mirada y le muestro una sonrisa, intentando con ello que confíe en mí.

Funciona, ya que vuelve a hablar.

—El ser humano es difícil de descifrar. Nunca se sabe qué razones llevan a cada uno a cometer un hecho así, por eso no puedo contestarte y poner la mano en el fuego por nadie. En esta vida he aprendido que solo debes quemarte por ti mismo.

—Ya... —añado a su respuesta ambigua.

—Solo te puedo decir que a Jag le vino muy bien que a John lo encarcelasen. Gracias a eso se convirtió en la mano derecha de Dash.

Proceso la información, Jagged tenía motivos y razones para deshacerse de John. Tras esta información, el hombre de confianza de Dash acaba de subir varios puestos como un potencial sospechoso.

Volvemos a girarnos para seguir pendientes de la pelea. Justo en ese instante, Mason se alza con la victoria. Elliot permanece en la tarima, retorciéndose. A pesar de la distancia que nos separa, Mason me busca entre el gentío.

En cuanto me localiza, nuestras miradas se entrelazan en la distancia. Ninguno de los dos la

soltamos, y no entiendo la razón, pero algo dentro de mí necesita volver a estar en buenos términos con él. Necesito que desaparezca esta especie de desazón que me quema en el pecho desde que abandoné ese vestuario.

Vocalizo un «felicidades» que no me cabe duda que capta, pues se muerde los labios y niega sutilmente con la cabeza. La mirada ardiente que me dedica a continuación hace cosas impropias en mi estómago. Siento como si un enjambre de abejas revolotease en mi interior y lo inundasen con la miel más dulce.

—Ya sabemos quién será el invicto esta temporada —me susurra Mike. El simple roce de sus labios contra el oído eriza mi piel. Giro la cabeza en su dirección y me encuentro con su mirada azul—. ¿Qué te parece que nos tomásemos algo en la sala club cuando terminemos aquí? Creo que nos merecemos disfrutar de la apertura del club de moda.

—Una copa, ¿eh?

—Lo prometo. —Alza sus manos, inocente—. Una y cada uno por su lado.

—Ya veremos... De momento nos quedan un par de horas por aquí, así que no seas gandul y ponte a trabajar —le digo juguetona mientras le doy un golpecito en el estómago con un abridor de botellas.

—¿Gandul? ¿Quieres que te enseñe los callos que me han salido en las manos por hacer el trabajo que era de los dos?

—Oh, pobrecito —bromeo, y formo un puchero en mis labios—. Sabes que no ha sido mi culpa, las quejas a Dash. Él es el que decide en el último momento cambios de puesto.

—Bueno, eso será imposible, no todos somos unos privilegiados y tenemos la suerte de intimar con el jefazo. —Recibo la pulla alta y clara mientras se gira y atiende a un cliente.

Lo observo durante unos segundos, decidiendo si será cierto lo que acaba de decir. ¿En serio es tan difícil llegar hasta Dash? Y si es así, ¿por qué en mi caso ha sido tan fácil? Con esas cavilaciones me encuentro cuando escucho mi nombre.

Me giro y siento un alivio incomprensible cuando me encuentro con el rostro de la inspectora al otro lado de la barra

—¡Tessa! —exclamo. Me inclino para poder abrazarla— ¿Dónde te habías metido? —le pregunto en voz baja.

—Puff, ni preguntes... Está siendo una noche de locos —responde, apresándome entre sus brazos. Me retiro unos centímetros para fijarme en su cara.

Apenas la conozco, pero su mirada grita desesperación.

—¿Qué ha pasado?

Ella cierra los ojos, niega y vocaliza «luego».

—¿Me pones una cerveza? —Parpadeo asombrada por su petición—. Sin alcohol, claro.

—Marchando... —En cuestión de segundos tiene frente a ella un botellín sin alcohol, del cual se bebe casi la mitad de un simple trago—. ¿Y Ripper? —Utilizo el sobrenombre de mi compañero para preguntarle por él.

Con su sola mención los ojos de Tessa echan chispas, y eso es el indicio de que Derek ha tenido mucho que ver en que la noche de la inspectora esté siendo revoltosa.

—No sé cómo lo soportas —se queja—. Creo que he perdido la cuenta de las veces que lo he mandado a la mierda en el rato que llevo hoy con él. —Bebe el resto de su cerveza y me hace un gesto para que le ponga otra.

Se me escapa la risa, aunque obedezco.

—Aunque aparente lo contrario, en el fondo es muy buen tío.

—Ese fondo debe ser demasiado profundo porque, lo siento, por más que escarbe no soy

capaz de encontrar esa parte de él.

En el instante que voy a abrir la boca aparece el susodicho.

—No me gusta que me dejen con la palabra en la boca cuando estoy manteniendo una conversación —le suelta a la inspectora de buenas a primeras cuando llega donde nos encontramos.

—Pensé que había quedado claro que la conversación había terminado al irme —replica hastiada, sin tan siquiera mirarle.

Los observo interactuar con atención. Derek resopla a sus palabras, lo que hace que Tessa se beba el segundo botellín en un santiamén.

Menos mal que es sin alcohol porque, de lo contrario, terminaría con una buena cogorza.

—¡Guio... necesito una mano aquí! —me grita Mike desde su lado de la barra.

Asiento y dejo a estos dos batiéndose en duelo con las miradas que se dedican.

Me fijo en Mike servir al tal Trevor y quedarse con él un rato charlando. Mientras atiendo, intento no perderlos de vista. No soy capaz de saber qué es lo que están hablando, los que sí lo hacen son mis compañeros. Ellos están lo bastante cerca para que me lleguen frases sueltas de la especie de conversación que tienen. Me quedo con algunas como: «eres un imbécil», «qué esperabas que hiciese» o «me da absolutamente igual», lo que hace que mi cotilla interior se alce con fuerza.

¿Qué demonios me estoy perdiendo?

Siento una especie de tirón en el pecho que hace que desvíe la mirada y la centre al frente, en Mason, que se acerca hasta donde me encuentro con una decisión que me paraliza por completo.

—Tranquila, solo quiero una birra. No volveré a besarte hasta que no tomes tú de nuevo la iniciativa —comenta cuando llega a mi altura.

Lo suelta lo suficiente alto para que todo aquel que se encuentra a nuestro alrededor lo escuche.

Juro que se me seca la boca y cada uno de mis músculos protesta por tener que contenerse y no saltar y hacer justo eso: besarlo hasta que se nos degastasen los labios. Por suerte, me contengo. Tras unos segundos más de la cuenta, en los que Mason y yo nos perdemos en los ojos del otro, desvíó mi mirada hacia un lado, justo donde hasta hace unos segundos mis compañeros estaban inmersos en una discusión. Ahora ya no lo hacen, sino que ambos me miran con expresiones totalmente distintas entre sí.

La de Tessa grita asombro y desconcierto mientras la de Derek... Madre mía, la de él es de cabreo absoluto.

Quienes tampoco me quitan los ojos de encima son mi compañero de barra y su hasta ahora interlocutor.

«Joderrrr...».

Nunca me ha gustado ser la comidilla de nadie, y parece que, con lo que ha soltado Mason, me he ganado el protagonismo.



Capítulo14

Derek

«Me cago en mi puta vida, ¿qué cachondeo es este?».

Sé que debería alternar mi mirada entre Guiomar y el indeseable que acaba de llegar que, dicho sea de paso, no deja de comérsela con la mirada, pero no puedo sacarle los ojos de encima a mi compañera. La conozco lo bastante bien para saber que, por muy ilógico que parezca, lo que acabo de escuchar es verdad. La culpabilidad está grabada en cada uno de los rasgos de Guio.

No es propio de ella, no algo así ni...

Una mano sobre mi bíceps consigue sacarme de mi incredulidad. El simple roce hace que me tense más de la cuenta por el hecho de saber a quién pertenece.

—Deberíamos irnos —me recomienda, con voz suave y aterciopelada, la inspectora.

Creo que es la primera vez que percibo esa sutileza en su tono al dirigirse a mí.

—No —niego rotundo, y avanzo un par de pasos.

—Derek...

Desoigo su advertencia y me centro en lo que me atañe. Esto no es serio, maldita sea. Nada está saliendo según lo previsto. Estoy a cargo de este caso, se supone que somos la élite en cuanto a los grupos de infiltrados del Departamento Federal se refiere, y lo que en verdad parecemos es un par de palurdos dejándonos llevar por nuestros más bajos instintos.

Debería haber declinado participar en el caso en cuanto sentí que me empalmaba al escuchar, por primera vez, la voz ronca y seductora de la inspectora. Sé por experiencia que, cuando tu polla se impone a la lógica, nada bueno puede salir, aunque claro, es muy difícil declinar una orden directa viniendo del mismísimo Nick Berman. Me gustaría saber qué pensaría el jefazo si descubriese que uno de sus agentes, más concretamente su hija, se besuquea con el principal sospechoso.

«¿Es qué se ha vuelto loca?!». Es impropio viniendo de ella, maldita sea. Si algo caracteriza y admiro de mi compañera es su disciplina y su profesionalidad. Que ande liándose con alguien mientras está infiltrada, perdonad que os diga, no lo suele hacer jamás.

Me paro en seco y aprieto los puños hasta tal punto que los nudillos me hormigean.

—¿Derek? Tienes que luchar —me repite la inspectora. Esta vez acaricia mi mano e intenta desenredar mis dedos apretados. Cuando lo consigue, entrelaza nuestras manos y tira de mí en dirección contraria.

Observo a Guio al otro lado de la barra y noto cómo suelta un suspiro de alivio al ser consciente de que por ahora no tendremos esta conversación.

La palma de mi mano quema al sentir el calor de Tessa. Me debato entre soltarme de un

tirón o atraerla hacia mi cuerpo y explorar su boca hasta que memorice cada rincón.

—¿Crees tan siquiera que ahora podría luchar? —mascullo yendo hacia El Cubo.

Al no estar preparado, por poco me la llevo por delante cuando se gira de repente.

—No seas hipócrita —me suelta.

—¿Hipócrita? ¿De qué vas?

—No estoy de acuerdo con lo que ha hecho, pero no es diferente a lo que ha pasado entre tú y yo. —Nos señala con un gesto.

—Es totalmente distinto —respondo, rehuyendo su mirada.

—Ah, ¿sí? ¿Qué diferencia hay entre que ellos se besen a que nosotros también lo hagamos? Puede que a todos se nos haya ido la situación de las manos, pero son solo besos. — Levanta los brazos, exasperada.

«Solo besos, mis cojones».

Se cruza de brazos y mis ojos se dirigen por inercia a la pronunciación de ese escote que lleva horas torturándome.

Supe que no era una buena idea estar solos, pero Guio había quedado con Dash en venir antes, por lo que no me quedó más remedio que ir a por la inspectora.

El impropio que he soltado nada más verla seguro que ha resonado en la Costa Oeste. Si de por sí, enfundada en sus trajes de chaqueta, activa mi testosterona, verla en un mini vestido, moldeando su figura, ha terminado por rematarme.

No recuerdo que le haya devuelto el saludo cuando se ha montado en el coche, estaba concentrado en intentar que mi cuerpo no se partiese de la tensión que acumulaba, incluso creo que podría haberme convertido en gárgola.

Los veinte minutos que hemos pasado en el interior del vehículo han sido un puto calvario. A cada respiración que he tomado, un aroma a flores silvestres demasiado agradable drogaba mi cerebro.

Si algo tengo que reconocer de la inspectora es que no es de las que llenan el silencio con conversaciones banales. Pienso que, si a mi estado, ya de por sí excitado, le hubiese añadido su melódico tono de voz, me habría hecho explotar.

He pensado que la cosa mejoraría una vez que llegásemos a El Cubo y pudiese respirar aire puro y no la especie de narcótico con el que se ha rociado, pero me he equivocado.

—He sido paciente, pero una vez que entremos será imposible hablar, ¿de verdad ni siquiera vamos a repasar nuestros movimientos? —pregunta, sosteniendo mi brazo.

El simple contacto de su mano contra mi antebrazo ha sido el aviso que necesito para saber que, si nos tocamos, seré incapaz de parar de hacerlo.

Hasta ahora he evitado el mínimo roce entre nosotros porque su sola presencia hace que mi mente se imagine devorando esa boca contestona que me saca de mis casillas.

—Ya te lo dijimos —comienzo, ocultando mis pensamientos pecaminosos—, en estos casos lo mejor es actuar con naturalidad e ir improvisando sobre la marcha. Agudiza tus sentidos e intenta que se note que lo pasas bien. Vamos..., como lo harías cualquier noche que sales de fiesta, si acaso sabes cómo se hace.

—¡Por supuesto que sé cómo se disfruta! —replica indignada—. Pero te recuerdo que no estamos aquí en plan ocio. Dos mujeres han muerto en las últimas semanas; seis, si le sumamos las anteriores —me recuerda—. Así que no me vengas con que me comporte como lo haría un día normal porque no puedo. Necesito dar con el culpable.

—Necesitamos —apunto—. Ahora formas parte de nuestro equipo y nunca nos han gustado los individualismos. —La molestia recorre mi cuerpo—. Que desaparezca esa aura de policía al

acecho que desprendes, es lo único que nos va a salvar de no terminar siendo descubiertos. —Me giro y avanzo hasta la puerta principal sin añadir nada más.

No se me pasa por alto cómo la fachada ha experimentado una gran transformación desde la última vez que estuvimos aquí. Ya no es la especie de almacén abandonado, sino que sus adoquines de mármol negro, sus focos luminosos colocados estratégicamente y el letrero en rojo de dos cuadrados, dan la sensación de un local distinguido.

No volvemos a hablar mientras permanecemos en la extensa fila que hay para acceder al lugar. No me asombra que haya tanta gente, esta última semana se ha hecho una fuerte campaña de publicidad, y no hay nada que nos guste más a los neoyorquinos que ser partícipes del lugar de moda.

Lo que no me termina de cuadrar es que, sabiendo el tipo de actividades ilegales que se llevaban a cabo en su interior, Daniel McAlister quiera estar en pleno ojo del huracán. O es demasiado estúpido para su propio bien, o se trae algo entre manos que, hasta este momento, se nos escapa.

—Entradas —demanda el gorila que custodia la puerta.

—Tengo algo mejor —le digo, enseñándole el código QR que se nos facilitó en el grupo de Telegram para poder participar en las peleas ilegales.

Tras una ojeada, el tipo se pone a hablar a través de un pinganillo, imposibilitándonos la entrada, lo que comienza a ponerme nervioso.

—No podéis acceder por esta entrada —nos informa—. Bordead el edificio y dirigíos al callejón que queda a la derecha, allí encontraréis a otro compañero que os verificará el acceso.

Sostengo la mano de la inspectora y con un asentimiento nos alejamos en esa dirección, deseando, por mi cordura, que culmine este caso cuanto antes.

Siento los latidos de mi corazón acelerados, sin tener claro si es debido a la beldad que me acompaña o a causa de la adrenalina al saber que en un rato estaré luchando contra un desconocido.

Siempre disfruté practicando artes marciales. Participar hace años en El Cubo era la forma que tenía para liberar el estrés que me producía mi oficio.

La mayor parte del tiempo mi trabajo es solitario a la par que complicado. Llega un momento en el que tu mente comienza a traicionarte y pones en duda tus principios. Como agente infiltrado tienes que ser capaz de ver la cara bondadosa de las personas para empatizar con ellas. Los delincuentes y criminales huelen el miedo y el odio a kilómetros; saben cuándo aborreces y no aceptas su estilo de vida. Por esa razón, tienes que ser capaz de entenderlos y ponerte en su lugar, ya sean asesinos, pedófilos o traficantes de drogas o de armas.

Coexistir en esa dualidad moral consigue dejarte mella psicológica, por esa razón necesitaba reencontrarme con mi yo más destructivo para así volver a recomponerme. A causa del estrés que se vive mientras permaneces infiltrado, tienes un exceso de cortisol en tu cuerpo, aumentando tu ritmo cardíaco, y la única forma que siempre he encontrado para nivelarlo es a través del sexo o luchando.

—Por favor, dime que no soy la única que siente que va a vomitar el corazón —me dice la inspectora, llegando al callejón poco iluminado.

Sus palabras hacen que me pare y la mire con atención. Aunque por fuera su apariencia no podía ser más perfecta, sus ojos gritan lo aterrada que se encuentra.

Maldigo en silencio y hago algo que en un millón de años pensé que haría: me acerco y la envuelvo entre mis brazos en lo que espero haya sido un reconfortante abrazo. Percibo que el tronar de nuestros latidos se han acompasado al mismo ritmo frenético.

Estas semanas me he comportado como un auténtico capullo con ella. Me encontraba a la defensiva a su alrededor, y solo porque me atrae más de lo que nunca una mujer lo había hecho. No es justo. Ella no tiene la culpa de ser perfecta para mí, y no puedo tolerarme ni siquiera pensarlo. Como digo, mi trabajo no me permite imaginar un futuro, mucho menos plantearme mantener una relación, por lo que me jode sobremanera haberla conocido.

—Otra cosa no podré hacer, pero te prometo que nos mantendré seguros —le juro, con mis labios apoyados en la cima de su cabeza.

Mis palabras la relajan, y noto cómo su nariz roza mi pecho antes de separarse. Una vez que lo ha hecho, me siento huérfano sin el calor que desprende su cuerpo.

—Ahora ya sabemos cómo Dash intenta mantener sus dos mundos separados. —Carraspea y desvía su mirada al interior del callejón, cortando la especie de conexión que hemos creado.

La imito, eso es mejor que quedarme embobado y seguir empapándome de su belleza.

Al fondo aprecio algunos contenedores de basura; por la poca visibilidad distingo varias sombras de personas. La zona no está tan concurrida como la entrada principal, pero tampoco desierta como esperaba.

Avanzamos hasta una puerta donde se leía: salida de emergencia. Allí nos topamos con otros dos hombres de seguridad. Esta vez no ha habido problema en acceder tras escanear el código que les he facilitado.

—Ripper, llegas tarde —escucho una voz nada más nos internamos en un pasillo donde bifurcan un par de escaleras.

He sido consciente del retraso, no hace falta que me recuerde que hemos perdido demasiado tiempo por esperar la fila en la zona principal.

—La próxima vez detallad el acceso en vuestro mensaje para que no haya malos entendidos —le recrimino.

—Sí, sí, lo que tú digas... —No me hace ni caso y nos ha instado a que lo siguiésemos mientras bajaba las escaleras. Esa zona permanece tal cual la recordaba de la última vez. Sabía que, nada más bajar, en la primera planta se encuentra El Cubo, y si continuas descendiendo llegas a los vestuarios—. Espero que seas rápido. Apenas tienes tiempo para cambiarte lo antes posible. Deberías haber participado ya, a los apostantes no les gusta tener que esperar. Han venido a dejarse mucha pasta, y a cambio solo quieren un buen espectáculo. Hemos tenido que adelantar otros combates por tu culpa. Otra vez y estarás fuera.

Aprieto los dientes por su tono de reproche, aun así, he asentido sin rechistar.

—Lo siento, monada, pero tú no puedes acompañarlo —dice esta vez, reparando en Tessa—. ¡Brenda! —grita. De la nada asoma la cabeza de una chica por el hueco de las escaleras. Sus ojos recorren mi cuerpo como si fuese capaz de imaginarme desnudo. No solo me he dado cuenta yo, ya que he escuchado el bufido que suelta Tessa—. Él es Ripper, acompáñalo hasta el vestuario cuatro. Lo quiero en diez minutos arriba —da sus directrices—. En cuanto a ti..., acompáñame.

—No —se niega la inspectora, cruzándose de brazos.

—¿Cómo dices?

—Me quedo con él. —Me señala.

—Mira, guapa, no sé dónde te crees que estás, pero tu novio debería haberte informado de las reglas.

—Lo hizo, pero... ¿no dicen que las reglas están para saltárselas? —¿Qué hace? La miro, aguantando la respiración—. Por lo que donde él va, voy yo.

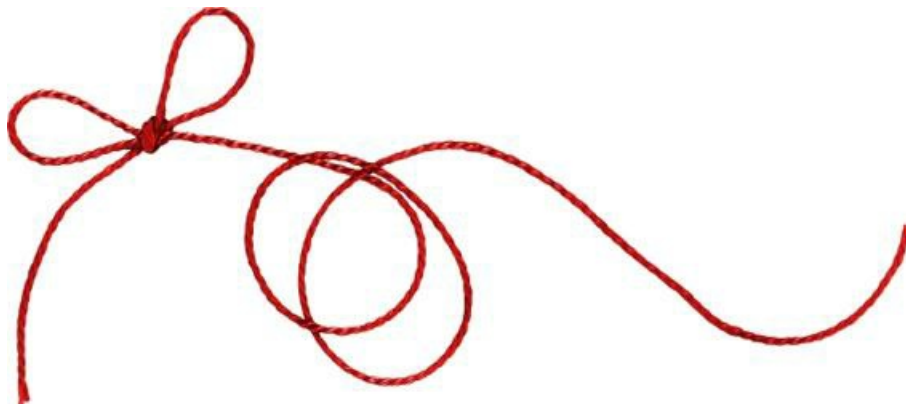
—No tengo tiempo de lidiar con gatas salvajes —rezonga—. Haz lo que quieras, pero

Brenda os acompaña —masculla, desapareciendo de nuestra vista.

—¿Qué narices haces? —le musito a la inspectora al oído mientras hemos bajado las escaleras hacia los vestuarios.

—Improvisando... —No he podido evitar negar divertido cuando se ha encogido de hombros de manera inocente.

Lo que ha sucedido a continuación me ha dejado bastante claro lo bien que se le daba a la inspectora eso de improvisar.



Tessa

—Puede que a todos se nos haya ido la situación de las manos, pero son solo besos. —Es lo que no paro de repetirme desde que nuestros labios se unieron, creando un puzle perfecto.

Los ojos claros de Derek se vuelven lava líquida cuando me observa detenidamente y arquea la sonrisa más pérfida y sinvergüenza que haya visto jamás.

—Sigue repitiéndotelo, pero ambos sabemos que ese «solo besos» —hace un gesto con sus dedos, entrecomillando sus últimas palabras—, se volverán a repetir.

—Tú lo flipas... —Me giro desairada.

La carcajada que suelta a mi espalda es el indicativo de que me cree bien poco. No negaré que me muero por repetir, el hombre sabe cómo besar, pero eso no significa que sea una suicida. Derek no es bueno para mi estabilidad emocional. Se nota a distancia que es de los que te dejarían deshecha tras regalarte el mejor polvo de tu vida. Y no, gracias, me ha costado mucho alcanzar esta etapa de la vida en la que me encuentro para que un *rompebragas* con cuerpo de infarto y sonrisa canalla venga a desestabilizarla.

Me hago hueco entre la gente y me apoyo en la baranda que delimita la zona de El Cubo.

Observo cómo Derek, sin dificultad, pega un salto y entra en la zona de los participantes. Antes de dirigirse a su lado en la especie de *ring*, apoya los antebrazos en la barandilla a cada lado de mi cuerpo y con mirada risueña me suelta:

—Entonces..., pedirte un beso de buena suerte queda descartado, ¿no?

—Eres imbécil. —Me cruzo de brazos y giro la cabeza hacia otro lado sin querer mantener contacto visual con él.

—En tu conciencia recaerá si me noquean, se supone que eres mi talismán —añade divertido, alejándose.

«Dios, es insufrible», me repito. «Pero un insufrible que despierta cada uno de mis sentidos».

«Estoy jodida», lloriqueo en mi mente.

Iba en serio cuando he dicho que no podía recriminarle nada a Guiomar porque se haya besado con Mason Harris. Sí, nada más aparecer en la barra he sabido de quién se trataba. Reconozco que es demasiado atractivo para pasar desapercibido, pero, aparte de eso, que no debería ser relevante, es porque este caso me lo he empapado a conciencia ya que es el primero que llevo en mi nuevo puesto como inspectora de Homicidios.

Eso no quita que me guste la situación de lo que ha sucedido entre ambos. Aún estoy intentando adaptarme a la forma en la que Derek y Guiomar trabajan. En estas semanas juntos he descubierto que no son el típico grupo de infiltrados al uso.

Siempre había pensado que, cuando te infiltras en una misión, adquieres otra identidad. Pero ellos no operan así, en su unidad he comprendido que cuanto menos mientas mayor será el grado de éxito. Y tiene sentido... Confeccionar una vida falsa requiere tiempo. Tiempo que, en ciertos casos, como por ejemplo este, no lo hay y se requiere agilidad. Ellos son el único grupo federal que puede aceptar este tipo de encargos ya que están acostumbrados a trabajar en esa dinámica.

No negaré que me asusté cuando me comunicaron que para cualquier efecto seguiría siendo yo mientras intentásemos averiguar quién está detrás de los crímenes. Desde que me convertí en policía, siempre he sido muy recelosa en cuanto a mi vida privada, temía que por culpa de mi vocación pudiese poner en peligro a mi familia. De ahí que la idea de presentarme en El Cubo como Teresa Rodríguez no terminase de convencerme, pero tras comprobar lo meticuloso y profesional que es Derek en hacer desaparecer cualquier tipo de registro para no poner en riesgo tu vida privada, me maravilló a la par que me tranquilizó.

Y aquí estoy, infiltrada como Tessa, una mujer llavero que no tiene otro oficio que el de acompañar a «su chico» a peleas clandestinas.

Si hay algo que aborrezca más en la vida es que a la mujer se la denigre y se crea que no sirve para nada más que para ir colgada del brazo de un hombre; por esa razón, cuando el tipo que nos ha escoltado al entrar ha insinuado que no podía acompañar a Derek, se me han revuelto las entrañas y me he rebelado.

Como bien ha especificado el agente Sanders, somos un equipo, y me he negado a quedar relegada como la última vez a pesar de que pudiese traer severas consecuencias.

Observo a Derek subirse a la plataforma cúbica. Como si intuyese que tengo puestos los ojos sobre él, desvía su mirada centrándola en mí y me lanza un guiño, consiguiendo que mi corazón haga un triple salto mortal con tirabuzón incluido.

Fue muy mala idea besarnos. Le he mandado una señal equivocada y acabo de despertar a su monstruo interior.

Suelto un suspiro hondo al recordar cómo he sido capaz de caer en ese juego.

Decir que a la chica que tenía que supervisar a Derek no le ha hecho gracia mi presencia sería quedarse corta.

Nada más encontrarnos con ella, he sentido sus malas vibraciones.

—No deberías estar aquí —ha soltado, dedicándome una mirada desdeñosa de arriba abajo.

—Pero lo estoy —alego, cruzándome de brazos y sin achantarme a su escrutinio.

—Hasta que el jefe no dé su visto bueno nadie entrará ahí —nos comunica, sacando un teléfono móvil del bolsillo trasero de su falda vaquera—. No voy a consentir perder el trabajo por culpa de tus celos.

—¿Celos? —Suelto una risotada—. ¿Crees acaso que estoy celosa?

—Tessa...

—¿Qué pasa, Tessa? —No me pasa por alto cómo la chica ha utilizado mi nombre en tono jocoso—. ¿Es que temes un poco de competencia?

No me siento orgullosa, pero reconozco que me han picado sus palabras. Siempre me ha sentado mal cuando se generaliza el que a las latinas se nos conoce por ser temperamentales y de sangre caliente, por lo que me he puesto furiosa y ninguna mujer, por muy perfecta que fuese la que tenía delante, me iba a hacer de menos.

—Él es demasiado inteligente para sustituir lo que tiene en casa... —Me giro, marcando terreno, hacia Derek y de manera melosa, mientras he recorrido su torso con mis manos, he añadido—: Esperaré arriba a mi campeón.

¿Él qué ha hecho? ¡Ha sonreído, maldita sea!

Nuestras miradas han conectado y hemos sido engullidos de tal manera por la farsa que, sin preverlo, unos segundos después nos hemos devorado, literalmente, la boca.

Sus dedos enredados en mi pelo, aspirar su aliento como si se tratase de la fuente de la vida... Todo a mi alrededor ha desaparecido menos esos deliciosos labios. La maestría con la que ha movido su pecaminosa lengua contra la mía ha conseguido excitarme de tal forma que me he encontrado gimiendo sin importarme tener público.

—Hostia puta...

Su exabrupto me ha cosquilleado y he tomado conciencia de lo que estaba sucediendo, por lo que me he retirado de forma repentina, alarmada.

—Y-yo... te veo luego —consigo, no sin esfuerzo, articular antes de alejarme.

—Espera, Tess.

Maldita sea, ¿por qué ha sonado tan íntimo el diminutivo de mi nombre en sus labios?

—¡No!

—Pero... tenemos que hablar...

No debería haberle mirado porque lo único que me ha apetecido en ese momento es mandarlo todo a la mierda y lanzarme de nuevo sobre él para convertirme en una prisionera entre sus brazos.

—No hay nada que hablar, solo estamos improvisando.

Tras susurrarle mis palabras, he desaparecido como alma que lleva el diablo.

Necesito que Derek lo deje pasar, que olvide lo ocurrido en ese pasillo y no vuelva a sacar el tema porque me va a ser muy difícil hacerle ver que ese beso no ha significado nada, ya que en cuanto ha sucedido es como si todo hubiese cobrado sentido.

Continúo disfrutando del combate, Derek sabe lo que se hace, tiene una gracilidad en sus movimientos que hace que, a simple vista, parezca sencillo. Su contrincante se desespera por la lluvia de golpes que recibe, y eso conlleva a que Derek gane terreno. De repente, soy consciente de cómo las personas que me rodean pierden la atención en la pelea que se lleva a cabo y comienzan a dispersarse hacia un punto en concreto. Mi curiosidad gana la batalla y, alzándome de puntillas, echo un vistazo para ver qué ocurre.

En la zona de la barra hay concentrado un tumulto de personas, pero distingo que se trata de una trifulca. Me llevo las manos a la boca cuando distingo a Guiomar en la pelea. Creo que no he visto a nadie siendo más rápido en la vida, incluso juraría que Derek, en cuanto es consciente de lo que ocurre y se percata de que Guio está en problemas, de un salto sobrevuela por encima de las cabezas para llegar cuanto antes hasta ella.



Capítulo 15

Mason

«¿Qué narices hago aún aquí?». Bebo de mi cerveza y la veo deambular de un lado a otro, atendiendo la barra.

Parezco un jodido acosador... Nada más terminar el combate debería haberme marchado a casa para intentar reconstruir la relación con mi hermano y dejarme de gilipolleces. Tengo problemas suficientes para añadirle otro más, sin embargo, siempre que ella aparece algo irremediable tira de mí, queriendo seguir arañando más minutos a su lado.

Estar con ella es como si me metiese un chute de vitaminas para el cuerpo, y en estos últimos años he tenido un gran déficit de ellas. Cada día que pasa siento el desgaste de toda la situación que envuelve a Johnny, no por ello me daré por vencido. Ahora más que nunca tenemos en nuestra mano que se esclarezca lo sucedido, que den con el verdadero asesino. Debería olvidar lo que ella me hace sentir, pero, cuando durante un tiempo has llegado a pensar que la vida no tenía sentido y solo la presencia de una persona te hace darte cuenta que estaba equivocado, es difícil alejarse.

—Imbatible, como siempre... —escucho que dicen a mi lado con cierto resquemor.

Me giro y encuentro a Trevor.

—Gracias —comento escueto. Vuelvo a mirar al interior de la barra mientras le doy otro trago a la cerveza.

Sabía que este momento llegaría, no es que lo haya estado rehuyendo; por suerte, no le debo nada. Lo nuestro era una relación de intereses, él me conseguía peleas para poder sacar la mayor cantidad de efectivo posible a cambio de llevarse una buena porción del pastel.

—Deberías aflojar el nivel, le han tenido que dar a Elliot siete puntos en el pómulo.

—¿Eso es un reproche? —pregunto, mirándolo de soslayo—. Porque te recuerdo que antes nunca me decías que me contuviese.

—No luchas en igualdad de condiciones.

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué? —Ladeo el cuerpo, quedando frente a él.

—Dash nunca pierde.

—¿Estás dando a entender que, porque ahora luche para él, me regalan la victoria? No me

hagas reír...

—Me refiero a que deberían emparejarte con gente de tu nivel.

—Cuidado, Trevor, cualquiera que te oiga va a pensar que, incluso tú, no confías en tus luchadores.

—No seas condescendiente. —Aprieta la mandíbula—. Ambos sabemos que a Young le queda mucho camino por recorrer. En este deporte hay que tener mucho más aparte de ganas. Me gustaría ver cómo te desenvuelves con alguien como él... —Señala a El Cubo, donde se disputa otro combate, y me fijo en uno de los luchadores. No lo conozco, lo único que sé es que le llaman el Destripador; observo sus movimientos y admiro su técnica, es bueno—. O incluso con Jag, se comenta que está deseando enfrentarse a ti —añade con un gesto de cabeza detrás de mí.

Me giro.

De repente me tenso al encontrar a Jagged pegado a la espalda de Guiomar. Tiene la cabeza inclinada, susurrándole algo al oído, y por el ceño fruncido de ella no debe ser nada agradable. En el instante que observo cómo la sujeta del brazo y ella intenta zafarse sin éxito, veo todo rojo. No mido las consecuencias, actúo y, de un solo impulso, entro en la barra al ver cómo Guiomar lo aparta con un fuerte empujón y él vuelve a sostenerla y zarandearla, pegándola más a su cuerpo.

—Suéltala —exijo, bajo y contenido. Siento como si un puñado de arena se me hubiese quedado atascado en la garganta.

Al percatarse de mi presencia, Jagged sonríe como el soplapollas que es, la acerca y le pasa la nariz por el cuello sin quitarme los ojos de encima.

«Está claro que es idiota y quiere morir».

—¡He dicho que la sueltes! —gruño, cogiéndolo por las solapas de la chaqueta y alejándolo de ella.

—Vaya, Mutt, parece que hemos encontrado tu talón de Aquiles... —se jacta—. Pero me parece que tendrá que ser la señorita la que, en esta ocasión, elija.

En un solo movimiento se escabulle de mí y la amarra a su costado.

—¡Qué no me toques, joder!

¿Puede alguien ponerse duro en una situación tan incómoda? Porque si antes me tenía así, verla sacar ese carácter que se gasta hace que caiga rendido y orgulloso al comprobar que ella sola se sobra y se basta.

Lo que más me alucina es ver cómo Guiomar, en un visto y no visto, ejecuta una llave perfecta para desembarazarse de su agarre, consiguiendo que Jagged quede postrado de rodillas y el brazo, que hace unos segundos estaba en la cintura de ella, ahora le quede retorcido en un ángulo casi imposible a la espalda.

Antes de soltarlo, se agacha y le murmura algo al oído que, a causa de la música, no logro escuchar.

—¿Estás bien? —le pregunto, preocupado a la par que asombrado por lo que acabo de presenciar, cuando da un par de pasos para quedar frente a mí.

—Como ves, lo tengo controlado —responde, dedicándole una mirada de pocos amigos al gilipollas que aún permanece en el suelo sosteniéndose el hombro dolorido.

Sonrío prendador.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta, confundido, uno de los camareros—. Joder, Guio, te dejo sola dos minutos y me llenas la barra de gente. —Niega risueño.

Tan embobado me encuentro disfrutando del gesto de disculpa y la sonrisa que le ofrece al chico que no reparo, hasta que no es demasiado tarde, en cómo Jag se levanta del suelo y embiste

contra nosotros.

—¡Eres una zorra!

Mi primer instinto es envolver a Guiomar entre mis brazos para protegerla de la mole enfurecida que se estampa contra mi espalda. Todo sucede demasiado rápido, y distingo cómo el camarero, a causa del empujón que le propina Jagged, choca contra la repisa llena de botellas y el ruido de los cristales me distrae.

—¡Mason!

Tras el grito de pánico de Guiomar, siento cómo un brazo se enrosca en mi garganta y el otro en la nuca, privándome de oxígeno. Por mucho que no quiera, no me queda más remedio que soltarla y llevar mis manos a la garganta para intentar hacer palanca. Me es imposible ya que tiene un buen agarre, y por mucho que lo intente soy incapaz de liberarme.

Formo un puño con una mano y, con todas mis fuerzas, lo lanzo hacia abajo, consiguiendo golpearlo justo en la vena femoral, por la zona del ligamento inguinal; eso hace que se retuerza de dolor, trastabille y me suelte.

Aprovecho la inclinación de su cuerpo: alzo la pierna y lo golpeo con la suela de las botas en el estómago. Como bien ha dicho Trevor, Jagged no es de los que se toman su tiempo para contraatacar, y, sin apenas reponerse, está de nuevo lanzándose contra mí, comenzando así una pelea encarnizada.

El poder de maniobra es reducido debido al lugar en el que estamos, pero tenemos tantas ganas el uno al otro de partirnos la cara que ya podría estar en un puto zulo que, aun así, no me importaría. Estoy tan fuera de control que ni siquiera distingo lo que sucede a mi alrededor, en cómo nos rodea un tumulto alentado por la trifulca.

Consigo reducir a Jagged en el suelo, me subo encima de él y no dejo propinarle golpe tras golpe con mi gancho de derecha.

—Mason, para, por favor.

A pesar de la bruma encolerizada en la que estoy sumido, soy capaz de distinguir su voz. Dejo mi puño en alto y echo una ojeada a mi espalda. Encuentro a Guiomar con la cara desencajada de pura desesperación, intentando cortar toda esta situación.

Me miro los nudillos ensangrentados y me alzo de encima de Jagged, aturdido. Yo no soy así, nunca lucho con el claro objetivo de hacer el mayor daño posible; lo hago por supervivencia, imprimiendo habilidad y destreza, para conseguir vencer a mi contrincante de manera justa. Si participo en este tipo de peleas es porque me mueve un único propósito: pagar las deudas de mi hermano.

Esto no tiene nada que ver con el deporte que amo y respeto, como son las artes marciales; esto se asemeja más a ser unos putos animales.

Me acerco a Guiomar y algo se parte dentro de mí cuando da un par de pasos atrás, alejándose, con el pánico grabado en cada una de sus facciones.

«¿En serio me tiene miedo?», me pregunto, desconcertado. Vuelvo a dar un paso en su dirección, quiero que entienda que lastimarla sería lo último que haría en la vida.

—Acércate de nuevo a ella y eres hombre muerto. —Sacudo la cabeza, contrariado, cuando de repente un hombre, con actitud amenazante, se interpone entre Guiomar y yo.

—¿Y tú quién coño eres? —pregunto, intentando retirarlo para llegar a ella.

—El que conseguirá bajarte las ínfulas de grandeza que parece que gastas.

Rechino los dientes y la furia, que se había adormecido hasta hace unos segundos, vuelve a despertarse con hambre.

Nos medimos pecho contra pecho en silencio. Es justo ahí que me percato que se trata de

Ripper.

—Derek, todo está bien. —Me hierve la sangre cuando observo a Guiomar acariciarle el brazo con una intimidad que solo se adquiere a base de confianza.

—¿En serio todo esto está bien? —Le lanza una mirada llena de sarcasmo.

«¡¿Es su jodida pareja?!».

No sé por cuál de los dos estoy más rabioso; si por ella, por no haberme dicho que no era libre o por él, por tener la suerte de estar con la única mujer que ha conseguido traspasar mis barreras.

Siempre he pensado que el amor a primera vista era una patraña creada por la industria cinematográfica. No quiero decir que me haya enamorado, de hecho, sigo pensando que el amor no existe, pero lo que sí sé es lo que sentí nada más verla. Fue como si hubiese recibido un disparo en el centro del plexo solar. Sentí el impacto, la quemazón y, por mucho que pasase el tiempo, esa sensación de ardor continuaba ahí, día tras día, aumentando; hasta que no he vuelto a verla no ha menguado.

Ahora, viéndolos a los dos juntos, esa dolorosa sensación en el pecho se intensifica.

—¿Qué narices sucede?

«El que faltaba», gruño cuando veo aparecer a Dash.

Como el hombre de negocios en el que se ha convertido, en cuestión de minutos consigue tener la zona despejada de miradas indiscretas.

—Y bien, ¿alguien me puede explicar por qué dos de mis hombres se están dando de hostias como un par de críos?

El vello se me eriza al meterme en el saco como uno más de los suyos, la desgracia es que tiene razón; por mucho que me joda, ahora trabajo para él.

—Deberías atar en corto a tu Chucho —suelta Ripper.

Por puro instinto, doy un paso en su dirección decidido a empezar otra pelea. Estoy acostumbrado que mencionen mi apodo, pero que salga de su boca de esa forma tan despectiva me toca la moral.

—Deja de comportarte como un idiota, ¿quieres? —dice Guiomar, dedicándole una mirada reprobatoria—. Dash, puede que se haya ido la situación de las manos...

—¿Solo puede? —pregunta, escéptico.

Observo cómo Jagged consigue levantarse. Tiene la cara amoratada, y no siento ninguna pena por él.

—No volverá a suceder —contesta Guiomar, agachándose donde se encuentra el otro camarero para ayudarle a que se levante.

Tengo que reconocer que tiene un par de huevos, es la única que ha intentado dar una especie de disculpa a Dash. Yo, en mi caso, continúo en silencio ya que me resisto a mostrar cualquier tipo de remordimiento ante él.

—Y tanto que no volverá a suceder... —Se pinza el puente de la nariz, exasperado—. Solo os diré que, la próxima vez que algo por el estilo vuelva a suceder, no seré tan benévolo y quedaréis fuera de El Cubo, se trate de quién se trate. —En esta ocasión sus ojos se quedan fijos en mí—. Las rencillas se solucionan ahí arriba —señala el cuadrilátero—, donde todo aquel que quiera pueda apostar por el mejor luchador. No pienso consentir que algo parecido vuelva a suceder en mi local, ¿entendido? —Todos permanecemos en silencio—. Ripper, me debes un combate, así que andando.

—Pero...

—¡No tentéis a la suerte, no vaya ser que me arrepienta y sea yo quien te eche a patadas! —

comenta cabreado. Observo cómo, antes de acceder a regañadientes, le dedica una mirada a Guiomar que no me gusta un pelo—. Mike, encárgate de solucionar este estropicio, en cuanto a ti, Guio, será mejor que te marches, mañana será otro día.

—¿Cómo dices?

—Me has escuchado perfectamente.

Y tras esas últimas palabras, Dash, desaparece junto a Jagged. En ese momento llega un equipo de limpieza que me insta a que salga de la barra.

—Mike, lo siento mucho —se disculpa Guiomar con el camarero.

—Tranquila, es un día como cualquier otro en la oficina —le sonríe el chico.

Resoplo y me alejo, no quiero seguir escuchando la conversación.

De un tirón recojo mi bolsa de deporte, donde hace un rato me encontraba bebiendo la cerveza, y mis ojos se cruzan con los de Trevor, que aún continúa ahí, disfrutando en primera fila de todo el espectáculo bochornoso.

—Terminarás arrepintiéndote de haberme dejado.

Pongo los ojos en blanco y me giro, deseando salir de esta jodida ratonera. De lo único que sé que me arrepentiré es de haber entrado en este mundo, pero la vida es tan puñetera que no me ha dejado opción.

—¡Mason!

Ya en la calle, la escucho gritar mi nombre, no me giro y continúo avanzando por el callejón que da la calle principal.

—¡Mason!

—¿Qué? —pregunto brusco, al darme la vuelta de golpe.

Maldita sea, es preciosa... Tiene la respiración acelerada y las mejillas sonrojadas a causa de la carrera que se ha pegado para alcanzarme.

—No deberías haber intercedido con Jagged —suelta a bocajarro.

—De nada, por cierto. —Me cruzo de brazos.

—¿De nada? ¿Crees que voy a darte las gracias? —pregunta incrédula—. Lo tenía controlado hasta que has llegado tú creyéndote Hulk.

—Perdona por querer protegerte.

—¿Qué te hace pensar que necesito que lo hagas? No soy ninguna damisela en apuros, si es eso lo que piensas.

—No, descuida, que eso ya me ha quedado claro. —Una sensación de orgullo por ella se instala en mi pecho al recordar cómo redujo a Jagged y descubrir lo bien que sabe defenderse.

—Esto es una puta mierda —se queja, pasándose las manos por el pelo, agobiada—. Necesito este trabajo —verbaliza en voz alta.

—Tranquila, Dash sería un estúpido si te dejase escapar.

—Apenas he podido demostrar mi valía esta noche, ¿cómo va a querer que vuelva si en unas cuantas horas de trabajo he conseguido que le desfiguren la cara a su mano derecha?

—No te atribuyas todo el mérito. —Me encojo de hombros—. Esta tensión entre Jagged y yo viene de lejos, y Dash lo sabe, no es la primera vez que nos encuentra en esa situación —comento, intentando que desaparezca su sentimiento de culpa.

—Es un idiota.

—Lo has definido a la perfección. Además de preciosa, lista. —Silbo.

—Bueno, tú eres otro idiota por haber entrado al trapo.

—Me reafirmo en mi apreciación ya que has vuelto a acertar.

Se muerde el labio inferior y sonríe mientras niega divertida. Por un momento me olvido de

todo: de El Cubo, de Dash, Jagged... incluso de la mierda de deuda que me persigue a cada segundo del día, y disfruto de su presencia. Nuestras miradas conectan si querer desengancharse.

—No podemos volver a besarnos —musita tan bajito que parece que se estuviese haciendo un recordatorio a ella misma.

—Y no lo haremos —le devuelvo en el mismo tono—. Y más teniendo pareja.

—¿Cómo dices? —cuestiona confusa.

—Ripper...

—Oh, por favor. —Rueda los ojos—. Derek no es mi pareja. ¿Por qué todos pensáis lo mismo?

—Es la sensación que he tenido por cómo se ha encarado a mí.

—Bueno, Derek a veces puede ser un grano en el culo que lleva al extremo mi seguridad.

—Y ya sabemos que tú solita te bastas y te sobras, sin necesidad de que nadie vele por ti, ¿verdad?

—Exacto. —Asiente, siguiéndome el rollo—. Lo digo en serio, Mason.

—Lo pillo, no hace falta que me repitan las cosas, suelo captarlo a la primera. ¿Qué te parece si empezamos de cero? —Extiendo mi mano y añado—: Soy Mason, para tu desgracia el tío al que te tocará supervisar. —Tuerzo una sonrisa.

—¿De verdad vamos a hacer esto?

—Eres tú la que está poniendo barreras, así que no se me ocurre una idea mejor para dejar de pensar en besarte a cada segundo.

Percibo cómo se le atora el aliento por mis sinceras palabras.

—Muy bien, entonces... —Suspira—. Hola, Mason, me llamo Guiomar, pero ya que vamos a pasar tiempo juntos puedes llamarme Guio, encantada.

La extraña conexión que siempre siento a su alrededor se hace más fuerte cuando nuestras manos se unen. Antes de que se prolongue esta sensación y rompa mi palabra de no volver a besarla, deslizo despacio mi mano a través de su palma. No sé si es debido a la suave brisa que se levanta en la madrugada, pero a ambos nos recorre un escalofrío cuando las yemas de nuestros dedos conectan antes de separarse.

—Te invito a desayunar —me encuentro diciendo por la necesidad de alargar el momento.

—¿Desayunar? —Frunce el ceño—. ¿Cómo es posible? Todavía no nos hemos acostado.

Alzo la ceja y me muerdo el labio, aguantando la risa.

—Besos no, pero... ¿sí estás pensando en la posibilidad de acostarnos? Muy mal —chasqueo la lengua—, me mandas mensajes contradictorios.

Abre los ojos de forma desmesurada.

—Oh, por Dios... Tienes una mente perversa.

—¿Yo? Han sido tus palabras, no las mías. —Le guiño un ojo, arrancándole una risa.

Me encanta verla así de natural y relajada a mi lado.

—No sé si es buena idea —duda. Se abraza a sí misma y desvía sus ojos hacia el local.

—¿Y si te dijese que al lugar donde pienso llevarte hacen las mejores tortitas de la ciudad?

—Las mejores, ¿eh?

—Absolutamente.

—No sé si sería prudente por mi parte irme con un desconocido tras lo que está sucediendo últimamente.

El buen humor que hasta ahora nos acompaña se corta tras comprender su reticencia. Asiento, saco mi teléfono móvil del bolsillo del pantalón, desbloqueo la pantalla y se lo cedo.

—Toma.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Por mucho que yo te diga lo contrario, no sería lo más seguro recorrer las calles a solas con alguien que no conoces de nada. Quiero remediar eso, que me conozcas, así que si eso hace sentirte más segura llama a un taxi para que nos lleve.

Algo cambia en ella cuando ladea la cabeza y me mira con mayor intensidad. Me recorre un alivio difícil de explicar cuando, acto seguido, teclea en la pantalla y se lo lleva a la oreja, aceptando mi invitación.



Capítulo 16

Guiomar

—Para, por favor —suplico mientras retiro las lágrimas que me recorren la cara.

Ni en un millón de años hubiese pensado que me divertiría tanto pasando el rato con Mason Harris.

A simple vista da la sensación de que es un hombre hermético, que llegar a él es completamente inaccesible, sin embargo, me sorprende que sea todo lo contrario.

Sé que toda esta situación es un grandísimo error. Involucrarme con él es la peor idea que jamás haya tenido, cuanto más empeño pongo por alejarme, mayor es la atracción que siento hacia él.

Ni el mismísimo Espíritu Santo me va a salvar de la bronca que me espera por parte de Derek, pero ese es un fuego que tendré que apagar llegado el momento porque, por mucho que lo parezca, el haber decidido aceptar su invitación no tiene nada que ver con el caso.

«Ojalá nos hubiésemos conocido en otras circunstancias, ojalá la vida fuera más fácil», me lamento.

Tras ese pensamiento, comienza a sonar una alarma en mi interior. La última vez que conecté tan fuerte con alguien fue con Darrel, y ya sabemos cómo terminó aquello; yo con la autoestima minada y perdiendo la fe en el amor y él decepcionándose. «No temas, esta vez serás tú la que acabe defraudando», me susurra una vocecilla interior.

Se me instala un dolor en el pecho al pensar que eso siquiera llegue a suceder. Apenas conozco a Mason, pero, por lo poco que me ha mostrado, es una buena persona y no se merece haber terminado en medio de esta situación.

—¡Tenía siete años! —Envuelve la servilleta de papel y me la lanza. La esquivo y termina cayendo a mi lado, en el asiento envejecido de escay en color verde.

—Ja, ja, ja... lo que habría pagado por verte.

—No sé a quién esperaban engañar. Quedaba tan ridículo que me resultó adorable — responde la dueña del local, recordando la anécdota de cuando Mason, acompañado por su hermano, se hizo pasar por un bebé de dos años, chupete incluido, para conseguir un menú infantil gratis.

—¿No habéis escuchado eso de que el hambre saca lo peor de cada uno? Pues ahí lo tenéis —añade él de buen humor.

Observo cómo la mujer le dedica una mirada enternecida, apoya su mano sobre la de él y la

aprieta, devolviéndole una nostálgica sonrisa.

Son cerca de las cuatro de la mañana, llevamos alrededor de dos horas en un restaurante *open today* ubicado en Harlem, y Mason tiene razón al decirme que probaría las mejores tortitas de la ciudad. También la ha llevado cuando ha mencionado que quería que lo conociese; desde que hemos entrado no ha parado de contarme cosas de su vida. Cosas que, gracias al informe que leí sobre él, ya sabía, y eso hace que me sienta más cómoda y segura a su lado ya que compruebo que no es una persona que mienta.

—¿Necesitáis algo más, chicos? —nos pregunta la señora, levantándose y quedando en pie al lado de Mason.

—Muchas gracias, Maggie, pero, tras el atracón que me he metido, creo que no me cabe ni el aire que respiro —le digo agradecida, toqueteándome el estómago.

Mason niega con una sonrisa y la mujer se marcha. En el rato que nos ha acompañado no he podido parar de analizar el lenguaje gestual de ambos, comprobando así el cariño que se tienen.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tienes hermanos? —me pregunta una vez nos quedamos solos.

Apenas he contado rasgos superficiales de mi vida, la mayor parte de la conversación la ha llevado él. No me siento cómoda cuando me ha hecho preguntas, no porque vaya a mentirle, sino porque sé que deberé omitir demasiado.

—No, soy hija única. —Eso no me importa que lo sepa—. Así que no tengo tantas anécdotas de mi infancia que contar como tú.

—Bueno, como has podido comprobar gracias a la chismosa de Maggie, mis anécdotas son un tanto vergonzosas. Aunque reconozco que gracias a Johnny mi vida fue mejor de lo que podría haber sido.

—¿Cómo lo estás llevando? —le pregunto, aprovechando la oportunidad—. Debe ser una alegría que lo hayan puesto en libertad.

Sería extraño que hiciese creer que no estoy al tanto de lo sucedido, tiene a toda la ciudad en vilo.

—Creo que hasta que no encuentren al verdadero culpable no será del todo libre. —«Sí, opino lo mismo», pienso mientras le doy vueltas a lo duro que le resultará todo—. De ahí que me siga aferrando a los momentos que vivimos antes de que todo se fuese a la mierda

—Lo importante es que, al cabo del tiempo, los recuerdos son capaces de sacarte una sonrisa a pesar de que en su día no fuesen demasiado agradables —comento afable, retomando la anterior conversación.

Apoya los codos sobre la mesa que nos separa y se inclina para que estemos más cerca.

—Dicen que poder disfrutar de los recuerdos es vivir dos veces, y te aseguro que recordar esta noche compensará muchos años de mi vida.

—Yo no diría que esta fuese una para recordar gratamente —comento con un mohín, acariciándole los nudillos magullados.

«Mala idea», me digo cuando siento la electricidad que siempre me traspasa al rozarnos.

—Ha merecido la pena si, gracias a ello, he terminado a tu lado.

—Mason, dijimos que no... —niego, retrayendo mis manos para alejarlas de él.

—Dijimos nada de besos —se adelanta—. En el trato no entraba que no pudiésemos mostrarnos sinceros.

Siento un fuerte pellizco en el pecho porque nada me gustaría más que ser igual de sincera con él como lo está siendo conmigo, pero no puedo. Desde que llegamos a este restaurante vivo en una constante contradicción. Por una parte, me siento mal de estar a solas con él y lo que ello conlleva respecto a mi trabajo; y por otra, creo que es inevitable. No todos los días conozco a

personas como Mason, que con una mirada consigue hacerme vibrar.

—A veces tanta sinceridad puede llegar a confundirnos y querer cosas que nos son imposibles —le digo, bajando la mirada y centrándola en mi regazo.

—Te dije que respetaría tu decisión y, a no ser que tú lo desees, no volvería a besarte. —«¿Cree que no lo deseo? No entiende que desear y poder son dos cosas distintas»—. Sé lo que es deambular cada segundo del día sumido en la desesperación, así que, por favor, no me prives de la bocanada de aire fresco que me produce tu compañía.

—¿Por qué yo? Apenas nos hemos visto dos veces.

—Suenas a locura, lo sé, pero nunca había sentido esta conexión tan fuerte con nadie, y por primera vez en mucho tiempo me siento vivo. Haces que me olvide de las preocupaciones y... Necesito tanto que mi mente desconecte, que estoy dispuesto a tomar lo poco que me puedas ofrecer.

Me paso las manos por el pelo con desesperación porque, por increíble que parezca, también siento esa necesidad de permanecer el mayor tiempo posible a su lado.

Nos mantenemos unos segundos en silencio, que se me hacen eternos.

No es lo que quiero, aunque por primera vez en lo que va de noche la lógica gana al corazón y me escucho decir:

—Se ha hecho demasiado tarde, debería irme a casa.

—Claro. —Asiente con cierta resignación. Se levanta y nos acercamos hasta la barra.

—¡Ni hablar, invita la casa! —nos grita Maggie desde la otra punta al vernos esperando para pedir la cuenta.

Mason niega, pero sonrío. Me quedo observándolo cuando lo veo sacar un billete de cincuenta dólares de su cartera y meterlo en el tarro de las propinas, de repente, siento cómo el corazón me comienza a temblar dentro del pecho por su generosidad.

—Dejé la moto en El Cubo, si quieres podemos ir hasta allí y luego puedo acercarte hasta casa —propone una vez que salimos del local.

Me río y lo miro de lado.

—Va a ser que no. A pesar de que he pasado una velada agradable donde me he reído mucho, aún no tenemos ese grado de confianza. Cogeré el metro.

Lejos de ofenderse, Mason suelta una risa.

—Parece que tendremos que pasar más tiempo juntos hasta llegar a ese punto.

—Eso parece.

Caminamos hasta la boca de metro más cercana y, antes de bajar las escaleras, me giro.

—Aquí se separan nuestros caminos.

—Por ahora —recalca.

—Por ahora —repito con una sonrisa.

Dios... Hacía demasiado tiempo que no sonreía de forma tan continua, sin ningún tipo de expectativas de por medio, y reconozco que la sensación es adictiva.

—¿Estarás bien? —A su pregunta le sigue un gesto de cabeza señalando las escaleras que llevan al subsuelo de Nueva York.

—Lo estaré. Soy una chica dura.

—Por supuesto.

Ninguno hace el amago de marcharse, es como si nos faltase algo para despedirnos y, sin lugar a dudas, por cómo nos miramos ambos, sabemos lo que es, pero no. Por mucho que lo deseemos sería un error volvernos a besar. Sobre todo, ahora que hemos dejado las cosas claras y lo único que puede surgir entre nosotros es una amistad porque por lo poco que he podido

conocer de él, he descubierto a una gran persona.

Tras unos largos segundos, en los que nos acariciamos con la mirada, soy la que decido alejarme.

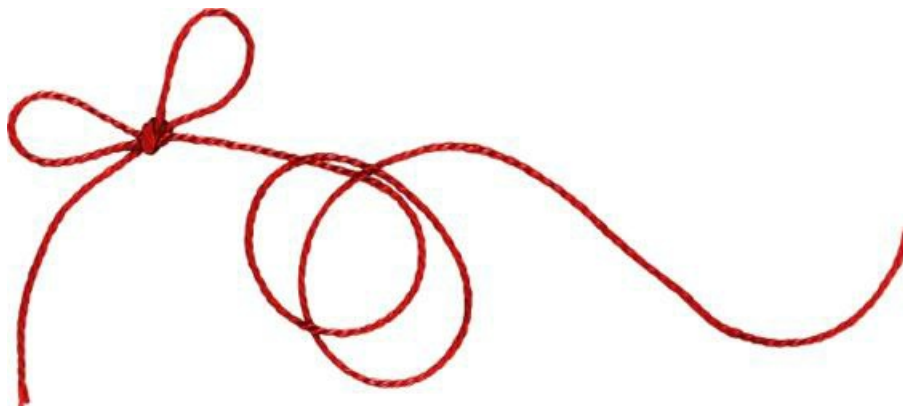
—Nos vemos mañana o... esta noche, ya no lo tengo muy claro. —Arrugo la nariz.

—Supongo que será mañana, aún no nos hemos acostado, ¿recuerdas?

Se me escapa una carcajada cuando comienzo a bajar, divertida, las escaleras. Justo antes de desaparecer en el interior, volteo la cabeza y lo encuentro aún allí arriba, observándome.

Al montarme en el tren, me siento en un hueco libre, echo la cabeza hacia atrás, apoyándola en la ventanilla, y al cerrar los ojos lo único que se repite en mi mente es el último guiño que me ha dedicado.

«Chica, no sé cómo lo ves, pero estás jodida», me advierte mi subconsciente.



—¡Buenos días, princesa!

¿Buenos dice? Lo serían si no notase el sarcasmo implícito en su tono.

«¿Qué hace aquí? ¿Tantas ganas tiene de echarme la bronca que ha venido...?». Abro un ojo y miro el despertador que hay sobre la mesita de noche.

—¡Me cago en todo lo que se menea, Derek! —grito, sacando mi carácter español—. ¡Son las siete de la mañana!

—La hora perfecta para empezar el día —suelta sin más, abriendo de par en par las cortinas del dormitorio.

En cuanto los rayos de sol impactan contra mis retinas, me retraigo cual vampiro escabulléndose del sol. ¿Qué he dormido, una hora? Me llevo las manos a la cabeza al sentir cómo me martillea.

—Agradece que me he levantado de buen humor y me he presentado a una hora prudente.

Prudente sería si me hubiese acostado a las once de la noche, no cerca de las cinco y media de la madrugada.

—Tú nunca estás de buen humor.

Puede que tenga sueño, aun así, mi lengua sigue siendo rápida y no capta que hoy calladita estaría más guapa.

—Quizá lo estaría si no te gustase tanto tocarme los cojones.

—Eso es lo que a ti te gustaría —musito, lo que consigue que Derek achique la mirada en mi dirección.

—Como parece que te has despertado contestona, no perdamos más tiempo. ¿Es que te has vuelto loca?!

«Here we go...». Directo al grano.

—No, no me he vuelto loco. —Levanto una mano para silenciarlo al ver que va a añadir algo—. Y sí, sé lo que estoy haciendo.

—¡Maldita sea, Guiomar! —maldice—. Llevas cuatro años trabajando en el departamento para saber que confraternizar íntimamente con un sospechoso es sinónimo de: ¡estás fuera! —Chasquea los dedos.

—Te digo que Mason no tiene nada que ver en los asesinatos.

Pateo las sábanas y me levanto, mosqueada; necesito cafeína para soportar esta conversación.

—¿Ahora es Mason, ya no es el pequeño de los Harris? —pregunta con retintín, siguiéndome al comedor.

—¿Algún problema?

—¿Por cuál quieres que empiece? Porque tengo unos cuantos.

Meto una cápsula en la cafetera, y mientras el café se prepara, me giro y me cruzo de brazos, enfrentándolo.

—Nos besamos, sí, pero no volverá a ocurrir. Confía en mí.

Resopla y hace ese gesto tan suyo de apretarse el puente de la nariz.

—No es que desconfíe, Guio. Vi cómo te miraba, joder... Tenía hambre de ti, soy un tío y sé que hasta que no consiga saciarse no te va a dejar escapar.

¿Cómo dice? La soñadora que raras veces habita en mí se hace presente.

—¿Crees en serio que me miraba con hambre? —cuestiono, interesada en esa parte.

—¡Acabáramos! Lo que hay que oír. ¿Quieres dejar de comportarte como una chica?

—Es que lo soy.

—Sí, está claro. Y por lo que veo una muy estúpida que se ha pillado por el tipo malo.

—¡Yo no me he pillado por nadie!

—Ah, ¿no? —suelta, escéptico—. Mira, Guio, no es lo que quiero, pero pienso que lo mejor es que dejes este caso. Hablaré con tu padre y le diré que entre Tessa y yo podemos resolverlo y...

—¿De verdad me harías eso? —lo corto, dolida.

—¡Te estoy protegiendo!

—¿De qué? —Ahora soy yo la que me desespero.

—De que te enamores y sufras.

¿Está loco? Lo observo con los ojos como platos, sin dar crédito. Vale que Mason me gusta —¿qué digo me gusta?—, que me atrae como la miel a las abejas se asemejaría más, pero de ahí a que me fuese a enamorar hay una carrera de fondo que no pienso correr.

Creo que la falta de sueño me afecta al cerebro, y de repente comienzo a reír a carcajada limpia.

—Yo no le encuentro la gracia.

—Ja, ja, ja... Dios, es el mejor chiste que me han contado en la vida —me descojono—. ¿De dónde sacas esa gilipollez?

—Piensa lo que quieras, lo que no quiero es que me toque recoger tus pedazos.

Me acerco hasta él, envuelvo mis brazos en su cintura y lo observo desde abajo.

—Si es eso lo que te preocupa, estate tranquilo porque nunca sucederá.

—Nunca es demasiado tiempo para vivir sin amor.

«¿Quién es este y dónde está mi amigo?».

—Cuidado, Sanders, cualquiera que no te conozca pensaría que te estás ablandando. ¿No tendrá algo que ver cierta inspectora con este cambio de pensamiento? —Sonrío y le aprieto para

que borre ese ceño fruncido que tan bien le sienta—. Te quiero mucho, ¿lo sabes?

—No me hagas la pelota, que aún estoy mosqueado contigo.

—¿Pero no se te ha pasado? ¿Ni un poquito? —Uno el índice y el pulgar frente a sus ojos.

Él los pone en blanco.

—Lo digo en serio, nena —advierte—. Necesito que estés al cien por cien y no caigas en distracciones, está muriendo gente.

Su advertencia hace que todo el cachondeo se corte.

—Lo sé —afirmo, soltándolo—. Anoche Jagged me dijo algo que me descuadró —comienzo a contarle, entrando en modo trabajo—. Antes de que Mason y él se liasen a golpes, estaba molestándome, y en una ocasión me susurro al oído que era una pecadora. No sé a qué vino, es un idiota de cuidado, pero me enteré que odia a John Harris y el sentimiento viene de lejos —le comento—. Creo que daría el perfil con el del asesino de los regalos.

—Podría ser... —reflexiona, acariciándose la barbilla—. Obsérvalo esta noche, yo haré lo mismo. Aun así, intentaré ponerle un equipo de vigilancia para que lo sigan a cada paso. Si resulta estar detrás de todo esto, lo descubriremos.

—También me gustaría que investigases a esta persona. —Me acerco hasta el dormitorio y recojo mi móvil de la mesita—. Se llama Trevor, era el antiguo, por así decirlo, representante de Mason.

—¿Algún apellido? —Niego—. ¿Crees que encajaría en el perfil?

—¿Quién de todos los que lo frecuentan no encaja? —pregunto de forma retórica, resoplando.

—Está bien. Si es un fijo de El Cubo será fácil encontrar información.



Capítulo 17

The gift killer

«Cólera: sentimiento de enojo que te lleva a cometer actos violentos». Perfecta definición para especificar el estado en el que me encontraba.

Me cubrí la cabeza con la capucha de la sudadera y deambulé por aquel laberinto en que se habían convertido los túneles del metro de Nueva York.

Con el paso de los años había aumentado tanto la red subterránea que muchas zonas habían quedado abandonadas, lo que conllevaba que en aquellas entrañas de la ciudad habitasen los conocidos como «los hombres topo». Gente de la más baja escala social: vagabundos, adictos, personas peligrosas e inestables dado su carácter antisocial; en definitiva, desechos humanos que nadie echaría en falta.

Si alguien creía que estos dos últimos años me había mantenido calmado sin continuar mi cometido, estaba muy equivocado. Que no hubiese imprimido mi firma no significaba que no hubiera hecho limpieza de un mundo viciado en el que, cada día que pasaba, el individuo era más susceptible a corromperse.

Que condenasen a Harris fue todo un golpe de suerte y beneficioso para mí, aunque a la vez hizo que tuviese que volverme más cauto en mi forma de proceder, pero necesario.

Mi madre, siendo apenas una adolescente, se cruzó en el camino de Anthony McAlister, un auténtico maleante que por aquel entonces empezaba a organizar peleas clandestinas de poca monta. Escuché tantas veces a lo largo de mi vida la versión idealizada de la historia por boca de mi madre que, a pesar de ni siquiera existir, fue como si lo hubiera vivido.

Sin embargo, la realidad distó mucho de la utopía que ella se creó. A sus dieciséis años vivía por y para él, todo cuando hiciese Anthony estaba justificado, incluso disfrutaba del mundo viciado de drogas, sudor y sangre del que se rodeó. Se obsesionó de tal forma con aquel hombre y la vida de depravación que le ofrecía, que la única forma que creyó posible para que él se mantuviera a su lado fue formando parte de él.

Su relación fue tan intensa como efímera, y duró el tiempo justo en el que mi madre, una joven belleza rubia de ojos verdes, le informó de que estaba embarazada.

Según ella, su vida hasta entonces no había sido fácil, provenía de una familia conservadora con normas estrictas y una gran devoción católica; familia que, tras el escándalo que suscitó el

estar esperando un hijo sin un padre que se hiciese cargo de ambos, la repudió. Lo que consiguió que entrara en un declive personal al cual, sin siquiera haber nacido, fui arrastrado.

Los primeros recuerdos que tengo de mi infancia se construyeron bajo estos mismos túneles. Hubo un día en que fui uno de ellos, aquí fui testigo de verdaderas atrocidades si se viesan desde el punto de vista de cualquier persona, sin embargo, para mí era algo normal que las ratas devorasen los restos de alguien que había fallecido a causa de la hipotermia o incluso presenciar cómo se mataban entre ellos sin ningún tipo de remordimiento.

Hay estudios que recalcan que los primeros años de vida son fundamentales en el desarrollo del carácter y temperamento, y según en el tipo de ambiente en el que crezcas así podrás gestionar en un futuro las emociones.

No fue hasta que cumplí los ocho años que todo cambió para mejor. Por norma general, por allí aparecían miembros de una congregación religiosa para proporcionar caridad a los sin techo, y ese día dio la casualidad de que mi abuelo, perteneciente a dicho grupo, reconoció a mi madre. Tras lamentarse y ser consciente con las carencias que vivíamos, se culpó y no dudó en llevarnos con él. Me asombró que no parase de recitar unas palabras que más tarde averigüé que trataba de Mateo, capítulo seis, versículo catorce: «porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también vuestro Padre celestial».

A partir de ese momento mi vida mejoró y fui criado en la fe del Señor. Mi madre estaba equivocada, proclamar la palabra de Dios me transformó, y a mi temprana edad me prometí que sería parte del cambio, que salvaría a los pecadores que se dejasen arrastrar por las tentaciones para que no tuviesen que sufrir una vida llena de precariedad.

En cuanto la vi, mi riego sanguíneo comenzó a bullir por mis extremidades a causa de la anticipación. En esa ocasión no me hizo falta ningún fármaco que paralizase su sistema motriz, me lancé a su espalda y envolví, dando dos vueltas sobre su cuello, la cinta, apretando con todas mis fuerzas. Necesitaba sentir cómo se resistía; cómo, a pesar de ser lo mejor para ella, su cuerpo intentaba rebelarse imprimiendo resistencia. Sus mugrientas manos se aferraban a la tela de mi sudadera, y eso hizo que apretase con más fuerza, descargando toda la rabia que acumulaba tras lo sucedido aquella noche. A los pocos minutos sentí un ligero crujido en su cuello, y su cuerpo, hasta unos segundos antes rígido y en tensión, se quedó laxo entre mis brazos.

A pesar de la euforia que me recorrió por la situación, no percibí que la paz, que siempre experimentaba cada vez que salía de caza, calase en mis huesos. Por lo que esa noche no me conformé con solo una, y fui de una a otra mujer, otorgándoles la liberación. No fue hasta que dejé en aquellos túneles un reguero de ofrendas que pude experimentar un sentimiento apaciguador en el cuerpo.

Las odiaba, odiaba a cada una de aquellas mujeres que por propia voluntad habían caído en desgracia. Pero, sobre todo, la odiaba a ella, a la mujer que me dio la vida y me hizo ser testigo de toda la depravación, corrupción y perversidad que habitaba en el ser humano.



Capítulo 18

Guiomar

La desesperación es la pérdida de la paciencia, de la esperanza, causada por la impotencia de no lograr el éxito. Y así es como nos encontramos en este momento, mientras el jefe de Departamento, Nick Berman, no deja de echarnos un sermón merecido.

—¿Sabéis qué es lo que no tengo? —Nos mantenemos en silencio porque se nota a leguas que la pregunta es retórica, y pobre de aquel que vaya de listo y se atreva a contestar—. Resultados.

Por mucho que me molesten sus palabras, lleva más razón que un santo.

—¡Cinco mujeres, maldita sea! —brama al dejar una carpeta sobre el escritorio, creando un golpe sordo—. Cinco cuerpos en avanzado estado de descomposición y tenéis la desfachatez de ni siquiera tener una pista —nos echa en cara—. ¡Se está sembrado el pánico en la ciudad, ¿me oís?! Y vosotros parecéis que os estáis tomando este asunto como unas jodidas vacaciones.

Observo a Derek apretar la mandíbula con fuerza, seguro que conteniéndose para no soltar cualquier comentario ingenioso, o borde ya puestos, que tan de sus casillas sacan a mi padre; Tessa, mientras tanto, aguanta la reprimenda frotándose las manos entre sí, nerviosa. La pobre pensó que al pedirnos ayuda todo sería mucho más fácil y efectivo, pero se acaba de dar de bruces con la realidad al ser consciente de que ni con el FBI trabajando en el caso se obtienen rápidos resultados.

Han pasado cuatro días desde la reapertura de El Cubo y lo único que hemos conseguido es entrar en una rutina asfixiante. Desde hace cuatro días, cada mañana imparto clases de defensa personal a las chicas que trabajan para Dash, y cabe decir que a la mayoría no le hizo mucha gracia tener que asistir tras trabajar hasta altas horas de la madrugada para que alguien les dé nociones de cómo poder defenderse contra un ataque. Me han hecho saber lo disconforme que están con ello, aunque he sabido capear su descontento alegando que las quejas mejor se las pasen al jefe, que es quien las obliga a venir.

En cuanto a las noches, las he seguido pasando en el club trabajando como camarera, pero a la vez analizando a cualquier individuo que pueda resultar sospechoso; hasta ahora todo se ha mantenido calmado. «Eso no es cierto», me susurra una vocecilla interna demasiado molesta.

Esa es la verdad, todo está en calma... Todo, excepto mi corazón. Cada día que pasa ese órgano principal que hace que circule la sangre por nuestro cuerpo se rebela y, por más que quiero hacerle entrar en razón e intento sosegarlo, se descontrola cuanto más tiempo paso al lado

de Mason.

—Nadie puede afirmar que se trate del mismo sujeto, señor. —Me alegra que Derek rebata a mi padre y consiga sacarme de unos pensamientos que no estoy preparada para gestionar.

—¿Me estás queriendo decir que no tenemos suficiente con un asesino en serie en Nueva York que ahora tenemos dos?

El tono pausado que utiliza me pone los pelillos como escarpias. Está cabreado, y conociéndolo diría que mucho.

—¡No lo sé, joder! —Y ahí está la desesperación de la que hablaba—. Pero esta no es la forma que ha tenido de proceder hasta ahora.

—No, no lo es —suelta de acuerdo mi padre, se le nota cansado; en realidad todos lo estamos de ir dando rodeos sin sentido—, pero uno de los cuerpos llevaba una cinta alrededor del cuello, puede que algo sucediese para que se descontrolase de esa forma —verbaliza, y señala las fotografías dispersas sobre la mesa, donde se muestra una auténtica escabechina—. Por eso necesito, ahora más que nunca, que no os durmáis. Se está volviendo imprevisible. Hasta ahora se ha comportado como un sociópata, creo que tenemos ante nosotros a un auténtico psicópata, y sabéis que eso es mucho más preocupante.

Me recorre un escalofrío con sus últimas palabras porque si algo entiendo es la diferencia entre ambos; los sociópatas sienten cierto grado de empatía, llegando a crear una conexión emocional únicamente con algunas personas en concreto; mientras que un psicópata es incapaz de empatizar y crear lazos emocionales, lo que le vuelve peligroso, y me temo que nadie estará a salvo.

—Derek... —llamo a mi amigo una vez que estamos en la calle tras terminar la reunión.

Se gira, ni siquiera me presta atención y me ignora, y en su lugar se acerca hecho un basilisco, apuntando con el dedo a Tessa.

—Te avisé de que no me gusta que se actúe a mis espaldas para conseguir medallitas.

—¿De qué hablas? —pregunta esta, intentando conservar el tipo, aunque no puede negar que continúa nerviosa.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero —masculla él entre dientes.

Yo he decidido mantenerme neutral, mirando de uno a otro como si se tratase de un partido de tenis. No es que fuese fácil estar rodeada de dos bombas con temporizador, aunque estos últimos días se ha palpado más tensión que nunca entre ambos.

—Tenía que informar de lo que habían descubierto mis compañeros a quién está al mando del caso —se defiende Tessa.

—Noticias de última hora, preciosa... ¡Yo soy el cabrón que está al mando de este puñetero caso!

—¿Tan grande es tu ego que quieres escalar en la cadena de mando?

A Derek se le escapa una risa sin humor que identifico como que tengo que intervenir entre ellos antes de que la cosa se tuerza.

—¡¿Queréis echar un polvo de una vez para que así nos podamos centrar?! ¡Me tenéis harta con el juego del perro y el gato que os traéis! —estallo, metiéndome en medio para que den un paso atrás.

—Ni en sus mejores sueños me acostaría con alguien como él. —Se cruza de brazos toda digna la inspectora.

—El sentimiento es mutuo, monada —replica mi compañero.

Ya, claro, lo que ellos digan. Se creerán que nadie es partícipe de las miradas cargadas de deseo que se dedican el uno a otro.

—Me parece perfecto. Y ahora que ha quedado claro que no os tocaríais ni con un palo, ¿podemos hablar como las personas adultas y civilizadas que se supone que somos?

—Yo no tengo nada más que hablar —escucho decir a Derek, pero no es a mí a quien mira, sino que no aparta sus ojos de Tessa.

Madre del amor hermoso, yo no sé cómo esta mujer puede controlarse siendo receptora de una mirada tan abrasadora.

Tras unos segundos demasiado incómodos, Derek sacude la cabeza, como saliendo del trance mental en el que se había quedado enganchado, se gira y desaparece por Duane Street.

—No me voy a meter donde no me llaman porque bastante tengo con aguantar mi vela... —comienzo, girándome hacia Tess—, pero ¿qué coño ha sido eso? —Señalo la dirección por la que se ha ido mi amigo.

—No sé de qué me hablas. —Me rehúye.

—Ya... Parece que es la frase del día. —Achico la mirada.

—Mira, Guiomar —me corta seria—, aunque al principio me costó, poco a poco he ido entendiendo vuestra forma de trabajar, Derek y tú sois una piña, pero vosotros debéis comprender que en mi trabajo ni suelo ni debo saltarme los pasos —me explica—. Yo también tengo un jefe, que es el comisario, y en cuanto descubrieron los cuerpos en las vías abandonadas del metro me dio la orden directa de avisar al jefe del grupo especial de infiltrados, ¿qué queríais que hiciera?

Se la nota sobrepasada por la situación cuando se mesa el pelo de manera incontrolable.

—Sé que a Derek le pierden las formas —me froto la frente, que yo sea más diplomática no significa que no me haya molestado—, pero nos podías haber llamado o mandado un mensaje para informarnos y no enterarnos de sopetón. No nos gustan las sorpresas cuando somos nosotros los que estamos arriesgando nuestra vida al infiltrarnos. En nuestro trabajo, la confianza lo es todo. —Lo que, por cierto, ella ha demostrado que no nos tiene, omito añadir—. No estoy diciendo que se lo ocultásemos a mi padre, lo que quiero decir es que deberíamos haberle puesto al tanto los tres como grupo.

Tessa resopla, expulsando todo el aire de los pulmones; sería una gran infladora de globos porque con su exhalación ha conseguido moverme hasta el flequillo, hasta ese punto está agobiada.

—Toda esta situación me está superando —se lamenta—. Cuando tomé la decisión de formar parte no pensé que fuese a ser tan complicado.

Me acerco y le froto el brazo en un gesto reconfortante.

—Tess, tienes que hablar con nosotros —le aconsejo—. Dejar esa coraza de policía dura que llevas y abrirla. Nadie mejor que nosotros vamos a entenderte.

—Me cuesta, Guio. —En el momento que sus ojos entran en contacto con los míos, descubro que están llenos de lágrimas, las cuales retiene a duras penas—. Por muchas comisarias en las que estuviese, por muchos compañeros que me rodeasen, siempre he estado sola.

—Pues ya no lo estás —digo categórica—. No sé el tiempo que nos llevará atrapar al regalito —tuerzo el gesto, lo que hace que a Tessa se le escape una risilla—, espero que sea poco...

—Sí, yo también lo espero.

—Pero, mientras tanto, somos un equipo. —Le sostengo las manos para que se lo crea de una buena vez—. Y después, siempre que a ti te apetezca, aquí tendrás una amiga.

Es justo en ese instante que las lágrimas se le desbordan, y puede que de verla a mí se me haga un nudo en la garganta a causa de la emoción.

—Gracias. Me vendría muy bien tener una amiga como tú —se le quiebra la voz—. Y lo siento. Debería haberos avisado de camino.

—Por mí no tienes que disculparte, en realidad, incluso te entiendo, pero me temo que Derek no va a ser tan permisivo. —Arrugo la nariz—. Entre tú y yo, le gusta montar un poquito de drama.

La carcajada ronca que se le escapa es contagiosa.

—Ya me he dado cuenta de que no me lo va a poner tan fácil como tú. Él no dará su brazo a torcer hasta que me vea arrastrarme, ¿verdad?

—Mujer... tampoco es eso. Si en el fondo lo tienes en el bote.

—Ya, claro. —Bufa, me mira y añade—: ¿Tú crees? —Me vuelvo a reír—. Me refiero a que si no piensas que me haga la vida imposible.

Es que es tan mona...

—¡Pues claro que no! Verás que en cuanto esta noche pegue un par de hostias en El Cubo, baja más suave que un guante. —Me engancho de su brazo y la insto a que salgamos de allí—. Derek, ahí donde lo ves, luego es un cacho de pan.

—Sí. Un cacho de pan duro, diría yo —masculla, caminando a mi paso.

Es que me parto. Qué divertido va a ser ver desde primera fila cómo caen el uno por el otro, son tal para cual.

—Bueno, ¿qué tal las cosas con Mason Harris? Se ve cierta complicidad entre vosotros —comenta un par de horas después.

Tras nuestra conversación a las puertas de la sede del FBI, le he propuesto comer juntas. Quería que se diese cuenta de que voy en serio cuando le he ofrecido mi amistad, y para que eso ocurra tienes que conocer a las personas en una situación distendida. Aunque, con la preguntita de marras, estoy por añadirla a mi lista negra.

Me levanto del banco, para ganar tiempo, y me acerco hasta la papelería para tirar el envase de la ensalada que me pedí para llevar. Estamos en Tompkins Square Park, no ha sido casualidad que eligiésemos este sitio para comer, por lo que me acaba de contar Tess pilla cerca de su apartamento, además, es donde encontraron a la primera víctima hace unas semanas. Hemos pensado que, mientras nos conocemos un poco más, también podríamos aprovechar el tiempo a ver si estando en el escenario del crimen sentimos una especie de revelación.

—Guio... Tú has sido la que me has aconsejado que me abriese a ti y me gustaría que fuese algo recíproco —murmura, acercándose a mí.

—No hay mucho que contar. —Veo cómo alza una ceja, esperando que añada algo más—. Me cae bien... —Desvío la mirada y me centro en observar a una ardilla a unos pasos de nosotras sobre el césped.

—Pero os besasteis. —«Y dos veces», me dan ganas de añadir.

—No es gran cosa... —Descarto con un ademán y me encojo de hombros—. De todas formas, no va a volver a suceder.

Y no entiendo por qué, ya que puse yo la condición, pero me molesta que de verdad no haya vuelto a ocurrir.

En estos días la química que hay entre nosotros es más que patente, Mason ha demostrado tener un autocontrol sobre sí mismo envidiable, ya que a mí me está costando horrores no enredar mis dedos en su pelo, enterrar la nariz en su cuello y respirar lo bien que siempre huele. Si no lo he hecho hasta ahora es porque él marca las distancias, pero es muy difícil no sentir cómo mi corazón trabaja al máximo rendimiento cuando estoy a su alrededor y me dedica una de esas sonrisas que debería patentar.

—Hacéis una bonita pareja. —Y lo suelta así, como si fuese lo más normal.

—¡Pero inspectora! —exclamo, intentado aparentar que estoy escandalizada—. ¿Me está incitando a que flirtee con un sospechoso? —dramatizo, llevándome una mano al pecho.

—Que tonta eres... —Ríe—. Ambas sabemos que a Mason nunca lo has considerado sospechoso, si no ese beso nunca hubiese ocurrido, ¿me equivoco?

Me quedo seria porque así es. Si en algún momento hubiera pensado que Mason podría estar detrás de los crímenes, no me habría dejado arrastrar por esta atracción tan aplastante que siento hacia él.

—No sabría explicarlo, Tess, pero él no ha sido. Lo siento aquí. —Me toco el pecho—. Independientemente de eso, lo más lógico es que las cosas se queden como están. —Intento desviar la conversación porque siento cómo el corazón se estruja en mi pecho—. Al igual que John Harris tampoco lo hizo. No lo conozco, pero por cómo habla Mason de él es imposible que llevase a cabo tal atrocidad.

—No me quiero imaginar cómo lo estará llevando. —Y sin ni siquiera decirlo, sé que se refiere a John—. ¿Sería raro si te dijese que indirectamente me siento un tanto culpable?

Niego porque a mí también me ocurre. Fue el sistema para el que nosotras trabajamos y defendemos con uñas y dientes el que hizo que una persona inocente tuviese que pasar por ese calvario. Dudo mucho que si Mason supiese a lo que me dedico fuese tan encantador conmigo.

Siento una punzada al imaginar que tarde o temprano eso sucederá y conllevará a que no nos volvamos a ver; y lo más doloroso, a que me odie.

Aunque parezca una locura, en tan poco tiempo me he acostumbrado a su presencia y, por mucho que lo ignore, a lo que despierta en mí.

—Y volviendo al tema anterior... —continúa Tess—. Guio, por mucho que lo intentes, me temo que Mason y tú sois como dos imanes que irremediamente están destinados a unirse mediante energías, y contra eso, amiga, la lógica no tiene nada que hacer.

«Maldita Tessa y sus frases místicas».



Capítulo 19

Guiomar

Aunque mi trabajo dé a entender otra cosa, algunas veces suelo ser un poco despistada, sobre todo si algo me ronda la cabeza, como en este momento. Me encierro en mis pensamientos y pierdo de vista todo cuanto pasa a mi alrededor. No es que sea lo más conveniente cuando estoy en un club de peleas clandestinas en el cual puede que se encuentre uno de los asesinos en serie más prolíferos, justo es él quien me mantiene distraída. Tras dejar a Tessa, regresé a mi apartamento. Como aún disponía de tiempo suficiente para prepararme antes de venir a El Cubo, decidí repasar todos los informes que tenemos hasta la fecha del caso del asesino de los regalos. No paré de pensar que su forma de actuar en estos últimos crímenes simultáneos no tenía nada que ver a su *modus operandi*. Bien es cierto que no debería importar, pero si algo he aprendido a lo largo de mi carrera en el FBI es que este tipo de sujetos no suelen salirse de su patrón. Desde su punto de vista, tienen una razón o propósito para hacer lo que hacen, y por el estado en el que aparecieron esas mujeres demuestra que disfrutó asesinandolas. Nada que ver a sus anteriores víctimas que, según los informes forenses, hizo todo cuanto pudo para que sufriesen lo menos posible.

—Eh, preciosa... —El chasqueo de unos dedos frente a mí hace que parpadee y enfoque la vista—. Vuelve de donde tu mente se haya marchado, ya he tenido que cambiar en dos ocasiones un par de consumiciones mal servidas —me reprende Mike sin perder la sonrisa.

—Lo siento. —Me ruborizo—. Se puede decir que hoy no me llevaría el mérito a la mejor compañera.

—¿Va todo bien? —cuestiona, esta vez adoptando un porte más serio.

—Solo estoy cansada —me excuso.

Porque qué otra opción tengo, preguntarle si ha visto alguna actitud sospechosa de cualquiera de los hombres que frecuentan el local que encaje con la de un asesino en serie... O, ya puestos, si él mismo pudiera ser un potencial asesino.

No, mejor achacar mi estado a simple agotamiento.

Veo que no se queda satisfecho con mi vaga respuesta, apoya su cadera contra una de las neveras y se cruza de brazos, analizándose.

—¿Es por Jagged? —cuestiona de pronto—. He notado que últimamente se mantiene alejado de ti, pero vete tú a saber. Si te vuelve a molestar me lo dirías, ¿verdad? Ese hombre es demasiado imprevisible.

Pongo los ojos en blanco porque Mike lleva razón. Desde la pelea entre él y Mason, el jefe de seguridad ha permanecido a cierta distancia de mí. Eso no quita que no sienta su mirada inquisitiva persiguiéndome allá por donde voy.

—No, todo bien. Jag no es el causante de mi distracción, así que guarda los puños, Hulk Hogan —lo tranquilizo, imprimiendo un tono de humor—. Puede que esté más oxidada en este oficio de lo que imaginaba.

Parece que esta vez se queda conforme con mi explicación ya que vuelve a mostrar su encantadora sonrisa.

—La dura vida de los baristas... —Suspira de manera teatral—. Para que luego digan que solo nos dedicamos a poner unas simples copas.

Se endereza y se dispone a recoger los vasos vacíos que hay encima de la barra. Ya hay combates disputándose sobre El Cubo. Sé que Derek y Tess no andan lejos, pero del que no hay ni rastro, en todo este tiempo que llevo aquí, es de Mason.

«¿No vendrá hoy?», me pregunto, un tanto ansiosa, mientras ayudo a Mike.

—Sabes que los baristas solo se dedican a servir cafés, ¿verdad? —suelto antes de que mi mente vaya por derroteros que no quiero explorar.

—Muy bien —se gira—, ya sí que me queda claro que no te ocurre nada. Estás de humor para corregirme como toda una sabelotodo.

Se me escapa la risa al ver cómo finge sentirse ofendido. Conocer a Mike es una de las pocas cosas buenas que he encontrado aquí. A pesar de que solo estoy interpretando, por así decirlo, un papel, trabajar a su lado resulta cómodo e incluso llego a pasarlo bien. Eso sí, sin perder el enfoque de lo que hago aquí, por supuesto, pero es agradable estar a su alrededor.

—Y dime, Mike, ¿no hay alguien especial ahí fuera? —pregunto, curiosa por saber un poco más de la vida del *barman*.

—Bueno... —Medita, toqueteándose la barbilla en el proceso—. Desde hace unas semanas estoy intentando tirarle la caña a una compañera, pero por más que me insinúe siempre me da largas. Parece que ella solo tiene ojitos para cierto luchador invicto.

—¡Yo no le pongo ojitos a nadie!

—¿Y quién ha dicho que me estuviese refiriendo a ti? —cuestiona, mirándome de soslayo mientras se muerde el labio.

Siento cómo mis mejillas se calientan y parpadeo un tanto cortada. Lleva razón, no debería haberme dado por aludida, aquí hay muchas chicas. Aunque, acto seguido, tras escucharlo soltar una carcajada al ver mi cara de circunstancia, compruebo que solo se está quedando conmigo, por lo que, ni corta ni perezosa, le suelto un manotazo en el estómago.

—Pues claro que eres tú, Guio... —se carcajea—. Entonces, ¿qué me dices, preciosa? ¿Me sacarás de la *friend zone* y dejarás que te invite a tomar algo alguna noche? —pregunta mientras me sostiene un mechón de pelo, que me recoloca tras la oreja.

—Mike... —Suspiro.

Es halagador que un hombre como él esté interesado en mí, la pena es que el sentimiento no es mutuo.

—No hace falta que lo digas —empieza a decir, retirándose un par de pasos y aumentando la distancia—. Parece que Mason no solo es imbatible sobre el cuadrilátero.

—No digas eso —protesto—. Entre Mason y yo no hay mucho más de lo que hay entre nosotros, solo somos compañeros. —Me encojo de hombros, intentando que suene convincente. No sé si para él o para que a mí me quede claro de una santa vez.

—Pues me temo que deberías dejárselo claro. —Hace un gesto con la cabeza, señalando a

mi espalda—. Por la forma en la que te mira, como si todo el jodido mundo le sobrase, no es la más normal para un simple compañero —expresa a media voz.

Esta vez, sin esperar respuesta por mi parte, se da la vuelta y se concentra en sacar brillo a la barra. Sin embargo, a mí los pelillos de la nuca se me erizan porque, sin haberlo visto, sé que está cerca. Es el efecto que Mason suscita en mí.

Me giro despacio y ahí está, acercándose, con sus ojos puestos en mí, a apenas unos metros de distancia. Las piernas me comienzan a hormiguear, ya que toda la sangre se acumula en mi pecho, que trabaja a un alto rendimiento por la rapidez con la que me bombea el corazón.

No me juzguéis, soy un vulgar ser humano contra una aptitud tan rompedora.

—Hola —musita al llegar a mi altura, y a pesar de la estridente música y el bullicio que nos rodea, no le hace falta levantar el tono de voz para hacerse oír.

—Hola... —repito como un papagayo. Aunque he de reconocer que a mí el saludo no me ha quedado tan sexi como a él, y ha sonado más bien un poco sin aliento.

«¿Y no será porque cada vez que estás a su alrededor te roba el aire?», replica mi impertinente voz interior que, por cierto... ¿De dónde narices habrá salido que últimamente no para de manifestarse?

Y qué cojones hago hablando conmigo misma cuando podría estar haciéndolo con él, que seguro es mucho más interesante.

—¿Qué te pongo?

—Te podría decir un buen puñado de cosas, pero no quiero que me taches de perverso, así que, por el momento, me conformaré con una tónica.

—Qué idiota eres. —Niego divertida por su inadecuada interpretación a mi solicitud.

Mason ladea sus labios en una especie de sonrisa, y juro que estoy por sacar mi placa y detenerlo. Debería ser consciente de que con una de esas sonrisas socarronas suyas es un auténtico peligro público.

—¿Qué tal va todo? —me pregunta cuando dejo frente a él la bebida.

—Ella dice que agotada, pero yo creo que solo estaba aburrida esperando a que llegarás. Solo hay que ver cómo le ha cambiado la cara.

—¡Mike! —Me vuelvo alarmada cuando escucho lo que acaba de decir. Él alza las manos, apaciguador, y vislumbro cierta molestia en su mirada cuando se retira a la otra punta de la barra.

«¿Me tomas el pelo?», frunzo el ceño en su dirección.

—¿Eso es verdad? —me pregunta Mason, llamando mi atención.

—¿Qué? —Aún no me creo que Mike haya soltado eso sin venir a cuento.

—Que me echabas de menos.

—No le hagas ni caso... —descarto con un ademán de mano y vuelvo a lanzarle una mirada al camarero, pero ya está con los codos apoyados en la barra, demasiado entretenido coqueteando con una de las chicas que trabajan en El Cubo para que incluso se dé cuenta de que me ha molestado su inapropiada aportación.

—Una pena. —Chasquea la lengua.

—Oh, por favor... Supéralo. —Ruedo los ojos.

—A ti creo que será imposible poder superarte.

Y, cómo no, escuchar algo así viniendo de sus labios hace que se me escape una sonrisilla.

Por Dios, ¿dónde está la tía dura que me creo cuando permanezco cerca de él? Es como si me convirtiese en una masa líquida, y es algo que no me puedo permitir. Recuerdo la última vez que experimenté esta sensación junto a Darrel, y levanto la coraza que tanto me costó reconstruir.

—Llegas un poco tarde, ya van un par de combates —cambio de tema a uno que pueda

saber gestionar.

—Ya... —suelta de manera desinteresada—. Le pedí a Dash que me pusiese en último lugar, tenía que solucionar unos asuntos.

De repente, todas mis alarmas se disparan por averiguar de qué tratan esos asuntos.

—Espero que no sea nada grave —añado, intentado que aporte algo más de información.

En su lugar, Mason se pasa la mano por el pelo, parece agobiado, y le da un trago a su bebida.

—Creo que es hora de bajar a cambiarme si no quiero terminar peleando en vaqueros. —Achico la mirada al mostrarse tan evasivo cuando se endereza y deja un billete sobre la barra para que me cobre la consumición—. ¿Te veo abajo?

Estoy a punto de afirmar con la cabeza cuando de la nada aparece Jagged a su lado y se dirige a mí:

—Dash quiere verte. —«Parco en palabras como él solo». Solo le ha faltado añadir un stop al final para que pareciese un telegrama.

—¿Ahora? —cuestiono desganada—. Tengo que acompañar a Mutt. —Se me hace raro utilizar su apodo de luchador, se supone que es como debo dirigirme a él, que no tenemos la confianza suficiente para utilizar su nombre de pila.

—Arreglado. Peyton se hará cargo —¿Stop? Por favor, necesito el puto stop para saber si no va a añadir nada más.

—¿A qué se deben los cambios? —se adelanta Mason a preguntar lo que yo tenía en la punta de la lengua.

—No tengo por qué informarte —dice Jagged sin apenas dedicarle una mirada—. Haz lo que se te ordena. Punto.

—¿Y si no quiero? —Se cruza de brazos, beligerante, Mason.

Bueno, vaticino concurso de meadas en tres, dos...

—¡Hola! Soy Peyton, ¿nos vamos? —Salvados por el duendecillo que acaba de llegar.

Miro a la chica que se mantiene expectante al lado de Mason y no puedo ocultar la ternura que despierta en mí.

Recuerdo las ganas que tenía, días atrás, de que le hubiese tocado supervisar a Mason en vez de a Elliot Young. En estos días que he podido tratar más a las chicas mientras les he impartido nociones de defensa personal, Peyton es la única que no se ha comportado como una auténtica gata rabiosa. Es la alegría personificada, y eso que no es que tenga demasiados motivos para estar feliz, pues su historia, a sus solo veintitrés años, es un poco dura.

—No vemos luego, ¿sí? —le digo a Mason cuando salgo de la barra y llego a su lado. Sé que hasta que no lo haga no se irá de buen agrado.

Me observa, en cuanto nuestros ojos entran en contacto se le suaviza la mirada.

—Es una cita. Tú lo has dicho, yo no. —Y la sonrisa que me dedica a continuación me deja temblando.

—Menudo morro tienes.

La carcajada ronca que suelta cuando echo a andar me mantiene feliz durante unos segundos, los justos que tardo en llegar donde me espera Jagged.

Su sola presencia me resulta molesta. Son de esas personas que, sin tan siquiera tratar apenas con ellas, consiguen mantener tu cuerpo en tensión, y no de una manera agradable.

—¿Viste lo emocionada que estaba Peyton? Parece que te ha salido competencia —lo escucho decir mientras recorremos el pasillo que lleva al despacho de Daniel McAlister.

Ignoro sus comentarios, a ver si así se cansa y mantiene la boca cerrada.

—Una lástima, parece una buena chica. —Chista, intentando llamar mi atención—. Mason no es ni de lejos el hombre encantador que os hace creer que es.

—Ahora dirás que tú sí lo eres, ¿no? —Me giro, lo que hace que nos paremos en mitad del pasillo. Lo encuentro que me observa con una sonrisa siniestra grabada en los labios, conocedor de que ha conseguido lo que buscaba, que salte.

—No, ya que yo nunca he intentado ir de encantador —me aclara. No hace falta que lo jure, seguro que en la vida ganaría la banderola de Míster simpatía—. Yo no engaño ni embauco a las mujeres para poder meterles la polla.

—Eres un idiota.

Y esta vez el insulto me nace desde lo más profundo de las entrañas, no como cuando se lo dije a Mason. Avanzo con pasos furiosos hasta llegar a la puerta del despacho de Dash.

—Pasa —ordena Jagged sin preámbulos.

«Si espera que me despida con un “gracias”, lo lleva claro», pienso cuando hago lo que me dice, me interno dentro y le cierro la puerta en las narices, dejándolo fuera.

El despacho de McAlister está tal y como lo recordaba. Lo encuentro de pie, detrás de su escritorio, al teléfono. Me acerco hasta los asientos dispuestos frente a él cuando hace un gesto con la mano para que avance.

—Me da absolutamente igual que lleve un proceso —escucho que le dice furioso a su interlocutor—. Necesito los permisos, ya. Me he comprometido con los organizadores de la UFC, y en dos semanas El Cubo debe tener todos los permisos legales para se lleven a cabo los combates.

No puedo mostrarme más sorprendida con lo que escucho. «¿De verdad Dash quiere legalizar El Cubo?». Estamos hablando del campeonato máximo de lucha, la mayor empresa de artes marciales mixtas y su disciplina. Eso son palabras mayores, ya que participan los mejores luchadores del ranking en ese deporte y se disputa por todo el mundo.

Me doy cuenta de que no me saca los ojos de encima mientras continúa en línea, es como si quisiese que esté al tanto de la conversación que mantiene y no quisiera perderse mi reacción. El motivo de ello lo desconozco, y eso me genera recelos.

—Disculpa, los temas burocráticos son una puta mierda —comenta cuando corta la llamada y deja su teléfono móvil sobre el escritorio—. Te he hecho llamar porque me han llegado las quejas de algunas de las chicas por tener que asistir a tus clases. Siento haberte puesto en esta situación, pero ya les he dicho que, si quieren conservar su trabajo aquí, el que sepan defenderse es un requisito indispensable.

—Tranquilo. Con el paso de los días terminarán disfrutando, lo he visto más veces.

—Me alegro. Sabía que sería algo que podrías manejar. —Se desabrocha el botón de la americana, toma asiento en su sillón y se reclina, observándome con intensidad.

Me pica la lengua por tratar el tema que acabo de escuchar, aunque no quiero resultar ansiosa y que pueda sospechar de mí.

—¡Maldita sea! —blasfema, desviando sus ojos a los monitores que hay tras de mí—. Va a conseguir que se deje de apostar.

Vuelvo la cabeza y me fijo en las pantallas. En ellas aparecen todo el local, tanto la sala de fiestas en la primera planta como la zona donde se disputan las peleas. Centro la vista en uno de mayor tamaño que el resto, en él se reproduce el combate. En él aparece Mason, asestando golpes a su adversario. Parece que no le cuesta ni el mínimo esfuerzo.

—Sepáralos para que Bone tome aire y se recupere —ordena Dash a través de un interfono.

Me vuelvo a fijar en las pantallas y observo, en ese momento, cómo el árbitro se lleva la

mano a la oreja y acto seguido separa a los luchadores.

—¿Monitorizas los combates? —pregunto, quedando de nuevo de frente a Dash.

—Créeme cuando te digo que no acostumbro a hacerlo, pero parece que Mason se olvida de dónde está y siempre tiene prisas por acabar la pelea. —Parece ofuscado—. La gente viene a ver un puñetero espectáculo, y no le agrada que termine en lo que ellos tardan en dar un simple parpadeo.

—¿Ellos lo saben? —Y espero que entienda que me refiero a los luchadores.

—No interfiero en el resultado, si es lo que me estás queriendo preguntar, solo lo alargo —se justifica—. En este negocio se mueve mucho dinero, siempre y cuando ofrezcas lo que se viene a buscar: una buena pelea, no un K.O. que llegue a los veinte segundos.

Nos quedamos en silencio unos minutos mientras vemos cómo se pone en marcha de nuevo el combate. Por lo que aprecio, el árbitro no tardará mucho en volver a separarlos; Mason no da tregua.

—Perdona, pero me ha sido inevitable no oírte cuando he llegado —comento, distraída, con la vista fija en Mason—. ¿La UFC? —Y ahí sí que lo miro directa.

—No es como si fuera un secreto. —Me dedica una sonrisa—. Tarde o temprano saldrá a la luz que quiero que El Cubo sea la sede de referencia de la UFC en Nueva York.

—¿Y qué pasará con los que ahora compiten?

—Seguirán participando, por supuesto. Lo único que será en una liga menor que se creará, pero a los mejores... —señala el monitor—, a esos me gustaría inscribirlos en el campeonato —revela—. Como ves, al producirse el cambio de gerencia estoy intentando ser un ciudadano ejemplar.

Entrelaza sus dedos y los apoya en su estómago, volviendo a adoptar una postura relajada. Por la sonrisa que me muestra, tengo la impresión de que su comentario va con segundas, y no me gusta. Dash parece ser una persona que sabe más de lo que aparenta, y eso puede ser un gran problema para mí.

—Si es lo que realmente quieres..., parece que has invertido demasiado tiempo y dinero para que El Cubo tenga cierto reconocimiento.

—¿Preferirías que siguiese haciendo las cosas de la misma forma ilegal que mi padre?

—Yo no he dicho eso. —Cruzo las piernas, adoptando la misma postura relajada que él—. Tampoco es como si supiera cómo se manejaba esto... —hago un ademán con la mano a mi alrededor— hasta hace unas semanas.

—Se podría decir que mi padre y yo teníamos opiniones distintas en cuanto a que un negocio prospere se refiere.

Asiento si añadir nada más y necesitando salir del foco principal de la conversación a la de ya. No me gusta el tono encriptado que emplea, me hace volverme paranoica y sospechar que sabe lo que realmente hago en este lugar, aunque sé que es imposible. Solo un grupo muy reducido de personas y de mi total confianza lo saben, y, sobre todo, me consuela tener a Derek como experto en delitos cibernéticos, que se guarda muy bien de no dejar ningún rastro que nos pueda delatar.

No sé el tiempo que paso en el despacho, hablando de temas más neutrales, solo sé que cuando salgo con Dash pisándome los talones, la zona de las peleas está casi despejada. Apenas queda rastro de toda la multitud que allí se congregaba, solo hay algunas personas rezagadas que están terminando sus consumiciones.

—Parece que me he vuelto a escaquear de mis funciones, a este paso el jefe terminará por despedirme —suelto, dirigiendo una mueca pícara a Dash.

Él intenta esconder la sonrisa, pero su mirada risueña delata que le hace gracia mi comentario.

—No sé por qué me da que eso no ocurriría. Sé de buena tinta que, por inexplicable que parezca, le caes demasiado bien. —Y al decir eso último, me da un toquecito juguetón en la nariz con la punta de su dedo.

Incluso yo me sorprendo cuando se me escapa una carcajada. Dash es un capullo que ni siquiera se molesta en ocultarlo, aun con esas, no siento ninguna mala vibra a su alrededor, y eso es lo más preocupante.

—¡Eres un maldito cabrón! —escucho gritar a nuestro alrededor.

Me tenso y, sin poder evitarlo, adopto una posición de ataque.

Veo a Trevor acercarse hasta nosotros. Sus ojos no se despegan de los del dueño del club, viene acalorado y, demasiado furioso, agarra a Dash por las solapas de la chaqueta.

—¡No deberías dejarlo luchar, maldita sea! No te basta con llenarte los bolsillos con este puto lugar, que también tienes que hacerlo con los combates, ¿verdad? —vocifera, zarandeándolo.

Con un simple movimiento, Daniel se deshace del hombre, estrellando su cara contra un aparador de bebidas.

Ahora más que nunca entiendo su apodo, Estrellarse, es justo lo que acaba de hacer con Trevor.

Ni siquiera ha alzado la voz, tampoco lo necesita para que el mensaje llegue alto y claro.

Lo aprisiona contra la superficie y acerca sus labios al oído del tipo.

—Vuelve a ponerme las manos encima y eres hombre muerto.

Hasta ahora solo había conocido al Dash accesible, verlo desprendiendo cabreo por los cuatro costados hace que se le tome en cuenta.

—Te llegará tu hora, hijo de puta —amenaza Trevor cuando Daniel lo deja ir—. Que no te quepa la menor duda.

—¿Estás bien? —se preocupa mi actual jefe cuando el otro desaparece.

—¿Y me lo preguntas a mí? —cuestiono asombrada—. No es a mí a quien quería partirle la cara.

—¿Trevor? Bah, es inofensivo —descarta—. Solo sufre un caso severo de cuernos, piensa que le he robado a su mejor luchador.

—¿Y no ha sido así?

—Yo lo único que no quería es que Mason desperdiciara su talento. Como ves, soy todo un dechado de virtudes.

—Sí, el problema es que no sé si eres un modelo de buenas cualidades o de maldades.

Se le escapa una risa ronca que me termina contagiando.

—¿Interrumpo?

Dash y yo nos giramos al escuchar la pregunta, y ahí está Mason; mi corazón comienza a bombear con la misma rapidez de siempre cada vez que lo tengo delante. Se ha cambiado, lleva unos vaqueros oscuros y una sencilla camiseta blanca de manga corta que le queda demasiado bien y, por la humedad que se le aprecia en el pelo, está recién duchado. También diría que molesto por la tensión que exuda su cuerpo.

Sin poderlo evitar, doy un paso en su dirección, es como si una cuerda invisible me tirase contra él para que estemos lo más cerca posible.

—Enhorabuena —le felicito a media voz.

Centra sus ojos en mí y la mirada se le suaviza.

—Gracias —vocaliza.

—Mason... —Y al tomar Dash la palabra, a Mason se le vuelve a oscurecer la mirada cuando fija sus ojos en él—. Ya lo hemos hablado, no puedes noquear a tu oponente con un único golpe. Sabes de qué va este negocio.

—Si crees que lo puedes hacer mejor que yo, ¿por qué no subes tú y lo demuestras? —le reta—. Me fichaste para ganar combates, y es lo que estoy haciendo.

—Te fiché para ganar dinero, y así vas a conseguir que la gente se acobarde y deje de apostar.

Miro de uno a otro cómo se miden, además de con palabras, con miradas. La de Mason expresa un batiburrillo de sentimientos mientras que la de Dash diría que transmite ¿ternura? «No, no puede ser», cabeceo. Sin embargo, ahí está. Dicen que los ojos son el espejo del alma, y en los de Daniel McAlister, a pesar de los reproches que salen por su boca, solo distingo cariño hacia el pequeño de los Harris.

—¿Estás lista? Vengo a cobrarme mi cita —me dice Mason, cortando la conexión con Dash.

—¿Cita? —me muestro confusa. De repente, abro los ojos al recordar sus palabras antes de irse con Peyton—. ¡No iba en serio!

—Y yo que pensaba que eras una mujer de palabra.

Vale, me resulta un tanto incómodo estar coqueteando delante de Dash, pero parece que Mason se ha olvidado de que el dueño de El Cubo se encuentra expectante, incluso diría que divertido, con nuestro interludio.

—Tengo que trabajar —me excuso para ver si así consigo disuadirlo.

—Por eso no te preocupes —escucho al empresario, inmiscuyéndose en una conversación a la que nadie lo ha invitado—. Aquí ya queda poco que hacer, Guiomar. Puedes marcharte. —«¡No ayudas!», grita mi mente—. Es más..., ¿por qué no subís al club? Tomaos lo que queráis, invita la casa.

Y tras eso, se gira y desaparece por donde hemos venido, dejándome frente a un Mason demasiado sonriente.

—¿Nos vamos, ángel?

—Cállate —mascullo al verlo hacer una reverencia.

Paso por su lado, yendo a recoger mi bolso, que dejé dentro de la barra. Al darle la espalda, no puedo evitar que mis labios se estiren. Sé que no debo, que no es lo más adecuado, pero con todo y con eso, me apetece pasar tiempo con Mason, y mucho más después de no haberlo visto apenas en toda la noche.



Capítulo 20

Mason

Solo he podido compartir un tiempo limitado en los vestuarios mientras me preparo antes de las peleas; por esa razón, me hubiese gustado que estuviésemos en cualquier otra parte que no involucrase a El Cubo. No me oiréis quejarme, ya que es mucho más de lo que esperaba. Por una vez en la vida, y sin que sirva de precedente, pienso que incluso debería estar agradecido con Dash porque, si no llega a ser por su intromisión, Guiomar hubiese terminado dándome largas una vez más.

Después del día que he tenido esto es lo que necesito, empaparme de su compañía, sentir que algo merece la pena más allá de todos los problemas que envuelven mi vida.

Al salir de mi turno en el taller y regresar al apartamento, lo último que me esperaba era encontrar a mi hermano y a Abby manteniendo una discusión acalorada. Puedo entender por todo lo que él está pasando, aun así, hay cosas que no pienso tolerar, y que pague su sufrimiento con mi amiga, cuando lo único que quiere es ayudarlo, es una de ellas.

Me sobrarían dedos de una mano para contar las veces que Johnny y yo hemos peleado a lo largo de nuestra vida, sin embargo, las recuerdo demasiado bien, pues nos volvemos dos titanes midiendo su vigor y su fuerza.

Ni siquiera sé qué ha desencadenado el que mi hermano estuviese hecho una furia y Abby un mar de lágrimas, tampoco me importa porque, al igual que él me duele al ser una de las personas que más me importan en el mundo, ella es mi amiga y no merece derramar ni una lágrima por nadie. Por esa razón, al observar la mirada de odio que le dedicaba y sin sentir ni un ápice de remordimiento del estado en el que Abby se encontraba, me he lanzado contra él para apartarlo lo más lejos posible de ella.

—¿Crees que sería capaz de hacerle daño?

¡He dudado, joder!

Su pregunta me ha pillado con mi antebrazo presionando su pecho mientras lo sostenía contra la pared porque ya no sé quién es y, lo que es peor, de lo que sería capaz de hacer. Él ha debido notarlo porque sus ojos se han llenado de una profunda decepción que me ha calado hasta los huesos y ha desembocado en que me quede paralizado, ni siquiera he podido reaccionar

cuando se ha marchado, cabreado.

Esa ha sido la razón por la que hoy he llegado tarde a El Cubo. Tras la estampida de Johnny, le ha seguido la de Abby, que se ha ido sin añadir palabra y me ha dejado lleno de dudas. Por más veces que la he llamado, preocupado, no he recibido respuesta. He aguardado en el apartamento hasta que llegase mi hermano y pudiese aclararme qué ha ocurrido entre ellos, y han pasado varias horas, sin éxito. Al ser consciente de que no aparecería, no me ha quedado más remedio que venir si no quería que mis problemas se multiplicasen por no aparecer en la pelea de hoy.

Sé que no debería estar aquí, que tendría que haberme ido directo a casa para comprobar si Johnny ha llegado y mantener de una vez por todas la conversación que deberíamos haber tenido nada más salir de prisión; sin embargo, aquí estoy. Ya me he cansado de ser paciente, de que no coja la mano que le brindo y, por un instante, por efímero que sea, quiero olvidar. Olvidar y sentir. Y eso, a día de hoy, solo lo consigo al lado de Guiomar.

—¿Qué vas a tomar? —me pregunta, distraída, observando con ojos chispeantes todo el local. Eso hace que vuelva a la realidad—. Ya que corre a cuenta de Dash, pienso pedirme la bebida más cara que tengan.

Al decir esto último se gira hacia mí, mostrándome la sonrisa más alucinante que he visto en mi puta vida; es tan contagiosa que no puedo evitar devolvérsela, y sienta bien. Se siente bien poder sonreír, aunque no haya demasiados motivos en mi vida para hacerlo.

—Una cerveza —le digo, encogiendo un hombro y quedando apoyado en la barra de lado para poder observarla a conciencia.

A pesar de la poca iluminación, soy capaz de ver cómo pone los ojos en blanco y hace una mueca de desagrado.

—Quiero uno de esto —pide mientras le señala al camarero algo de una de las cartas que hay sobre la barra—, y una cerveza para mi amigo el innovador. —Me mira de reojo, divertida.

El camarero se dispone a preparar nuestras bebidas, y una vez que las tenemos listas le ofrezco un billete para que se cobre.

—¿Qué haces?! —Alarmada, apoya su mano en mi antebrazo para que lo retire—. Ya has escuchado a Dash, invita la casa.

—No me gusta deberle nada a nadie. —«Y mucho menos a Dash», pienso al hacerle un gesto al tipo, que espera paciente, para que se cobre lo que se debe.

—Deberías haberme avisado, me hubiese pedido una cerveza.

—No era lo que querías —alego—. Querías lo más caro que hubiese en la carta —repito sus palabras con recochineo.

—¡Porque paga él! —exclama ofuscada—. Imagínate que ahora ni siquiera me gusta y no puedo ni beberlo. Sería tirar el dinero.

—Pues para mí sería el mejor dinero invertido si me da la oportunidad de que al fin hayas accedido a tomarte algo conmigo.

Me traen la vuelta, que guardo en el bolsillo delantero de mis pantalones vaqueros sin quitarle la vista de encima a Guio.

—Sabes que lo he hecho bajo coacción.

—¿Tan poco te agrado que solo has accedido porque tu jefe te lo ha sugerido? —pregunto, levantando una ceja.

Agarro el botellín y le doy el primer trago a la cerveza. No me pierdo el detalle de cómo sus ojos se quedan fijos en mi boca cuando paso la lengua por mis labios, saboreando la cebada en ellos.

—Sabes que no es el caso.

—Entonces, ¿cuál es la razón de que no hayas aceptado hasta ahora? Creo que no estuvo nada mal la última vez que compartimos tiempo fuera de aquí.

Hago un barrido con mi mano, abarcando el local. Eso hace que alce la vista, hasta ahora concentrada en mis labios, y esta vez se centre en mis ojos. Me embriago con su belleza, con la manera clara y directa que tiene de enfrentarme. Nunca he sentido que haya intentado seducirme y pienso que es eso lo que más me ha atraído de todo.

—Eres peligroso para mí.

—Sabes que nunca te haría daño, ¿verdad? —Me aclaro la garganta a la vez que me enderezo, adoptando un tono más serio.

—Lo sé. —Y por la manera que lo dice aprecio que es sincera—. Eso no significa que indirectamente esta especie de... No sé cómo llamarlo, ¿complicidad? —se cuestiona, señalándonos—, no nos termine dañando a alguno de los dos.

Me acerco hasta quedar tan juntos que en mi siguiente inhalación puedo incluso respirarla, y he de decir que ella es mi nuevo olor favorito.

—No sé apenas nada de tu vida, ya te dije que me encantaría que me contases tantas cosas..., hasta el punto de que llegue a memorizarlas —comienzo—, pero por el miedo que tienes a que me acerque me da la sensación de que alguien te hizo volverte cautelosa. —Conforme pienso eso, deseo que no sea verdad porque tendría que buscar a un total desconocido y darle una paliza—. Me gustaría llegar a ser el hombre que deje marca en tu corazón, no cicatriz.

Estira su mano, titubeando, y acaricia mi mejilla; ladeo la cabeza y aprovecho para dejar caer un beso en su muñeca al quedar a la altura de mis labios.

—¿Y si fuese al contrario? —pregunta con ojos brillantes—. ¿Y si fuese yo la que te hiciese daño?

Mi pecho se hincha de un sentimiento que jamás he tenido. Nunca antes alguien se había preocupado de esta forma por mí.

Me tomo la licencia de levantar la mano y enredar mis dedos en su melena, justo a la altura de su nuca, mientras con el pulgar le acaricio el óvalo.

Me encantaría atrapar su boca con la mía y poder demostrarle lo que siento a través de mis besos, pero no lo haré. Se lo prometí, y a no ser que ella me lo pida, me tragaré las ganas que tengo de volver a saborearla. En su lugar, digo:

—Soy un tipo duro, ¿recuerdas? —intento imprimir un poco de humor—. Estoy acostumbrado a soportar los golpes.

Al estar tan juntos puedo apreciar cómo un velo de tristeza le empaña la mirada, dura solo unos segundos, lo suficientes para saber que no me gustaría volver a ver esa expresión en sus ojos.

—A lo mejor te sorprendes y al final consigo ser yo la que noquee al imbatible Mutt... —me sigue el juego—. Que sepas que en mi país conseguí ser campeona regional de Jiu Jitsu, vale que era solo una adolescente, aunque dicen que quien tuvo, retuvo.

Lo dice tan cerca de mis labios que, por unos segundos, siento cómo los roza, y eso me genera más necesidad de ella, de no tener que reprimirme y dejarme guiar por lo que siento.

—No me cabe duda de que, si se diese el caso, sería el combate de mi vida.

La veo tragar y cerrar los ojos. Por inercia, le doy un ligero apretón en la nuca, y juraría que escucho cómo se le escapa un gemido, lo que consigue ponerme mucho más duro de lo que ya me encuentro, si es eso posible. No puede ser sano ir empalmado cada instante que estoy a su

lado. Es la mayor tortura a la que me he enfrentado en la vida porque ambos deseamos lo mismo y ninguno termina de dar el paso. Yo por respetar su decisión, y ella... Maldita sea, todavía no encuentro una razón de peso por la que nos mantiene en el jodido limbo.

—Mientras decidimos si somos unos buenos contrincantes el uno para el otro, deberías probar esta especie de poción que te has pedido —digo, separándome e interponiendo distancia entre nosotros.

Le ofrezco la copa olvidada. Como sigamos así, estoy a un par de segundos de perder el control y no cumplir mi palabra.

Por la cara de resignación que muestra, parece que ella tiene las mismas pocas ganas que yo de apartarnos, aunque es lo mejor si no podemos subir de nivel.

—Oh, Dios, ¡está buenísimo! No me extraña lo que vale. —Y, tendiéndome la copa, añade —: Tienes que probarlo.

Acepto.

¿Cómo negarme a su entusiasmo, aun sabiendo que no me gustará?

—Demasiado dulce.

—¿A que sí?

Y no puedo evitar soltar una carcajada por la cara de aprobación que me devuelve porque precisamente no lo he dicho en ese sentido. Siempre he sido más de cerveza que de combinados.

Pasamos un rato agradable charlando y me intereso por lo que antes ha mencionado de que ha practicado artes marciales. Siendo sincero, no es algo que me sorprenda ya que, tras la llave con la que redujo a Jagged días atrás, hizo que me diera cuenta de que tiene conocimientos defensivos. Sin embargo, no por ello deja de asombrarme. Si me atrajo nada más verla, con cada cosa nueva que descubro hace que caiga en picado por ella.

—¿Playa o montaña?

—Ambas, siempre que tú me acompañes —le susurro al oído.

—Céntrate —me regaña con un suave golpe en el estómago—. Si no pasamos la prueba de las veinte preguntas nunca llegaremos a ser amigos —me lanza como ultimátum.

—Está bien, está bien... —Levanto las manos—. No puedo elegir, según la situación.

—Pareces ser una persona ambigua... —Apunta en una libreta imaginaria.

Sonrío.

—¿Viajes en coche o en avión?

—Moto, sin lugar a dudas —declaro—. Me gusta sentir a la bestia entre las piernas —le guiño un ojo.

—Se acabó, no te lo tomas en serio.

Se me escapa una carcajada al ver cómo se da la vuelta, indignada, y se mezcla con la multitud que se concentra en la pista de baile. La sigo, y me sorprende que sea tan rápida subida en esos zapatos de tacón que parecen incómodos. Esquivo a la gente como puedo para no perderla de vista. Cuando la tengo a una corta distancia, alargo la mano y la tomo por la muñeca, haciendo que se vuelva hacia mí. El simple movimiento hace que quede pegada contra mi cuerpo, sus manos se apoyan en mi pecho y con mi brazo libre rodeo su cintura.

—Si tenías ganas de bailar solo tenías que pedirlo —murmuro, concentrado en sus labios.

—Eres un idiota. —Sonríe y niega con un gesto de cabeza, lo que consigue que me haga cosquillas en los brazos con los mechones de su pelo.

—Guio, por si no te ha quedado claro, te lo diré directamente: me pones demasiado cachondo para que podamos ser amigos.

—Cachondo, ¿eh? —No sé si son imaginaciones mías o más bien un efecto óptico por estar

tan juntos, pero juraría que las pupilas se le han dilatado—. Cuidado, Mason, puede que utilizar ese tipo de vocabulario me escandalice y consigas que salga corriendo en otra dirección.

—No tienes pinta de escandalizarte porque sea franco.

—La verdad es que no. —Se muerde el labio inferior.

Me rodea el cuello con los brazos y comenzamos a balancearnos en el sitio, sin perder en ningún momento el contacto visual entre nosotros. Hay demasiada gente, y eso hace que, a causa de los empujones, cada vez nos unamos más.

—Perdón —se disculpa en una ocasión cuando me pisa.

Se aparta y se gira para quedar de espaldas esta vez. Blasfemo porque si antes, sintiendo su pecho presionando el mío, me tenía cardíaco, ahora, cuando es su trasero el que se roza contra mí, pienso que va ser mi muerte.

—Joder, Guio —exhalo contra su pelo.

Dejo caer mi frente en su hombro, extendiendo la mano en su estómago y la atraigo más hacia mí. Soy consciente de que va a sentir lo que su contoneo le hace a mi cuerpo, pero debe entender que, aparte de ser un acto puramente fisiológico, ya le he avisado del estado perpetuo en el que me tiene.

Guiomar ladea hacia un lado la cabeza, dejando expuesto su cuello, y aprovecho para pasear mi nariz por esa porción de piel descubierta.

Todo se vuelve aún más caliente cuando comenzamos a bailar *Wicked games* de The Weeknd, y no puedo estar más de acuerdo con el título, ya que esto es un juego malvado. La canción habla de un hombre que acaba de dejar a su pareja y se da cuenta de que sigue tan colgado por ella que le pide tenerla una última vez. No me encuentro en esa situación con Guiomar, lo que sí comparto con la letra es que la deseo esta noche, aunque sea una única noche, para sacarme esta necesidad que me come vivo.

Déjame verte bailar,

me encanta verte hacerlo...

Te llevaré a otro nivel

y haré que bailes con el diablo

...

...

Escúchame, te daré todo lo que tengo

dame todo eso, necesito todo eso para mí.

Así que dime que me amas,

solo por esta noche.

Aunque no lo hagas.

Nuestros movimientos se contagian de la sensualidad que transmite la melodía. Deslizo mis manos por sus costillas y termino agarrando sus caderas para acompasarme al ritmo cadencioso con el que se mueve. Los latidos de mi corazón aumentan de velocidad y sé que voy a fallar cuando la hago girar, sin perder el contacto de mis manos sobre su cuerpo, y me encuentro con el deseo que arrasa en su mirada.

Hay ruegos que se gritan sin la necesidad de verbalizarlos, y esta es una de esas ocasiones.

—Necesito que uno de los dos sea racional y mantenga el control —murmura tan cerca de mis labios que, en este instante, sé a ciencia cierta que ambos sobrevivimos gracias al aliento del otro.

A pesar de su petición, sus gestos dicen todo lo contrario cuando entrelaza sus dedos en la

parte trasera de mi cabeza y me acaricia la nuca.

—Estamos diseñados para perder el control —deslizo una mano subiéndola por su columna vertebral—, y, aun así, nos resistimos sabiendo que fracasaremos solo por evitar sufrir. —Noto que, con cada una de mis palabras, a Guio se le acelera la respiración—. Nos calma mantener la ilusión de que somos dueños de nuestros propios impulsos y... Perdona que te diga... —Sé que le muestro una de las mejores sonrisas socarronas que existen, no puedo evitarlo—. Perder el control es la mejor parte. Así es la vida, y no estoy dispuesto a dejar de vivirla.

No sé quién de los dos termina de dar el paso, puede que nos hayamos sincronizado y haya sido a la vez, pero justo al terminar mi argumento de por qué no debemos controlarnos, siento la suavidad de su boca contra la mía.

Me recorre un hambre voraz cuando entreabre sus labios para darme la oportunidad de colarme entre ellos.

Era algo irremediable que volviese a suceder. Por mucho que creyésemos que podríamos resistirlo, una fuerza mayor, como el deseo que sentimos el uno por el otro, hace que terminemos cediendo a lo inevitable.

El beso es intenso, tanto que me encantaría mandarlo todo a la mierda y follarla en medio de la pista de baile, rodeados de decenas de personas. Por suerte, y a pesar de que me contradiga a mí mismo, me controlo y me conformo con saborearla, con deleitarme con esa lengua juguetona que sé que me vuelve loco.

Desciendo mis manos y abarco su trasero, el cual agarro y amaso a placer. Ella se pone de puntillas y aprovecho su nueva altura para estrecharla contra mí y que sea consciente de cómo me tiene. Nunca he pensado que sea de las que se acobarda, y cuando roza su monte de venus contra mi polla termino de corroborarlo.

Voy a estallar. Estoy a unos cuantos contoneos de perder los papeles y correrme como un puto adolescente que no sabe calmarse en segunda base.

—Joder, Guiomar... Te haría de todo —resoplo. Entre jadeos apoyo mi frente contra la suya, intentando no desmadrarme.

—Hazlo.

«Hostia puta».

Jamás en mi vida una orden había sonado tan jodidamente bien.

Me aparto unos centímetros, los suficientes para hacer contacto visual con ella. Tiene un brillo en la mirada tan erótico, que por poco me hace caer de rodillas y comenzar a lamerla desde los pies en dirección ascendente sin dejarme ni un maldito rincón.

—¿Estás segura? —le pregunto. Cruzo los dedos mentalmente para que diga que sí porque, por mucho dolor de huevos con el que me deje, por nada del mundo querría que hiciese algo con lo que no está convencida al cien por cien—. Sabes que esto lo cambia todo, ¿verdad?

Por unos segundos que se me hacen eternos, me mira de hito en hito, como si en mis facciones estuviese escondida la respuesta correcta.

—Sé que no sería la decisión más lógica —comienza, apiadándose de mí para que no sufra un infarto por hacerme esperar con su respuesta—, pero, por una vez en la vida, pienso hacer caso a lo que grita mi corazón. Así que, sí, estoy segura.

He tenido muchas peleas a lo largo de mi vida, y lo que más me sorprende es descubrir que lo que al final va a conseguir partirme la cara en dos es una sonrisa; una pequeña, e incluso diría tímida, una que tiene grabada en sus rasgos y que acaba de rendirme.

Por puro instinto me estrello contra sus labios, los cuales me reciben con una pasión desmedida. Es un beso cargado de intenciones, una muestra de lo que está por venir porque me

encantaría ser suave y delicado, pero deseo tener muchas más oportunidades de poder demostrarle que también puedo manejarme en esa faceta, aunque no será hoy, no. Esta noche no entra en los planes comedirse, sino que necesitamos descargar las ganas acumuladas que nos tenemos.

Y vaticino desde ya, con la rapidez que nos retiramos e intentamos salir del local, que va a ser apoteósico.



Capítulo 21

Guiomar

Estamos acostumbrados a que nos digan que los sentimientos nublan el juicio, al igual que la lógica es la que retiene las emociones. Yo, sin embargo, soy de las que opinan que la clave está en encontrar un equilibrio. Ser capaz de que las emociones y la lógica influyan mutuamente y se llegue a un consenso entre ambas.

Mi cabeza en este momento es un caos, ¿qué digo? Toda yo soy un caos andante. Debería estar persiguiendo a los malos. Eso es a lo que me dedico, es justamente por y para lo que estoy aquí, para descubrir quién coño es el asesino. Sé que está cerca, que se esconde bajo una de esas caras con las que me cruzo a diario, he dicho debería y no lo que realmente hago, que es dejar que brote lo que demonios sea que ocurre entre Mason Harris y yo desde la primera vez que nuestros ojos entraron en contacto.

He reprimido este sentimiento, bien lo sabe Dios, la ciencia infusa o toda la divina providencia que he intentado aplastarlo y relegarlo a lo más profundo del olvido e ignorarlo, hacer como que no existiese, pero está ahí, latente, esperando alzar el vuelo al liberarlo, y por muchos intentos de mi parte, todos han sido en vano; he sido engullida por la tentación.

Una de las razones por las que no quería aceptar volver a compartir tiempo con él fuera de los vestuarios era porque sabía que fracasaría y sería imposible resistirme. Que al final conseguiría perder la batalla y dejaría que mi parte intrépida, rebelde, se hiciera cargo y me dejaría llevar por lo que siento, abrazándome a la pasión.

Porque sí, deseo a Mason como jamás he deseado algo en la vida. Ya no pienso negármelo, y sé que más tarde tendré que ser consecuente con mis actos cuando toda la mierda estalle, porque no me cabe duda de que lo hará.

Agarrada a su mano, dejo que me guíe a través del local. La emoción y la expectativa de lo que va a suceder hace que mi sangre burbujee sin control por mi cuerpo. De eso se trata, ¿no? Eso es justo a lo que Mason ha hecho referencia a que perder el control no es malo; es la simbiosis que hemos creado, el apoyo mutuo que se establece entre dos personas cuando realizan algo en común.

—¿Estás segura? —vuelve a preguntar, girándose. No puedo evitar que se me escape una sonrisa cuando en su cara leo que, a pesar de que le jodería, me da la opción de decidir.

—Deja de preguntármelo y vayámonos, ¿o eres tú el que tiene que pensárselo? —cuestiono un tanto insegura.

No había pensado en esa posibilidad, quizá sea él quien no lo tiene claro; puede que fuese lo más sensato. Nos ahorraríamos muchos quebraderos de cabeza. La confianza y la determinación que he sentido hace unos instantes mientras nos besábamos como si no hubiese un mañana comienza a replegarse, dando paso a la coherencia.

—Preciosa... —llama mi atención con voz ronca—. Hace un instante me hubiese importado una mierda todo y te hubiese follado en medio de la pista, ¿crees en serio que yo tengo dudas? Solo quiero que, si esto va a suceder, sea porque tú tengas las mismas ganas que yo.

Adiós, coherencia. Hola de nuevo, determinación.

—Lo hago —exhalo—. Las tengo. —Y, como si un imán invisible nos uniese, volvemos a besarnos.

Nuestras bocas se acoplan de tal forma que parece que toda la vida lo hubiesen hecho. Mason tiene unos labios mullidos y carnosos que no dudo en atrapar con mis dientes y tirar. Me tiemblan las manos de anticipación, tanto que, para que no se note, las cuelo por debajo de su camiseta. Mala idea, ya que, en el instante en el que entro en contacto con la piel caliente de su abdomen, mis ganas aumentan de grado.

Me sostiene con una de sus manos por la cadera mientras que la otra se extiende en la parte trasera de mi cuello, controlando el beso, dándole profundidad y fundiendo nuestras bocas hasta tal punto que pienso que conseguiremos derretirnos del calor que me genera cada uno de sus roces.

El estribillo de *Another Love* de Tom Odell llega a mis oídos una vez que Mason se separa de mi boca; todos mis sentidos son por y para él. No llega lejos, ya que vuelve a besarme, y en esta ocasión son besos cortos mezclados con su sonrisa, es como si quisiese alejarse para que podamos marcharnos de una santa vez y no fuese capaz, lo que consigue que comience a reír cada vez que sus labios se estampan contra los míos.

—Nos vamos —declara al fin, resoplando en el proceso.

En otro amor, en otro amor...

Todas mis lágrimas he gastado, en otro amor.

No hay lágrimas, Mason no es Darrell. Mason es considerado, ingenioso, con un corazón inmenso que lucha por los que quiere, no solo en el sentido literal dadas las circunstancias, y, lo más importante, me hace reír. Sé que puede que me esté equivocando en mi manera de actuar, al fin y al cabo, no estoy siendo del todo sincera con él, no se lo merece, pero lo que tengo claro es que no me estoy equivocando en elegirlo.

Cuando conseguimos salir de El Cubo está lloviendo, ni siquiera noto las gotas sobre mi cuerpo, ya que es más fuerte la sensación que llevo impresa de sus dedos contra mi piel y la sedosidad de su lengua recorriendo mi boca. A cada paso acelerado que avanzamos, somos incapaces de soltarnos. No lo hacemos hasta que, de repente, siento cómo algo impacta contra Mason de manera brusca, consiguiendo que, esta vez sí, perdamos el contacto.

Tan contrariada me encuentro que tardo unos segundos de más en percatarme de lo que sucede.

—¿Te has vuelto loco?! —grito una vez que salgo de mi asombro y reconozco de inmediato quien no deja de asestarle golpes a Mason. Aunque, por lo que veo, este último ha reaccionado a tiempo y le devuelve cada uno de ellos—. ¡Derek, para!

Creo que en esta ocasión me desgañito a tal punto que noto que mi voz se desgarrá, pero mi orden o súplica cae en saco roto y solo vuelan hostias entre ellos.

La furia que emanan es casi tangible cada vez que intento acercarme para separarlos.

Escucho el repique de unos tacones y, cuando me giro desesperada buscando que alguien me ayude a parar esta situación surrealista, me encuentro con la mirada cargada de pánico de Tessa.

—¿Qué demonios ha pasado? —le pregunto acalorada, como si ella tuviese la respuesta.

Niega un par de veces, nerviosa, por lo que no me queda más remedio que actuar.

—¿Qué vas hacer? Te van a dar. —Me retiene Tessa por el brazo cuando ve mis intenciones.

—Te advertí que no te volvieses a acercar a ella —gruñe Derek, y levanta su pierna para golpear con la rodilla el costado de Mason.

«¿Qué coño?».

Me zafo de un tirón y, a riesgo de que lleve razón y me lleve un puñetazo, me mezclo en ese amasijo de brazos, piernas y testosterona por un tubo en el que ambos se han convertido. Estiro de la camiseta de Derek para que se aleje, sin éxito, por lo que esta vez me engancha del brazo de Mason para que dejen de golpearse. Él lo hace, ya que al tenerlo retenido no puede maniobrar, y eso hace que reciba un gancho en un lado de la mandíbula que seguro le ha tenido que doler; me ha dolido incluso a mí.

—Detente. Para, por favor...

Cuando procesa mi súplica, se aleja. No solo de la pelea con Derek, sino que, dando un paso atrás, pega un tirón, soltándose de entre mis brazos.

Derek intenta acercarse de nuevo a él como un toro de Miura; por suerte, frena su avance cuando poso mi mano contra su pecho y me interpongo en medio de ambos.

—¿Y solo dices que es un amigo? —Giro la cabeza para centrarme en Mason. Está restregándose la comisura de la boca, donde le chorrea un poco de sangre. Avanzo, movida por la preocupación, para ver el alcance de las heridas; su siguiente frase me deja paralizada—. Nadie pelea de esa forma por alguien si no sintiese algo más que una simple amistad por ella.

«¿Qué quiere decir? ¿Cree que Derek está celoso?».

—Mason, eso no es...

Me adelanto, olvidándome de mi compañero, para poder explicarle que está equivocado. Me ha costado dar el paso de querer conocerlo más para que ahora no sirva de nada por las idas de olla y el temperamento de mi compañero

—No —niega—. Te dije que daría el resto en esto, pero hasta que no solucionéis vuestras mierdas prefiero que me mantengas al margen y no me involucres. Cuando eso suceda, ya sabes dónde encontrarme.

Se gira, yendo hacia su moto. Observo cada uno de sus pasos y, cuando se monta en ella y pasa por nuestro lado a gran velocidad para marcharse, me confirma lo confuso que se siente. Aunque no se puede comparar a cómo siento yo al volverme y enfrentar a Derek.

—¿Qué narices haces?

A pocos metros se encuentra Tessa abrazada a sí misma, sin saber si intervenir o no. Me alegro de que no lo haga porque no me gustaría mosquearme con ella, todo mi enfado necesita focalizarse en el hombre que ahora mismo me observa echando chispas por los ojos.

—Tiene cojones que precisamente seas tú quien me haga esa pregunta cuando no era yo quien estaba dando un espectáculo mientras se lo montaba en mitad de la pista.

—¡Lo que haga o deje de hacer con mi vida no te incumbe, Sanders!

—¡Joder que no!

Y nos gritamos tan alto que me extraña que aún permanezcamos solos en la calle a causa de las voces.

—No pienso poner en riesgo todo el trabajo solo porque estés cachonda.

Ninguno de los dos lo ve venir, tras oírlo, mi mano vuela, impactando contra su mejilla. Me duele la palma, nada comparado a lo que me han supuesto sus palabras. ¿Cree que lo que me sucede con Mason es un simple calentón?

La verdad, me cuesta definirlo, tengo claro que no tiene nada que ver con un: te pica, te rasco. Nunca pondría en juego mi trabajo por algo tan superficial, lo que despierta en mí va mucho más allá de eso, y por primera vez en mi vida, después de haber estado encerrada en mi caparazón, quiero explorar y descubrir de qué se trata. Que Derek tenga ese concepto de mí, siendo él, que me conoce mejor que nadie y sabiendo lo que me cuesta abrirme a los demás, me duele.

—En cuanto resolvamos este caso pediré un cambio de compañero —digo en un tono neutro. Doy un paso atrás, aumentando la distancia entre nosotros.

—No me harías eso.

Y no dice que no sería capaz, sino que no se lo haría a él, que no es lo mismo. Su mirada grita el daño que le hacen mis palabras, aguardando mi respuesta.

—Si me conoces tan bien como creo, sabes que no miento.

Le doy la espalda y echo a andar. En este momento sí noto cómo la lluvia cala mis huesos, cómo mis lágrimas se entremezclan con las gotas y empapan mi rostro.

—Guio, espera...

Tessa llega hasta mí.

—Ahora no, Tess —le pido sin detener mis pasos.

—Pero...

—Ahora no.

Algo debe ver en mis ojos porque solo asiente, comprendiendo que necesito espacio. Le agradezco con un gesto de cabeza que lo entienda. No sería la mejor compañía y ella no se merece tener que aguantar mi mal humor con todo el drama que en este instante me envuelve.

Entiendo que a Derek pueda sentarle mal como estoy manejando las cosas con Mason. Joder, incluso si me hubiesen dicho hace unas semanas que mandaría todo por lo que tanto he luchado por el desagüe tampoco me lo creería, pero ha sucedido. He conocido a alguien del que no soy capaz de alejarme, y Mason sí que no se merece verse envuelto en todo esto y, lo más importante, no merece recibir una paliza por parte de mi compañero porque si alguien está haciendo la cosas realmente mal, soy yo.

Sin pensar mucho en lo que hago, y guiándome por lo que mi corazón me dice, enfilo decidida en dirección a Harlem.

No me ha gustado ver la decepción en la mirada de Mason, tampoco sus últimas palabras dándose por vencido en cuanto a mí, por lo que necesito explicarme; que entienda, sin desvelarle lo que hago, que he tomado una decisión. Y en este momento es que lo elijo a él.



Capítulo 22

Tessa

—Sube al maldito coche, Tessa.

Escucho sus palabras, aunque las registro como el que oye llover, y nunca en la vida esa frase había sido tan acertada porque está cayendo una buena tormenta.

No es la primera vez que me lo pide, de ahí la exasperación en su oración, y en todas y cada una de ellas no le hago el menor caso. No pienso aplaudirle tras el comportamiento que ha tenido.

En cuanto Guiomar se ha marchado, la he imitado sin dedicarle una mirada a Derek. Y sabiendo que no es de los que dejan las cosas estar, no ha tardado en aparecer con su coche y mantenerse a mi paso a ralentí. Pongo los ojos en blanco y continúo mi camino, ignorándolo deliberadamente.

Por mi visión periférica observo que para, escucho el portazo de una puerta al cerrarse y, dos segundos después, suelto un grito cuando mi cuerpo queda suspendido en perpendicular sobre su hombro.

—¿Te has vuelto loco?! Bágame —exijo, removiéndome.

—Suelo tener paciencia, pero esta noche entre todos ya me la habéis colmado.

Y lo dice sin que la respiración se le entrecorte a pesar de que está sosteniendo todo mi peso.

—Podría detenerte ahora mismo por retenerme contra mi voluntad. ¡Que me bajes te digo!

—Y para darle mayor énfasis a mis palabras, le suelto una cachetada, con todas mis fuerzas, en el trasero.

Eso surte efecto. Al sentir mis pies en contacto con el asfalto, por un momento me mareo mientras la sangre se reajusta de nuevo a su posición original.

—¿Qué coño te pasa a ti ahora? —Me mira con el ceño fruncido.

Es inevitable que se me escape una risa carente de humor.

—Eres más tonto de lo que pensaba si de verdad me tienes que hacer esa pregunta. —Me pinzo el puente de la nariz porque no doy crédito—. Tu comportamiento ha sido desmedido —gruño, señalando con mi mano hacia donde hace un rato se ha lanzado como un loco contra Mason—. Si ese es tu método para solucionar las cosas, perdona que te diga... Es una auténtica mierda.

—Le avisé de que no se acercase a ella.

—¿Y quién te crees que eres para hacer algo así?! —vocifero—. Hasta donde sabemos,

Mason no ha dado ninguna muestra de que sea un mal tío. Es más, Guiomar confía en él, y ahora mismo me fio más de su criterio que del tuyo.

—¿Qué pasa, inspectora? ¿También has caído seducida por el pequeño de los Harris? —
escupe con cierta inquina.

Resoplo y me giro, echando a andar de nuevo. No se merece ni que le conteste.

Esta noche pensé que estábamos acercando posturas, necesité disculparme por no ponerlos sobre aviso de la última hazaña del The gift killer y haber ido primero a su superior. Tras hablar con Guiomar, entendí el enfado. Bastante complicado está resultando este caso como para encima estar de uñas con las únicas personas que me salvarán el culo llegado el momento.

Todo marchaba bien, Derek ha reconocido que se excedió en sus formas y al pensarlo en frío decidió que hice lo correcto, pero no por ello no se siente dolido. He descubierto que para él el compañerismo lo es todo, y es algo que ha hecho que lo viese con otros ojos. Aclarado el tema, hemos disfrutado de la noche, tomándonos un respiro de todo lo que nos envuelve, e incluso he deseado que el tira y afloja, el coqueteo que siempre nos traemos, pasase a algo más.

Derek me atrae como la polilla a la luz y soy consciente de que ese acercamiento terminará quemando. Sin embargo, es algo que no puedo, o quizá no quiero, remediar. Estar a su lado consigue que mi cuerpo se revolucione. Me exaspera a la par que fascina.

Pero como digo, todo marchaba bien hasta que ha sido consciente de que Guiomar se encontraba en la pista compartiendo mucho más que cierta intimidad con Mason Harris. Derek se ha transformado, y porque he conseguido, con mucho esfuerzo, sacarlo del local y no montar un espectáculo, aunque no ha servido de nada; mientras intentaba calmar su furia en la calle, ha aparecido la pareja, ajena a todo lo que estaba sucediendo, y ha desembocado en que Derek pierda los papeles.

No sé qué pensar de su reacción desmesurada, cada vez que decido dar un voto de confianza a conocer una parte de él, que creo que puede ser asombrosa, hace algo que consiga que mis sentimientos se vuelvan a retraer.

—Conozco a los de su calaña —se excusa, sacándome de mis cavilaciones, adaptándose a mi paso.

—¿Y no será que Mason lleva razón y estás celoso?

«Ya está, ya lo he dicho». Acabo de sacar el elefante que ocupa el gran espacio en el batiburrillo de mis pensamientos.

Tras lanzar mi pregunta deja de caminar, hago lo mismo y nos quedamos parados, uno frente a otro, midiéndonos con la mirada.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza que te hace decir estupideces o qué?

—Estupideces son las que dices tú. Le has hecho daño.

—Ya se le pasará —descarta.

—Si piensas darle esa mierda como disculpa, te aseguro que no lo hará.

Sus ojos transmiten cierta incertidumbre, sé que le inquieta que pueda llevar razón.

—¿Es eso? ¿Te fastidia que él consiga lo que tú deseas?

Siento un pinchazo en mitad del estómago al pensar que esa pueda ser la causa de su actitud. No lo culparía, si a mí me interesasen las mujeres —que por desgracia no es el caso, ya que me iría indudablemente mejor—, yo también querría estar con alguien que se le pareciese. Es todo lo que he buscado en una pareja: es leal, elocuente, divertida... Sería muy fácil sentir algo por ella. Y quizá eso le ocurre a Derek. He visto cómo interactúan, cómo están pendientes el uno del otro y, sobre todo, cómo se protegen.

—No sabes lo que dices. —Cabecea, alejándose en dirección al coche.

Por paradójico que suene, soy yo quien en esta ocasión va tras él. Aunque me duela, necesito saber si siente algo por Guiomar porque, si fuese así, intentaría obviar lo que Derek despierta en mí.

—Ahora no quieres hablar, ¿no? —azuzo—. No entiendo que, si sientes algo por ella, no lo hayas intentado.

—Déjalo, Tessa.

Acelero el paso. Sus zancadas son largas y a mí me cuesta avanzar a la misma velocidad subida en los zapatos de tacón, complicándose mucho más con el aguacero que está cayendo.

—No es justo que te lías a golpes con él por ser un cobarde y no exponer lo que sientes.

—¡Estoy celoso! ¿Contenta?

Oh.

Su arrebató me pilló desprevenida, tanto que tengo que retroceder un par de pasos ya que casi me choco al tenerlo casi encima.

—Pues deberías decírselo a ella y no comportarte como un idiota.

«¿Qué es ese murmullo y a dónde demonios se ha escapado mi voz?». Es como si el nudo, del tamaño de Oregón, que tengo atascado en la garganta no me dejase aumentar la modulación de mis cuerdas vocales.

—No lo entiendes. —Invade mi espacio personal—. Estoy celoso, sentir algo por Guiomar era lo seguro. —¿Por qué me deja echa polvo su confesión? Yo la he propiciado, ¿no? Noto cómo se me aceleran los latidos—. Sabía que nunca rebasaríamos esa línea, pero haría que tampoco sintiese algo más por nadie; solo me dedicaría a tener sexo sin involucrar sentimientos porque mi corazón le pertenecía. No contaba con que aparecieses tú e hicieses que me lo cuestionase todo. —«¿Cómo dice?». Los temblores de mis piernas me gobiernan cuando atrapa mi cara entre sus manos. Si dentro de unos segundos continúo en pie, me merezco un pin de «prueba superada». Es cierto que estoy celoso —repito—, aunque me temo que son celos en otro sentido. Envidio que ella sea lo bastante valiente para dejarse arrastrar por lo que desea.

—¿Y qué es lo que tú deseas? —artículo con cierto esfuerzo.

En cualquier momento juro que caeré catatónica al suelo si continúo percibiendo esa mirada azul abrasadora.

—Ya lo sabes, Tess. Creo que desde el primer momento que nos vimos lo has sabido.

—Yo no soy ningún reemplazo —declaro porque, si cree que yo seré quien le haga olvidar a su amor platónico, no estoy dispuesta a sacrificar mi corazón en el proceso.

—Eso es lo que más miedo me da, Tess... Me acojona que en unos días hayas borrado un sentimiento que creía arraigado por años.

Con sus pulgares acaricia mis mejillas a la vez que agacha su cabeza. Son movimientos lentos, dándome la oportunidad de alejarme si es lo que quiero, pero no lo es. Quiero que se coma la pequeña distancia que nos separa y así poder volver a sentir la sedosidad de sus labios porque, por difícil que parezca, desde que lo vi no ha habido un instante en el que yo no lo haya deseado.

Derek capta que no iré a ningún lado y me besa con una pasión y una urgencia que jamás he sentido en la vida.

Todo a mi alrededor deja de existir menos él. Ni la lluvia, ni el sonido del tráfico de Manhattan, solo él y sus brazos al rodear mi cuerpo y su lengua castigadora derritiendo mis sentidos.

—Me vuelves loco.

«¿Yo a él?». Desde que lo conozco no he parado de tomarme medidas para ir encargando

una camisa de fuerza de mi talla.

Mi única respuesta es atrapar su labio inferior entre mis dientes y tirar de manera suave para que se deje de charlas y continúe por donde íbamos. Parece que mi deseo se hace realidad porque vuelve a besarme; si antes el beso ha sido pasional, ahora solo puedo catalogarlo como una brutal pasada. ¿La pena? Que no dura demasiado cuando Derek se retira y, sosteniéndome de la mano, demanda:

—Ven conmigo.

Claro está que lo sigo obediente. Si donde quiera que me lleve hay más de esto, por mí encantada.

—Si hubiese sabido que gracias a mi boca te montarías en el coche sin rechistar, nos habríamos ahorrado un tiempo precioso.

Y ahí está el Derek Sanders que hace que quiera lanzarle un puñetazo con la misma intensidad que quiero besarlo.

—Vuelve a soltar otra de tus lindezas y harás que me lo piense mejor y me termine bajando.

Se le escapa la risa y acciona el motor, poniéndonos en marcha; al final acabo por contagiarme de su buen humor y miro hacia la ventanilla para ocultarle la sonrisa que empuja en mis labios.

En este instante entiendo a la perfección el estado de bipolaridad, no hay definición mejor para explicar lo que me sucede a su alrededor.

Derek

Siento la anticipación recorriendo mi cuerpo, por lo que, en cuanto avanzo unas pocas calles, giro para adentrarnos en un callejón.

—¿Qué haces? No pensarás en que nos lo montemos en mitad de la calle, ¿verdad? —Se alarma, divisando todo cuanto la rodea.

—¡Joder, pues claro que no! ¿Por quién me tomas?

Y omito añadir que ella se merece mucho más que follar en un callejón sucio y oscuro. Ya me he sincerado bastante por esta noche, y compartido algo que siempre he mantenido para mí mismo, como para entrar en modo moñas.

Lo siento, no es lo mío. Es cierto todo lo que le he dicho a Tessa, conocerla me ha roto los esquemas. Vivía la mar de a gusto pensando que estar enamorado en silencio de Guio me mantendría a salvo. No soy hombre de relaciones, ni lo soy ni cabe decir que tampoco valgo. Tengo el mismo romanticismo que un crustáceo; para mí, la cita perfecta es disfrutar de un perrito caliente en uno de los puestos ambulantes y, si es nuestro día de suerte, degustar un *pretzel* mientras nos dirigimos al Bronx para disfrutar de un partido de los Yankees, y eso, por regla general, no es lo que esperan las mujeres.

—No he parado aquí para meternos mano... Aunque, ahora que lo mencionas, no soy capaz de sacarme esa posibilidad de la cabeza. —Me toqueteo la barbilla y le muestro mi sonrisa más canalla, lo que recibo de su parte es un manotazo en mi antebrazo—. A lo que voy —continúo y adopto una actitud más seria—, es que me ha rayado que pudieses pensar que me quiero meter en tus bragas porque no puedo conseguir a la persona por la que siento algo. No es así, Tessa. —Se desabrocha el cinturón y se remueve en el asiento para quedar de lado, enfrentándose—. Sé que piensas que soy un capullo tras como me he comportado contigo, entiendo que tengas ese concepto de mí y, aunque no lo creas, hay ocasiones en las que yo también lo he llegado a pensar. —Que se lo he puesto difícil no es un secreto—. Sin embargo, no soy la clase de capullo que utiliza a las mujeres.

—No he querido dar a entender eso.

—Lo sé. —Porque sé que es verdad—. Solo querías protegerte.

—Exacto. No es agradable sentirse el segundo plato de nadie.

Cabeceo alucinado, «¿no entiende que ella, en este momento, es el menú completo?».

—Siempre que he estado con una mujer he sido sincero en cuanto a lo que podía esperar que sucediese entre nosotros, si ha aceptado acostarse conmigo lo ha hecho sabiendo que a la mañana siguiente cogeríamos caminos distintos con la posibilidad remota de repetir. Me gusta el sexo ¡Qué digo gustar! Me apasiona —exclamo y, entrecerrando los ojos, le pregunto—: ¿Y a ti, inspectora? ¿Disfrutas del sexo?

—¿En serio es necesario que conteste a eso? —Y rueda los ojos en el proceso.

—Solo quería asegurarme de que estás feliz con tu vida sexual. —Alzo las manos en señal de rendición.

Y es rendido a ella más bien como me encuentro.

Lo sé, sé que lo estoy volviendo hacer y me escudo en el coqueteo y el humor para quitarle hierro al asunto, pero quien me conoce sabrá lo complicado que me resulta abrirme.

—Derek, no te pillo. ¿Me estás dando a entender que quieres que resolvamos la tensión sexual que se crea entre nosotros cada vez que compartimos espacio? Porque, si es eso, lo estás haciendo de pena.

—No. Sí. Joder... No lo sé. —Me paso la mano por el pelo, agobiado—. A eso me refiero, Tessa, contigo lo quiero todo, y a la vez necesito mantenerte alejada. Es confuso y excitante a partes iguales —me sincero—. Acojona salir de la zona de confort que yo mismo he creado al creer que estoy enamorado de Guiomar. Me conozco... tanto, que sé que tarde o temprano la cagaré. Esa es la razón por la que intento permanecer a cierta distancia contigo, pero tuviste que llegar tú y besarme, haciendo que todo el maldito castillo de naipes que tenía montado se derrumbase y necesitase más besos... Más de ti.

—Entonces, ¿no quieres a Guio?

«¿De verdad solo se ha quedado con esa parte?».

—La quiero, por supuesto... —suspiro hastiado—, pero si por querer te refieres a un concepto romántico, pienso que yo mismo me esforcé en crear ese sentimiento para así justificarme y no sentir algo más por alguien.

—¿Y ahora?

Resoplo, levanto mi mano para agarrar la parte trasera de su cabeza y la pego más a mí para que escuche y no pierda detalle de mis siguientes palabras.

—Ahora solo quiero enterrarme entre tus piernas y no volver a pensar en el mañana.

Si quería franqueza no he podido ser más claro.

A Tessa se le acelerara la respiración, soy consciente de ello porque no dejo de observar sus labios, de cómo se entreabren. A mí los míos se me resecan de pura necesidad, por lo que tengo que pasarme la lengua por ellos para humedecerlos un poco. Se me ocurren mil formas distintas de hacerlo en las que ella esté involucrada, pero al ver que no contesta me separo, cortando la conexión entre nosotros.

—Será mejor que te lleve a casa.

—No —niega contundente, mirándome a los ojos—. Siempre he sido una buena chica, la que nunca ha dado un paso en falso y no ha roto las reglas, y aquí, en este momento y contigo, quiero saltarme todas. La vida son instantes y el mañana es una incógnita, hagamos que este en especial sea eterno.

Se mueve, traspasando la palanca de marchas, y se adapta a horcajadas sobre mi regazo.

Apenas tiene espacio para acomodarse, por lo que me inclino un poco y acciono la palanca para correr el asiento hacia atrás.

—Creía que no querías montártelo en mitad de la calle. —Quiero estar seguro de que sabe lo que hace y, sobre todo, porque ella también lo desea.

—Ya ves... Quizá resulte hasta excitante.

—No lo sabes tú bien.

Mierda, me tiene a cien. Podría incluso perforar mis vaqueros de lo dura que la tengo. Apoyo mis manos en sus muslos y los acaricio de un lado a otro. Cada vez que me acerco al lugar que estoy seguro de que necesita mis manos, vuelvo a deslizarlas, alejándome y alargando el momento.

Echa el torso hacia atrás y yo aprovecho y adelanto la cara para besar su canalillo, me muevo a través de sus pechos y mordisqueo un pezón por encima del vestido; el gemido que se escapa de su boca es música celestial para mis oídos, y eso que nunca en mi vida he pisado una iglesia.

—Derek...

No sé si suplica mi nombre u ordena que haga algo más aparte de torturarla, lo que sí sé es que no me cansaría en la vida de escucharlo saliendo de sus labios.

—Dime qué es lo que quieres, Tess. —Mi voz se siente como grava en mi garganta mientras sigo acariciándola, esta vez arrastrando hacia arriba el bajo de su vestido y acomodándolo en su cintura.

—No lo sé —gimotea—. Pero, lo que vayas hacer, que sea rápido.

Se invierten las tornas y soy yo quien siente la dulce tortura cuando empieza el vaivén de sus caderas.

Paso un dedo por sus pliegues, recubiertos por un tanga de encaje negro, y aprecio lo húmeda que está. «Por mí», ese pensamiento infla mi ego hasta límites preocupantes. Jamás he tenido quejas por parte de ninguna mujer con la que he compartido cama, soy de los que se toma muy en serio el placer de una compañera; por raro que parezca, saber que no le soy indiferente, que mis manos y mi boca son las culpables de que se encuentre al borde del éxtasis, me hincha como un pavo real.

Aparto la tela, y al entrar en contacto con la fuente de su deseo temo estar sufriendo una conmoción cerebral a causa de la pelea anterior porque juro que me descontrolo y mi único fin es que se deshaga en mi mano.

Muevo dos de mis dedos de manera rítmica dentro de ella, la lluvia que cae fuera es el velo que necesitamos para resguardarnos de la intimidad que estamos compartiendo.

Tessa levanta sus brazos, apoya las manos en el techo del coche y comienza a montar mi mano sin tregua. Me encanta ver cómo va en busca de su propio placer, como no reprime ni un maldito sonido y me deleita con cada uno de ellos. Con el pulgar comienzo hacer círculos sobre su clitoris, y poco segundos después mis dedos son estrangulados por su vagina cuando se corre con un grito que, si lo midiésemos, me apostaría a que rebasaría la barrera del sonido.

Cuando las réplicas del orgasmo pasan, cae desmadejada contra mi pecho. Por mucho que a mi mano le encantaría quedarse a vivir en su deliciosa cueva, extraigo los dedos y la abrazo, aguardando que su respiración se calme.

—Madre mía... —Son sus únicas palabras cuando se incorpora, aún resollando.

—De nada por darte el mejor orgasmo de tu vida. —Le muestro mi sonrisa.

—Oye, en ningún momento te he agradecido nada —se queja, golpeándome el estómago.

—No con palabras.

Alzo las cejas un par de veces y no puedo evitar irrumpir en carcajadas al ver el mohín de sus labios. No lo dudo, me acerco y la beso. Mientras la he tocado no nos hemos besado ni una vez, y lo necesito. Ansío sentir cómo se me acelera el corazón cuando nuestras bocas entren en contacto.

—Parece que alguien requiere atención.

Sus manos vuelan a mi bragueta, y seguro que lo que hago a continuación es de estudio científico, pero las retengo entre la mías para que no sigan su avance. Su mirada refleja lo confusa que se siente.

—Esta noche no se trata de mí. —Mi polla brinca en mis pantalones, protestando.

—Pero...

Incluso en la semioscuridad que nos envuelve, distingo sus mejillas sonrojarse.

—Ey... No quiero que esa cabecita piense que no quiero acostarme contigo. Joder, ahora mismo es lo que más deseo.

—Entonces... —Deja en el aire su «por qué».

Le coloco un mechón detrás de la oreja con mimo. Es preciosa.

—Esta noche ha sido un poco intensa. —Arquea la ceja—. Vale, lo de poco supongo que sobra. —Río—. No quiero que nuestra primera vez la recordemos como la noche en la que Derek perdió las formas, y mucho menos que sea en un puñetero callejón. Me encantaría tener tiempo para poder hacer todo lo que se me pasa por la mente.

—¿La próxima? —Y lo pregunta un tanto insegura.

—Oh, nena... Créeme que habrá una siguiente, y a esa le sucederá otra y otra... Así hasta que te canses de mí.

Porque ahora sé que yo nunca podría cansarme de ella, y antes de que nada suceda entre nosotros debo mantener una conversación y disculparme con Guio.



Capítulo 23

Guiomar

Me paro en la entrada y me echo el pelo a un lado para estrujarlo, intentando eliminar el exceso de agua. Estoy empapada, si no agarro una pulmonía va a ser un milagro. Entro y lo primero que me llega es el olor a café recién hecho.

—Buenas noches, cielo —me saluda la dueña del local nada más verme.

—Hola, Maggie —se lo devuelvo, tomando asiento en uno de los taburetes frente a ella.

—¿Vienes sola? —Se extraña al ver que la puerta de entrada no vuelve a abrirse.

—Voy a casa de Mason y he pensado llevar de paso unas de tus deliciosas tortitas.

—Chica lista. Por mucho que digan, a los hombres se les tiene contentos con el estómago lleno. —Me guiña un ojo—. ¿Una tanda para llevar? —Asiento con una sonrisa.

Espero que lleve razón. Aunque Mason no mostró que estuviese molesto, sí estaba muy confundido. Y no es de extrañar, recibir una somanta de palos sin saber a cuento de qué no es lo más común del mundo.

—Su bloque es el segundo a la izquierda, ¿verdad? —le pregunto a la mujer, que asiente mientras echa la masa en la plancha.

Gracias al informe que nos facilitó Derek, sé de sobra la dirección completa, pero quedaría un poco raro que me presentase en su domicilio, por lo que viniendo hacia aquí he pensado que necesitaba una coartada, y lo único que se me ha ocurrido es recurrir a Maggie. Que piense que ha sido ella quien me ha facilitado su dirección me ahorrará muchas preguntas que en este momento no puedo responder.

Me regaño mentalmente por tener que llevar a cabo este tipo de triquiñuelas. Hay una ley universal no escrita que dice que no se debe empezar a conocer a alguien sobre un ovillo de secretos, y cada día que pasa el mío se hace más y más grande.

Una vez pago, con mi botín en las manos pongo rumbo a mi destino. Estoy nerviosa, tanto que a la altura del portal debo pararme para tomar unas cuantas respiraciones.

Aún no tengo claro qué le voy a decir, me muero por contarle la verdad, por decirle por qué le he rehuido todo este tiempo, el porqué de la reacción de Derek, aunque, sinceramente, para mí no hay excusa. Se ha excedido. Puede que yo no esté actuando bien, soy consciente y bastantes remordimientos se me agolpan por ello, sin embargo, su comportamiento es intolerable. Veo lógico que se enfade conmigo, que soy la que lo estoy haciendo mal, pero ¿que la empresa a golpes con Mason? No, nunca justificaría que utilice la violencia como única solución por muy

amigo que sea y crea llevar la razón.

Cuando reúno el valor suficiente, y antes de decidirme a pulsar el telefonillo, me apoyo contra la puerta y esta, para mi asombro, cede y se abre directamente. Por un instante, suspiro aliviada porque eso me dará unos cuantos segundos extras hasta que se percate de mi llegada, aunque esa sensación me dura poco y me hace fruncir el ceño al descubrir la poca seguridad que tiene el edificio.

En los últimos tiempos, a algunas partes de Harlem se las considera zonas seguras, aunque otras siguen teniendo un alto índice de delincuencia. Mason vive en una zona intermedia, la típica en la que por el día puedes pasear con cierta tranquilidad, pero la que en cuanto cae la noche es mejor mantener un ojo a tu espalda.

Subo por las escaleras hasta el primer piso y toco el timbre sin ni siquiera pensármelo más o al final terminaré dándome la vuelta. El corazón se me desboca al abrirse la puerta y tener frente a mí a Mason en todo su esplendor. Ya lo he visto en varias ocasiones con el torso al descubierto, creo que nunca dejará de impactarme.

Tiene un cuerpo cincelado a causa del deporte que practica, sus oblicuos terminan formando una perfecta uve en la zona inguinal, que ahora tiene medio cubierta por unos pantalones cortos de deporte.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunta, rompiendo así que siga comiéndome con la mirada.

—¿Te apetece desayunar? —Levanto la caja con las tortitas recién hechas y le muestro una sonrisa comedida.

—Maggie... —Respiro aliviada por que haya llegado a esa suposición.

Nos observamos durante un tiempo que se me hace eterno, él apoyado sobre el marco de la puerta y yo, retorciéndome ante su escrutinio, en el pasillo. Me encantaría saber qué piensa tras esa mirada marrón y seria con la que me observa.

Me aclaro la garganta.

—¿Podemos hablar?

—Claro —acepta con esa voz ronca que me hace imaginar mil noches prohibidas.

Se endereza y extiende el brazo, animándome a pasar. Mason ocupa el mayor espacio del hueco de la puerta abierta, tampoco hace amago por apartarse, por lo que, cuando entro, es inevitable que me roce contra su pecho. Un hormigueo me recorre el cuerpo, deseando continuar por donde lo dejamos antes de que Derek nos asaltase, pero no es el momento, así que, con sumo esfuerzo, me muerdo el labio inferior resignada y retraigo mis díscolas hormonas a un segundo plano.

Huyo al interior del pequeño apartamento. Nada más pasar hay un salón con cocina integrada, separados por una barra como en la mayoría de las viviendas que encontrarás en Nueva York; a mi derecha hay un pequeño pasillo donde se ven tres puertas cerradas, supongo que serán baño y dormitorios. Oteo el comedor, aparte de un sofá de tres plazas, una mesa baja frente a él y un aparador donde reposa un televisor de varias pulgadas, el resto del mobiliario son elementos para ejercitarse. No hay decoración, ni una simple fotografía que te haga suponer que vive alguien. Parece más bien un centro de entrenamiento que un hogar.

—¿Quieres un café? —escucho que me ofrece, pegado a mi espalda.

Huele tan bien que cierro los ojos cuando me llega su olor a recién salido de la ducha.

Asiento con las mejillas sonrojadas, sabiendo que me ha pillado olfateando al aire.

Lo sigo hasta la zona de la cocina y me fijo cómo se desenvuelve en ella para preparar el café. Me quedo observando su espalda ancha y me fijo en el tatuaje que lleva a lo largo de su

columna vertebral con las letras en vertical *Make it worth it*, «Haz que valga la pena».

Y leerlo en su piel me confirma que estoy donde debo. Sé que esto lo cambia todo, ya lo ha dicho él esta noche en el club, pero no se imagina hasta qué punto lo hace. Esto traerá consecuencias en mi trabajo, y por primera vez en la vida no me importa. Puede que lo que sucede entre Mason y yo no llegue a nada, pero, a pesar de eso, no pienso reprimir lo que siento. Y es que deseo conocerlo.

—Creo que empezar por un «lo siento» es lo apropiado para iniciar esta conversación —digo, dejando sobre la encimera la caja que aún llevo en las manos.

—No tienes que disculparte, no has sido tú la que se ha abalanzado sobre mí sin razones. —Se gira y, cruzándose de brazos, acomoda la espalda en su lado de la cocina, manteniendo las distancias.

—Pero siento que yo he sido la causa para que eso sucediese.

—¿Qué relación os une a Ripper y a ti? —pregunta directo, analizándome.

—Ya te lo dije, somos amigos.

—Está bien, formularé la pregunta para que la respuesta sea más concisa, ¿ha sucedido, en alguna ocasión, algo entre vosotros?

—No —niego sin despegar mis ojos de los suyos para que lea en ellos que, en este aspecto por lo menos, estoy siendo totalmente sincera.

—Odio que me mientan y me tomen el pelo.

—No lo estoy haciendo. —«Por lo menos no lo estoy haciendo en este aspecto», pienso.

—Esta es la segunda vez que se encara de tal forma conmigo, Guio... Me atraes, qué digo atraer, desde que te vi por primera vez algo, lo cual no puedo identificar, se despertó en mí —se sincera—. Pero lo que tengo claro es que no pienso meterme en movidas. Si tienes algo con él...

—No hay nada —vuelvo a repetir, esperando que me crea.

No sé si lo hace, no lo culpo, si supiese lo que escondo haría bien en dudar de mí. Trago, esperando arrastrar en el proceso los remordimientos. Los siento como si fuesen una losa pesada que aplastan mi conciencia, temerosa por las consecuencias que traerán mis actos.

—No negaré que la relación que nos une a Derek y a mí es estrecha, por decirlo de alguna forma —comienzo a decir cuando presiento que él no va a tomar la palabra—. Me encantaría poder explicarte muchas cosas, pero no solo me conciernen a mí. —Es cierto, no puedo dejar a mi equipo con el culo al aire porque yo haya perdido la cabeza por él—. Lo haré, te lo prometo, solo dame tiempo —le suplico con la mirada. Eso es lo único que necesito para poder sincerarme con él, tiempo para cerrar este caso—. Lo que sí puedo asegurarte es que no me habría dejado llevar contigo si hubiese alguien más.

—Por un momento quise dejarlo inconsciente al pensar en esa posibilidad —gruñe, pasándose la mano por la cabeza—. Casi me vuelvo loco al imaginaros juntos. Esto —nos señala — me vuelve loco. Yo nunca...

—Lo sé —le corto. «A mí me ocurre lo mismo», omito añadir.

Rodeo la barra y me adelanto hasta que estamos a escasos centímetros. Él aprovecha y me sostiene por la nuca, uniendo nuestras frentes en el proceso.

—Voy a besarte.

—¿Estás solo en casa? —murmuro ya pegada a sus labios.

—Sí, ¿por qué? —cuestiona, retirándose para poder mirarme a los ojos.

—Porque espero que esta vez nadie nos interrumpa y pasar más allá de unos besos.

Tras mi declaración de intenciones, la reacción de Mason no se hace esperar. Me agarra por el trasero y me sienta sobre la encimera y, colocándose entre mis muslos, me devora,

literalmente, la boca.

Siempre he opinado que una persona que se dedique a luchar tiene que tener cierta agilidad, la destreza con la que Mason me saca el vestido, sin apenas haber separado nuestros labios, es nivel experto.

—Joder... No sé ni por dónde empezar —jadea, admirando mi cuerpo.

—Mientras no se acabe me basta.

Sus ojos adquieren tal brillo a causa del deseo que soy capaz de verme reflejada en ellos. Me siento sexi y atrevida. Y eso solo lo consigue por la forma descarnada con la que me mira.

Vuelve a acoplar su boca a la mía con tal ímpetu que termino reclinándome y apoyando mi espalda sobre la barra. Está fría y eso hace que me arquee, consiguiendo que nuestros pechos se unan y sienta el latido frenético de su corazón, o puede que sea el eco del mío que no para de retumbar acelerado.

Estiro mis brazos sobre mi cabeza y me agarro al borde en el momento en el que Mason comienza a depositar besos a lo largo de mi cuello, baja hasta el valle de mi escote y continúa por mi estómago. Siento un espasmo de placer justo cuando llega al borde de mi tanga, y enterrando su nariz en el vértice entre mis piernas inspira una profunda inhalación.

—Eres pura ambrosía.

«Cágate», pienso mientras me retuerzo a punto de explotar. «Bueno, no, mejor dejemos las acciones escatológicas para otro momento más oportuno para dicho menester», rectifica mi mente.

Enredo mis dedos entre los mechones cortos de su pelo, él agarra mi ropa interior con los dientes y tira, exponiendo mi sexo. Con la barbilla me roza el clítoris.

Estoy tan sensible que a riesgo estoy de correrme con ese simple toque.

—Mason...

—¿Sí? —El aliento que suelta con su pregunta me hace cosquillas, y yo, por acto reflejo, contraigo los músculos vaginales.

—Te deseo.

—¿Aquí? —El muy sinvergüenza está disfrutando haciéndome sufrir porque pasea la punta de su nariz, aumentando mis ansias por él.

—Sí, ahí.

Muerta de deseo, y un tanto exasperada, aprieto la base de su cabeza y hundo su cara donde más lo necesito. Se acabaron los jueguecitos, «si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma».

El grito de júbilo que se escapa de mi garganta cuando siento su boca contra mis pliegues deben de escucharlo hasta en la otra punta de la ciudad.

Mason practica el sexo oral con la misma precisión con la que lucha; es metódico, entregado y persistente al introducir su lengua en mi cuerpo, mi cadera se acopla a sus movimientos y sé que no seré capaz de aguantar el orgasmo que intento aplazar. Toda mi sangre se me agolpa en el clítoris y un éxtasis sin igual me recorre cuando lo atrapa entre sus labios y succiona.

«Adiós, mundo cruel, fue todo un placer».

Entre los planes de Mason no está que muera esta noche, por lo menos de momento, y sin ni siquiera reponerme del orgasmo, pues todavía soy capaz de sentirlo, me alza en vilo, como si no pesase nada, y conmigo en brazos echa a andar.

Puede que me haya desmayado durante unos segundos porque lo siguiente de lo que soy consciente es que estoy sobre una cama demasiado cómoda y que Mason, con sus antebrazos a

cada lado de mi cabeza sosteniendo el peso de su cuerpo, me mira con ojos interrogantes.

—¿Qué ocurre? —le pregunto, aún con la respiración desacompasada.

—Decía que si estás bien.

—Creo que me he mareado —le informo, seguro que la sonrisa que le dedico es de drogada perdida, pero es tal como me siento. Ahora mismo estoy narcotizada de él.

—Si no quieres continuar...

—¡Una mierda no quiero!

Con la simple sugerencia de no experimentar la experiencia completa, mi cuerpo se activa y, en un visto y no visto, nuestras posiciones se invierten, quedando en esta ocasión él de espaldas contra el colchón y yo sentada a horcajadas sobre sus caderas.

Me embeleso con la carcajada que se le escapa tras mi arrebató; es rasposa, ronca y muy muy sensual. A pesar de que siento su miembro tieso y duro debajo de mí, quiero tomarme mi tiempo; que esta noche, junto a él, dure lo máximo posible.

Deslizo las yemas de mis dedos por los surcos de su abdomen, como si se tratase de una tabla de braille y a través de mi tacto me diese acceso para conocer toda la información de su cuerpo. Bajo la luz tenue que se cuelga desde el comedor al dormitorio, distingo su piel erizarse. Me inclino y es mi turno de que mis labios se unan a la exploración, como anteriormente ha hecho él conmigo: después de depositar un reguero de besos sobre su pecho, le dedico especial atención a esa uve que desde que se la vi he deseado lamer, y lo hago, consiguiendo arrancarle a Mason un jadeo.

Con la ayuda de mis manos le bajo los pantalones cortos; su polla me recibe dando un brinco al sentirse liberada. Tiene un miembro viril grueso y grande, y a mí la boca se me hace agua.

—Si no quieres que acabe antes incluso de empezar, será mejor que eso que tienes en mente lo dejemos para otro momento —me advierte al averiguar mis intenciones de llevármelo a la boca.

Alzo la mirada, y con una sonrisa pícara, saco la lengua y le regalo un lametón, lento y deliberado, a toda su longitud.

—Hostia puta...

Se incorpora, enreda mi pelo en su puño y saquea mi boca sin dejarse un recoveco por examinar. Termino de nuevo debajo de él, que se estira, abre el cajón de la mesita de noche y saca un condón, el cual se coloca con urgencia. Una vez listo, se alinea con mi cuerpo y, sin dejar de mirarme a los ojos, empuja, abriéndose paso en mi interior.

Ambos maldecimos al experimentar la misma sensación de plenitud. Sus movimientos comienzan lentos y certeros, dando tiempo a que me acostumbre a su tamaño; una vez que se desliza con facilidad, aumenta la velocidad de sus acometidas. Lo recibo saliendo a su encuentro en cada embestida, nuestros cuerpos adoptan un ritmo sincronizado, como si no fuese la primera vez que se unen.

Todo es intenso, pasional y adecuado.

Cada caricia de sus dedos, cada beso cargado de jadeos y cada golpe de caderas es mucho mejor que el anterior.

—Ni te imaginas las cosas sucias que se me han pasado por la mente hacer contigo cada vez te veo en el club.

—¿Y quién te dice que a mí no me ha ocurrido lo mismo? —le lanzo.

Tuerce una sonrisa canalla que, unido a sus movimientos, me dejan al borde del precipicio.

Con sus manos aferradas a mis caderas, sale de mí, a lo que protesto, me gira, me insta a

que quede sobre mis rodillas y vuelve a entrar de golpe. El ángulo es diferente, me llevo una mano al vientre y juraría que palpo su largura a través de mi piel.

Gimo, lloriqueo y jadeo... Mason me mordisquee el cuello y me folla sin compasión. No la tiene hasta que un par de minutos después, o puede que haya sido más tiempo, ahora mismo todo está difuso, contraigo mis paredes vaginales al sentir cómo soy engullida por el clímax y arrastro a Mason, compartiendo en ese instante el mismo placer.

Caigo desmadejada contra el colchón con él aún dentro, nos coloca de lado y permanecemos en esa postura un buen rato, recuperando el aliento.

No quiero moverme, estoy demasiado a gusto como para hacerlo, sobre todo ahora que la modorra se va apoderando de mí.

—Pensé que me habías mentido en cuanto al tipo de relación que tienes con Derek. Si algo no soporto en la vida, ya te lo he dicho, es la mentira, Guiomar. Y tu cuerpo habla por sí solo. Tras lo que acaba de suceder, me has demostrado que eres sincera —su susurro contra mi hombro me espabila y miles agujas se incrustan en el pecho al escuchar su declaración.

«No me lo va a perdonar», me lamento con la cara enterrada en la almohada. Controlo las lágrimas que pugnan por derramarse. «No cuando se entere quién soy».

De repente, siento cómo se me crea una marca imborrable en el corazón porque ahora comprendo, con total claridad, que sin verlo venir siquiera me he enamorado de Mason Harris.



Capítulo 24

Guiomar

Llevo la última hora alternando la vista entre la ventana de la habitación y el despertador digital que hay sobre la mesita de noche. Aunque no sea lo que en realidad quiero, tengo que marcharme, necesito volver a mi apartamento, descansar un poco para impartir la clase de defensa personal y sé que aquí seré incapaz de pegar ojo.

Me giro en la cama y quedo frente a Mason, que duerme plácidamente con un brazo en mi cintura ajeno a todo lo que sucede en realidad. Hacía mucho tiempo que nadie me hacía sentir como si volase; bueno, creo que nunca lo he sentido, ya que con Darrel la relación se coció a fuego lento y nunca llegué a sentirme tan valorada mientras que, con Mason, lo he experimentado en un único encuentro. Siendo honesta, desde aquel primer beso he necesitado pisar a fondo con él el acelerador por mucho que haya estado sosteniendo el freno de mano.

Estiro un dedo y, con la punta, le repaso la línea de la mandíbula, justo en una zona que tiene un tanto amoratada; aunque se remueve con el contacto, no consigo despertarlo. Eso me saca una sonrisa, intuyo que está agotado, yo también lo estoy, por mucho que mi cabeza no deje de dar vueltas a su frase antes de dormirse. La desazón que me ha acompañado en este rato vuelve con fuerza. Le recoloco un mechón que le cae en la frente, atesorando este instante. Me encantaría besarlo, acurrucarme entre sus brazos y poder hablar con libertad de lo mucho que me preocupa el caso del asesino de los regalos a la vez que él se desahoga contándome todos sus problemas.

No soy tonta, Mason no suele ser irresponsable con sus obligaciones y, a pesar de que no le haga gracia luchar para Dash en El Cubo, que haya llegado tarde esta noche me hace pensar que algo ha debido suceder con su hermano. Otro punto a tener en cuenta, y que me haga llegar a esa conclusión, es que John no esté en el apartamento; hasta donde sabemos, todavía no ha hecho uso del piso que dispuso el Estado tras su salida de prisión.

Miro de nuevo el despertador y resoplo, no puedo demorarme más; con todo el dolor del mundo, salgo de la cama. Aún llevo puesto el sujetador, lo que no encuentro es el tanga, toqueteo bajo las sábanas y al final doy con él enredado en los pies de Mason, tiro y al tercer intento escucho un crujido. Mierda... Con todas mis vergüenzas al aire, me acerco hasta un escritorio y rebusco, hay varios libros, leo los lomos y me sorprendo con los títulos: Derecho penal, Teoría del Derecho, Derecho y obligaciones... «¿Estudia abogacía?», me pregunto. Giro la cara para mirar de nuevo a Mason, que sigue durmiendo, y algo parecido a un sentimiento de orgullo por

él se expande dentro de mi pecho.

Sacudo la cabeza con una sonrisa, cada día me asombra más. Cuando consigo lo que necesito, escribo una nota para que sepa que me he tenido que marchar y no piense que estoy huyendo. Voy al comedor de puntillas y veloz recojo el vestido, los zapatos y el bolso, que continúan en la cocina; decentada, pero sin bragas, salgo del apartamento cerrando la puerta tras de mí.

Voy entretenida con la aplicación de Uber para ver el tiempo que tardará uno en pasar a recogerme, cuando me paro en seco en mitad de las escaleras al toparme de frente con alguien que reconozco demasiado bien, aunque nunca haya tenido la oportunidad de tenerlo cara a cara.

John Harris me analiza desde su posición y a mí me recorre un escalofrío cuando su mirada clara se clava en mí, dándome la sensación de que sería capaz de adivinar hasta el último de mis más oscuros secretos.

—No quiero que sufra.

No hace falta que lo mencione para que ambos sepamos que se refiere a Mason. ¿Que cómo ha llegado a la conclusión y ha acertado que vengo de estar con su hermano? Es todo un misterio.

Levanto la barbilla y, sin rehuirle, respondo:

—Yo tampoco.

Nos medimos en silencio el uno al otro.

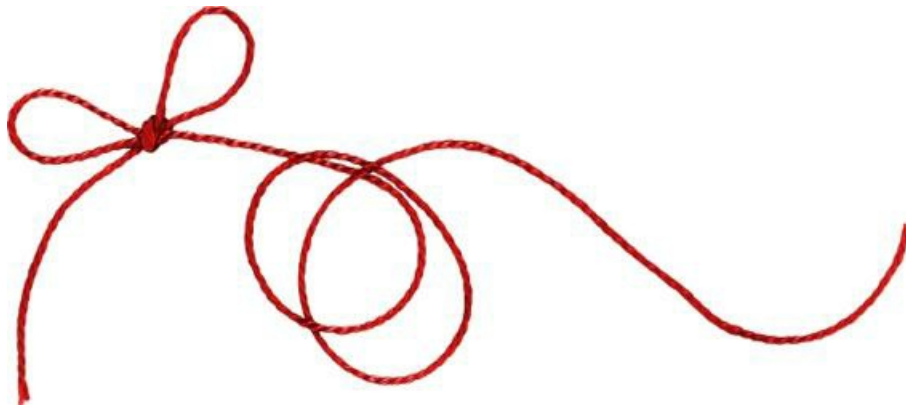
—Bien.

—Bien —repito de vuelta.

Y, acto seguido, asiente con un golpe seco de cabeza para continuar subiendo las escaleras como si nunca se hubiese parado.

«¿Qué ha sido eso?». Acabo de mantener la conversación más corta y rara de la historia.

El teléfono móvil me saca del estado confuso en el que me encuentro al vibrar en mi mano, informándome de que mi transporte llegará en un minuto, por lo que, sin tiempo que perder, me apresuro a salir del edificio.



Bajo del coche y no me sorprendo al ver a Derek sentado en los escalones del portal. Espero que venga acompañado de una buena disculpa porque, como siga con el hacha de guerra alzada, la vamos a tener.

—Llevo un par de horas esperando.

—Pues me parece que ese tiempo va a aumentar si continuas con esa actitud de mierda.

Al subir, lo hago pisando con fuerza, lo rodeo y paso por su lado sin prestarle atención. Inserto la llave en la cerradura y no me da tiempo a tirar de la puerta, ya que Derek planta su

mano, impidiéndomelo.

Lo miro de soslayo, cabreada.

—Guio, escúchame...

—¡No! —Me vuelvo con brío—. Escúchame tú a mí. —Y para que entienda lo enfadada que estoy, le incrusto el dedo en el pecho—. Esta vez te has pasado. No pienso tolerar que me trates así —gruño—. ¿Sabes lo humillada que me has hecho sentir? Que seas mi superior o mi amigo no te da derecho a emprenderla a golpes con las personas que me acompañan. Sé que la estoy cagando, no hace falta que me lo recuerdes a la menor oportunidad, pero es mi vida, mi decisión y soy la única que acarrearé con las consecuencias llegado el momento. —Lo he soltado todo tan de carrerilla que me falta incluso el aire.

—Tienes razón.

—¡Pues claro que la tengo! ¡Faltaría más! —exclamo, haciendo aspavientos con mis manos—. ¿Qué pasa contigo? ¿Tanto te has metido en el papel que ahora vas a ir peleando con cualquiera que te dedique una sola mirada?

Enreda sus dedos entre sí en su nuca y mira a sus pies.

—Tú no eres así, Der... —continúo, no me gusta verlo así de abatido, aunque tiene que entender que hay unos límites—. Desde que empezamos este caso no te reconozco.

Al principio su actitud picajosa y cortante con la inspectora me hacía gracia. Intuía lo que podría ocurrirle para comportarse así, pero, tras unas semanas y que siga en la misma dinámica, ya incluso me molesta a mí, y eso que no soy la receptora de su sarcasmo.

—Puede que yo también me sienta un poco superado por cómo están surgiendo las cosas —musita a media voz—. Hasta hace unas semanas estaba totalmente convencido de que estaba enamorado de ti.

¿Cómo dice?!

El impacto de su declaración hace que retroceda un paso. Si hubiese confesado que ha decidido convertirse en hare krishna y adorar al dios hindú sería menos sorprendente.

—No pongas esa cara, algo debías intuir.

—No, no...

Me toqueteo el cuello, azorada, sin saber qué decir porque, a ver, nunca he llevado bien hablar de sentimientos, y mucho menos cuando tengo que rechazarlos. Todo se vuelve más complicado si al otro lado se encuentra Derek, mi compañero, mi persona de confianza y mi mejor amigo.

«Es imposible», cabeceo. Seguro que es una de sus bromas y se está quedando conmigo. Observo su expresión compungida, incluso llegaría a expresarla como angustiada, y sé que no miente.

—Derek, yo...

—Ya, ya sé que no sientes lo mismo. Ni yo tampoco, joder.

Espera, ahora sí que estoy perdida, ¿no ha dicho qué...?

Se da la vuelta y se sienta de nuevo en los escalones de mi edificio, no me queda más remedio que seguirlo. Adiós a pegar una cabezadita antes de ir a trabajar.

Tomo asiento a su lado uniendo mis piernas; recordemos que aún continúo sin bragas, las llevo en el bolso hechas jirones.

—¿Tan dolorida te ha dejado Mutt que no sabes ni cómo colocarte? —suelta al ver que no soy capaz de encontrar la postura.

—Oh, cállate. —Ruedo los ojos.

Por un momento volvemos a ser Guio y Derek, dos amigos a los que no les importa soltar

cualquier tipo de comentario porque saben que no llegarán a ofenderse, pero en cuanto nuestras miradas se cruzan vuelve esa especie de incomodidad que odio.

—Estar a tu lado es mi zona de confort —toma la palabra, mirándose las manos entrelazadas—. Eres la persona que mejor me conoce, Guio, tanto lo bueno que hay en mí como lo malo, y, aun así, siempre has permanecido a mi lado y me has parado los pies cuando los he sacado del tiesto.

Me asoma una sonrisa débil porque así es nuestra relación.

—Estar a tu lado es lo correcto, incluso diría que lo más cómodo. —Hace una mueca con su boca—. Sabía que nunca me sentiría defraudado por ti, y puede que al pensar eso alimentase y forzase un poco un sentimiento romántico.

—Entonces..., ¿no lo sientes? ¿No estás enamorado de mí?

Me siento un tanto ansiosa por saber su respuesta. No es que sea un problema que lo estuviese, pero sé que nuestra relación cambiaría, y eso es lo que más me asusta. Para mí, él también es una de las personas más importantes en el mundo y me dolería que, a causa de esto, nos distanciásemos.

Al verlo negar con la cabeza, suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo y me recorre un gran alivio.

—Realmente no sé lo que es estar enamorado. Nunca lo he estado y puede que haya podido confundir lo que siento por ti con amor. —Se encoge de hombros—. Sé que te tengo clavada aquí —se lleva una mano al pecho—, pero, a pesar de todas las bromas que he podido hacer al respecto, nunca he querido follarte.

—Ehmm, me alegra oír eso. —Mi cara debe ser un poema. ¿Debería sentirme ofendida por no atraerle lo suficiente como para echar un polvo? Ni un poco—. Te entiendo, ¿sabes?

—¿En serio? —Alza la cabeza, esperanzado.

Asiento, formándose en mis labios una sonrisa.

—Yo también tuve un, digamos, fuerte encaprichamiento por ti.

—Es entendible, soy irresistible.

—Y un engreído también, te falta añadir —rebato, levantando una ceja en su dirección.

—Todo un partidazo. —Silba.

Reímos, destensando un poco el ambiente.

—A lo que me refiero es que, cuando te conocí, yo también sentí que me había enamorado de ti —me sincero—. No era normal que compactásemos tan bien. Yo venía de una relación que me dejó la moral y la autoestima hecha papilla, y conocerte hizo que volviese a sonreír y confiar. —Se le dulcifica la mirada y me contagio con su ternura—. Derek, en la vida hay muchas clases de amor; de hecho, psicológicamente hablando, hay siete. Está el primero, que es el cariño, donde existe un vínculo de intimidad y complicidad, ese podría ser la amistad; le sigue el encaprichamiento, cuando sientes una atracción física por alguien; el amor vacío, personas que solo continúan juntas por compromiso —enumero—. El sociable, cuando sientes más a tu pareja tu mejor amigo y el deseo sexual ha disminuido; amor romántico, es un tipo de amor basado en la pasión e intimidad, pero falta compromiso, en ese punto podríamos meter a los *follamigos* o *amigovios*. —Le guiño un ojo.

»El sexto amor es el fatuo, tienen pasión y compromiso, pero les falta intimidad. Aunque no lo creamos, este tipo de amor se siente bastante, ya que se denomina a las personas que temen o son incapaces de vincularse a otro ser humano. Y, por último, está el amor consumado, es el más completo. El que todos deseamos alcanzar algún día con el ser amado porque contiene los tres elementos fundamentales: intimidad, compromiso y pasión.

—Vaya, desconocía que eras toda una experta en el amor.

—Me lo enseñaron unos troles cuando viví en Arendle.

—Qué graciosa eres —recrimina al escuchar las carcajadas que no he podido aguantar.

—Me lo explicó mi psicóloga cuando vio que me consumía en mi relación con Darrell. —
Vuelvo a ponerme seria—. Nuestro amor, Derek, es el del cariño, aunque es innegable que
ambos hayamos pasado por el del encaprichamiento en algún momento de nuestra relación, y esa
clase de amor, el que sentimos ahora mismo, es irrompible.

—¿Y en cuál te encuentras con Mason?

—Espero llegar al consumado —respondo sin ningún tipo de dudas—. ¿Y tú con la
inspectora?

Pega un respingo a mi pregunta y oculto la sonrisa.

—Eres demasiado lista para tu propio bien.

—Vamos, Derek, no hay más que ver cómo la miras.

—Es complicado.

—Más que lo mío con Mason lo dudo. —Bufo y me tapo la cara con las manos.

—Cierto, lo tuyo es un *putadón*.

Alzo la cabeza y le muestro un puchero.

—No me lo va a perdonar, Derek. Cuando descubra quién soy no volverá a dirigirme la
palabra y, aunque no lo creas, es alguien que merece la pena —me lamento.

—No negaré que se cabrearé.

—¡Eres mi amigo! Deberías darme ánimos, no hundirme más en el fango.

—Si te digo la verdad es precisamente porque soy tu amigo. De todas formas, Mason parece
un tipo listo. Se sentirá traicionado, sí, pero si está a la par de lo que tú sientes por él, entenderá
tus razones para omitir información y te perdonará.

«Ojalá lleve razón».

—Tenemos que resolver este caso, Derek —le digo, cambiando de tema—. No solo por lo
que pueda pasar o no en nuestras vidas amorosas, sino porque no podemos permitir que siga
muriendo gente.

—Lo sé. —Parece tan agobiado con el tema como yo—. Los chicos que puse para que
siguiesen a Jagged no tienen nada, por lo visto, es todo un santo fuera de El Cubo.

Resoplo. Tenía el pálpito de que Jagged podría estar involucrado, da el perfil, aunque si
algo he aprendido en esta profesión es que no debes dar nada por supuesto, que las apariencias
engañan. No tener nada contra él nos deja igual de perdidos como al principio.

—Mi padre nos va a colgar en mitad de la sede para que nos apedreen por ineptos.

—Sí, es algo que me podría esperar de Nick Furia.

—¿Y Tessa? —pregunto al cabo de un rato.

—¿Tessa? ¿Qué pasa con ella? —suelta de carrerilla, poniéndose nervioso.

«¿Qué me he perdido?».

—Me refería a que si a ella sus hombres le habían dicho algo más, pero por tu reacción...,
¿qué has hecho, Derek?

—Nada.

Ese «nada» tiene pinta de que más bien es un todo.

—Derek Sanders, ¡¿qué ha pasado?! Cómo la hayas hecho llorar te las vas a tener que ver
conmigo. En este momento me cae mejor ella que tú.

—Llorar, precisamente, no ha llorado.

—¡Os habéis liado! —Y no, no es una pregunta, es una afirmación en toda regla; conozco

demasiado bien esa cara de «estoy encantado de conocerme y no siento ni pizca de remordimiento por ello».

—¿Qué esperabas? Me está volviendo loco desde que la conocí —se defiende—. Si hasta ha conseguido que tú pases a la historia.

—Eres un picha brava. —Comienzo a golpearlo a base de bolsazos—. No te podías controlar, no. Tenías que ir a por ella como un depredador.

—¿Estás loca? Deja de pegarme, tu novio ya se ha encargado de dejarme las costillas molidas, joder.

—Mason no es mi novio —«aunque no suena nada mal esa palabra», piensa mi subconsciente, haciendo acto de presencia—, sin embargo, Tess sí es mi amiga y no pienso permitir que juegues con ella.

Me sostiene por los antebrazos para que deje de cargar contra él.

—No estoy jugando, Guio, y eso es lo más preocupante.

Algo en la manera en que lo dice hace que me calme.

—Es una mujer increíble.

—Lo es —declara solemne—. Eso es lo peor, pequeña. Yo no soy el hombre que le conviene.

—¿No crees que eso debería decidirlo ella? —cuestiono—. En según qué aspectos de tu vida, te subestimas demasiado. —Le acaricio un lado de la cara—. No negaré que la mayor parte del tiempo me apetece meterte un embudo en la boca.

—Qué sanguinaria —apostilla, apoyándose en mi caricia.

Sonrío.

—Te conozco lo suficiente. Aunque parezcas un puercoespín, tus púas son suaves. Déjale ver esa parte que escondes tan bien.

—No sé cómo hacerlo, contigo sale natural.

—Déjate llevar, lo mejor es ser uno mismo, y te garantizo que caerá rendida.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabia?

Le arreo un manotazo.

—Perdona, yo siempre he sido la inteligente de los dos.

—Ya, por eso te has ido a enamorar de un Chucho.

¿Será posible? Abro la boca como si me hubiese ofendido, aunque la realidad es que estoy encantada por haber aclarado todo y volver a bromear con él.

—Voy a contarle la verdad —me escucho decir.

—No esperaba menos de ti.

Debe notar el pavor que me genera pensar en esa conversación porque, cuando me quiero dar cuenta, Derek tira de mí, envolviéndome entre sus brazos.

—Todo va a salir bien.

—¿Cómo estás tan seguro? —murmuro con la cara pegada en su pecho.

—Porque sería un estúpido si dejase escapar a alguien como tú, y ya te he dicho que, por mucho que me pese, Mason es un chico listo.

Me quedo un buen rato entre sus brazos porque para mí siempre han sido un lugar seguro, el sonido de su teléfono móvil es lo único que hace que me retire de mi guarida particular.

—¿Ves? Es pensar en ella e invocarla, no falla —comenta Derek, enseñándome la pantalla de su móvil.

—A lo mejor es que piensas en ella con mayor asiduidad de la normal —lo pico, y él, tan elegante como siempre, me saca el dedo corazón—. Y, por Dios, haz el favor de quitarle esa

melodía siniestra.

—Jamás —declara, descolgando.

No puedo evitar soltar una risa.

—Sé que creo dependencia, pero que me reclames tan pronto es todo un récord.

Derek me mira con guasa mientras responde la llamada de Tessa; eso sí que sería amor verdadero si no lo manda a paseo gracias a sus payasadas.

—Aja. —No sé qué le habrá dicho ella, pero la actitud de Derek ha cambiado a una más adusta—. No hace falta que la avises, está a mi lado. —Le hago un gesto para que me ponga al día, si Tess ha preguntado por mí debe tratarse de temas de trabajo. Derek me pide paciencia con la mano—. Perfecto... Sí, está bien. Nos vemos en un rato. —Cuelga.

—¿Qué?

—Han encontrado a otra víctima. —El vello se me eriza al escucharlo. «Me lo temía», me lamento—. Está viva.

—¿Cómo dices? —El alivio recorre mi cuerpo al pensar lo que eso supone.

—La mantienen sedada en la unidad de cuidados intensivos, tiene que absorber un coágulo a causa de sufrir un traumatismo craneoencefálico, pero esperan que se recupere. Tessa nos espera en el hospital.

—Dame diez minutos para que me asee y me cambie —le pido, ya subiendo las escaleras que llevan a mi edificio—. Y avisa a mi padre —le apremio.

Derek asiente. Tiene un brillo en la mirada que es indicativo de que ha sucedido lo que con tanto ahínco estábamos esperando: el diablo acaba de pestañear, y esta vez, en cuanto la testigo esté consciente, vamos a atraparlo.



Capítulo 25

The gift killer

Tras mi última excursión a los túneles subterráneos, sentí un ligero apaciguamiento. Las ganas de darle paz a los condenados creí que habían menguado, fue una falsa ilusión hasta que fui testigo de cómo Daniel McAlister, el hijo legítimo del bastardo que me engendró, disfrutaba, en una de las zonas privadas, del mundo corrompido que había creado.

Lo aborrecía. Cada instante que pasaba a su lado lo odiaba con la misma intensidad que a nuestro progenitor, pues continuaba con un legado que conseguiría destruir a decenas de almas débiles.

Apreté la mano contra el vaso de cristal que sostenía. Si solo terminase con él nos ahorraríamos muchos problemas, pero siempre habría más McAlister en el mundo que ofreciesen la tentación en bandeja de plata. Por esa razón, los culpables no eran los tentadores, sino los tentados que, con su libre albedrío, decidían caer en ella.

—Cuidado, terminarás por hacerlo estallar.

Giré la cabeza hacia la voz. Procedía de una de las chicas que trabajaban en El Cubo. Una mujer avariciosa, sibilina y con ínfulas de grandeza que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de trepar lo más alto posible.

—No estoy de humor, Brenda.

—Oh, venga. No lo dices en serio.

Paseó su mano por la parte delantera de mi cuerpo, no se anduvo con remilgos en acariciar mi miembro por encima de la ropa, consiguiendo que me endureciese en el acto.

—¿Ves? El humor es muy subjetivo, depende de encontrarle la audiencia adecuada, si no las líneas podrían volverse un tanto difusas.

Mi polla tenía memoria y sabía lo que Brenda era capaz de hacer con una como la mía entre sus piernas. A ambos nos iba follar duro, sin subterfugios ni artificios; las veces que habíamos echado un polvo recordaba que habíamos sobrepasado cualquier tipo de límites que en otras circunstancias y con otras personas podrían catalogar de moralmente inaceptable.

Quizá era justo eso lo que necesitaba, ya no pintaba nada en El Cubo, los combates habían terminado hacía un buen rato y todo el mundo se había trasladado a la fiesta que se sucedía en el

local de moda.

Bebí el resto del whisky que me quedaba de un solo trago, la sostuve por el antebrazo y la insté a que avanzase hacia la salida. El repiqueteo de sus zapatos de tacón se unía al continuo zumbido que siempre arrastraba en los oídos.

Mi abuelo, el hombre que me sacó de la vida de mierda en la que vivía, siempre decía que no intentase acallar los zumbidos pues era la voz de nuestro creador, que me había elegido para mandar un mensaje y pudiese hacer cumplir su palabra. Me había acostumbrado a vivir con ellos, sin embargo, era molesto y en algunas ocasiones necesitaba que cesasen; aunque fuese por unos instantes, deseaba que desapareciesen y escuchar el más absoluto de los silencios.

Al salir a la calle, Brenda cogió la delantera, me dejé guiar por ella; sabía que no tardaríamos mucho en encontrar un lugar que se adaptase a nuestras necesidades y dar rienda suelta a nuestros bajos instintos.

No me equivoqué, a unas cuantas manzanas más allá del club, en la zona oeste de Manhattan y cerca de algunos de los restaurantes flotantes frente al río Hudson, Brenda se dejó caer de rodillas e introdujo, sin comprobar que estuviésemos solos, mi polla en su boca.

Jadeé al sentir cómo la punta llegaba hasta el fondo de su garganta. La agarré con fuerza del pelo, sentía cómo las raíces incluso tiraban de su cuero cabelludo, a pesar de que le tendría que doler no se quejó en ningún momento, y comencé a marcar el ritmo en que deseaba que se tragase toda mi longitud.

Me bajé todo cuanto pude los pantalones, estaba tan perdido en el placer que no fui consciente de que se me cayeron varias pertenencias hasta que se sacó mi polla y la escuché decir:

—¿Q-qué es esto? —Tenía la voz entrecortada a causa de la felación que me estaba realizando.

Intenté ser lo más rápido posible, pero dado que mis pantalones se encontraban por los tobillos no lo fui lo suficiente y Brenda ya sostenía la cinta roja entre sus dedos.

Su semblante, por norma general altivo y pretencioso, mudó a uno de auténtico pavor; habría llegado a la conclusión de quién era realmente. Ni siquiera se me pasó por la cabeza buscar algún tipo de excusa, nadie sería tan estúpido en esta ciudad como para llevar una cinta de raso rojo sabiendo que era la firma de uno de los asesinos en serie más escurridizos.

Con la misma velocidad que ella intentó echarse hacia atrás con el apoyo de sus manos sobre el asfalto, yo me subí los pantalones y pude engancharla por los mechones, evitando su huida.

—No diré nada, te lo prometo —comenzó a lloriquear—. Ni siquiera me importaban esas chicas. Por favor, por favor... —suplicó. En ese punto ya las lágrimas le caían libres, manchando su rostro—. Déjame marchar.

Pero ambos sabíamos que eso sería imposible. Me había descubierto, si quería continuar mi misión no podía dejar cabos sueltos. La conocía, era una persona orgullosa ávida de ambición y llegaría un momento en el que comenzaría a chantajearme. No iba a darle el poder de tenerme agarrado por las pelotas, y no precisamente en el sentido literal.

Le arrebaté la cinta de las manos y empezó a forcejear cuando me senté sobre su cuerpo. Las veces anteriores, al haberles administrado la droga paralizante, no sentía cómo luchaban contra mí, solo lo gritaban sus ojos cuando notaban que se les escapaba el aire de los pulmones mientras las estrangulaba, pero he de reconocer que, desde que en los túneles sentí la resistencia para impedir lo que iba a suceder, era adictivo.

Con Brenda, ese poder de superioridad al no rendirse ante mí, me excitó. Disfrutaba de esa

sensación de luchar hasta el último aliento. Un último aliento que, sin premeditarlo, ya me pertenecía.

Nunca me costó tanto enredar la lazada en un cuello como en el suyo, la zarandé, consiguiendo que se golpease el cráneo contra la calzada. A causa del golpe, sus ojos se voltearon hacia atrás de manera casi completa y un reguero de sangre se extendió bajo su cabeza.

Aún respiraba, por lo que, sin tiempo que perder, tiré de los extremos, cortando su canal respiratorio. Al estar inconsciente, no tardaría mucho en dejar de respirar.

—¿Quién anda ahí?

Mierda.

Alcé la cabeza, nos encontrábamos entre las sombras, pero pude comprobar que a unos diez metros de distancia venían dos siluetas hacia nosotros.

Me levanté y, cuando me fijé en que aceleraban el paso en mi dirección, eché a correr en sentido contrario. Corrí bordeando las delimitaciones que me separaban del río Hudson, no tardé en escuchar sirenas de servicios de emergencia a lo lejos y maldije en silencio mientras, sin resuello, aumentaba la velocidad de mis zancadas.

No me llevó ni media hora llegar a mi casa. En cuanto cerré la puerta a mi espalda, suspiré aliviado, pero maldiciéndome en el proceso. Debería haberme mantenido en mis trece y no aceptar su invitación de pasar un buen rato, deseaba que el golpe le hubiese causado la muerte, si no podría acarrearle muchísimos problemas.

—¿Hijo? ¿Eres tú? —Una voz trémula y débil me sacó de mis pensamientos.

—Sí, soy yo, abuelo.

Me asomé a su habitación. No quedaba nada del hombre regio que me crio, ahora era un cuerpo atrofiado, consumido por el cáncer, el que lo mantenía postrado en la cama enganchado a un respirador.

—Acércate —demandó, golpeando un lado de la cama con una de sus manos huesudas.

Obedecí. Le debía ser quien era, gracias a él me convertí en el hombre de fe que era ahora. Ni siquiera mi madre permaneció a mi lado; a los pocos años de rescatarnos mi abuelo, la locura la venció y se quitó la vida.

—Lee en voz alta. —Tosió tras su orden.

Sabía lo que quería, agarré la Biblia que reposaba en la mesita de noche a su lado y continué donde lo dejé la última vez.

—He aquí, Dios es mi salvación; confiaré y no temeré, porque el Señor es mi fortaleza y mi canción es JAH Jehová, el cual ha sido mi salvación. Isaías, capítulo doce, versículo dos —recité—. No regocijes contra mí, oh enemigo mío; cuando caiga, me levantaré; cuando esté sentado en tinieblas, el Señor me será la luz...

Conforme avancé la lectura, la calma se apoderó de mi cuerpo.

—Recuérdalo, hijo... No estás solo en tu cometido. N-no e-estás solo —repitió el hombre que me salvó del mal antes de exhalar su último aliento.

Y lo sabía.

«Nunca estuve solo en esta función», me repetí con el corazón dolorido al sentir cómo la única persona que se había preocupado por mí, me abandonaba para siempre.



Capítulo 26

The gift killer

Los nervios se reflejaban en la cantidad de colillas de cigarrillo que había aplastadas a mi alrededor.

Había pasado la noche entre papeleo para el sepelio y más tarde dándole a mi abuelo su último adiós en la más absoluta intimidad.

Saqué el móvil del bolsillo y comprobé si había saltado alguna noticia.

Nada. Ni siquiera se había hecho mención de que habían encontrado un cuerpo, ya fuese vivo o muerto. Era extraño. Cada vez que llevaba a cabo mi misión, el suceso corría como la pólvora y no se paraba de hablar de ello en cada noticiero. Tanto silencio era sospechoso.

Me volví a encender otro pitillo, quedaban pocas horas para el anochecer y yo tenía que presentarme en El Cubo si no quería, con mi ausencia, levantar sospechas. Nunca había faltado, y no me convenía hacerlo justo en este momento.

Algo llamó mi atención mientras permanecía haciendo guardia a las puertas del Hospital Mount Sinai West. Me había pasado todo el día recorriendo los distintos hospitales de Manhattan esperando que hubiese algún tipo de movimiento: trasiego de policías o medios de comunicación esperando cazar algo de información... Hasta ahora no había tenido suerte en ese sentido. No sabía si Brenda había sobrevivido, sin embargo, las personas que tenía ante mí hicieron que mi curiosidad se impulsase.

Por las puertas salían Guiomar, camarera de El Cubo; Ripper, luchador, y otra mujer morena que siempre acompañaba a este último. Tiré el cigarro a la mitad y me resguardé tras el capó del coche. Sabía que los dos primeros mantenían una amistad, pero un palpito surgió dentro de mí, el cual me hizo montarme en el coche y seguirlos a una distancia prudencial.

Mientras conducía con una mano, con la otra tecleé la matrícula del coche en una aplicación pirata para que me facilitase a qué datos estaba registrado ese vehículo. Fruncí el ceño cuando apareció el inusual *not found*; era imposible, cualquier coche que estuviese matriculado iba vinculado a una correspondiente documentación.

Lo intenté en tres ocasiones más y en todas ellas saltaba el «no encontrado». Por si acaso estuviese mal la aplicación, ya se sabía que no siendo legales algunas veces no estaban

actualizadas y podía generar fallos, ingresé matrículas de otros vehículos que iban delante de mí.

«¿Qué demonios?». Todas y cada una de las distintas matrículas que inserté me detallaba a quién pertenecía, todas menos la que a mí me interesaba.

Al llegar a la esquina de Broadway con Duane Street, el coche estacionó con las luces de emergencia encendidas. Se bajaron del vehículo las dos mujeres y avanzaron hasta un edificio allí ubicado, en el cual se internaron. Me costó varios intentos encontrar aparcamiento por allí cerca, cuando lo conseguí y llegaba al edificio donde desaparecieron, llegó Ripper, saludó con familiaridad al hombre de seguridad que custodiaba la puerta y, al igual que las chicas, entró en él.

Me calé una gorra y paseé por las inmediaciones, consiguiendo leer alguna placa o letrero que me dijese qué clase de actividad se llevaba a cabo en su interior; no era un edificio de viviendas, eso me había quedado claro.

Comprobé que tenía que acercarme demasiado para captar algo de información, pero como no quería levantar sospechas, me di la media vuelta y abriendo el Google Maps introduje las coordenadas.

Me quedé lívido al leer de qué clase de edificio se trataba.

Buró Federal de Investigaciones.

«Son malditos agentes del FBI», apreté la mandíbula.

Corrí de nuevo hasta mi coche y me dirigí a mi casa para prepararme e ir a El Cubo.

Eso solo significaba una cosa: Brenda seguía viva y estaban cerca de atraparme. No lo pensaba consentir porque lo que no sabían era que había descubierto a qué se dedicaban, y eso, en ese instante, jugaba a mi favor y hacía que tuviera cierta ventaja.



Capítulo 27

Mason

Al cruzar el pasillo que me lleva a la zona de estar, se abre la puerta del dormitorio de Johnny. Ambos nos quedamos mirándonos en silencio, no nos vemos desde ayer, que lo encontré discutiendo con Abby, tampoco estaba cuando regresé de El Cubo ni cuando Guiomar apareció; supongo que llegaría a lo largo de la noche.

—Buenos días —hablo, rompiendo el momento incómodo.

Él solo hace un ruido con su garganta a modo de respuesta. Me dirijo hasta la cocina, necesito un chute de cafeína. No puedo ocultar la sonrisa cuando observo sobre la encimera el envase con las tortitas de Maggie, al final se quedaron intactas. Las recojo y las tiro a la basura, rememorando lo que sucedió justo antes de trasladarnos hasta mi habitación.

—Parece que estás de buen humor, ¿tiene algo que ver la rubia que vi salir anoche del apartamento?

Me giro porque me sorprende que Johnny me haya seguido, por norma general tiende a esconderse en su cuarto cuando es consciente de que ando por el piso, pero lo que más me pilla fuera de juego es que haya iniciado una conversación.

—¿La viste?

—Me la encontré bajando las escaleras, sí —dice, acercándose hasta la cafetera—. ¿Café?

—Un litro a poder ser —demando.

Me fijo en su perpetuo ceño fruncido, concentrado como está en servir las tazas. Me jode estropear el momento, pero necesito que me explique qué ocurrió ayer con Abby; ahora que lo pienso, mi amiga no ha vuelto a dar señales de vida y eso me resulta extraño, por normal general nuestro chat no permanece sin mensajes por mucho tiempo.

—John, ¿qué pasó ayer con Abby?

—Digamos que tenemos distinta opinión en cuanto a sus métodos de trabajo —contesta, críptico.

—¿Hay nuevos datos respecto al caso?

Me agarro a la encimera, alarmado. He estado este último tiempo tan centrado en ganar las peleas en El Cubo, que incluso he olvidado que el caso de John sigue abierto. Aún no han dado

con el verdadero culpable, sin embargo, al tener a mi hermano de nuevo libre ha hecho que para mí todo lo demás carezca de importancia. Es lo único que cuenta, aunque entiendo que para él lo más importante sea descubrir la verdad.

Centra su mirada en mí, durante un segundo permanece en silencio y cuando se decide a responder lo hace de forma vaga, tanto que no me sirve.

—No, no hay nada nuevo.

—¿Entonces? —Me acerco hasta quedar frente a él—. John, sé que toda esta situación es una mierda, pero estar encerrado en ti mismo solo complicará más las cosas. ¡Habla conmigo, maldita sea! Y si no, busca a un profesional...

—¿Crees que un puto loquero me va ayudar?

—No lo sé —me desespero—. Estar oculto entre esas cuatro paredes —señalo el pasillo que conduce a su habitación—, no tiene que ser muy diferente de donde vienes.

—No tienes ni puta idea de lo que hablas. —Rechina los dientes en el proceso.

—Pues cuéntamelo o, si no, no lo hagas, pero haz algo. La vida te jodió, estoy de acuerdo, pero tienes una segunda oportunidad, aprovéchala.

—¿Igual que la aprovechas tú? ¿Peleando en El Cubo para pagar mi deuda? ¡Deja de hacerlo, maldita sea! —brama, cabreándose—. No es lo que quería para ti. No te quiero allí.

—Por suerte no debo pedirte permiso para hacer lo que me venga en gana, y por mí no debes preocuparte, en unas semanas todo habrá acabado y...

—Deja ya ese positivismo compulsivo tuyo, joder. Deja de cargar con mis cagadas. Nada está bien, Mason. No tienes ni la menor idea. No me ubico —se sincera, pasándose la mano por la cabeza semirrapada—. Por lo menos en la cárcel sabía que no se esperaba nada más de mí, allí no tenía que fingir que todo estaba bien.

—¿Intentas decirme que prefieres estar encerrado como un puto animal?

—Maldita sea, no —niega categórico—. No te imaginas el infierno que es aquello. Puede que parezca que soy un hombre libre, pero no lo soy, Mason... —Pasea su mano por la boca mientras niega una y otra vez—. Hay cosas que no sabes, que... Joder, todo es demasiado complicado.

—Déjame entenderlo, déjame ayudarte.

Johnny me coge de la nuca con una mano y me acerca hasta estar casi pegados.

—Céntrate en tu vida, en acabar tus estudios, en la rubia... Y aléjate de El Cubo, aléjate de mí. Haz que merezca la pena todo por lo que he pasado.

—¿Pero qué gilipolleces dices? —Tiene la mirada consternada cuando me retiro—. Somos tú y yo, tío —le recuerdo, golpeándole el pecho—. Siempre hemos sobrevivido, y esta vez no será diferente.

—No te vas a rendir, ¿verdad?

Parece cansado.

—Sé que Dash no es de fiar, pero...

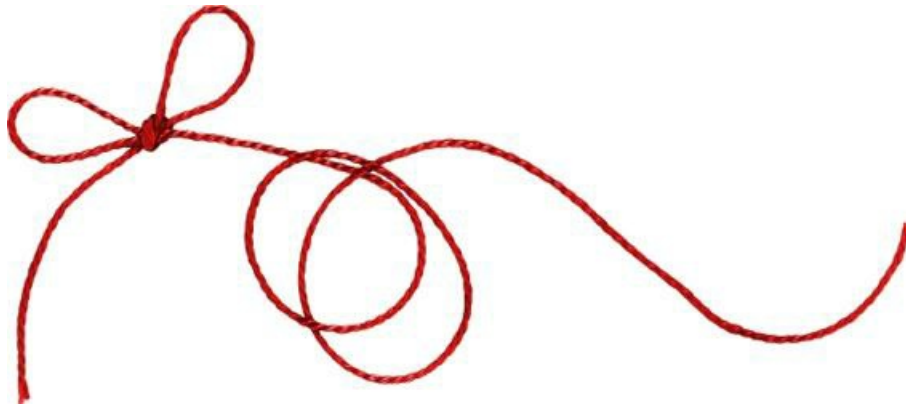
—No es el diablo, Mason.

No llego a entender cómo todavía puede defenderlo después de haberle dado la espalda.

—Es el hijo del diablo y eso, hermano, es muchísimo peor.

Al escuchar mi comparativa, puedo apreciar cómo retuerce los labios, reprimiendo una sonrisa. Es apenas imperceptible, pero ahí está, y es suficiente para pensar que, aunque haya que rascar, en el fondo continúa escondida la persona que fue antes de ingresar en prisión.

John me conoce lo suficiente, y como bien ha dicho, no pienso darme por vencido y conseguiré traerlo de vuelta.



La jornada laboral en el taller de Pitt se me hace eterna. No paro de pensar en Guiomar, en la noche que pasamos. Reconozco que cuando desperté solo en mi cama me encabroné, pero al leer su nota se instaló la necesidad de volverla a tener de nuevo en mí. Sabía que, una vez que diésemos el paso, sería muy difícil hacer como si nada hubiese sucedido. Eso no quita que me hubiese encantado repetir, y que me haya privado de ello hace que por mi mente pasen mil formas de torturar su cuerpo por la afrenta de amanecer sin ella a mi lado y desbordando ganas.

Mi teléfono móvil emite unos cuantos sonidos repetitivos sobre la mesa de herramientas, no me hace falta mirarlo para saber que se trata de Abby. Me limpio las manos, untadas en grasa de motor, en un trapo y me acerco a recogerlo.

«Qué tal, Mason».

«En cuanto a lo de ayer...».

«Me gustaría quedar y que hablemos, tengo algo que contarte».

Tecleo rápido que, si a ella le viene bien, por mí quedamos mañana para desayunar. Me dice que perfecto, que vendrá a mi casa. Por una parte, me apetecería no tener que posponerlo hasta el día siguiente, hace tiempo que no quedamos, antes no había día que pasásemos sin vernos, pero hoy ya voy con el tiempo justo. En cuanto sea mi hora de salir, debo darme prisa en llegar a casa para pegarme una ducha y dirigirme hasta El Cubo. Ayer Dash fue permisivo y no me puso ninguna pega en tener que retrasar mi combate cuando lo llamé diciendo que tardaría en aparecer, no quiero tener que pedirle más favores porque sé que es de los que le gusta cobrárselos.

Aún no ha anochecido cuando llego a El Cubo, al ser temprano me quedo fuera, dudo que Guiomar haya llegado ya, me apetece verla fuera de las instalaciones, comprobar su reacción al vernos por primera vez tras la noche que pasamos, y sé que si lo hago mientras está trabajando no podremos comportarnos con libertad, por lo que, con la impaciencia recorriéndome, espero.

Por suerte, poco tiempo después distingo su figura al torcer la esquina. Lleva el vestido rojo, uniforme de El Cubo, que tan bien le sienta. Con deleite, mis ojos comienzan el recorrido en sus piernas, he tenido el placer de comprobar que posee unos muslos firmes y torneados mientras se enredaban con fuerza a mis caderas; continúo avanzando y mi vista se queda enganchada en el hipnótico balanceo que ejerce a cada paso. Distraída como va, mirando el teléfono móvil, puedo despacharme a gusto comiéndomela con la mirada. Siento cómo la boca se me hace agua cuando llego a su tren superior y recuerdo la buena respuesta de sus pezones al entrar en contacto con mi lengua.

Cierta zona de mi anatomía brinca demandando atención, sabedora de lo bien que se siente estar dentro de ella; exhalo con el simple recuerdo y me llevo la mano al paquete para poder recolocármelo. No me extrañaría si, a causa de la presión contra la bragueta, consiguiese realizarme una circuncisión.

Ensimismada como va, ni siquiera es consciente de mi presencia, por lo que, cuando pasa por mi lado, estiro la mano para llamar su atención; no contaba con que al final el que termina sorprendido soy yo.

—Hostia...

Un dolor punzante me recorre el antebrazo cuando me ejecuta una llave de muñeca. La presión que ejerce con el pulgar sobre mi meñique consigue que gire en el sitio antes de que termine por dislocarme la mano.

—¿Mason? —pregunta confundida.

No me avergüenza confesar que he soltado hasta un gruñido de dolor.

—Joder, nena... Tenía claro quién ganaría, no hacía falta que lo demostrases.

Roto un par de veces la muñeca y muevo los dedos de la mano para cerciorarme de que no haya torcedura.

—Lo siento mucho. —Sueno compungida con una mano tapando su boca, pero le dura poco pues, acto seguido, me da un golpe en el hombro cuando añade—: ¿A quién se le ocurre asaltarme de esa forma?

—¿Asaltarte? —Abro los ojos de forma desmesurada—. ¡Solo intentaba que no acabases comiéndote la farola!

—Lo tenía controlado —suelta digna, guardando su teléfono en el bolso.

No se me escapa la mirada de reojo que le echa al poste de luz.

«A pesar de lo que diga, se lo hubiese tragado».

Suelto una risa y hago lo que deseo desde que me desperté, la agarro por la cintura y tiro, pegándola a mi pecho. Gracias al contraste del verde de sus ojos, no me pasa por alto cómo sus pupilas sufren una ligera contracción antes de que se le dilaten por completo. Bajo la cabeza y me quedo a una distancia prudente para que nuestros labios se rocen, sin llegar al último contacto. No sé en qué punto se encontrará su mente tras lo ocurrido la noche anterior, pero espero que esté en el mismo que yo, que me muero por repetir.

—¿Leíste mi nota? —susurra a pocos milímetros de mi boca.

—Una caligrafía formidable la que me ha acompañado en el desayuno —le tiro en reproche.

—Me tenía que marchar.

—Querría haberte acompañado —rebato en el mismo tono.

—Caíste rendido.

«Sí, a ti», añade mi mente.

—Aun así, me hubiese gustado hacerlo.

Se humedece los labios con la punta de la lengua, solo ese gesto me deja salivando. Con la intención de cortar el escaso espacio que nos separa y besarla por fin, me lanzo, pero mis planes no salen como esperaba; una vez que me decido, Guiomar me rodea con sus brazos, escondiendo su cara en el hueco entre mi hombro y cuello, y suspira.

Le profiero varias caricias en la espalda cuando noto cómo aprieta su abrazo.

—Ey... ¿Todo bien?

Asiente y se aparta. Se pasa las manos por el pelo e intenta recomponerse.

—Solo estoy cansada. —Mi intuición me dice que hay algo más— ¿Vamos? —me insta, echando andar a la entrada del local.

La sigo. Antes de entrar la giro, sosteniéndole la mano.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa que te preocupe, ¿verdad? —La tristeza que empaña su mirada me pone en guardia—. ¿Es por lo que ocurrió anoche? ¿Te arrepientes?

—No, no —niega rápido—. Lo de ayer fue perfecto, Mason.

Le surge un suave rubor en las mejillas, aunque no es suficiente para ocultar las ojeras que sombrean bajo sus párpados.

Quizá lleva razón y solo está agotada. Le acaricio el óvalo y sugiero:

—No creo que a Dash le importe que hoy no trabajes, no has descansado ningún día desde que abrió El Cubo.

—Vaya, y yo que pensaba que me había esmerado para ofrecer mi mejor cara. —Se acerca y sonrío, mostrándome una mirada coqueta por debajo de sus pestañas.

Entrecierro los ojos, contagiándome de su cambio de humor.

—¿Estás intentando seducirme para desviar la conversación?

—No se me ocurriría —comenta mientras su mano acaricia mi pecho—. ¿Crees que te estoy seduciendo?

—¿No es lo que haces? ¿Intentar que deje de disuadirte para que vayas a descansar?

Mis manos vuelan a su cintura y mis labios hormigean deseosos de sentir contacto con los suyos.

Cuando va a responder, escucho un carraspeo a nuestro lado que hace que ambos nos giremos en esa dirección. Mi primer instinto es adelantarme un paso y proteger con mi cuerpo a Guiomar, si vamos a liarnos de nuevo a golpes, no quiero que ella salga lastimada.

—¿Podemos hablar? —me pregunta Ripper.

Puede que sean imaginaciones mías, sin embargo, por la mueca de desagrado que muestra, juraría que le ha costado lo suyo verbalizar la petición.

Arqueo la ceja y apunto seco:

—Habla.

Chasquea la lengua y mira con molestia a su lado. Es ahí cuando me percató de que lo acompaña una mujer morena. Mi mente hace memoria y recuerdo que iba anoche con él cuando se lanzó como un loco contra mí. Ella apoya la mano en su brazo de manera íntima y lo anima con una sonrisa.

—Lo siento —masculla.

—Me parece que no te he oído bien.

Lo he escuchado a la perfección, aunque me apetece tocarle un poco las pelotas. Yo no he sido el que en cada ocasión que hemos coincidido se ha comportado como un desquiciado.

—Lo siento, ¿vale? —«Pues no, no parece que lo sienta mucho». Me cruzo de brazos para que entienda que debe ser más explícito. Capta el mensaje porque añade—: Siento haberme comportado como un lunático y lanzarme contra ti sin motivos. En mi defensa diré que es mi mejor amiga.

—Pues no me sirve esa mierda de defensa

—¡Mason! —se queja Guio.

—¿Qué? Era una disculpa demasiado vaga.

Ella rueda los ojos, aunque sonrío.

—¿Todo bien, chicos? —La pareja asiente, pero observo que entre los tres comparten una extraña mirada—. Pensé que hoy no luchabas —se dirige a su amigo.

—Sí, me han mandado un mensaje a última hora de que alguien ha fallado.

—No quiero cortar el momento, pero ¿qué pasa con mi disculpa?

—No me jodas, Mutt —se mosquea Ripper. Que lo haga me divierte.

No tengo nada en su contra, de hecho, si es amigo de Guio en el fondo no debe ser un mal tío, pero no quita que quiera hacerle pasar un momento incómodo.

—No se me ocurriría joderte, no eres mi tipo —le vacilo.

Me río cuando da un paso al frente. Es de mecha corta y tan fácil encenderlo que me hace gracia.

—Oh, no. Si vais a poneros de nuevo en plan «unga, unga», que os den. Me largo —interviene la chica que lo acompaña.

Gira sobre sus talones y echa a andar.

—Nena... —la aborda Ripper en su huida.

«Que interesante», pienso al comprobar cómo se le dulcifica la mirada al posar sus ojos en los de ella. Parece que él y yo tenemos más en común de lo que pensaba. Los dos perdemos el fuelle cuando tenemos delante a la mujer indicada.

Ante el ruido que hace la puerta del local al abrirse, los cuatro giramos, alerta, en la misma dirección.

—¡Perfecto! Me alegro que los dos hayáis llegado a la vez. —Sonríe socarrón Dash—. Esta noche lucharéis juntos.

Ripper y yo compartimos una mirada.

—Vaya, Mutt, parece que vas a tener tu oportunidad de desquitarte —comenta Ripper, Derek o como quiera que se llame. Al pasar por mi lado y entrar al club, sosteniendo la mano de la morena, le susurra algo al oído y ella le ofrece un codazo en las costillas.

—¿Están juntos? —me intereso una vez que Guio y yo nos quedamos de nuevo solos en la acera.

Se encoge de hombros.

—Eso parece. No pienso meterme en su vida sentimental, por eso espero que él respete la mía.

Me agrada su respuesta.

—¿Y en qué punto está la tuya?

—Creo que anoche lo dejé bastante claro —comenta a media voz.

Me encanta la forma en la que le falta el aire.

—Mason, en cuanto a la pelea con Derek... —La preocupación se vuelve patente en cada una de sus facciones.

—Tranquila, no es mi estilo cebarme.

—No es él quien me preocupa.

Frunzo el ceño.

—No sé si sentirme halagado por tu preocupación hacia mí o molesto por la poca confianza que me depositas.

—Hablo en serio. Lo conozco lo suficiente para saber que no te lo va a poner fácil.

—Me alegro, porque yo a él tampoco. Lo siento por tu amigo, Guio, pero tengo mis motivos para no poder perder ningún combate.

Se muerde el labio inferior nerviosa, me acerco y la sostengo de la barbilla para que me mire.

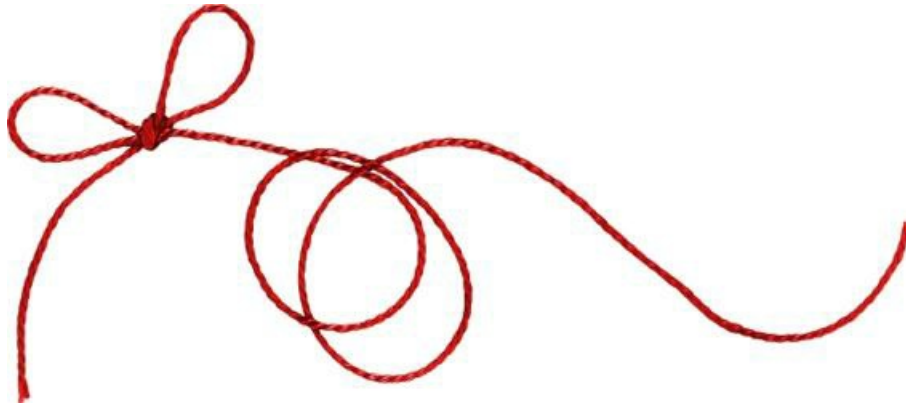
—Somos adultos, sabremos controlarnos —la tranquilizo.

—No te creas... Algunas veces me cuesta calcular su edad mental.

Se me escapa una carcajada. Guio se acerca y, sin esperármelo, me calza un beso que me deja con ganas de más.

—Solo para desearte suerte.

—Si hay muchos más de estos cuando bajes a los vestuarios, ten por seguro que seré el tío más afortunado de ese cuadrilátero.



No ha habido suerte y me han vuelto a mandar a Peyton para supervisarme. La chica es demasiado agradable comparada a las que suelen frecuentar este lugar, pero, aun así, no es con ella con la que me apetecería estar compartiendo este rato a solas.

—Entonces, ¿cómo crees que se lo tomará si se lo pido?

—¿Perdón?

—¡Mutt! ¿Me estás escuchando siquiera? —me pregunta Peyton con los brazos en jarra.

Le muestro una sonrisa de disculpa porque no, la verdad es que mi mente lleva tiempo desconectada de la conversación.

—Te decía que si crees que a Dash le importaría adelantarme el sueldo. —Se restriega las manos, nerviosa—. Sé que acabo de empezar a trabajar... N-no lo pediría si no lo necesitase.

—¿Te drogas, Peyton?

—¿Cómo dices? —Me mira alarmada.

—Que si te drogas —vuelvo a preguntar calmado mientras me forro los puños con la cinta.

Las últimas veces me he acostumbrado a que Guio me ayude y ahora lo echo en falta.

—¡Por supuesto que no! —exclama—. A ver, que yo respeto a quien lo haga. Cada uno es libre de hacer con su vida lo que más le plazca... ¿Por qué lo preguntas? ¿Tú te drogas? —Abre los ojos desmesuradamente—. Por favor, no me pidas que te consiga algo y tenga que fallarte y delatarte, eres de los luchadores que mejor me cae, y si ese fuese el caso...

—No, Pey, yo no me drogo —la corto, risueño, porque ha cogido carrerilla.

Me mira confundida sin entender por qué entonces le he hecho esa pregunta.

—Lo digo porque si necesitas un adelanto para vicios, Dash no te lo va a conceder. Lo conozco suficiente.

—No, no, no. Para nada se trata de eso. ¡Si ni tan siquiera fumo! —se apresura a añadir—. Es... bueno... —titubea.

—¿Tienes problemas? —me intereso.

—Está bien. —Traga saliva—. A ti puedo contártelo —decide al fin—. Debo unos cuantos meses de alquiler y, si no lo pago antes de tres días, me pondrán de patitas en la calle.

Hago una mueca porque alguna vez he estado en su situación.

—¿No tienes ningún familiar que te eche una mano? ¿Padres, hermanos?

Niega y suspira.

—Mi madre falleció hace cinco años a causa de un cáncer uterino.

—Lo siento, ¿y tu padre?

—Mi padre no tiene útero, por suerte. —Me deja un poco fuera de juego su broma—. Perdón, no ha sido acertado. Hay veces que no sé gestionar el humor —se disculpa—. Solo que me incomoda un poco recibir esa expresión de lástima cada vez que lo cuento. Aunque no lo parezca, mi madre fue feliz hasta su último día y se ahorró muchos disgustos.

—¿Y eso?

Duda si continuar hablando. Al final se decide y, antes de soltar palabra, sus ojos se llenan de lágrimas.

—Mi padre cumple condena en Isla Rikers.

—¡No jodas! —Me pongo en pie, sorprendido.

Es la misma prisión donde ha pasado Johnny los dos últimos años.

«Qué pequeño es el mundo, joder».

—Mi padre era teniente del ejército de tierra estadounidense destinado en Siria. Hace tres años, mientras realizaban unas maniobras militares, su pelotón fue asesinado. Mi padre disparó contra sus hombres y lo condenaron. Él no recuerda nada, por eso alegaron que quizá perdió la cabeza tras la muerte de mi madre. Yo sé que él no haría algo así, Mutt —lo defiende, con las lágrimas ya corriendo con libertad—. No sé lo que pudo ocurrir, pero te aseguro que mi padre no mataría a sus hombres a sangre fría por voluntad propia. Lo hizo, sí, pero algo tuvo que suceder, y mientras él no recuerde...

Me acerco hasta ella y la abrazo, transmitiéndole consuelo. ¿Quién soy yo para juzgar que crea en la inocencia de su padre cuando yo he pasado por lo mismo con mi hermano?

Justo en ese momento, suena un golpeteo en la puerta y se abre sin recibir respuesta. Al otro lado aparece Guiomar, que se queda quieta en el quicio al ver la estampa.

—Disculpad...

—Oh, Guio... —habla Peyton nada más verla. Se restriega las lágrimas, apresurada, y coloca de nuevo su eterna sonrisa—. ¿Te importaría relevarme? Me gustaría ir hablar con Dash antes de que me acobarde. —Y al decir esto último me mira a mí.

Le guiño un ojo, animándola. «Si Dash no le concede el adelanto, me las apañaré como sea para prestárselo yo», decido.

—Venía a informarte de que acaba de empezar la pelea antes de la tuya, así que tienes treinta minutos a lo sumo para estar arriba.

No me pasa desapercibido el tono tosco que utiliza Guiomar. Cuando se va a marchar, me adelanto.

—¿Te vas? No creo que a Dash le haga mucha gracia que me quede solo. Gilipolleces tuyas, ya sabes.

—Parece que te las apañabas muy bien en compañía de Peyton, le diré que regrese.

Mi sonrisa se expande a la par que ella arquea una ceja.

—¿Celosa?

—Para nada. —Achica la mirada—. Entendería perfectamente que te interesase, es una chica preciosa, además de agradable.

—No es con ella con la que quiero estar, y lo sabes. —Me acerco a su altura hasta que queda atrapada entre mi cuerpo y la puerta, ahora cerrada a su espalda.

—Pues se os veía muy unidos hace unos segundos.

—Ahora soy yo el que necesita que confíes y creas que Peyton no me interesa. Realmente solo hay una persona en la que estoy interesado, y la tengo justo delante —declaro sin apartar mis ojos de su boca—. ¿Crees que, si me lanzase a besarla, me rechazaría?

—Prueba a ver —me sigue el juego—. Las historias nunca la escribieron los cobardes, sino los que tomaron la iniciativa.

Bajo la cabeza y, cuando estoy a punto de besarla, retira la cara.

—Vaya, qué mala suerte. —Chisto—. Puede que no deba darme por vencido y pruebe otra vez.

La segunda vez vuelve a repetir la operación. Entramos en una dinámica en la que, cuanto más lo intento y más me rechaza ella, más acelerada se vuelve nuestra respiración.

Al final es Guio la que termina el juego y, agarrando mi cara entre sus manos, hace que nuestras lenguas entren en batalla.



Capítulo 28

Mason

Con los dientes, tiro de las cintas que protegen mis manos y las poso sobre su muslo desnudo. Siento cómo se le eriza la piel cuando la acaricio e insto a que enrede sus piernas en torno a mi cintura.

Eso nos permite que nuestros cuerpos se unan hasta quedar pegados. La fina tela del pantalón deportivo corto que llevo hace que pueda sentir incluso lo húmeda que se encuentra al traspasar su ropa interior.

Anoche ya me demostró lo receptiva que es a mi contacto.

—¿Y dices que tenemos media hora? —jadeo, mordisqueándole los labios.

—Supongo que ya serán veinticinco minutos, así que espero que sepas administrar el tiempo.

Mis labios se retuercen en una sonrisa. No me cuesta más de tres pasos llevarla en volandas hasta la pequeña mesa y colarme entre sus piernas.

El gemido que se le escapa, suave y ahogado, termina por rematarme. Entierro mi cara en su escote y me pego un festín con el valle de sus pechos.

—Mason... Te necesito... —lloriquea.

Si está tan excitada como me siento yo, debe estar sufriendo.

—Ya me tienes, preciosa —resuello, lamiendo la base de su cuello.

—No, así no. Te necesito dentro.

No me lo tiene que pedir dos veces. Sin dejar de tocar su cuerpo, estiro el brazo, agarro la bolsa de deporte que está sobre el banco que tengo al lado. Cae a mis pies y me agacho para rebuscar en uno de los compartimentos. «Mierda, ¿dónde se habrán metido?». Cuando siento el tacto del peculiar borde dentado, suspiro aliviado. Me incorporo, y ahí está ella con una ceja alzada al mostrarle, orgulloso, mi botín.

—Parece que siempre vienes bien preparado —suelta con retintín.

—Siempre sería generalizarlo, pero no negaré que justo hoy albergaba la ilusión de repetir lo de anoche —comento sin un ápice de vergüenza.

¿Qué? Es cierto. Hay estudios que demuestran que los hombres pensamos unas diecinueve

veces al día en sexo. Otro gran índice de nuestros pensamientos va para la comida y el sueño, por lo que sugiere que somos más propensos a tener impulsos complacientes en general, por lo que mis esperanzas están justificadas.

—Anda, trae para acá.

¿Puede haber algo más sexi que ver cómo rasga con los dientes el envoltorio del preservativo? Pues sí, sí lo hay. Y es cuando la veo sostener el condón por la punta, y bajándome la cinturilla de los pantalones, libera mi polla y con maestría me lo coloca.

«*Mecagoentodoloquesemenea*», clamo al cielo.

No quedaría en muy buen lugar si me corriese con el simple roce de las yemas de sus dedos por mi tallo, ¿verdad? Pero es que, maldita sea, es lo que está a punto de ocurrir. Por esa razón, aparto a un lado su ropa interior y me cuelo en ella, sin reservas y hasta el fondo.

Ambos soltamos un alarido de placer tan conectados como estamos. Necesito unos segundos para recrearme en las sensaciones, en cómo sus paredes constriñen mi miembro.

—Dios... Mason... —exhala.

Sí, suenan de puta madre esa dos simples palabras salir de su boca para acariciar mi ego y ponerme en movimiento.

—Está mal que estemos haciendo esto, antes debo contar... —gime, cortando lo que quisiera que iba a decir.

¿Mal? ¿Por qué algo tan mal se siente tan jodidamente bien?

—Mal estaría si no lo hiciésemos.

—No entrará nadie, ¿verdad? —vuelve a preguntar cuando consigo coger un buen ritmo de mis embestidas.

«Joder, espero que no. Ni aunque se persone en la mismísima puerta todo un batallón sería incapaz de parar», pienso, concentrado en seguir arrancándole esos ruiditos que tan cachondo me ponen.

—Ahora todos están disfrutando de los combates —atino a decir para tranquilizarla.

Eso parece que la deja convencida, pasea sus manos por mi torso desnudo, llega hasta mis pezones y arrastra sus uñas por ellos.

Gruño muerto de deseo y le doy un empujón que le hace levantar el trasero y echar su cabeza hacia atrás con deleite, lo que aprovecho para lamerle la base de su garganta.

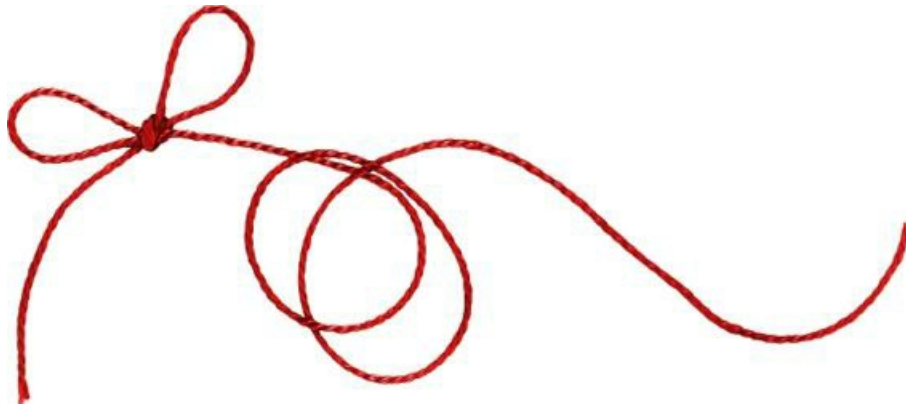
Está tan lubricada y excitada que mi polla entra y sale con facilidad. Agacho la mirada y me pierdo con la visión de nuestros cuerpos unidos, en cómo saco casi todo mi miembro, brillante a causa de sus fluidos, y vuelvo a entrar en ella hasta la empuñadura. Me empalo en ella con la misma urgencia que tuve la noche anterior, y el gesto consigue que mi pelvis roce su clitoris.

A pesar de la postura y ser yo el que controla cada embestida, ella es la dueña de cada uno de mis movimientos. Asusta lo que despierta en mí. Desde la primera vez que mis ojos hicieron contacto con los suyos, no he podido sacármela de la cabeza. En mi vida me había ocurrido algo parecido, como si un rayo me hubiese atravesado por entero y nada más importase. Solo conocerla, arañar segundos a su lado, ser espectador honorífico de su sonrisa y merecedor de sus caricias.

—Joder, Guio... —jadeo, y me estampo contra su boca al sentir un calambrazo en la parte baja de mi espalda.

El beso se hace más profundo cuando comenzamos a correrlos a la vez. Enredamos nuestras lenguas, conectados, sincronizados, y es en ese momento cuando decido que no quiero pasar ni un día más de mi vida sin ella. Soy un adicto a su compañía, a todo lo que me hace experimentar estando a su lado porque no hay nada que tenga más claro que saber que le

pertenezco. Se ha adueñado de mi cuerpo, de mi alma, pero, sobre todo, lo ha hecho de mi corazón.



—¿Seguirás la pelea desde la barra? —le pregunto, acariciando con mi pulgar el dorso de su mano, antes de que nuestros caminos se separen.

Al final hemos subido a El Cubo con el tiempo justo. Guio lleva un rubor natural en las mejillas que la hace más preciosa de lo que ya lo es.

—Te recomiendo que te centres más en la velocidad que en la fuerza, Derek es un aniquilador con los puños y con los toques de rodilla, supongo que por eso se hace llamar Destripador —comenta con su vista fija en el cuadrado elevado que hace de *ring*.

—¿Estás ejerciendo de entrenadora, preciosa?

—¿Quieres mis consejos o no? —Se cruza de brazos, impaciente.

Río y, agarrándola por la nuca, la acerco hasta mí para besarla. En cuanto nuestras bocas se unen, siento cómo se derrite. Nunca tendré suficiente de esta sensación.

—Siempre serán bien recibidos, *Sensei*. —Me alejo un paso, uno mis manos y le hago una reverencia.

—Eres idiota. —Rueda sus ojos—. Apáñatelas como puedas.

Se da la vuelta y se aleja hacia la barra. Riendo, la alcanzo por la cintura, me pego a su espalda y, al bajar mis labios cerca de su oído, susurro:

—Captado el mensaje; velocidad sobre fuerza. No te defraudaré.

—Con que no te rompa ningún hueso me conformo —comenta, girándose en mis brazos para quedar así uno frente al otro.

Me rodea el cuello con sus brazos y me besa. Es un beso lento y suave, de los que sabes que cuando termine te dejará con ganas de más.

Y eso es lo que ocurre cuando nos separamos, que estoy tan excitado que lo único que necesito es acabar cuanto antes la pelea y llevarla de nuevo a mi apartamento para continuarla.

Esta vez, cuando se aleja, no la sigo pues el *speaker* acaba de comenzar con la ceremonia de presentación. Troto hasta la plataforma, Derek ya se encuentra arriba, y cuando el hombre grita mi nombre subo junto a la ovación del público.

El ambiente está más caldeado que de costumbre. En estas últimas semanas luchando, Ripper, con sus cualidades y su formidable manera de luchar, ha conseguido ganarse al espectador. Presiento que la pelea va estar muy ajustada.

—¿Nos dejas un momento? —le pregunta mi contrincante al maestro de ceremonias.

—No me jodas, Ripper. —Bufa el tipo—. No quiero ningún amaño, ¿entendéis? —Nos señala del uno al otro antes de alejarse unos pasos, cediéndonos un poco de privacidad.

—¿Qué pasa, Destripador?, ¿antes siquiera de empezar ya me vas a suplicar clemencia? — me recochineo.

—No me toques los cojones, Chucho. —Se cabrea, oscureciéndosele la mirada—. Siento cómo me comporté anoche... —Corto cualquier cachondeo y adopto una expresión más seria. Esta vez sí parecen sinceras sus disculpas—, Guiomar es una de las personas más importantes de mi vida y lo último que quiero es verla sufrir.

—No me conoces de nada para creer que le haré daño.

—Bueno, eso ya se verá... Lo que sí sé es que está muy ilusionada contigo, y si ella ha decidido darte una oportunidad, no me queda más remedio que tolerarte. —«Vaya, todo un honor», alzo una ceja—. Espero que lo de ahora sea una pelea justa y no descarguemos rencillas personales en cada golpe. —Observo cómo extiende su mano y añade—: ¿Sin rencores?

—Siempre he luchado con profesionalidad, nunca me ha gustado hacerlo movido por la ira —le aclaro, enganchando mi mano en la suya.

—Me alegra oírlo, eso dice mucho de una persona —declara solemne.

—Si habéis terminado de declararos vuestro amor, es hora de liaros a hostias —rumia el árbitro, metiéndonos prisa—. Las reglas son muy claras: quien caiga de El Cubo, pierde; quien toque la lona y tras una cuenta regresiva de diez segundos no pueda levantarse, pierde; quien pida parar el combate...

—Ya, ya, lo hemos escuchado decenas de veces, no hace falta que lo repitas en cada combate como un papagayo —lo corta Derek.

Sonrío, estando de acuerdo con él.

—Muy bien —suelta el hombre, molesto—. A la de tres, que comience el combate... Uno, dos, tr...

No he llegado a escuchar el último número cuando siento un dolor agudo contra mi pómulo izquierdo.

Joder, eso ha dolido.

Lanza su siguiente movimiento, pero esta vez, al estar preparado, lo esquivo sin ninguna dificultad. Me pega una patada que impacta en mi muslo derecho, pero aprovecho su desestabilidad y le lanzo un gancho de izquierda que lo hace tambalear. Nos movemos de forma circular uno frente al otro sobre el cuadrado. Derek coge la ventaja y siento su fuerza en cada uno de los golpes que impactan contra mi cuerpo. Escucho la cuenta atrás una vez que consigue derribarme contra la lona; resollando, y antes de que llegue a cero, enredo mis piernas en su torso y ejecuto una llave con mis pies en forma de pinza, invirtiendo así las posiciones.

Por mucho que se proteja con los antebrazos, me centro en sus costillas, intentando mermar su fuerza. Como bien me comentó Guiomar, esa es su mayor fortaleza, de hecho, si este deporte se midiera en quién es más fuerte, no me cuesta reconocer que él me ganaría de calle; por fortuna, este deporte también se basa en resistencia y velocidad, por lo que, haciéndole caso a la recomendación que me dio antes de subir al cuadrilátero, comienzo una sucesión de golpes cortos, pero efectivos.

—Eres duro de pelar, Chucho... —comenta jadeando cuando consigue liberarse de mi peso y levantarse de nuevo.

—Aunque te haya costado y al final te hayas disculpado, no significa que no presente pelea, por algo soy el invicto —me vanaglorio, lanzándole el puño a la cara.

Ambos jadeamos agotados, pero continuamos luchando, siendo conscientes de que no vamos a dar nuestro brazo a torcer. A pesar de que me duele todo el cuerpo y que siento el sabor metálico de la sangre en mi boca, me estoy divirtiendo. Hacía mucho tiempo que no encontraba

un competidor a la altura de Derek, y es una gozada poder luchar contra alguien como él.

Ladeo el cuerpo y levanto la pierna. Cuando la estiro, mi planta impacta contra su nariz, la sangre le chorrea y le gotea por la barbilla, se limpia con el antebrazo y noto su mirada divertida. A él le ocurre lo mismo, por mucho que en este momento demos pena de la muestra de todos los golpes que llevamos encima, lo estamos disfrutando.

Continuamos moliéndonos a palos el uno al otro, pero en cierto momento ocurre algo que no esperaba. Ambos lanzamos nuestro brazo derecho a la cara del otro, mientras que el izquierdo, a causa de las pocas fuerzas que tenemos, lo dejamos descuidado sin protegernos a nosotros mismos. Siento cómo mi puño impacta contra su cara justo en el instante que el suyo golpea mi barbilla. Los dientes me castañean entre sí y, de repente, experimento un mareo que me hace caer de espaldas, imposibilitándome esta vez ser capaz de volver a levantarme.

Con la visión borrosa, giro la cara para no perderme la satisfacción que debe sentir Derek al haber conseguido derrotarme, pero cuál es mi asombro cuando lo encuentro en la lona en las mismas circunstancias que yo, tendido y sin posibilidad de moverse.

Sin fuerzas, y como dos putos dementes, comenzamos a carcajearnos siendo conscientes de que acabamos de realizar un doble nocaut. Es algo que pocas veces en las peleas de artes marciales mixtas sucede, y no sé por qué, pero me alegro que me haya ocurrido enfrentándome a él. Si hay alguien que ha demostrado estar a mi nivel y se dé el combate por inválido, ese es Derek alias el Destripador.



Capítulo 29

Guiomar

Me despierto sudando como un pollo. «¡Qué calor! Mason es una auténtica estufa».

Sonrío, sin aún creermelo que quedasen en tablas. El público no parecía muy contento, Dash menos todavía al tener que devolver el dinero de las apuestas, pero hubiese sido imposible continuar con el combate dado el estado en el que tanto Derek como Mason se encontraban.

Tessa se llevó a mi amigo, el cual no era capaz de dar un paso delante del otro, mientras yo hice lo propio con Mason y lo traje a su apartamento. Tras hacer que se tomase un par de analgésicos, pues le comenzó a subir la fiebre, me quedé a su lado para controlar que no convulsionase.

Al final el agotamiento pudo conmigo, ni siquiera me enteré cuándo me dormí. Pensé que a estas alturas me habría sincerado con él, pero, tras el estado en el que se encontraba, me fue imposible.

Necesito contarle toda la verdad antes de que las cosas entre nosotros se vuelvan más intensas. No sé cómo se lo tomará, desde luego bien no, aun así, espero que entienda que mi situación no es fácil. Ni en mis más remotos pensamientos entraban conocerlo y, lo que es más importante, que naciesen estos sentimientos tan grandes por él. Supongo que, para mantener esa conversación, el cuerpo es sabio y necesita reponer fuerzas. Es lo que tiene que te peguen la paliza del siglo, o en mi caso no haber pegado ojo la noche anterior, o que nos pasásemos todo el día en el hospital por si Brenda recobraba el conocimiento y luego por la noche regresar a El Cubo, que genera desgaste y sin querer, en cuanto me tumbé en la cama y a Mason la fiebre le fue remitiendo, me desconecté como si de un piloto automático se tratase.

También ha debido de influir el atracón de sexo que le he metido en las últimas horas, y que conste que para nada es una queja, todo lo contrario; ahora mismo, sintiendo a Mason pegado a mi espalda, mi cuerpo vuelve a estar más que dispuesto para el siguiente asalto, pero no pienso volver a acostarme con él, por mucho que lo desee, hasta que sepa toda la verdad.

Aunque lo más me urge en este instante es beber agua, estoy sedienta.

Me giro, quedando frente a él, y lo observo dormir. «El pobre lo dio todo en la pelea para nada».

Le avisé de que era un digno rival.

No me alarmé ni le hice ir al hospital ya que, por propia experiencia, cuando competía en torneos terminé con altas fiebres a causa de las contusiones, y sé que solo precisa descansar; en

cuanto se levante estará dolorido, nada con lo que no pueda lidiar. Los músculos tienen memoria, y a no ser que se trate de una lesión importante, guardando el reposo necesario se puede retomar la actividad física sin impedimentos.

Salgo de la cama sin hacer el menor ruido y me dirijo hasta la cocina. Voy estirando el bajo del vestido y me fijo por si algo no está en el lugar que debe, como por ejemplo esa teta que intenta salirse del sujetador y hacer escapismo por el escote. Anoche la habitación de John estaba abierta, sin él a la vista, quién me dice que no regresara a mitad de la noche. Aún llevo puesto el vestido rojo del club, juro que cuando termine todo esto le prenderé fuego, enseña más de lo que cubre; mis zapatos y bolso siguen en la cocina, donde los dejé cuando llegamos. Cojo un vaso limpio del escurrir platos del fregadero y lo lleno de agua del grifo. Con el calor que tengo me encantaría que fuese fresquita, pero no me siento cómoda abriendo neveras ajenas.

Me sirvo otro, me siento en un taburete y saco mi móvil para ver si tengo noticias del estado de Brenda. Nada al respecto, lo que sí hay es un mensaje de Dash pidiéndome si le puedo hacer el favor de pasarme por el club y recibir a los proveedores de bebidas, que a él hoy le es imposible hacerse cargo. No es lo que me apetece, la verdad. Sin embargo, le contesto que no hay problema. No es la primera vez que lo he hecho en estas semanas, siempre hay alguien en el local que se pueda hacer cargo, pero le gusta que se encarguen los gerentes de barra si él no puede.

También tengo otro mensaje de mi mejor amigo diciendo que espera que Mason se sienta tan mal como él. Leerlo me saca una sonrisa. Lo ha mandado hace diez minutos, por lo que, marcando su número, me llevo el aparato a la oreja.

—Alégrame el día y dime que el Chucho está agonizando —son las palabras que me reciben al descolgar.

Me entra la risa.

—Si te sirve, está apagado y fuera de cobertura.

—Para nada, quiero que se sienta tan mal como lo hago yo —manifiesta—. ¡Qué cabrón! Me ha hecho una buena rinoplastia sin necesidad de cirugía.

Hago una mueca. Cuando Tess y yo nos acercamos a los moribundos, no pude evitar fijarme en que la nariz de Derek parecía una berenjena, toda hinchada y amoratada.

—Sois un par de inconscientes —le regaña de buen humor—. Desde fuera estaba cantado lo que iba a ocurrir.

—Espero que lo mismo le hayas dicho a tu novio.

—Descuida, también se lo dije. Aunque no sé si me escuchó, estaba más para allá que para acá...

—Por lo que dices, entiendo que aún no has podido hablar con él, ¿no?

Resoplo.

—No —respondo abatida—. No puedo aplazarlo más, Derek, cada día que pasa sin que me sincere se enquistará más, y yo...

—Tranquila, lo comprenderá.

«Eso espero».

He estado dándole vueltas a la conversación en mi mente y quizá Derek lleve razón, al principio está claro que no le hará ni pizca de gracia, pero deseo que, en cuanto le dé mis explicaciones, sepa que no tuve elección.

—¿Sabes algo de Brenda? —le pregunto, cambiando de tema; no quiero aventurarme y adelantarme a lo que pasará o no entre Mason y yo.

—Tess ha estado hablando con sus hombres —me informa—. A lo largo del día le irán

bajando la sedación para ver qué tal reacciona, el coágulo está casi reabsorbido y esperan que no haya habido daños cerebrales.

«Sí, yo también lo espero».

—¿Crees qué recordará algo de esa noche? —cuestiono ansiosa, ahora mismo es lo único a lo que nos podemos agarrar para dar con el maldito asesino.

—Hasta que no recobre el reconocimiento no lo sabremos, hay que ser pacientes.

—¡No quiero, Derek! —murmuro con vehemencia—. Llevamos muchas semanas detrás de esto. Haciendo cosas que no nos gustarían... —«Como en mi caso mentir al hombre del que me estoy empezando a enamorar», pienso—. No me pidas paciencia. Hay que atraparlo para que volvamos a la normalidad de una santa vez.

—Estamos cerca, preciosa, confía en mí.

—Lo hago. —Suspiro, resignada.

Colgamos. Apoyo los codos en la encimera y me llevo las manos a la cabeza, agobiada.

Años de experiencia han hecho que, a pesar de encontrarme en momentos bajos, siempre esté atenta a lo que pasa a mi alrededor; por esa razón, cuando escucho el imperceptible sonido de un arma al cargarse, me tenso por completo.

—¿Quién coño eres?

El timbre de voz que escucho a mi espalda es bajo y contenido, pero por el tono seco y sombrío me ha llegado el mensaje alto y claro, y es que la persona que me apunta está muy cabreada.

Me giro con lentitud, sin alterar en ningún momento mis movimientos, y cuando quedo de frente el alma se me cae a los pies.

En la vida había visto una mirada que mezclase tanto dolor y rabia a la vez.

—Mason... —digo a media voz.

—¡¿Quién eres, joder?! —grita, alterado en esta ocasión.

—Mason, escúchame.

Me bajo del taburete, y al dar un paso en su dirección, hace un gesto con el arma para que deje de avanzar, lo hago, no porque crea que me vaya a disparar —o eso quiero pensar—, sino por el simple hecho de que me lo ha pedido, aunque haya sido sin palabras. La mano que sostiene la pistola le tiembla, sé que sería capaz de desarmarlo con facilidad. Sin embargo, no lo haré.

Me duele el pecho y los ojos se me humedecen. Por nada del mundo quería que hubiésemos llegado a esta situación, pero la única culpable de que esto esté sucediendo soy yo. Debería habérselo contado antes de que las cosas entre nosotros fuesen a más o, para el caso, haberme resistido a mis sentimientos hasta que todo se hubiese solucionado. En su lugar, hice oídos sordos a todas las advertencias que tanto mi cabeza como mi compañero me lanzaron y me dejé guiar por lo que me gritaba el corazón.

Ahora sé que no me va a perdonar. ¿Qué esperaba? Los cimientos en una relación deben ser el amor, el respeto y la confianza. No hay lugar para la mentira, y sé que, por más razones que le dé por no haber sido honesta, no las va a entender.

—Al conocerte, pensé que por fin la vida me empezaba a sonreír. Lo que no imaginé es que, en vez de un ángel, me había mandado una maldita rastrera. —Cada una de sus palabras destila odio—. Dime quién eres. —Aprieta los dientes.

—Me llamo Guiomar Fernández...

—¡NO ME MIENTAS, MALDITA SEA!

Da un puñetazo con la mano que sostiene el arma sobre los azulejos, que se resquebrajan.

—¡NO LO HAGO! —Me desespero. Tomo una respiración y, antes de que pueda rebatirlo, continúo—: Mi nombre es Guiomar Fernández Berman y soy instructora de defensa personal, en eso siempre he sido sincera. —Espero que pueda ver la verdad en mis ojos—. Lo que he omitido, y tengo mis razones —puntualizo—, es que pertenezco a un grupo especial de infiltrados del FBI.

—¿UN JODIDO AGENTE FEDERAL?! —vocifera, y abre los ojos de manera desmesurada.

—Déjame que te explique...

—No, no —niega y me vuelve a apuntar con la pistola. Cada vez que realiza el gesto, algo dentro de mí se resquebraja—. Quiero que saques tu jodido culo de poli de mi puta casa. ¿Esto es lo que os enseñan? ¿A abriros de piernas? ¿Para qué, maldita sea? ¿Querías sacarme información de mi hermano? ¿Investigarme a mí?

—¡No, Mason! —Que incluso piense que sería capaz de hacer algo así me deja claro en qué punto estamos y lo mal que lo he manejado todo—. En ningún momento conté con conocerte... No infiltramos para atrapar al The gift killer y...

—¿¡Nos?! —me corta más cabreado que antes, que ya es decir—. No me lo digas, Derek. —No le respondo, pero debe darse cuenta por mi silencio que ha acertado porque maldice y vuelve a golpear los azulejos.

Estoy tan centrada en no perder de vista su mano empuñando el arma, preocupada de que se le pueda ir el dedo que tiene sobre el gatillo y alguno de los dos salga herido, que hasta que no los tenemos encima no me doy cuenta de que hay dos personas más en el apartamento.

El grito que emite la mujer, seguida de la voz de barítono de John, hace que mire en esa dirección.

—Mason, ¿te has vuelto loco? Baja la pistola.

La chica tiene unos preciosos rasgos exóticos que ahora se fruncen preocupados observando a Mason.



Capítulo 30

Mason

En la vida me había sentido tan dolido y traicionado como me siento en este momento.

Anoche me dolían hasta las pestañas cuando regresé al apartamento, pero en ese instante hubiese aceptado recibir cada noche una paliza si con eso conseguía que Guiomar se quedase a dormir en mi cama. Y no hablo de ningún tema sexual, ya que en las circunstancias que estaba poco podría haber hecho en ese plano, se trataba de poder sentirla a mi lado, en cómo su respiración me hacía cosquillas en el pecho, donde tenía apoyada su cabeza. Creo que, a pesar de que sentía como si un camión me hubiese pasado por encima, es la noche que mejor he dormido.

Eso ha sido hasta que, al notar su ausencia en mi cama, me he levantado, asustado de volver a encontrarme una nota como única compañía.

Mi intención no era espiarla mientras mantenía una conversación privada, pero ha sido imposible que no me llegasen retazos. Una alarma se ha activado dentro al escuchar parte de esa conversación.

—¡No quiero, Derek! Llevamos muchas semanas detrás de esto. Haciendo cosas que no nos gustaría... No me pidas paciencia. Hay que atraparlo para que volvamos a la normalidad de una santa vez.

¡¿De qué cojones habla?! Y lo más importante: ¡¿Quién demonios es?!

Una furia que jamás he sentido se me ha instalado en el pecho. He sentido tal ardor, que mi único impulso ha sido recoger la pistola que tengo a buen recaudo escondida en el armario y enfrentarme a ella para que no pueda seguir riéndose de mí ni mentirme a la cara.

La cabeza me va a estallar. Siento cómo me palpita una vena en la sien. Me siento manipulado, engañado. Ni en mis peores sueños hubiese imaginado que sería una maldita federal. Si hay algo que más aborrezco en el mundo son a los policías. No es para menos, por culpa de personas como ella nos jodieron la vida a mi hermano y a mí.

—¿Te has vuelto loco? Baja el arma.

Hasta ese momento no soy consciente de que han llegado Abby y Johnny.

—Tranquilo, John, lo tengo controlado, la «señorita» —suelto la palabra con toda la inquina de la que soy posible—, ya se marcha.

Me maldigo por dentro por que me siga afectando verle los ojos llenos de lágrimas. Debo recordar que es una mentirosa, veleidosa, que solo se ha acercado a mí con un único propósito: engatusarme. Tengo que darle el crédito y reconocer que es una auténtica profesional, lo ha conseguido. Pero si su misión al acercarse a mí era poder inculpar de nuevo a mi hermano, ha ido a dar con lo que más me duele en el mundo, y no pienso consentir ni a ella ni a nadie que lo vuelvan a encerrar injustamente.

—Mason, por favor, haz caso a tu hermano —solicita Abby con voz suave.

Me da la sensación de que estuviese tratando con un maldito crío. ¿No se dan cuenta de que no soy yo el enemigo? Dicen que el diablo tiende a adquirir multitud de caras, y en mi caso se ha presentado en forma de ángel.

Debería de haber aplastado lo que despertó en mí la primera vez que la vi, centrarme en mi cometido, que era solventar la deuda de Johnny, y olvidarme de ella por mucho que me atrajese, pero no, yo tuve que perseguirla, disfrutar cada segundo de su compañía y mendigar su atención. En mi defensa diré que en la vida había sentido por alguien un sentimiento como el que ella, con su sola presencia, hizo que experimentase. Es la misma sensación que debe tener un asmático, solo vuelve a respirar bien una vez que inhala un chute de su nebulizador. Guiomar era mi nebulizador, estar a su lado conseguía que respirase sin sentir una piedra aprisionándose el pecho.

Desoigo a Abby y continúo apuntando a la desconocida que tengo ante mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunta John. Ambos no saben ni por dónde les da el aire.

Los entiendo, por norma general yo soy un tío bastante tranquilo, aunque ha quedado claro que esta situación de normal tiene poca.

—Es una infiltrada del FBI —declaro al final.

Joder, por mucho que lo repita sigo sin poder creerlo. ¿Cómo he estado tan ciego?

El silencio por parte de los recién llegados me resulta raro, pero la reacción de mi hermano mucho más aún.

—Vale, ¿y qué?

—¿Cómo que «y qué»?

—Lo que oyes. No creo que sea para tanto como para tener que apuntarla con un arma. Vas a buscarte el problema que no tienes —comenta en tono despreocupado.

«¿Se habrá vuelto loco?».

—¡Se ha acercado a mí para volver a encerrarte!

—Eso no es verdad —se apresura a replicar Guiomar, interviniendo.

—¿No? Entonces, ¿por qué te acercaste si se puede saber?

—Lo intenté. —Alza los brazos, exasperada—. Procuré mantenerme lo más alejada, pero cuanto más empeño ponía una fuerza invisible me arrastraba en tu dirección hasta que, sin saber cómo y cuándo ocurrió, terminé enamorada de ti y ya era difícil alejarme —solloza.

Hasta hace un momento hubiese dado todo lo que tengo por escucharla decir esas palabras. Sin embargo, ahora me suenan huecas y vacías porque ya no sé discernir, de entre sus labios, lo que es verdad y lo que es una burda mentira.

—Ya te he pillado, deja de mentir.

—No lo hago. —A pesar de la tristeza en su mirada, levanta la barbilla orgullosa—. En mis planes no entraba conocerte, pero no me arrepiento de que haya sucedido.

—Mason, deberías calmarte y escucharla, seguro que tiene una explicación que...

—¿Por qué estás tan tranquilo, joder? —corto a John.

No lo comprendo.

—¿Porque sé de sobra que suele haber una buena razón para omitir según qué cosas!

—John, no... —Niega de manera ahogada Abby.

—¿De qué hablas?

—Suelta el arma, hermano.

Joder, ya no recordaba ni que la sostenía.

—¡Está descargada, maldita sea! —confieso, dejándola con un ruido sordo sobre la encimera—. Habla —le ordeno, cruzándome de brazos.

En ese momento, Guiomar recoge la pistola, desliza la corredera del arma y saca el cargador. Al comprobar que no lleva balas, suspira aliviada.

Joder... ¿Cómo no me he dado cuenta antes? A mi mente viene cuando redujo sin mayor esfuerzo a Jagged, lo achaqué a cuando me enteré que impartía clases de defensa personal, o la otra noche cuando dijo que quizá fuese ella la que me hiciese daño. ¿Por qué no le hice caso? Su traición duele demasiado. Pensé que había encontrado a la persona indicada, y solo he conseguido un puñado de mentiras.

La ignoro dolido y me centro en mi hermano.

—Creo que lo mejor será que habléis cuando todos nos hayamos calmado un poco —repite Abby, nerviosa.

—No, Abigail, ¿no habías quedado con Mason para confesarle la verdad? Eso es lo que haremos.

¿De qué cojones hablan? La vena de la sien vuelve a latirme con intensidad.

—Será mejor que me marche —interrumpe Guiomar.

—Sí, será lo mejor, aquí no pintas nada.

Mi contestación le ha hecho daño, lo sé por cómo agacha la mirada, avergonzada.

—No. Te quedas —exige John, y la forma en que lo dice me tensa.

Después de todo lo que he descubierto, no entiendo por qué me molesta que le hable así, pero lo hace.

—Tienes que entender, Mason, que hay ocasiones en la vida que tomar la decisión correcta es doloroso —comienza a decir mi hermano—. Sabes que tus actos, indirectamente, afectarán a tu entorno, y esa es la penitencia que tienes que asumir solo por protegerlos. ¿Crees que ha sido fácil para ella estar a tu lado sin poderte contar a qué se dedica?

—No entiendo por qué sigues defendiéndola. Podría mandarte de nuevo a la cárcel.

—Joder, Mason... ¡Nadie me mandó a prisión, entré voluntariamente!

—¿Me estás jodiendo?!

—¿Qué...?

—Madre mía, John.

Guiomar, Abby y yo hablamos a la vez, os podréis hacer una idea qué frase es de cada uno.

—Explícame, por favor, ¿por qué alguien querría autoinculparse de unos crímenes que no cometió?

«Porque no lo hizo, ¿no?». Creo que no soportaría descubrir que mi hermano es un asesino.

Mi hermano y yo nos mantenemos la mirada.

—Mason, John trabaja para la CIA como espía —confiesa, al fin, Abby.

—Hostia puta —escucho decir a Guiomar.

Pensé que su traición era lo más doloroso que podría sentir, a la vista está que me equivocaba.

Me acabo de convertir en un maldito témpano de hielo. No siento nada, solo miro los ojos de John para ver un mísero indicio de que Abby está equivocada, pero no hay nada.

—Hace unos años, Daniel y John dejaron a deber dinero a gente que es mejor mantener alejada. La Agencia Central de Inteligencia estaba investigando distintos centros de peleas clandestinas a causa de que había empezado a circular una droga que anula tu voluntad, muy similar a la que se ha utilizado en misiones militares. —«¿Pero qué mierda habla Abby?, ¿qué tiene que ver John con todo eso?»—. Necesitaban que alguien se infiltrase en Isla Rikers y sacar información de quién puede estar detrás de la elaboración de esa droga que tiene en jaque al gobierno. Allí es donde cumple condena Marcus Frost, teniente del ejército de tierra estadounidense.

«Me cago en mi vida, ¿se referirán al padre de Peyton?».

—La CIA me mandó para hacer un trato con Daniel y John, pagarían su deuda siempre y cuando los ayudasen como espías e intentaran sacar la máxima información. Se cree que suministrar esa droga es una nueva forma terrorista de atacar a nuestro país.

—¡BASTA! —grito, sujetándome la cabeza—. No quiero saber más.

La rabia me controla de tal forma que me acerco a John y le lanzo un puñetazo con todas mis fuerzas que lo hace trastabillar y chocar con la pared que tiene detrás.

No le dedico ni una mirada a ninguno de los tres y me dirijo, a punto de colapsar física y mentalmente, a la salida.

—Cuando regrese, espero que ninguno de los tres continuéis aquí, no quiero volver a veros en la vida —declaro antes de cerrar la puerta a mi espalda e intentar escapar lo más lejos posible de la realidad que me rodea.

—¡Mason! ¡Mason!

Me sigue escaleras abajo Guiomar.

—Aléjate, joder.

—Solo quiero saber si estarás bien.

Se me escapa una risa carente de humor. ¿Bien? ¿Qué mierda de palabra es esa?

—¿Cómo pretendes que esté bien cuando toda mi vida ha sido una puta mentira?

Cierra los ojos angustiada, y no sé si pensaba añadir algo más porque yo ya me he apresurado a salir lo más lejos posible del edificio. Soy consciente de que nunca me he sentido más solo en la vida, pero soy Mutt, un perro callejero que, aunque no le importe a nadie, siempre consigue sobrevivir por sí mismo.



Capítulo 31

Guiomar

Veo alejarse a Mason y siento un dolor fuerte en el corazón, pero no por mí. En este caso me duele por él. No puedo ni imaginar lo que le estará pasando por la cabeza en este instante, aunque me hago una ligera idea. No solo ha descubierto que yo le oculté algo importante, sino que se acaba de dar de bruces con que su hermano y a la que considera su mejor amiga le han estado mintiendo durante años.

¡Joder, qué fuerte! ¿John y Dash espías de la CIA? Parece increíble, pero tiene sentido.

Ahora entiendo el comportamiento de Daniel McAlister y su buena predisposición conmigo.

La Agencia Central de Inteligencia es una entidad independiente del Gobierno de los Estados Unidos que se encarga de recopilar, analizar y usar la información para asegurar la seguridad del país. No es de extrañar que en todo momento hayan sabido quiénes somos y qué es lo que hacíamos en El Cubo.

Cuando ese pensamiento me cruza la mente, me doy la vuelta y, descalza como estoy, entro corriendo al apartamento. John está apoyado en la encimera de la cocina, con las manos en la cabeza y una postura abatida mientras la tal Abby permanece a su lado, abrazada a sí misma, pero con la necesidad de consolarlo grabada en su expresión.

—¿Supisteis en todo momento de mi existencia? —cuestiono a bocajarro.

Ambos me miran confundidos, supongo que pensando que ya había desaparecido, aunque asienten.

—¿Y por qué no me delatasteis?

—No era a nosotros a quien nos correspondía. Nos aconsejaron no interferir en vuestra investigación —toma la palabra John.

—No lo entiendo. Mi investigación te incumbe. —Maldita sea, estamos intentando pillar al culpable y, además, con ello, limpiar su nombre.

Debe de leer mi mente y entender lo confundida que me encuentro porque contesta:

—A la CIA le vino muy bien utilizar los crímenes del asesino de los regalos para poder meterme en Isla Rikers y sacarle información a Marcus. Sin proponérselo, mataron dos pájaros de un tiro. Los asesinatos cesaron, ¿no?

—Hasta que al verdadero asesino le dio por volver a matar —añade Abby.

—Eso ha sido algo que ha truncado nuestro cometido e hizo que vosotros entraseis en escena, sí.

—Todo es un embrollo. —Me masajeo las sienes—. Entenderéis que tengo que informar a mi superior de todo lo que he descubierto, ¿verdad?

—Dirás a tu padre —aclara John, manteniéndome la mirada.

¿También saben eso?

—¿Qué pinta Dash en todo esto? —Cambio de tema porque realmente me interesa saberlo—. Ya sé que tú has estado intentando recopilar información de un tal Frost, tú... —señalo a la abogada—, ¿eres siquiera su abogada?

—Lo soy, sí. —Se endereza—. Además, soy el enlace entre los informantes y el servicio de inteligencia. —«Joder con la exótica»—. Daniel intenta descubrir quién está introduciendo la droga que inhibe la voluntad a luchadores. ¿Por qué crees que reabrió El Cubo? —pregunta—. Cuando a su padre le diagnosticaron el cáncer, pasó a dirigir el negocio. Pensamos que era bueno inscribirlo con sede de la UFC. —Niego con la cabeza cuando todo me comienza a cuadrar.

—Sois conscientes de que puede que por esa causa hayáis despertado a un dragón que estaba dormido, ¿no?

—Sí, por eso confiamos en que estéis cerca de atraparlo cuanto antes. No queremos que entorpezca nuestro caso —me advierten—. De que todo salga bien depende la seguridad nacional de nuestro país. Algo está ocurriendo en algunas zonas de conflicto con nuestros soldados. Se han registrado casos en los que varios de ellos han perdido la cabeza y han disparado a su pelotón en vez de al enemigo. Si se trata la misma droga que suministran a los luchadores de la UFC para desinhibirles la voluntad, tenemos que descubrirlo.

Suspiro, agobiada, porque esto es mucho más grave de lo que parece.

—Dash me ha pedido que pase por el club para atender a los proveedores, ¿eso es verdad o es alguna artimaña? —cuestiono desconfiada.

Ya no sé qué pensar.

—Hoy iba a acercarse a ver a Brenda. —Alzo la ceja—. Aunque no lo creas, Daniel se preocupa por las chicas que trabajan para él —lo defiende Abby

—A ver, tampoco lo beatifiquemos —rezonga John.

—¿Por qué avisarme a mí? Tiene a Jagged o a cualquier otro trabajador para el caso.

—Supongo que no podrían. Daniel no es de pedir favores a no ser que no le quede más remedio.

John resopla al escuchar las palabras de Abby.

«¿Qué demonios pasa entre estos tres?».

Bah, paso... Bastantes quebraderos de cabeza tengo yo como para agenciarme a investigar lo que no me compete.

Mis únicas prioridades en este momento son pillar al asesino y conseguir que Mason me dé una oportunidad para explicarme, y ahora mismo las dos cosas las veo igual de complicadas.

Me pongo los zapatos y recojo mi bolso.

—Está bien. Ahora que todos sabemos quiénes somos, decidle que no puedo dejar de atender mis responsabilidades porque él no pueda cumplir con la suyas —digo a modo de despedida.

En cuanto pongo un pie en la calle, busco a mi alrededor por si encuentro a Mason; sé que no lo voy a ver, pero por intentarlo que no quede. Siento una presión en el pecho por todo lo que ha sucedido.

De camino a El Cubo llamo a Derek, me aparece apagado, por lo que intento con Tess, que ocurre tres cuartos de lo mismo. Al final le dejo un mensaje en el contestador a mi compañero pidiéndole que me llame cuando pueda, que tengo novedades que contarle.

Ya en el club, golpeo los nudillos contra la puerta trasera; he intentado abrir la principal, pero está cerrada y, por lo que parece, con esta ocurre lo mismo. Puede que ya haya pasado el camión de reparto y, al no haber nadie, se marchara.

Me doy la vuelta justo en el momento en el que se abre la puerta.

—¿Guio?

—¡Hola, Mike! —saludo a mi compañero de barra—. Pensé que no había nadie. Dash me pidió que pasase a atender a los proveedores —le informo.

—Sí, conmigo hizo lo mismo. —Se encoge de hombros—. Supongo que es de los que tiene un plan B por si le falla el A. —Me guiña un ojo—. ¿Quieres pasar? Ya he terminado de cargar las neveras, estaba echando el último vistazo para que todo esté listo para esta noche.

Asiento. ¿Por qué no? Así aprovecharé y usaré el baño, tengo la vejiga que me va a estallar.

Lo sigo al interior.

Me abrazo a mí misma al sentir cómo me recorre un escalofrío. El local, vacío como está, no tiene nada que ver al impresionante club que es cuando abre al público. Es demasiado grande. Bajamos hasta la zona de peleas y el estómago se me encoge cuando diviso la plataforma cuadrada que se utiliza como *ring*. Hace apenas unas horas estaba disfrutando del espectáculo que nos ofrecieron Mason y Derek sin saber que, cuando amaneciera, todo se volvería un maldito caos.

—Ey... ¿Estás bien? —me pregunta Mike al otro lado de la barra—. Pareces triste.

—No he pasado buena noche —me excuso.

Me doy cuenta en cómo me echa un vistazo de arriba a abajo; si le sorprende verme con la misma ropa de la noche anterior se lo guarda para él, lo que agradezco. Con Mike no me apetece entrar en modo borde y decirle que se meta en sus asuntos.

—¿Te apetece tomar algo?

—Un agua con gas estaría bien, gracias. —Tengo el estómago revuelto—. Voy al baño, si no terminaré por mearme encima.

—Ok. Por cierto, Mason estuvo aquí.

Al escucharlo, me giro y vuelvo a apoyarme en la barra.

—¿En serio?

«O sea, ¿que aquí es donde se ha dirigido?».

—Venía en busca de Dash y parecía muy cabreado. ¿Sabes qué le ha podido pasar?

—¿Yo? ¿Y por qué tendría que saberlo?

Bebo un trago de agua para disimular, y las burbujitas del gas me hacen cosquillas en la nariz.

—Bueno, anoche os marchasteis a la vez. Al verte con la misma ropa... —«Me extrañaba que lo dejase estar»—, he pensado que habías pasado la noche juntos.

—Eh..., sí, lo hicimos —siento que me sonrojo—, pero no tengo ni idea de qué le ha podido pasar —miento como una bellaca.

Es pensar en lo que sucedió y mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Habéis discutido? —me pregunta demasiado serio, tanto que incluso distingo cómo un músculo de su mandíbula le tiembla.

No sé si se le puede llamar discutir a que el hombre del cual me he enamorado me apunte con una pistola en la cabeza... Duele, recordar esa imagen me daña. Vale que ni siquiera el arma estaba cargada, pero la intención es lo que cuenta.

—Ningún hombre merece tus lágrimas —me consuela, arrastrando con las yemas de sus pulgares la humedad que baña mi rostro.

—No pasa nada. —Me retiro incómoda al sentir su contacto—. Hay veces que simplemente no puede ser. Puede que ahora me sienta un poco perdida, pero estaré bien.

No debería haberme quedado. Todo está reciente y yo estoy demasiado sensible para tener que ocultar cómo me siento.

—Voy al baño —le hago saber.

Asiente sin apartar su vista de mí.

—Todos terminamos encontrándonos de nuevo, Guio —habla cuando echo a andar—. Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido; Lucas, versículo diecinueve, capítulo diez.

De repente, me quedo quieta sin ser capaz de moverme. Esta vez el escalofrío que siento en el cuerpo no tiene nada que ver con que el lugar esté desierto. Algo hace clic en mi cabeza y la imagen de los dígitos «19:10» aparecen ante mí.

No se trata de una fecha ni de una hora... Es un pasaje de la Biblia.

Con todo el esfuerzo que soy capaz de reunir, continúo mi camino. Una vez que entro a los baños, saco el teléfono móvil y marco el número de Derek. «Cógelo, cógelo», repito impaciente. Lo intento un par de veces más, pero en todas no recibo respuesta. Con dedos temblorosos me dispongo a llamar a Tessa, a ver si con ella tengo más suerte, no soy capaz de darle a la tecla cuando, de repente, siento un dolor agudo contra mi sien y todo se vuelve negro. Las únicas palabras que escucho antes de perder el conocimiento son un: «Lo siento».



Capítulo 32

Mason

Bruce Lee dijo: «El dolor se irá cuando haya dejado de enseñarte», pues bien, es una puta mentira. Yo he aprendido la lección, de un simple plumazo la vida me ha mostrado que debo dejar de confiar en las personas que me rodean y, aun así, sigue doliendo, tanto que tengo la necesidad de abrirme el pecho y arrancarme el corazón para adormecer la aflicción que siento.

No sé las horas que he permanecido fuera, sin embargo, han sido las suficientes para incluso no presentarme a trabajar en el taller de Pitt. Necesito llamarle y disculparme con él, solo falta que me quede sin trabajo porque está claro que no volveré a pisar El Cubo. Luchaba allí por John, ¿qué sentido tiene que regrese cuando todo ha sido una mentira? El cabreo vuelve a hacerse patente, espera para que todo lo que he descubierto sea lacerante.

«¿Cómo he sido tan estúpido?». «¿Cómo me he dejado engañar?». Muy sencillo, al depositar la confianza en las personas que te rodean te vuelves ciego. No esperas que te acuchillen por la espalda y que tu vida esté tejida por nada más que mentiras.

En cuanto abro la puerta de mi apartamento, me recibe el silencio. Me alegro, no me apetece lidiar con nadie en este momento, se pueden meter sus explicaciones por el culo porque yo no las quiero. De nada me sirven los motivos que tuviesen para hacer lo que hicieron, me han fallado, y cuando alguien lo hace es muy difícil recuperar lo que se tenía.

Aviso a Pitt de que no he aparecido porque no me encuentro bien. No es una mentira. Muestra de ello son los visibles hematomas que me regaló el cabrón de Ripper.

«Joder..., un agente federal», cabeceo incrédulo, aunque que él lo sea me la suda. No lo conozco de nada, no me debe ningún tipo de explicación, sin embargo, Guiomar... Inclusive mentar su nombre escuece, aunque reconozco que en este tiempo paseando por las calles de Nueva York he llegado a la conclusión de que lo suyo deja de tener relevancia tras lo que he descubierto de mi hermano y Abby.

Ella, al fin y al cabo, se infiltró sin conocerme, todo lo que vino a continuación, como se suele decir, fue un daño colateral, pero ellos... ¡Maldita sea, ellos son mi familia! Estos dos últimos años que he pasado desesperado pensando en John encerrado no se los deseo ni a mi peor enemigo.

Intentando sacar a todos de mi mente, entro en el baño para darme una ducha. Ni siquiera sentir el agua fría contra mi cuerpo consigue espantar mis pensamientos. Apoyo los antebrazos contra las baldosas y dejo que el agua me golpee la nuca. Ahora más que nunca entiendo que no se trata de quién es bueno a la cara, sino quién te será leal a la espalda.

Agradezco que Dash no se encontrase esta mañana en El Cubo, iba dispuesto a cometer cualquier barbaridad que quizá más tarde me pesaría, pero necesitaba descargar mi furia contra alguien, y él parecía el mejor candidato. El puñetazo que le solté a Johnny, lejos de aliviarme, encima me creó remordimientos. Sentí que no solo lo golpeaba a él, sino que aplastaba toda una vida juntos.

Cuando mis músculos protestan agarrotados, corto el grifo, me envuelvo la cintura con una toalla y me dirijo al dormitorio. Hoy no pienso hacer otra cosa más que dormir, estoy tanto física como psicológicamente machacado.

En cuanto me tumbo en la cama, su olor traspasa mi membrana pituitaria; tendría que levantarme y arrancar las sábanas, sería mucho más fácil que intentar sacarla de mi sistema, sin embargo, como si de repente me hubiese vuelto un masoquista que busca el placer en el dolor emocional, no me muevo y dejo que su olor me envuelva.

Debería dar carpetazo a este asunto. ¡Nos conocemos desde hace dos putos minutos como quien dice, por el amor de Dios! No es tan complicado. Hasta hace unas semanas ni siquiera sabía que existía, ¿por qué entonces me resulta tan complicado dejar de pensar en ella?

«Porque el amor no se mide en el tiempo, sino por la intensidad con la que se vive», recita mi cabeza. ¿Qué sabrá ella de amor? Me doy la vuelta en la cama, mosqueado.

¿Pero es posible...? ¿Me estaría enamorando de Guiomar? Siempre había pensado que, si alguna vez me tocase amar a alguien, sería a una persona que previamente hubiese conocido de tiempo, sería algo que prevería porque se daría de forma paulatina. Con Guio nada fue así, nada más verla la primera noche terminé la pelea lo más rápido que pude y una fuerza imparable tiró de mí para besarla. No fue por capricho, lo percibí más como una necesidad. Fue una sensación extraña la que experimenté cuando nuestros labios se unieron, como si hubiese encontrado a su lado mi razón de ser.

Nadie debe ser dependiente de alguien, y no era mi caso, solo sentí que me complementaba.

Noto cómo mi decisión de mantenerme alejado de ella flaquea, y el saber por qué dejó que las cosas entre nosotros avanzasen cada vez cobra más fuerza. Por suerte, antes de que la debilidad me gobierne, escucho cómo llaman de forma insistente al timbre.

Me apresuro, y con movimientos bruscos, me pongo unos pantalones y una camiseta. Espero que no tengan la desfachatez de presentarse en mi casa, les dejé muy claro que no quería saber nada de ellos. Cuando abro de golpe la puerta, resoplo porque quien se encuentra al otro lado es todavía peor.

—Si vienes a interceder por tu amiga, ya puedes desaparecer por donde has venido —comento hastiado—. A no ser que vengas a por el desenlace de la pelea de ayer, pero te anuncio que estoy demasiado cabreado para que se vuelva a quedar en tablas.

—¿De qué hablas? —cuestiona confundido Derek—. Anda, quita.

—¡Qué cojones! —suelto cuando me aparta y entra en mi casa como si fuese bien recibido.

—Sé que ahora estáis en la fase del enamoramiento y lo que menos os apetece es sacaros las manos de encima, os entiendo, a mí con Tessa me pasa igual. —«¿Este tío es idiota o qué le pasa? ¿A mí que cojones me importará su vida amorosa?»—. Pero no quita que olvidemos que tenemos responsabilidades y...

—¿Dónde crees que vas? —Me adelanto para cortarle el paso.

—¡Guio, mueve el culo si no quieres que pase ahí! Sabes que me da igual cómo te encuentres, soy capaz de hacerlo —grita hacia el dormitorio.

—¿Tú estás tonto? ¿Crees que estaría aquí después de descubrirlo todo?

—¿Te lo ha contado?

—La pillé, que no es lo mismo. —Me cuadro frente a él.

—Entonces, ¿no está aquí?

Niego, esperando que él también se largue.

—Qué raro... —Saca su móvil y trastea la pantalla—. Quizá sus llamadas serían para hablar de eso —murmura al llevarse el aparato al oído—. No lo coge —me informa, frunciendo el ceño.

—Lo mismo está engañando al próximo incauto.

La mirada amenazante que me echa me la paso por el forro de los cojones.

—Me llamó en varias ocasiones, pero Tess y yo estábamos en el hospital y no había cobertura... —Parece que habla más para él que conmigo mientras se pasea y continúa intentando supongo que llamarla—. No está en su casa, ni en la de sus padres...

—¡Y a mí que narices me importa! —estallo—. Debería estar eximiendo sus pecados, que falta le hace.

—Por mucho que le importes y sepa que la ha cagado, no es propio de ella desaparecer sin dar señales. No te ofendas —añade cuando me ve poner los ojos en blanco.

—Ni se me ocurriría —musito.

—¿Tienes un ordenador?

—¿Para qué lo quieres?

—¿Lo tienes o no? —Se exaspera.

No sé por qué no lo he echado ya a patadas de mi apartamento, será porque mi subconsciente quiere saber dónde se ha metido Guio, si estará tan jodida como me siento yo.

Me acerco hasta el mueble donde está el televisor, recojo de la repisa el portátil, se lo tiendo y toma asiento en el sofá

—¿Contraseña o clave de seguridad? —me pregunta, encendiéndolo.

Niego y él bufa.

Veo cómo sus dedos vuelan por el teclado, al cabo de unos segundos su ceño fruncido se pronuncia más si cabe, poniéndome en alerta.

—¿Qué ocurre?

Me ignora y hace una llamada.

—Tess, ¿sabes algo de Guio? —Silencio—. No. Estoy aquí y no está. Sí, sí... —Revisa la pantalla del ordenador—. La última conexión de su teléfono móvil fue a las once y veintitrés... en El Cubo.

«¿El Cubo? ¿Qué hacía allí esta mañana?». Por la hora que ha dicho Derek, tuvo que ir directa desde mi casa... Lo raro es que no nos cruzásemos.

—Perfecto... Allí nos vemos.

Cuelga, cierra el ordenador y, al ponerse en pie, se dirige a la salida sin dedicarme ni una mísera palabra.

—Ey, ¿adónde vas?

Se gira.

—Mason... Siento que lo vuestro haya acabado así, la avisé, pero es demasiado cabezota y quiso hacerle más caso al corazón en vez de a la lógica. —Cabecea—. Me has pillado espléndido y te daré un único consejo, de ti depende aceptarlo o no: Guio es de las pocas personas en el mundo que merece la pena que luchen por ella. Sabía que apostar por conocerte pone en riesgo

su carrera y, aun así, no le importó —declara—. Todos en algún momento de nuestra vida la cagamos, por fortuna se inventaron las segundas oportunidades. —Se le escapa una risa—. Y ahora me marchó.

Lo sostengo por el antebrazo antes de que salga.

—¿Vas a ir a buscarla?

—Por supuesto —aclarar, como si la simple duda le ofendiese—. Es mi compañera.

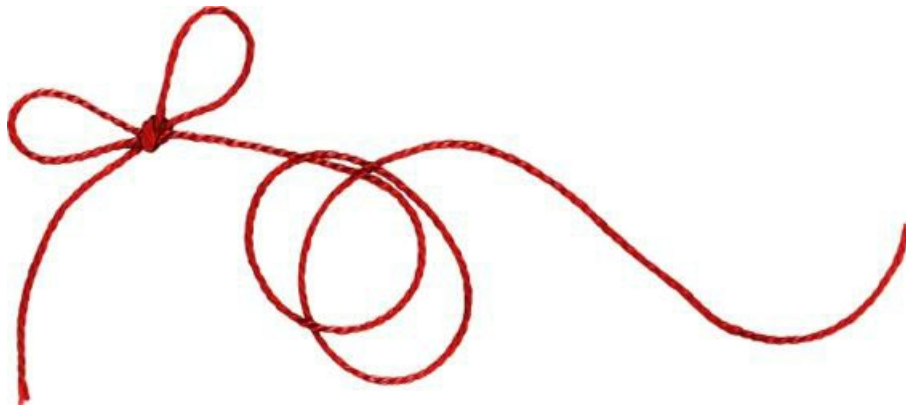
La lealtad con la que dice esas últimas palabras retuerce algo dentro de mí.

—Espera que me calce y te acompaño.

—No hace falta...

—He dicho que te acompaño —repito, ya en mi dormitorio, buscando unos calcetines y unas zapatillas de deporte.

Esto no significa nada. Aún no sé cómo me siento respecto a Guiomar, defraudado es lo que más se ajusta a la realidad, pero eso no quita que algo dentro de mí desee saber dónde está.



—No sé si Dash habrá llegado. Cuando vine esta mañana no estaba —informo a Derek al bajarnos de su coche, estacionado frente a las puertas del local.

Son las cinco de la tarde, quedan un par de horas para que empiecen a llegar los trabajadores.

Un vehículo aparca justo detrás nuestra y sale de él la chica morena que siempre acompaña a Derek. Tessa creo que se llama.

—¿Está aquí? —nos pregunta.

—Acabamos de llegar —le informa Derek. Veo la mirada que le lanza en mi dirección—. Tranquila, lo sabe todo.

—Oh...

—Agente del FBI, supongo —suelto con una mueca de disgusto.

—No. Teresa Rodríguez, inspectora de Homicidios de la 9th. —Me tiende la mano, presentándose.

—¿No fue esa la comisaría que llevó el caso de mi hermano?

—Sí —afirma avergonzada—, pero yo aún no estaba al cargo. Siento lo mal que se gestionó todo.

«Si ella supiera...».

—Da igual —la corto—. ¿Vamos?

Derek y Tessa van hablando entre ellos a mi espalda, llego hasta la puerta del club y golpeo con contundencia. El sitio es demasiado grande, me extrañaría que, si hubiese alguien, incluso no escuchara. Para mi sorpresa, a los pocos minutos se oye el cerrojo y la cara de Abby aparece al

otro lado.

Se me dilatan las aletas de la nariz cuando tomo una respiración con los labios apretados.

—¿Mason? —Ella está igual de sorprendida que yo al verme.

—¿Está Guiomar?

Voy directo al grano.

—No, ¿por qué debería estar aquí? Hasta dentro de unas horas no tiene que venir.

—La señal de su móvil muestra El Cubo como ubicación —comenta Derek, avanzando un paso y quedando a mi lado.

—Bueno... Comentó que vendría, pero cuando llegamos no quedaba nadie. —Fija la vista en los tres un tanto confundida—. ¿Queréis pasar?

Asentimos y la seguimos dentro. Bajamos varios tramos de escaleras hasta que llegamos al despacho de Dash. Ahí me llevo otra sorpresa cuando, al entrar, encuentro a mi hermano junto al dueño del club.

La sangre bulle caliente por mi cuerpo como si se tratase de lava. Cierro los puños con fuerza, controlando la necesidad de liarme a palos con ese par.

—Vaya... Menuda sorpresa reunirnos todos.

«Me lo cargo», pienso dando un paso al frente, dispuesto a practicarle a Dash una ortodoncia sin la necesidad de visitar al dentista.

—Ahora no es momento, Chucho. —Me sostiene Derek, intentando calmarme—. Ya rendiréis cuentas una vez que sepamos dónde está mi amiga.

—¿Qué pasa con Guiomar? —pregunta el dueño de El Cubo, esta vez mucho más serio.

—Eso queremos saber —interviene Tessa—. No tenemos noticias tuyas desde esta mañana y Derek ha comprobado que su última conexión se realizó aquí.

Dash saca un mando del cajón de su escritorio y enciende las pantallas que están colgadas en la pared, en ellas aparecen distintas partes del local y comienza a rebobinar las imágenes de las cámaras de seguridad. Siento la mirada de mi hermano sobre mí, pero en ningún momento se la devuelvo.

—Mason... —escucho murmurar a Abby a mi lado.

—¿Cómo pudisteis? —le digo, cruzado de brazos y pendiente de la imagen.

Me duele la mandíbula de lo apretados que tengo los dientes.

—¡Intentábamos protegerte!

Bufo.

—¿Protegerme? No me hagas reír.

Ella fue testigo de lo mal que lo pasé estos últimos dos años. Si es cierto lo que dicen, mejor que se guarden su preocupación para quien la quiera. En más de una ocasión estuve a punto de cometer una barbaridad.

—Tienes que entender...

—No. No lo entiendo. Estuviste allí, a mi lado, mientras me desmoronaba, y callaste —mascullo a media voz—. Me mentiste descaradamente. No es algo que pueda perdonar con facilidad.

En esta ocasión la miro a los ojos para que comprenda lo que supone para mí que haya guardado silencio. Se convirtió en mi mejor amiga, la única persona con la que me desahogaba cuando la situación me superaba. Saber que todo ha sido mentira...

—¡Ahí está! —exclama Derek.

Guiomar aparece en la imagen. Verla, aunque sea a través de una pantalla, tiene el mismo impacto en mí como cada vez que la tengo enfrente. Se la ve cómo sigue a Mike hasta la barra de

la zona de combates y durante un rato charlan.

—¿No tiene audio? —vuelve a preguntar el agente.

—No, es solo imagen —nos informa Dash.

En un momento dado, Guiomar se gira, se queda quieta por unos segundos y, a continuación, echa a andar de nuevo.

—Síguela —me escucho decir, ansioso.

—Lo siento, chicos, en los baños no dispongo de cámaras de vigilancia, se considera un atentado contra la intimidad y por ley está totalmente prohibido —nos hace saber Dash cuando la vemos entrar a los aseos.

—Oh, Dios... Mirad —señala Abby, al ver cómo Mike entra a los pocos segundos detrás de ella.

Temo estar sufriendo un infarto, pues las pulsaciones me aumentan descontroladas mientras esperamos, reteniendo el aire, a que salgan. Durante un buen rato en las imágenes no ocurre nada. Me carcome la incertidumbre, juro que, como intente hacerle algo...

—¡Hijo de puta! —Ni siquiera sé quién lo ha soltado.

Mis peores presagios se cumplen cuando vemos salir a Mike con una Guiomar inconsciente en brazos. Pensé que cuando encerraron a mi hermano fue el peor momento de mi vida, pero aquello no fue nada comparado al terror que, en este instante, me lame entero.

—Necesito que me facilites toda la información de Mike: apellidos, dirección, familiares vivos o muertos... Todo lo que creas relevante... —desconecto de la petición que hace Derek y me pongo en marcha hacia la salida.

Me cuesta moverme a causa de tener todos los músculos en tensión.

Cuando estoy a punto de atravesar la puerta del despacho, alguien me retiene. Comienzo a forcejear con la persona que me impide traspasar esa puerta.

—Cálmate, Mason —me pide Johnny.

—¡Suéltame, joder!

—¿Qué vas a hacer?

¿Cómo tiene el valor siquiera de preguntarlo? Creo que es más que evidente.

—¡Buscarla, joder!

—Y por dónde empezarás, ¿eh?

—No lo sé, joder, no... Si le ocurre algo, yo...

—Ey, mírame —me pide John, sosteniendo ambos lados de mi cara. No me aparto. Por muy enfadado que esté con él, ahora mismo necesito su apoyo—. Está entrenada para este tipo de situaciones, seguro que se mantiene a salvo hasta que la encontremos.

Pero ¿y si...? «¡No!». Deshecho la idea de inmediato.

«Soy una chica dura, ¿recuerdas?». Mi mente recrea aquel instante de complicidad que compartimos. La sonrisa juguetona que pintaba su cara y esos ojos verdes que me tenían hechizados. Siento una punzada de dolor en mitad del pecho. Hace muchos años que dejé de creer, pero ahora rezo todo cuanto sé porque así sea y demuestre la luchadora que es.

—¡Derek! ¡Derek! —grita Tessa.

—¿Qué?! —Se gira hacia ella. Se le ve tan angustiado como me siento yo.

—Me han llamado mis hombres. —Muestra su teléfono móvil, pálida.

Al verla así, a mí comienzan a temblarme las piernas esperando sus siguientes palabras; por suerte, John es consciente de mi estado y me hace de muleta para apoyarme en él.

—Brenda ha despertado —«Joder». Suspiro aliviado porque las noticias no tengan nada que ver con Guio—, y ha dado un nombre.

—Demasiado tarde. Ya sabemos quién está detrás de todo —señala la pantalla con la imagen congelada de Mike.

La inspectora de Homicidios se humedece los labios, traga y, con una mirada que no sé interpretar, declara:

—No se trata de Mike, el asesino de los regalos es...

—¡Lo tengo! —exclama Dash, cortando lo que Tessa fuese a decir—. ¡Tengo la ubicación exacta de Mike! —Nos enseña la pantalla de su ordenador, donde aparece un mapa de Nueva York y un punto rojo revelando una dirección.

En este justo momento, todos nos ponemos en marcha, no hay tiempo que perder, solo espero llegar a Guiomar antes de que sea demasiado tarde.



Capítulo 33

Guiomar

Lo primero que registro es un imperceptible, pero molesto goteo. Como si un grifo hubiese quedado mal cerrado. Conteo: un, dos, tres... al cuarto segundo la gota cae.

A pesar de que la cabeza me duele horrores, hago un repaso mental de mi estado. Estoy tumbada de lado, mi mejilla descansa apoyada sobre un suelo rugoso y húmedo. Las muñecas las tengo maniatadas a la espalda; por suerte, los pies los tengo libres. La respiración se me dispara fruto del estrés, por lo que, tomando unas cuantas inhalaciones, la regulo para que continúe en una lenta y pausada. Pruebo a abrir los ojos apenas una rendija, y no llego a distinguir el espacio que me rodea; el chisporroteo de los tubos luminosos, a punto de fundirse, no son suficientes para apreciar dónde me encuentro. Lo que sí puedo asegurar es que no es una vivienda.

Adaptándome a la complicada iluminación, al final reparo en la forma de las paredes, que terminan curvándose hacia un techo abovedado. El corazón se me acelera al entender que me encuentro en los túneles subterráneos de Nueva York.

«¿Cómo no me di cuenta antes?». Mike fue una de las personas que al principio investigamos, vale que supimos que no tenía antecedentes que destacasen, aun así, no debería haber bajado la guardia y haber estado más atenta. ¡Me he pasado este último mes compartiendo tiempo a su lado, por el amor de Dios! Eso demuestra lo dispersa y lo poco profesional que desde el principio he sido en el caso y corrobora que estuviese abocado al fracaso.

Me despisté al centrarme en lo que Mason me hacía sentir, en no retener la fuerte atracción que nos unía, y ahora, por hacerle caso a mi corazón, estoy pagando las consecuencias.

—¡Al fin despiertas!

Intento controlar los temblores de mi cuerpo cuando escucho el eco de unos pasos y la voz aliviada de Mike a mi espalda.

«La templanza es mi única aliada para mantenerme con vida», me recuerdo.

Sus piernas son lo primero que aparecen ante mí, se agacha y veo que lleva algo en las manos. Un puro instinto de supervivencia se apodera de mí y, haciendo fuerzas con mis piernas, me arrastro hacia atrás para alejarme de él.

—¡No me toques!

—Necesito limpiarte esa herida antes de que se infecte.

—¿Estás loco? —«Joder, qué preguntas tengo. ¡Pues claro que está loco! ¡Es un miserable asesino!»—. ¿Por qué ese método de matar? ¿Por qué tus víctimas son solo mujeres? —suelto a

las primeras de cambio.

Ya se han destapado las caretas, no hay necesidad de andarse por las ramas. En ningún momento le pregunto la razón, ya que no existe ninguna de peso para justificarlo. Lo único que me interesa es tenerlo entretenido mientras encuentro la manera de liberarme y reducirlo.

Niega, poniéndose en pie y paseando nervioso de un lado a otro.

—¿Crees que lo hice yo? —cuestiona, parándose y lanzándome una mirada dolida.

—¿Quién si no, aparte que del que las marca, daría en el clavo con esos dígitos? Eso es lo que me ha delatado, ¿verdad? Has sido consciente de tu equivocación y...

—¡¡Cállate!! —Se acerca hasta mí con la cara roja y los ojos desorbitados, me sostiene por los hombros y me levanta. Siento cómo me sobreviene una arcada a causa del mareo—. ¿Cómo siquiera sabes tú de eso? ¡Nunca trascendió cuando era la parte más importante del mensaje! ¡¿Quién demonios eres?!

Todo comienza a girar a mi alrededor y la visión se me nubla por culpa de los zarandeos que recibo. No puedo mover los brazos al tenerlos sujetos tras la espalda, pero, si pudiese, ni siquiera sería capaz de hacerlo. Me late el lugar donde recibí el golpe que me dejó noqueada e hizo que perdiese el conocimiento.

—¿M-me vas a matar c-como a ellas? —pregunto, arrastrando las palabras.

No puedo volver a desmayarme de nuevo, eso sería mi muerte, ya que no tendría ninguna oportunidad de escapar. Siento cómo voy perdiendo la capacidad de dicción, me cuesta mantenerme en pie.

—No. —Niega mientras me aprieta con una mano los pómulos—. Nunca te haría daño. Eres tan preciosa —añade, agachando su cabeza y besándome.

El beso es firme, desesperado. Me remuevo, intentado oponer resistencia, pero su agarre férreo me lo impide. Al final se aparta cuando consigo morderle el labio inferior. Me llega el sabor metálico de la sangre y eso hace que se me revuelva el estómago, incluso más de lo que ya lo tenía.

Aprovechándome de la ventaja, levanto la pierna y le propino, con todas las fuerzas que soy capaz de reunir, un rodillazo en los genitales.

Está comprobado que el miedo es clave para la supervivencia; en mis clases de defensa personal no paro de repetir que debemos tenerlo muy en cuenta si queremos salir victoriosos frente a un ataque. El miedo, si no te domina y consigues controlarlo, será el que te haga tener una rápida respuesta de lucha o huida. Sentirse asustado, aunque no lo creamos, genera una sustancia química en nuestro cerebro que te prepara para la acción. Las pupilas se te dilatan al igual que los bronquios; tu respiración, flujo sanguíneo y presión arterial se acelera, y es cuando entras en la fase del pánico, eso consigue retroalimentar tu miedo y entras en un estado de euforia.

Se dice que situaciones en las que te sientes en verdadero en peligro, tu fuerza aumenta tanto que incluso serías capaz de levantar un coche a pulso.

Así me siento en este instante, hace unos segundos estaba a punto de colapsar, la cabeza me martilleaba; si salgo de esta será todo un milagro, sin embargo, ahora que tengo una única posibilidad de poder escapar la aprovecho al máximo.

Mientras Mike se retuerce agazapado, sosteniéndose los huevos, salgo disparada. No llego muy lejos cuando percibo cómo me toma del tobillo y tira de mí. Al tener las manos sometidas, caigo contra el suelo, amortiguando el golpe con la barbilla.

En la vida había sentido un dolor tan fuerte, seguro que me la he partido.

—¡Maldita, puta! —Tira de mi extremidad, arrastrándome en el proceso. Suelto un alarido

de dolor al rasparme todo el cuerpo contra el cemento irregular—. ¡Estabas en su lista! Pero yo intenté convencerle de que eras diferente.

Me gira sin miramientos y mi hombro hace un ruido extraño.

—Eres igual, una furcia más como todas las que frecuentan El Cubo.

«¿Dónde está el chico afable, risueño y con cara de niño bueno con el que he compartido barra?». Ante mí tengo a un auténtico depredador.

Por mucho que me duele cada fibra del cuerpo, reacciono. Extiendo mi pierna libre y le propino una patada en la sien; al tener los pies desnudos, mi tobillo se resiente. Olvido el dolor y a continuación le golpeo con la planta en la nariz. Eso le hace trastabillar, y con una rapidez asombrosa me pongo de rodillas, apoyo los empeines en la superficie y me impulso para ponerme en pie.

Durante toda mi vida he focalizado gran parte de mis entrenamientos en ejercitar las piernas, pues te permite conseguir un mejor equilibrio corporal a la par que aumenta tu potencia y velocidad.

Ahora más que nunca me alegro porque es con lo único que me puedo defender. Por lo que, sin darle tregua, efectúo varias sucesiones de patadas hasta que consigo que Mike caiga desmadejado contra la pared. Cuando lo veo seminconsciente, echo a correr.

No sé hacia dónde me dirijo, a los túneles de Manhattan se les consideran uno de los mayores laberintos, hay kilómetros de accesos y pasadizos conectados entre sí, perderse aquí podría hacer que te tirases horas, incluso días, hasta encontrar una salida; no me importa, solo sé que no debo detenerme. En el momento que encuentre una salida... Algo corta mi huida a causa de un impacto frontal.

Esta vez la peor parte se la lleva mi cráneo al caer de espaldas. Veo las estrellas, pero no de manera figurada, al intentar centrar mi visión solo hay destellos cegadores.

—Mira lo que ha traído el viento... Una rata curiosa —dice una voz ronca por encima de mí.

Estoy tan ida en este momento que no soy capaz de reparar de quién se trata. Lo que tengo claro por su timbre que no es Mike.

Me agarra por el pelo, incorporando la mitad de mi cuerpo, y tira de mí, arrastrándome. A estas alturas el vestido ya lo llevo hecho jirones, lo sé porque noto cómo se me raspa toda la piel.

—¿De qué demonios se trata esto?! —grita la voz de mi opresor—. Te dije que acabases con ella cuando me llamaste. ¿Es que no has aprendido nada? ¿Sabes acaso siquiera quién es?

Con un brusco movimiento tira de mí, volviendo a quedar tendida en el suelo frente a Mike. Se le ve aturdido mientras intenta incorporarse para ponerse en pie. La sangre le chorrea de la nariz, manchando la camiseta. Sé que yo no estoy en mejores circunstancias, no me he visto, pero me arriesgaría a asegurar que me encuentro peor. La humedad que siento en el pecho es el indicativo de que tengo la barbilla abierta, me escuece cada porción de piel a causa de las raspaduras y la cabeza me late en varios puntos distintos por culpa de los golpes que llevo.

—Lo iba a hacer, joder, pero en cuestión de un segundo se ha revuelto como una maldita karateca —gruñe Mike, limpiándose la sangre con el borde de su camiseta.

Con la ayuda de mi hombro intento girarme. Necesito saber quién se encuentra a mi espalda. Por las palabras del camarero, debe ser quien está detrás de los crímenes.

—Trevor... —suelto en un murmullo ahogado.

—Hola, agente. —Se agacha de cuclillas con una sonrisa siniestra.

«¿Qué...? ¿Cómo sabe quién soy?».

—¿Sorprendida? —cuestiona al ver abrirse mis ojos—. Al final el ratón cazó al gato. Os

creísteis muy listos, pero a la vista está que yo he sido más inteligente que todos vosotros.

—¿De qué hablas, Trev? —interviene Mike, poniéndose a su altura.

—Aquí, tu amiguita —pinza con dos de sus dedos mi barbilla. Grito, rabiando de dolor—, es agente del FBI.

—No... —Mike me mira sin poder creérselo—. Eso no es posible, ella...

En un visto y no visto, Trevor se incorpora y le cruza la cara. El golpe hace que a Mike le vuelva a sangrar la nariz. Se lleva las manos a ella, taponándose la herida, y mira al representante de los luchadores con actitud sumisa.

—¡Deja de pensar con la polla, maldita sea! Te lo dije, es igual de zorra que todas. Debería haberme encargado de ella nada más comprobar cómo Mutt perdió la cabeza al verla.

Mi mente rebobina, intentando recordar cuándo fue la primera vez que vi a Trevor. Fue el primer día que llegué a El Cubo, justo cuando Mason terminó de luchar y me sorprendió con aquel beso que lo cambió todo. Trevor fue quien nos separó, pero a partir de ese día ya no volvió a representar a Mason.

Hago memoria y pienso en los informes que Derek nos pasó de los asiduos al club. Trevor fue uno de los hombres a tener en cuenta entre el centenar de sospechosos. Padre no reconocido, madre fallecida, fue criado por su abuelo. No destacaba que tuviese un trabajo más allá del de conseguir a luchadores, llevándose así un tanto por ciento de las ganancias.

¡Maldita sea! Es un perfil que encaja a la perfección con el de nuestro sospechoso, ¿por qué no hicimos más hincapié en él? «Porque os centrasteis en Jagged, y tienes la prueba de que os equivocasteis», me regaña mi mente.

—¡Mi abuelo y yo no vamos a estar toda la vida para arreglar tus cagadas! Si no eres capaz de encargarte de deshacerte de ellas, no entorpezcas mi trabajo. —Lo empuja por el pecho.

«¿Abuelo? ¡¿Qué cojones?! ¿Hay alguien más involucrado?».

—No lo entorpezco —se excusa Mike, sacándome de mis cavilaciones—. He sido tus ojos en ese puto lugar, ganándome la confianza de tu hermano ya que a ti no es que te tenga en alta estima.

—¡Nunca he querido la estima de Daniel! —le grita, quedando a un palmo de su cara, lo que consigue que Mike se encoja al tenerlo tan cerca. Intento aflojar las bridas que me rodean las muñecas, pero cuanto más lo hago más se aprieta, cortándome la circulación—. ¡Solo he querido acabar con el mundo de perversión que mi maldito donante de esperma y él construyeron!

«Espera... ¿Dash y Trevor son hermanos por parte de padre?».

—¿Crees que yo no quiero? —le cuestiona el camarero, alejándose un paso, ofendido—. Mi hermana pagó las consecuencias al involucrarse en ese lugar, no fuiste tú el que encontró su cadáver a causa de una sobredosis.

«Joder». Mientras ellos continuaban discutiendo, sin hacer apenas movimientos que llamen su atención, toqueteo con las manos a mi espalda. Se me escapa el aire al toparme con una piedra que utilizo para intentar rasgar las ligaduras.

—A eso me refiero, ¿quieres que todas pasen por lo que vivió Dayana? Yo les doy la oportunidad de que tengan una muerte segura. Que no enloquezcan consumidas por la adicción —le recrimina o recuerda, no estoy muy segura. Tampoco me molesto en analizarlo, mi único objetivo es liberarme.

—Yo solo quería que nadie pasase por ese calvario —solloza Mike, sosteniéndose la cabeza con las manos—. No que muriese gente inocente.

—¡¿Me estás recriminando lo que hago?! —vocifera Trevor—. Yo las redimo, las absuelvo para que vayan libres de todos los pecados cometidos ante nuestro Creador. Ellas eligieron

dejarse arrastrar por ese camino y Dios eligió enviarme para exterminar esa lacra. «Bueno y justo es el Señor, que les muestra a los pecadores el camino».

«Joder... Está demente. Cree ciegamente que es una especie de Mesías».

Mi corazón se acelera cuando lo escucho comenzar a recitar salmos de la Biblia.

—Dichoso el hombre que no sigue a los malvados, ni se detiene en la senda de los pecadores ni cultiva la amistad de los blasfemos.

—No, ella no... Ella no es como Dayana. No es como ninguna de las demás.

Mike se abalanza contra Trevor cuando lo ve sacar una cinta de raso de color rojo y comienzan a forcejear.

Me arrastro por el suelo, alejándome de ellos, pero sus cuerpos me obstaculizan la única salida disponible. Tiemblo, desesperada, presa del pánico. Necesito unos minutos más para cortar el plástico, solo unos minutos y...

—Sabes que lo tengo que hacer. Es una pecadora —le gruñe Trevor, propinándole puñetazos sin cesar—. A pesar de todo, Dios es misericordioso conmigo. Viven dominados por sus vicios, sin embargo, yo les ofrezco la vida eterna.

—¡Lo vas a matar! —me escucho gritar cuando veo cómo lo sostiene con el antebrazo por el cuello y ejerce presión, estrangulándolo.

Por mucho que Mike se resista intentando apartarlo con sus manos, le es imposible. Veo cómo la tonalidad de su rostro comienza a amoratarse por la falta de aire.

Me oigo sollozar de forma incontrolable. Mike no ha obrado bien, ha sido cómplice de cada crimen, sin embargo, por lo que he alcanzado entender, solo estaba confundido. Es un simple títere en manos de una mente perturbada.

Su semblante transmite el pavor que siento, también leo la disculpa silenciosa que me dedica al ser consciente de lo equivocado que ha estado.

Noto el instante en el que a sus pulmones deja de llegarles oxígeno. Sus ojos están vidriosos y su mirada carente de vida.

Trevor lo suelta y su cuerpo laxo cae justo frente a mí.

—Lo has matado...

—Tú eres la única culpable.

Sin un ápice de remordimiento, se inclina a recoger la cinta y retrocedo. No llego lejos cuando me topo contra la pared que corta mi huida.

—¿Por qué? ¿De verdad piensas que tu Señor aprobaría lo que le has hecho a esas mujeres? ¿Lo que le has hecho a Mike?

—Todos los días muere gente: vagabundos, prostitutas, drogadictos... Y a nadie le importa —comenta, de pie ante mí—. Yo me crie rodeado de todos ellos. ¡No deberían vivir! Cuando maltratas tu cuerpo, cuando la vida deja de importarte, ¿qué sentido tiene alargarla? Yo solo las llevo por el camino más fácil para que no tengan la oportunidad de concebir y traer a un ser inocente a la vida de miseria que ellas han elegido.

—Eres un bastardo misógino —escupo con toda mi rabia—. Te atraparán —mascullo, mirándolo directamente a los ojos—. Que te quede claro que darán contigo —le prometo con las lágrimas recorriéndome la cara.

Me vuelve a agarrar por el pelo y me pone en pie. El dolor que siento es insoportable.

—Puede que así sea. —Se encoge de hombros—. Aunque tú ya no estarás para comprobarlo.

Me rodea la cinta alrededor del cuello y me agito para sacármelo de encima. De nada sirve. Él es más fuerte y yo tengo el cincuenta por ciento de mis miembros invalidados.

Desde el momento que me decidí por este trabajo, supe que ponía en riesgo mi vida. Con cada caso en el que me infiltraba, dada su peligrosidad, era una bala que sorteaba. Era consciente, pero estaba tranquila con ello. Ahora, llegado el momento, compruebo que nadie está preparado para morir.

—Pero si andamos en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión los unos con los otros y la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpiará de todo pecado...

Apenas registro cuando Trevor comienza a recitar versículos de la Biblia, solo me centro en la presión que siento en la garganta, en intentar administrar el poco aire que soy capaz de retener. Mis sentidos empiezan a fallar, mi visión se emborrona y los oídos los siento amortiguados. No escucho las voces ni los gritos. Tampoco cómo Trevor se pone a mi espalda sin dejar de apretar mi cuello, solo intento sobrevivir, aguantar en este mundo unos segundos más.

Gorgoteo un sonido ininteligible cuando frente a mí creo ver a Mason; no sé si es producto de mi imaginación que, desolada, emula su físico para recordarme que nunca más tendré la oportunidad de volver a disculparme, de confesarle que sin quererlo ni preverlo me he enamorado de él, y por muy molesto que esté, le diría que no me arrepiento en absoluto de haberlo conocido.

Mi mente perversa me muestra a su lado la imagen de Derek, mi fiel compañero, el que me ha sacado tantas sonrisas y con el que he vivido tantos momentos que atesoraré por siempre.

Sé que este es mi final, que en los últimos segundos de vida ante mí se aparecen las personas que más quiero para poder despedirme por última vez.

Lo que no logro entender es por qué en mi despedida aparece Dash y... «¡Oh, Dios mío!». Llego a la conclusión de que no es una visión y que todo es muy real cuando veo a John Harris, e incluso Tessa, entre el grupo de personas que tengo ante mí.

No sé de dónde saco una pizca de fuerza, pero al ver a Derek apuntándonos con el arma, ni siquiera lo pienso y vocalizo: «Dispara. Ahora»; mi amigo capta el mensaje porque, justo cuando observo cómo se le caen dos lagrimones, escucho la detonación.

Para mí puede que sea demasiado tarde ya que todo a mi alrededor se vuelve negro.



Capítulo 34

Mason

Los músculos de mis piernas protestan cuando corro a través de los túneles. Las voces llegan hasta nosotros desde la lejanía, amortiguadas, están ahí. Sé que ella se encuentra allí.

El pecho me arde y jadeo a causa del esfuerzo. Hago caso omiso a la sensación ya que mi único propósito es llegar lo más rápido posible.

Al salir de El Cubo, Derek me pidió que me mantuviese al margen; «si creía que no iría con ellos, es más idiota de lo que pensaba».

—Pequeño Harris, hazle caso a los mayores, no queremos que entorpezcas...

No dejé que Dash continuase cuando me abalancé contra él, le tenía demasiadas ganas.

Mi primer puñetazo impactó contra su estómago, al segundo ya estaba prevenido y lo recortó con su antebrazo. Daniel McAlister, antes de ser un respetado hombre de negocios, fue luchador y se sabía manejar a las mil maravillas en el conflicto. Se le llamaba Dash porque era capaz de Estrellarse contra ti sin miramientos.

—¡Parad! —Nos separó Derek—. ¡Ninguno vendrá, maldita sea! No pienso poner en riesgo la vida de mi compañera por unos tíos que no saben siquiera controlarse —dijo enfadado—. Necesito la dirección —se dirigió, en este caso, a Dash—, mandaré a un equipo para que entre con nosotros. No sabemos las intenciones de Mike...

—Queréis escucharme, joder —intervino Tessa—. Mike no es the gift killer. Según Brenda, se trata de Trevor.

Se escuchó un «qué» colectivo por parte de Dash, mi hermano y mío.

Hace solo unas semanas, que decidí luchar para el dueño de El Cubo, Trevor era el que me conseguía los combates. Lo mismo hizo en su día con mi hermano, hasta que entró en prisión.

Era un constante en este mundillo. Lo cierto es que era un tanto gilipollas, pero nunca hubiese imaginado que sería un asesino.

«Tampoco hubieses imaginado que tu hermano era un espía para la CIA, ni la mujer de la que te habías enamorado de forma fulminante un agente del FBI», me recordó mi impertinente subconsciente.

—Pero ¿Mike qué pinta en todo esto? —Quien hizo la pregunta fue mi hermano, que

permanecía pegado tras de mí a cada paso.

—No sabemos si ambos sucesos están conectados entre sí —nos dijo Derek de camino a la salida—. Tess, que tus hombres vayan a casa de Trevor. Todas sus direcciones deben estar en el informe que les facilité de los asiduos a El Cubo —le dijo a la inspectora—. A mí, en este momento, lo único que me importa es llegar hasta Guiomar.

Nos apresuramos hasta la calle, cuando se fue a montar en el coche yo hice lo mismo.

—Ahora no es momento para que me toques las pelotas, Chucho.

—Sabes tan bien como yo que os acompañaré. Yo de ti lo asumiría y no perdería ni un segundo más de tiempo.

Maldijo sin añadir nada más. La inspectora se sentó delante, en el lado del copiloto, por lo que antes de que me lo volviesen a prohibir, me monté en los asientos traseros.

Derek intercambió unas palabras con Dash fuera del coche que no llegué a oír, lo que sí sabía es que al federal no se le veía conforme con lo que McAlister le estuviese diciendo. Al final, resopló y se introdujo. La impaciencia me carcomía, no sé a qué estaba esperando para arrancar. Justo cuando iba a meterle prisas, le susurró a Tessa:

—Tengo que llamar al jefe.

—¿Quieres que lo haga yo? —preguntó ella, rozando con sus dedos la nuca de Derek.

Fue un gesto demasiado íntimo que me hizo darme cuenta de que yo quería eso mismo con Guiomar. Me daba igual que me hubiese ocultado quién era con tal de volver a sentir sus caricias.

Aparté la mirada. Dolía demasiado saber que estaba en peligro y todo eso solo quedaría en mi cabeza.

A pesar de que fue corta, me llegaron retazos de la conversación. El jefe no parecía muy contento con lo que Derek le contaba y yo solo necesitaba que se callasen para que nos pusiésemos en marcha cuanto antes. Cuando al fin lo hicimos, ellos en los asientos delanteros, elaboraron lo que parecía una estrategia. Me alegré de que el compañero de Guio no tuviese reparos a la hora de pisar el acelerador. No tardamos ni diez minutos en llegar a la dirección que Dash le facilitó.

Allí ya se encontraba un dispositivo policial, habían cortado varias calles y evacuaban a los transeúntes que circulaban por la zona.

—¡¡Sanders!! —el grito provenía de un hombre que se acercaba a nosotros muy cabreado. No debería de ser muy mayor, calculaba que rondaría los cincuenta y tantos años a pesar de que su pelo estaba poblado de canas—. ¡Dime qué cojones pasa con mi hija!

Miré de Derek al hombre, pestañeando. «¿El jefe era el padre de Guiomar?» Al centrarme en sus mismos ojos verdes, no me cupo duda de que así era.

Comenzaron a bajar las escaleras que llevaban al metro de Nueva York. La zona era un ir y venir de agentes por todos lados.

—Hola, Abigail Chen, de la Agencia Central de Inteligencia. Ellos son John Harris y Daniel McAlister, informantes del servicio secreto.

Se presentó Abby, jadeante, cuando nos alcanzó, acompañada de los otros dos y adaptándose a nuestro paso.

—¿Esto es una broma? —El hombre se encontraba colocándose un chaleco antibalas y miró a su hombre, desconcertado—. ¿Sanders?

—Señor, todo tiene una explicación, pero ahora no es momento. —A Derek se le veía como si de un momento a otro su cabeza fuese a explotar.

—¿Y tú que narices pintas aquí? —se dirigió en esta ocasión a mí mientras saltaba a las vías

desiertas.

—Soy Mas...

—¡Sé quién eres! Quiero que saquen a cualquiera que no esté autorizado fuera de aquí — bramó a sus hombres, que con chaquetones azules y las letras del FBI en amarillas nos cortaron a mi hermano, Dash, Abby y a mí el paso.

—¡¡Joder!!

Me sentía desesperado. No me podían pedir que me quedase a esperar cuando Mike podría hacerle a saber qué.

—Tengo una idea, seguidme —murmuró Dash.

Nos alejamos de donde estaban todos los agentes y los servicios de emergencia. Esperaba que Guiomar no tuviese que necesitar a estos últimos, sería señal de que se encontraba en plenas condiciones.

—¿Dónde vamos? —preguntó Johnny, poniéndole voz a mis pensamientos.

—Esa no es la única entrada a esos túneles.

Salimos hasta la calle, bordeamos la zona y nos internamos en uno de los callejones colindantes.

—Ayudadme —nos pidió Dash, intentando retirar la rejilla anclada al suelo.

Los cuatro comenzamos a tirar de los agujerillos con todas nuestras fuerzas hasta que las bisagras por las que estaba sujeta cedieron.

—Cuando te crías prácticamente sin supervisión, llegas a descubrir rincones de la ciudad asombrosos —nos comenta Dash a modo de explicación cuando lo miramos extrañados.

Bajamos las escalerillas uno detrás de otro, solo había un camino y esperaba que fuese el que había cogido el FBI.

Dash no se equivocó, y con las prisas con las que íbamos no pudimos desacelerar nuestros pasos, ni escondernos, cuando nos topamos con ellos.

—¡Maldita sea! ¡Os dije que os quedaseis fuera!

—Lo siento, señor —le dije, levantado la barbilla—, eso no es posible.

Lo vi resollar y negar a la vez.

—Sanders me ha contado un poco por encima... No quiero héroes, ¿me oyes? La que está ahí, además de ser un miembro de mi unidad, es mi hija. Si por hacerte el valiente le ocurre algo...

Unos gritos nos alertaron y echamos a correr hacia la dirección de la que procedían.

Y así me encuentro en este instante, poniendo a prueba a mi cuerpo y corriendo a través de este puto laberinto a una velocidad sobrehumana.

Paro en seco justo cuando llegamos a una zona sin salida, todo ocurre en cuestión de segundos. Siento como si el corazón se parara en el pecho al ver a Guiomar siendo estrangulada por Trevor. Apenas me paro a analizar todas las magulladuras que muestra su cuerpo, solo me fijo en cómo lucha aferrándose a la vida.

Justo cuando me dispongo a lanzarme contra aquel malnacido, escucho un fuerte estruendo que a punto está de perforarme el tímpano.

Trevor cae de espaldas, llevando consigo a Guio, corro en su dirección, la recojo entre mis brazos y le quito la cinta que rodea el cuello. Varios hombres me rodean apuntando a Trevor, que descansa tendido a mi lado, pero sé que no hay nada que hacer. Derek tiene una puntería envidiable y ha conseguido incrustarle una bala entre las cejas.

—¿Cómo está? —Se arrodilla a mi lado al que le agradeceré su buena puntería el resto de mi vida.

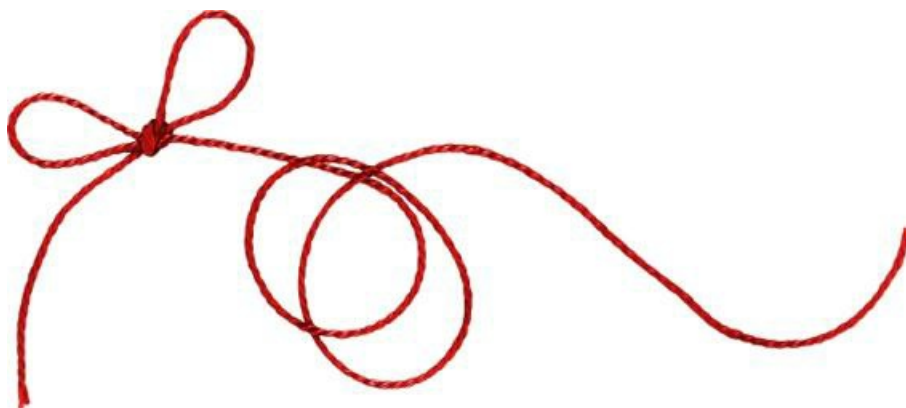
Podría decirle que la escarcha acaba de sustituir mi torrente cuando yace entre mis brazos una Guiomar totalmente inconsciente.

—Su respiración es muy débil —le comunico aterrado.

—¡Qué vengan los servicios de emergencia cagando leches! Vamos, pequeña, demuéstranos la luchadora que habita en ti —le susurra su padre, llegando a nosotros y arrebatándomela de los brazos para sostenerla él.

Me quedo huérfano sin sentir su contacto. No me quejo, puedo entender al hombre, eso no significa que me aparte.

Tampoco lo hago cuando varios sanitarios llegan y le ponen una máscara de la cual bombean oxígeno sin parar, ni cuando la montan en una camilla y la sacan de aquellos túneles.



Las siguientes horas son un puto infierno. De camino al hospital en la ambulancia, Guiomar entró en parada cardiorrespiratoria. Por suerte, antes de que llegase tenían todo preparado para actuar con la rapidez que requieren estos casos y consiguieron estabilizarla. Si el ritmo cardíaco no se hubiese restablecido tras cinco o diez minutos sin el aporte de oxígeno necesario, podría haber sufrido graves daños cerebrales o incluso la muerte. Por fortuna no ha sido el caso, y ahora solo queda esperar mientras ella se recupera en cuidados intensivos.

La sala de espera se ha convertido en un auténtico centro de mandos del FBI; mires donde mires, hay hombres uniformados.

—Me va a salir un sarpullido con tanto poli a mi alrededor.

—No estoy para charlas —gruño a Dash cuando toma asiento a mi lado.

Tanto mi hermano como Abby me han dado mi espacio, lo que agradezco. Aún no sé cómo me siento respecto a ellos. La confesión de esta mañana me resulta muy lejana tras lo que ha sucedido, eso no quita que no haya existido. Sin embargo, Dash no pilla el concepto de «mejor mantente alejado por lo que pueda pasar» y aquí está, tocándome las pelotas.

—Mike y Trevor están muertos.

«Menuda novedad, como si a estas alturas nadie lo supiera». Cuando hemos llegado y Guio se encontraba fuera de peligro, su padre ha dado una rueda de prensa a las puertas del hospital, tranquilizando a la ciudad de que el asesino de los regalos ya no será un problema.

—Es como mejor están después de todos los problemas que han causado. Al fin se ha hecho justicia.

—Sí... —Suspira a mi lado mientras bebe de su café—. Mason, quiero que sepas por qué tu hermano te ocultó todo.

—No quiero hablar —mascullo con los codos apoyados en mis rodillas.

—¡Me suda la polla que no quieras! —exclama, girándose a mí. Aprieto los dientes porque

no tengo fuerzas para liarme a palos con él, pero como siga en esa actitud al final la vamos a tener—. ¿Crees que fue fácil para él? No tienes ni puta idea por lo que tuvo que pasar. Se sacrificó por ti, y también por mí —comenta, enronqueciéndosele la voz—. Cuando la CIA se pone en contacto contigo, aunque no lo creas, solo tienes una opción: aceptas toda la mierda que te pidan. John y yo... —Cabecea—. No es un secreto que no hemos sido ningunos santos, pero nos involucramos con un tipo de personas que es mejor mantenerlas alejadas. Nos creíamos los reyes del mambo. —Ríe sin humor—. Creo que, si no hubiese aparecido Abby cuando lo hizo, ahora estaríamos bajo tierra en un lugar indeterminado.

»John se ofreció a entrar en prisión al saber que a mi padre le diagnosticaron cáncer. Se vio capaz de soportar esa situación creyendo que sería fácil dar con el soldado y sacarle la información que nos solicitaron, pero esto es más grave de lo que parece, Mason. Hablamos de la seguridad del país tal y como la conocemos, todo...

—¡No! —lo corto tajante, poniéndome en pie—. No quiero saberlo. Si antes no confiasteis en mí, ahora no me sirve. Lo único que me importa en este momento es que esa mujer que está ahí dentro se recupere. No sé qué pasará con nosotros, solo sé que quiero que salga de aquí.

—¡Mason!

Me giro al escuchar mi nombre y veo a Derek en las puertas de la sala de espera. Sé que, tras pasar los padres de Guiomar, él y la inspectora lo hicieron para ver cómo se encontraba.

—¿Cómo está? —pregunto, llegando hasta él.

—Quiere verte.

Algo se estruja dentro de mí al oír esa petición. Sin contestarle siquiera, me dirijo a la salida en dirección a la UCI.

—Espera. —Me retiene Derek por el hombro—. Ahora está débil y vulnerable. No sé qué decisión has tomado respecto a ella, pero como la hagas llorar te juro que la siguiente bala en mi recámara llevará tu nombre —me advierte, echando mano a su cinturón, donde reposa su pistola.

Con un movimiento, me zafo de su agarre y continúo mi camino sin contestarle, básicamente porque no sé qué decirle. No sé qué sentiré cuando la vuelva a ver. Mientras se encontraba desaparecida solo pensaba en encontrarla, y cuando lo hice mi corazón se paró al verla en ese estado. Ahora no sé qué sentiré, pero no pienso tardar en descubrirlo.



Capítulo 35

Guiomar

Me siento como si me estuviesen meciendo en una cuna. Es una sensación tan agradable que no quiero dejar de sentirla.

—Guiomar, ¿puede oírnos?

—Parece que vuelve en sí.

Escucho conversaciones a mi alrededor, pero me encuentro en tal estado de paz y complacencia que no me apetece abrir los ojos. Con sumo esfuerzo intento levantar los párpados, sin embargo, una luz blanca y cegadora me hace cerrarlos de nuevo.

—Regula la luz, creo que le molesta. —«Sí, por favor», agradezco en silencio.

Vuelvo a intentarlo de nuevo, y en esta ocasión todo es más tenue.

—¿Do-dónde estoy?

Ni siquiera reconozco mi voz, es débil y rasposa, como si tuviese agujetas en la garganta y me costase sacar las palabras.

—Estás en el hospital.

Al escucharlo, es como si se desencadenasen los recuerdos. Me llegan una sucesión de imágenes de todo lo ocurrido: Mike; Trevor; ellos forcejeando; el dolor que sentí en el cuerpo; la falta de aire y la agonía al sentir cómo la vida se me escapaba. Me altero y un incesante pitido inunda la estancia.

—Tranquila, todo está bien. Ya ha pasado —intenta calmarme.

Por la bata blanca que lleva puesta, deduzco que se trata del médico.

—¿Q-qué pa-pasó? ¿A-atraparon a Trevor?

Madre mía, esas dos simples frases me ha costado formularlas media vida.

—Lo primero es que le hagamos un reconocimiento y comprobemos que todo está en orden, lo demás deberá esperar. No llegó en las mejores circunstancias. Colapsó, Guiomar —declara—. En la ambulancia entró en parada cardiorrespiratoria. Tuvimos que iniciar las maniobras de resucitación, primero de forma manual, y una vez que llegó al hospital mediante desfibrilador. —«Joder», se me escapa el aire, asustada—. Hemos realizado varias pruebas y no hemos encontrado daños neuronales ni coronarios, lo que nos hace suponer que se originó tras el estrés al que estuvo sometida. Creemos que, al ser un hecho aislado y no haber ninguna patología previa, no tiene por qué volver a repetirse. Eso no quita que le recomendemos, dada su profesión, que intente llevar a partir de ahora una vida un poco más calmada.

Me muerdo el labio porque entiendo a la perfección lo que quiere decir. Se acabó eso de ir en plan *Superwoman*, solo tenemos una vida y hay que cuidarla.

Asiento porque precisamente eso es lo que pretendo, que me dure muchos años. Hasta que no estás al borde de la muerte no eres consciente de todo lo que puedes perder. Cuando somos jóvenes tendemos a no preocuparnos por lo que nos pueda pasar, nos creemos invencibles y que solo cuando llegas a una cierta edad es cuando debes ser más precavido, pero no es así. Nos sabemos cuándo nos llegará nuestro día, por esa razón hay que aprovechar cada segundo de la vida como si fuese el último.

El pasado ya lo has escrito y el presente es efímero, por lo que solo queda intentar forjarte un futuro que hasta el momento es incierto.

—En cuanto al resto... Bueno, va a tener la sensación durante un par de días como si le hubiese pasado un camión por encima. —Sonríe de manera afable, lo que agradezco después de escuchar lo anterior—. No hay una zona de su cuerpo que no esté magullada o amoratada, pero con el debido reposo y los cuidados adecuados nada que no pueda soportar.

Carraspeo y el dolor que siento con el gesto me hace imaginar lo que el médico quiere decir.

—Le daremos un poco de agua, intente beberla poco a poco, tiene la garganta bastante inflamada. Avisaremos a sus familiares de que ya ha despertado —comenta—. Es una persona afortunada, hay mucha gente ahí fuera preocupada por usted, intentemos sosegarlos un poco dejando que la vean. —Me guiña un ojo, cómplice.

El encuentro con mis padres lo calificaría de entretenido, por decirlo de alguna forma. Mi madre en principio lloró como María Magdalena, consiguiendo que el duro y pétreo Nick Berman en algún momento tuviese que apartar la mirada de la emoción; ya dejé claro que el pobre no es demasiado expresivo y le cuesta mostrar sus sentimientos, pero en el momento que le pregunté por el caso, se volvió comunicativo y mi madre brotó, sacándome más de una sonrisa. Son tan distintos y los quiero tanto que nunca me arrepentiré de la decisión que tomé de venirme a los Estados Unidos a estudiar y así ellos pudiesen estar juntos

—Lo siento, papá —lo corto a mitad de su explicación.

—No tienes que disculparte, tú...

—Sí, sí tengo —le digo. Siento cómo mis ojos se llenan de lágrimas—. Desde el principio estuve dispersa, si Mike no hubiese metido la pata todavía no sabríamos quién estaba detrás de los asesinatos —confieso—. Trevor supo ocultarse frente a nuestras narices demasiado bien, pero deberíamos haber estado al cien por cien, y eso solo me hace llegar a una conclusión. Creo que ha llegado el momento de parar...

—Guio...

—No, deja que me explique —le pido—. No significa que me vaya a desvincular de mi trabajo, solo que necesito un descanso en cuanto a infiltrarme. Lo que me ha ocurrido me ha hecho darme cuenta de que yo, que tengo las nociones necesarias, apenas lo cuento. ¿Qué podría ocurrirles a otras mujeres que ni siquiera las tienen? Han muerto demasiadas a manos de Trevor, pero ahí fuera seguirá habiendo hombres como él. Yo solo quiero compartir lo que sé, que intenten saber defenderse contra su agresor. Me gustaría dedicarme a tiempo completo a compartir mis conocimientos en cuanto a defensa personal.

«Ya está, lo he dicho», pienso con cierto alivio. Es algo que últimamente me rondaba por la cabeza y creo que ahora, hablando desde la experiencia, necesito que lo que me ha sucedido sirva para que ninguna mujer pase por algo parecido.

—Estoy muy orgullosa de ti —dice mi madre, acariciándome el pelo.

—¿Papá? —Él se mantiene en silencio sin quitarme la vista de encima.

—¿Esta decisión tiene algo que ver con el chico? —me pregunta, evaluándome.

«¿Se refiere a Mason?». «¿Cómo sabe de él?».

—No —niego—. Esta decisión es mía.

Parece que mi contestación le agrada.

Es cierto. Lo que siento por Mason no influye en que quiera apartarme de mi trabajo.

—Creo que ahora debes recuperarte, ya hablaremos de tu futuro, pero lo que decidas, por mucho que me pese, lo respetaré.

La cortina que nos da algo de privacidad se descorre y aparece el rostro de una de las personas que más me alegra volver a ver.

—Siento cortar este momento familiar, aquí los demás también deseamos saber cómo está la convaleciente —se excusa, para ocupar el lugar que mis padres le ceden—. ¡Joder, nena! Estás horrible.

—¡Derek! —se queja Tessa, apareciendo tras él y dándole un manotazo en la espalda—. No le hagas ni caso, estás preciosa.

—Gracias por el cumplido, Tess, pero, dadas las circunstancias, permíteme que me crea más a él. —Río.

El gesto hace que me duela hasta el alma, aunque lo siento reconfortante. Sienta bien reír en un momento como este.

Mis padres se despiden, dejándome en compañía de la pareja.

—Parece que tengo que darte las gracias de poder contarlo —digo como si no fuese lo más importante, cuando la realidad es que le debo la vida.

Si hubiesen aparecido unos segundos más tarde... Cabeceo, intentando alejar el rumbo de mis pensamientos.

—Me haría sentirme muy orgulloso concederme el mérito, aunque tengo que ser sincero y tuve bastante ayuda.

Derek se acerca hasta mí, me sostiene de la mano y se muerde el labio inferior.

—¿Cómo estás? —me pregunta Tess.

—Viva.

La sonrisa se le ensancha y los ojos se le ponen vidriosos.

—Como debe ser.

Pasamos un rato charlando. Bueno, ellos hablan ya que a mí me cuesta mucho esfuerzo mantener una conversación.

Lo que sí hago es reír por verlos interactuar y discutir de cómo ocurrieron los hechos. Parece que, para haber vivido lo mismo, ambos tienen una visión totalmente distinta de lo ocurrido.

—No le hagas ni caso, te aseguro que, en cuanto te escuché, volé por aquellos túneles —comenta Derek.

—Ya claro... Menos lobos, caperucito. Mason sí que se convirtió en un auténtico misil. No había quien se adaptase a sus zancadas —le rebate Tessa.

En cuanto lo nombran mi corazón late descontrolado. No sé si será bueno poner la maquinaria a tope, pero es algo que no puedo evitar.

—¡Estaba allí! —exclamo, recordando.

Observo cómo Derek y Tessa comparten una mirada entre ellos.

—Intentamos que no fuese así, pero ese chico es un cabezota y no se dio por vencido.

Me llevo las manos a la cara cuando siento cómo las lágrimas me resbalan. Sin querer me doy en la barbilla con el aparato que llevo en el dedo índice, que mide la saturación de oxígeno

en la sangre.

—Auch —me quejo—. Lo hice tan mal con él —me esfuerzo a decir—. No debería haberlo aplazado tanto, pensaba hacerlo esta mañana, pero él me descubrió antes y...

—La verdad es que no creo que ahora mismo te lo tenga muy en cuenta. No se ha movido de la sala de espera desde que llegamos —me comunica mi amigo.

—¿De verdad? —pregunto esperanzada.

Y sí, en esta ocasión miro a Tess. No porque crea que mi amigo me vaya a mentir estando postrada en una cama de hospital, pero necesito que alguien me asegure que es cierto.

Ella asiente con una sonrisa.

—Quiero verlo. —Me incorporo un poco—. Si él quiere, claro.

La inseguridad de que no le apetezca ni verme se apodera de mí, aunque, por otra parte, si está aquí querrá decir algo, ¿no?

Cuando se van mis amigos, me recoloco el pelo, las sábanas, hago cualquier cosa que mantenerme quieta. Estoy nerviosa, demasiado, y prueba de ello es el pitido que emite el monitor que tengo a mi derecha.

La cortina se mueve y contengo el aliento.

—¿Todo bien? Parece que estás un poco agitada —pregunta una enfermera, acercándose hasta mí.

La decepción que siento al verla debe de reflejarse en mi cara.

—No era a mí a quien esperabas, ¿me equivoco?

—La verdad es que no —pronuncio un tanto avergonzada.

—Entiendo que todos tus seres queridos quieran saber cómo te encuentras, pero debes descansar. Las cuarenta y ocho horas tras lo que a ti te ha sucedido son cruciales y no deberías tener sobresaltos.

—Hola —¡Ahí está! Solo al escuchar su voz, la maldita máquina se dispara. Mason debe darse cuenta de lo alterada que me encuentro porque añade—: Quizá lo mejor sea que vuelva más tarde.

—¡No! —atino a decir, levantando la voz.

La enfermera me mira, alzando la ceja, y yo le suplico con la mirada que no lo eche.

—Solo un momento, ¿entendido? —Nos señala a ambos con su dedo en alto.

Cabeceo afirmando.

Cuando corre la cortinilla, dándonos la sensación de privacidad, todas las palabras que tenía en mente decirle se esfuman como por arte de magia.

Pensé que no tendría la oportunidad de volverlo a ver, y no solo lo digo porque haya tenido un pie a las puertas de la muerte, sino que, tras cómo se desarrolló nuestro último encuentro esta mañana, no volvería a dirigirme la palabra. Ahora está aquí, frente a mí, tan imponente como siempre.

Mason es de esos hombres que solo con su presencia hace que todo a su alrededor desaparezca.

—¿Qué tal estás? —le pregunto despacio para que se entienda cada palabra y no me salga esa especie de graznido que parece que se ha instalado en mis cuerdas vocales.

Suelta un ruido por la nariz y veo como un lado de sus labios se curva hacia arriba.

—Creo que esa pregunta debería hacerla yo.

Río nerviosa.

—Siendo sincera, he tenido días mejores —intento bromear para destensar el ambiente.

Se pasa la lengua por los labios y agacha la mirada. La nuez se le mueve de arriba abajo

cuando traga.

—Ya..., yo también.

—Mason, ne-necesito disculparme —comienzo a decir al verlo acercarse y tomar asiento en la silla que hay a mi lado—, en n-ningún momento fue mi intención engañarte, yo... —Me cuesta seguir hablando, pues sostiene mi mano sobre las suyas y apoya la frente en ella—. Ey... —le digo, acariciándole la cabeza con la que tengo libre.

—He comprendido que tengo que relativizar las cosas —habla con voz ronca—. Darle la importancia que merecen según las circunstancias.

Alza la cabeza y sus ojos están enrojecidos, hasta ahora no había reparado en lo cansado que se ve.

—Mason, yo...

Una lágrima me resbala por la comisura del ojo cuando siento presionar sus labios en el dorso de mi mano.

—Esta mañana, al enterarme de lo que me habías ocultado, me sentí defraudado, dolido. En ese momento deseé no haberte conocido. —Trago porque no me cabe duda que así fue—. Cuando Derek se presentó en mi casa y planteó la posibilidad de que hubieras desaparecido, esa sensación fue menguando. Algo en mi interior tiraba para saber que te encontrabas bien, y al verte inconsciente en los brazos de Mike creí que me volvería loco. —Niega, cerrando sus ojos—. Nos empeñamos tanto en preocuparnos en que todo salga bien que nos olvidamos que lo importante es que solo ocurra. Me martiriza pensar que, solo si hubiera dejado que te explicases, todo esto no hubiese sucedido.

—No, no, Mason. Tú no tienes la culpa. Los culpables fueron Mike y Trevor. Puede que si yo no hubiese aparecido en El Cubo cuando lo hice no me hubiera pasado nada, pero le habría ocurrido a otra mujer. Estaban enfermos. En su mente creían que estaba justificado lo que hacían —le aclaro—. Ellos son los únicos culpables, tú solo actuaste como haría cualquiera que se siente traicionado.

—No quiero sentirme así, no quiero moverme por el rencor. Ver cómo te desvanecías ante mí hizo que todo lo demás careciese de sentido. —Aprieta los ojos, angustiado—. No quiero privarme de un segundo más de estar a tu lado. Sin secretos. Solo tú, yo y lo que el futuro nos depare. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

Suelto un sollozo ahogado al escucharlo. Cada vez soy más consciente de que tiene un corazón que no merezco, pero he comprobado que soy lo bastante egoísta como para no seguir experimentando todo lo que me hace sentir.

—Al final has conseguido marcarme el corazón, Mason Harris, porque cuando luchaba por intentar controlar mis últimos latidos, era tu nombre el que me dio la fuerza suficiente para que continuase haciéndolo.

Puede que esté hecha un desastre, sin embargo, necesito sentirlo. Lo agarro de la camiseta y tiro hacia mí para acercarlo.

—¿Qué haces? No quiero lastimarte.

—Doloroso sería si no pudiese besarte en este momento

—¡Estás loca! —suelta, sonriendo contra mis labios.

—Nadie dijo que fuese perfecta —susurro con mi corazón henchido de amor por él—. Tendrás que soportar todas mis taras. Tenemos un trato.

—Aún no has aceptado —me recuerda.

—Espero que con esto quede claro.

Estiro mi cuello y cuando siento la suavidad de su boca es como si me hubiesen metido un

chute de adrenalina en vena. Nuestras lenguas se encuentran con timidez. La barbilla me duele, pero no dejo que eso interrumpa el mejor momento de mi vida. Mason profundiza el beso y yo me deshago contra él. Es la mejor medicina que existe. No me cabe duda y sé que, teniéndolo a mi lado, seremos capaces de superar cualquier obstáculo que se nos presente. Sin secretos. Solo él, yo y lo que el futuro nos depare... Juntos.

—¡Pero bueno! —al escuchar esa voz, Mason se separa rápidamente de mis labios. Estoy a punto de quejarme, sin embargo, al encontrarme con el ceño fruncido de la enfermera me callo.

—Será mejor que me vaya.

No puedo evitar sonreír al verlo sonrojarse y mirar de soslayo a la enfermera, que espera impaciente con los brazos en jarra a su lado.

—Sí, creo que será lo mejor —le rebate ella.

Antes de marcharse, Mason se vuelve para mirarme y me guiña un ojo, un gesto que me derrite ya que está lleno de promesas.

—La juventud de hoy en día... —masculla para sí la enfermera, trasteando y cambiando una bolsa en la vía intravenosa que tengo puesta—. Aunque con un hombre como ese yo tampoco podría haberme resistido. —Me sonrío—. Tienes mucha suerte.

—Ni se imagina cuánto —murmuro, sintiendo que el medicamento que me está poniendo comienza hacer su efecto y noto cómo caigo rendida, pero feliz, en los brazos de Morfeo.

Si alguien me hubiese dicho cuando entré infiltrada en El Cubo, que además de arriesgar mi vida lo haría mi corazón, no me lo hubiese creído. Sin embargo, aquí estoy, recuperándome del momento más peligroso que he vivido, pero con todo un futuro por delante.

Puede que sea incierto, aunque estoy absolutamente convencida que al lado de Mason será fascinante.



Epílogo

Mason

Un mes y medio después...

—Venga ya, Mason, ¿por qué no?

—¿Cómo que por qué? —Me giro hacia Guio al cerrar la puerta.

Me parece increíble que tan siquiera lo plantee. Hace tan solo un mes que salió del hospital, casi dos que estuvo a punto de parársele el corazón, ¿en serio tiene ganas de ir de fiesta ni más ni menos que a El Cubo?

—Sí, ¿por qué? —Se cruza de brazos, belicosa.

En estas semanas apenas me he separado de su lado. Estar con ella es todo lo increíble que hubiese imaginado o más, aunque nos lo estamos tomando con calma. Desde mi punto de vista, necesitamos saborear cada segundo que pasamos juntos, sin embargo, ella ha demostrado lo en desacuerdo que está con esa decisión.

—No creo que sea lo más adecuado.

—¿Para quién? Ya han pasado seis semanas. Has escuchado al médico, estoy más sana que una rosa. Debería retomar mi vida con normalidad —expone—. A ver si el que no está preparado para ir eres tú.

«¿Cómo puede ser tan cabezota?».

—Guio, no ha pasado el tiempo suficiente.

—El tiempo que se disfruta es el que realmente se vive —declara enfurruñada. Se da la vuelta y entra a su dormitorio—. Yo pienso ir, tú sabrás si me acompañas o no. —Pongo los ojos en blanco.

En tan solo dos zancadas la alcanzo, la sostengo por las caderas y me pego a su espalda.

—Va a terminar volviéndome loco ese carácter tuyo —susurro cerca de su oído.

Agacho la cabeza y comienzo a besarle el cuello. Me endurezco de inmediato cuando lo estira hacia un lado, facilitándome el acceso.

—Espero que termines lo que estás empezando. No está bien visto calentar el plato que luego no te vas a comer —gime, dejándose hacer.

La última vez que tuvimos sexo fue aquella fatídica mañana en mi casa. Los besos no han

faltado, creo que no sería capaz de separarme por mucho tiempo de su boca, eso sí, en cuanto las cosas se han calentado demasiado, hemos parado. No será por falta de ganas, me ha resultado una auténtica tortura no arrinconarla contra cualquier superficie y follarla con todas mis fuerzas, pero hasta ahora el médico le recomendó que fuese introduciendo el ejercicio físico poco a poco en su día a día. Hoy por fin le ha dado luz verde para que retome cualquier tipo de actividad. Al final han llegado las palabras mágicas que necesitaba oír para volver a tocarla como realmente deseo.

Metó mis manos por debajo de su camiseta y le acaricio el estómago, ella jadea con el contacto y yo adelanto mis caderas para que note lo duro que estoy.

—Mason...

—¿Qué, preciosa? —Le muerdo el lóbulo de la oreja.

—Como me dejes a medias, te mato.

Se me escapa la risa y la giro entre mis brazos para tenerla de frente.

—No es mi idea morir joven.

Enredo mis dedos en la parte trasera de su cabeza y la beso con ganas. Su sabor es tan adictivo que enseguida se me sube a la cabeza. La agarro por los muslos y ella enreda sus piernas en mi cintura. Doy un par de pasos, al llegar a la cama la dejo sobre ella y me tumbo encima, controlando no aplastarla. Me deshago de su ropa sin prisas, alargando todo cuanto puedo el momento, ella se remueve bajo mi cuerpo, desesperada, y hace lo propio con la mía, lo único que parece que no se demora tanto como yo.

—Eres perfecta —murmuro.

Sus pezones tiesos me llaman sin remedio, bajo la cabeza y atrapo uno de ellos con mis dientes. Guío se arquea y un sonido de puro placer escapa de entre sus labios.

Alargo mi mano hasta la mesita de noche y hurgo en ella hasta dar con lo que necesito. Si dejar de acariciarla con mi boca, me lo coloco sobre la erección. Cuando dejo caer mis caderas, ella ya espera a recibirme.

A pesar de las ganas que tengo de enterrarme en ella hasta el fondo, lo hago de manera lenta, sintiendo cómo su centro me envuelve como si estuviésemos hechos a medida.

—Es mucho mejor de lo que recordaba —gime al efectuar un delicioso baile con su pelvis.

Nos movemos a la vez tan sincronizados como cada vez que lo hemos hecho.

Me encantaría alargar este instante, que se volviese eterno, pero ha sido demasiado tiempo sin estar en su interior para poder controlarme. Sobre todo, cuando Guío me clava las uñas en la espalda, instando con ese gesto a que acelere.

Mi polla se hincha más si cabe cuando siento cómo me estrangula a causa de las contracciones de su orgasmo. La beso, aumentando las sensaciones, y gruño dentro de su boca, dejándome ir.

«No me cansaré en la vida de esto. Nunca tendré suficiente de ella».

Y así, de repente, apareció rompiendo todos mis esquemas e hizo que la vida tuviese sentido.



Guiomar

Entrelazo mis dedos con los de Mason cuando traspasamos las puertas de El Cubo. Sé que no está conforme con venir aquí, pero es algo que ambos necesitamos si queremos avanzar con lo nuestro. No podemos hacer como si este lugar no hubiese existido; lo hizo, y es hora de que creemos nuevos recuerdos en él.

Me parece de lo más normal ir de la mano con él. Estar a su lado es natural, como si lo hubiésemos hecho durante toda la vida.

Mason ha estado pendiente de mí en cada momento, ha nacido para proteger a los que quiere, por eso necesito que dé el paso definitivo: perdone a su hermano, a su mejor amiga y, por qué no decirlo, a Dash.

Él, como futuro abogado, debería saber que siempre hay varias versiones en una misma historia. Necesita saber qué les llevó a obrar como lo hicieron por boca de los implicados para dictaminar sentencia.

Lo escucho a mi lado bufar cuando reconoce la canción que suena, es *Enemy* de Imagine Dragons.

—¡Vaya! No podía ser más apropiada —bromeo.

—Sí, sobre todo si a todos ellos les da por reunirse. —Señala con un gesto de cabeza a uno de los reservados.

Giro y me sorprendo al ver a Derek y Tess, sentados junto a Dash, Abby y John. Vuelvo a mirar a Mason y me acerco a él, colocando mi mano en su nuca; tiene el pelo un poco más largo que cuando lo conocí, y me encanta sentir cómo mis dedos juegan con esos mechones de su pelo.

—No tenemos por qué acercarnos si no estás preparado, pero creo que, si fuiste capaz de perdonarme a mí, quizá podrías hacerlo con ellos.

Las cosas entre Mason y su hermano siguen igual, no sé si al centrar todo su tiempo libre en querer pasarlo conmigo le ha servido de excusa para no afrontar la conversación que aún se deben.

—Si quieres que vayamos, no tengo ningún problema. No fui yo el que tuvo un comportamiento desleal.

Suspiro porque, por mucho que quiera aparentar que no hay ningún problema, es simplemente una fachada.

Lo dejo estar y tiro de él para ir hasta donde está mi compañero; mientras Mason no se

sienta preparado, no solucionará los problemas que tiene con ellos.

—Es una zona privada —nos corta, de repente, Jagged.

—¡Oh, Dios mío! ¿Tú por aquí? Ni siquiera recordaba que existías —comento, llevando una mano al pecho al más puro estilo dramático.

Escucho la risa de Mason a mi lado mientras Jag nos mira como si quisiese arrancarnos la cabeza de un solo bocado.

—¡Guio! —exclama Dash desde su asiento nada más percatarse de nuestra presencia—. Jagged, déjalos pasar —le ordena.

Me sienta de vicio la sonrisa de satisfacción que le dedico al jefe de seguridad.

—Qué sorpresa encontraros a todos juntos —dejo caer como si nada.

Que no le haya dicho nada a Mason no significa que a mí también me haya sorprendido verlos reunidos.

—Eh... Sí, bueno. Vinimos a tomarnos algo y Daniel nos invitó a su reservado —se excusa Tessa, levantándose y envolviéndome en un abrazo.

A la pobre se le da de pena mentir. Miro al resto, que se mantienen impasibles, observándonos.

—Nos alegramos de haberos visto. —«Sí, sobre todo él», ruedo mis ojos al comentario de Mason—. ¿Vamos a tomar algo? —me pregunta, echando su brazo por encima de mis hombros.

Asiento y le sonrío. Cualquiera diría que hace una hora estaba superrelajado en mi cama. Ahora está más tieso que las cuerdas de una guitarra.

—Corre a tu cuenta, por todas las horas que me debes, ¿verdad, Dash? —le lanza al dueño del local.

Este se lleva su mano a la frente al más puro saludo militar y nos alejamos.

Nos acercarnos hasta la barra y sonrío al ver a una despampanante Peyton.

—¡Hola, pareja! ¿Qué queréis tomar?

—Yo una cerveza, ¿tú? —me pregunta Mason.

—Un agua con gas. —Aún no estoy preparada para nada más fuerte.

La chica no tarda en servirnos nuestras consumiciones y desaparece para atender a otros clientes.

—No habrás creído que estaban juntos por pura casualidad, ¿verdad?

No puedo evitar fijarme en la mirada de sospecha que le dedica al grupo en cuestión.

—¡Pues claro que no! —Me carcajeo—. Aunque me temo que más pronto que tarde descubriremos de qué se trata —respondo, pensativa.

Algo gordo se deben traer entre manos para que miembros del FBI y la CIA se reúnan.

Extra

John

Dos años antes...

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—La verdad es que no tengo ni puta idea. —Me froto la cara, agobiado—. No nos queda otra, Daniel.

Mi amigo a mi lado pateo una piedra, cabreado.

—¡Joder! —Su grito retumba en el espacio diáfano, produciendo un incómodo eco a nuestro alrededor—. ¿Cómo demonios hemos acabado así?

—Nos creímos muy listos, eso es todo.

Meto las manos en los bolsillos de mi cazadora y camino, observando el almacén.

—¿Por qué cojones estás tan tranquilo? —cuestiona malhumorado—. ¿Sabes siquiera dónde vas a entrar? En Isla Rikers está la peor calaña que jamás no hayamos encontrado, y eso que nosotros hemos conocido a gente peligrosa... —deja en el aire.

—¿Crees que no lo sé? —Me giro brusco para enfrentarlo—. Si tú tienes otra alternativa, soy todo oídos.

—Podría entrar yo —sugiere—. Sé lo que es lidiar con cabrones sin corazón, aprendí del mejor.

—Tu padre, comparado a lo que hay ahí dentro, es un simple corderito, además, no funcionaría. Ya los has escuchado, te necesitan aquí fuera. Tienes que poner a punto El Cubo, darle la máxima visibilidad para que los de la UFC se interesen por él —le recuerdo—. Lo has mamado, Dash, para ti eso será pan comido, yo no sabría ni por dónde empezar.

—¿Y Mason?

Siento una fuerte opresión en el pecho con la sola mención de mi hermano.

—Necesito que cuides de él.

—Claro, me tiene tanto cariño que va a aceptar mi ayuda con agrado —bufa mi colega a mi lado.

—Prométemelo, Daniel —le pido, sosteniéndolo por los hombros—. Júrame que mientras yo permanezca allí estarás pendiente para que no le falte de nada y no se meta en problemas.

—Lo haré, ya se me ocurrirá algo —asegura alicaído—. No te va a perdonar, ¿lo sabes?

Cierro los ojos con fuerza porque no me cabe la menor duda, sin embargo, lo hago por él.

La he cagado, y por mi mala cabeza está en el punto de mira de personas peligrosas, si tengo que ingresar en la cárcel para liberarme de esos problemas, es un precio a pagar por mantener su seguridad.

Lo que nunca imaginé es todo lo que me tocaría vivir ahí dentro. Porque, por mucho que intente olvidarlo, nadie me avisó de que quedaría marcado por el pasado.

Agradecimientos

Llega el momento tan temido, el de los agradecimientos. Parece mentira que sea la parte que más me cuesta escribir, aunque supongo que es normal. Siempre temes dejar alguien en el camino porque hay mucha gente a la que tengo que agradecer que estoy sea posible.

En primer lugar, a mis lectoras cero: Irene Bueno y Marisa Gallén, sin ellas creo que nada de esto sería posible. Son las que, conforme la historia se va montando, van dando su opinión, sugerencias y las que maquinan hipótesis... Porque sí, esta historia iba a ser un único libro autoconclusivo, pero ahí estaban mis maquiavélicas Betas, que sembraron una pequeña semilla que ha terminado por florecer y tendremos la historia de John, Abby y Dash, acompañado, como no, por el punto de vista de Derek y Tessa.

Por esa razón las tengo que adorar y pedir que me duren toda una vida, porque sin vosotras nada sería igual.

Agradecer también a Anny Peterson, mi *Animala*, por animarme a escribir esta historia que solo era una idea difusa en mi mente, pero sobre todo por hacer visible la cara de esta novela. Te lo he dicho muchas veces, eres única para crear magia en muchos sentidos.

A mi *Gemelier*, Silvia Paredes, por sacarme de los bloqueos que a una le entran. A veces es asombroso lo que conectas con alguien hasta tal punto que sientes que ha estado ahí toda la vida. Sumemos muchos más momentos.

A Rose Gate, otra de mis villanas favoritas junto a las dos anteriores, por todas las charlas, risas e idas de olla que se nos pasan por la cabeza. El destino nos tenía preparado encontrarnos y ni te imaginas lo agradecida que estoy por ello.

A mi familia, tanto la carnal como la política, por estar siempre presente y poder sentir la confianza que depositáis en mí. Falta hace cuando muchas veces una misma deja de hacerlo.

A mi correctora, Nía Rincón, por su paciencia y su profesionalidad. Eres un ángel caído del cielo.

A Eli Prieto y Adriana Alba, por sus consejos en un momento crucial para la historia.

Y siempre se dice que para lo último se queda lo mejor, y eso eres tú, lector, gracias por darme una vez más otra oportunidad. Sin ti esto solo sería un espejismo.

No os podéis imaginar lo feliz que me hace cuando me escribís por redes sociales o me hacéis llegar vuestras impresiones de cualquier otra forma. Sois el mayor de los regalos, y como tal hay que valoraros.

¡GRACIAS!

Nota de Autor



Soy Noelia Frutos, nací en Puertollano (Ciudad Real) en 1983. Una apasionada de la lectura, libro que cae en mis manos, libro que devoro. Entre mis géneros preferidos está la romántica, en todas sus vertientes.

En el 2019, tras llevar muchas lecturas a mi espalda, decidí aventurarme a escribir mi primera novela romántica, creando así el universo de la banda de rock DarkChord (Acorde Oscuro).

Extrovertida y optimista por naturaleza, siempre intento meter altas dosis de humor en mis novelas a pesar que nunca puede faltar un toque de drama de por medio y amor..., sobre todo amor.

Si te apetece saber más de mí puedes encontrar mis libros en el siguiente código QR:



¡¡Nos vemos en las redes!!

Instagram: @noeliafrutos_autora

Facebook: Noelia Frutos

Tiktok: noeliafrutos_autora

Twitter: noelia_frutos

Me ayudaría mucho si dejases tu valoración en amazon.
Millones de gracias.